

HECHOS

CONTANDO LA HISTORIA DE LA IGLESIA APOSTÓLICA

COMENTARIO BÍBLICO HOMILÉTICO

Mario Veloso

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA

Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste

Buenos Aires, Rep. Argentina

Dirección editorial: Pablo M. Claverie

Diagramación: Carlos Schefer

Tapa: CPB, Carlos Schefer

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición

MMIX – 9,2M

Es propiedad. © Asociación Ministerial de la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día (2009). © ACES (2009).

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-567-584-1

Veloso, Mario

Hechos : Contando la historia de la iglesia apostólica / Mario Veloso / Dirigido por Pablo M. Claverie - 1^a ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2009.
239 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-567-584-1

1. Comentario bíblico. 2. Hechos de los apóstoles. I. Pablo M. Claverie, dir.
CDD 226

Se terminó de imprimir el 13 de octubre de 2009 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG, Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

-102679-

PRÓLOGO

El poder de la Palabra de Dios es inmensurable. Fue por el poder de su palabra que fueron creados los cielos y la tierra.“Porque él dijo, y fue hecho. Él mandó, y existió”.

Un día, la Palabra de Dios se hizo carne, y habitó entre nosotros. Jesús, la Palabra encarnada de Dios, cierta vez encontró a un paralítico, y le dijo:“Levántate, toma tu lecho y anda”.Y el paralítico anduvo. En otra ocasión, Jesús, frente a la tumba de Lázaro, ordenó:“Lázaro, ven fuera”. Y el muerto resucitó.

Es incuestionable el poder de la palabra de Dios. Ella fue capaz de hacer caminar a paralíticos y limpiar leprosos. Fue capaz de crear la vida, cuando no había nada. ¿Por qué no podría hacer las mismas cosas en nuestros días?

Es verdad que hoy Jesús no está más con nosotros en forma visible, pero tenemos su Palabra escrita, que fue inspirada por Dios y es útil para enseñar, para corregir, para redargüir, para instruir en justicia (2 Tim. 3:16). El poder de la Palabra divina continúa siendo el mismo. A lo largo de mi ministerio, he visto millares de personas ser transformadas por el poder de la Palabra. Vidas deshechas fueron reconstruidas, gente perdida fue hallada. Seres deteriorados fueron restaurados.

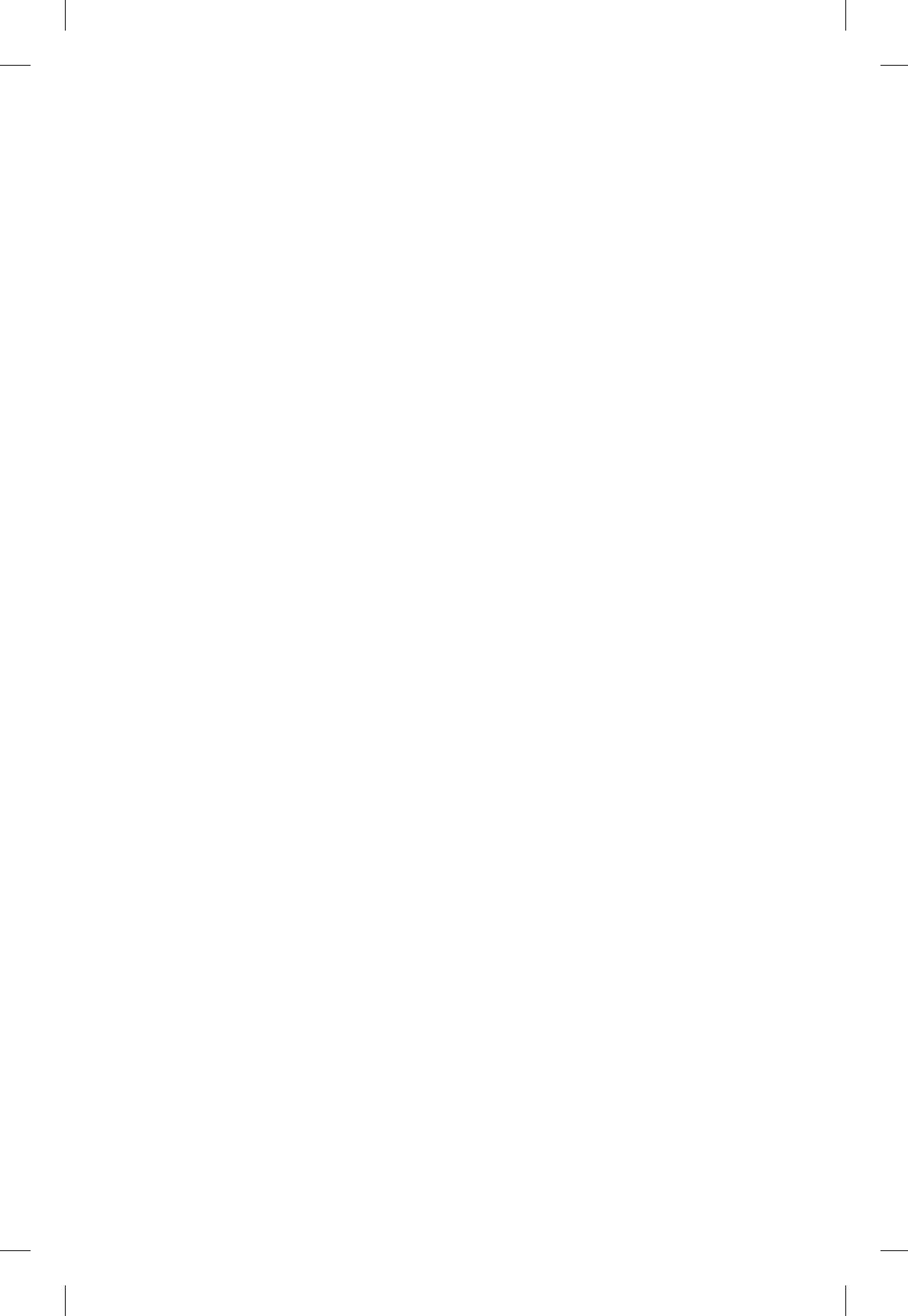
La gran necesidad del pueblo de Dios, en nuestros días, es ser alimentado por la Palabra. En el libro de Joel, capítulo 2, versículo 28, encontramos una de las más preciosas promesas de Dios. Allí se habla de la lluvia tardía del Espíritu Santo, cuando veremos maravillas entre nosotros. La promesa comienza así: “Y después de esto derramaré mi Espíritu...” ¿Después de qué? El versículo 26 nos presenta la respuesta: “Comeréis hasta saciaros...” ¿Cuál es el alimento del pueblo de Dios?

Por lo tanto, es urgente que la iglesia de Dios sea alimentada por la Palabra. Los sermones que son predicados desde los púlpitos deben estar fundamentados en la Palabra de Dios. Esto es seguro para la iglesia. De otro modo, corremos el peligro de tener una iglesia anémica, frágil y pasible de ser llevada por vientos de doctrinas erradas.

Fue pensando en esto que la División Sudamericana solicitó al pastor Mario Veloso que preparara este “Comentario bíblico homilético”. A partir de las ideas bíblicas presentadas aquí, será más fácil para los predicadores adventistas elaborar sermones más sólidos, nutritivos y fundamentados en la Palabra de Dios.

Es nuestra oración que los predicadores se pongan en las manos de Dios y saquen provecho de este material extraordinario y, como resultado, tengamos iglesias más fuertes y comprometidas con la misión.

Pr. Alejandro Bullón
Ex secretario ministerial
División Sudamericana



ÍNDICE

ÍNDICE	3
INTRODUCCIÓN	9
INTRODUCCIÓN DE LUCAS: PODER Y ESPERANZA	12
El evangelio: Lo que Jesús hizo y enseñó (Hechos 1:1-2a)	12
Jesús: Práctica y enseñanza (1:1)	12
Tiempo: Hasta que fue al cielo (1:2a).....	14
El Espíritu Santo y Jesús: Mandamientos y poder (Hechos 1:2b-8)....	14
El Espíritu transmite los mandamientos (1:2b)	15
El Espíritu Santo transmite poder (1:3-8a).....	15
La testificación por el Espíritu (1:8b).....	18
Ascensión de Jesús: Promesa de regreso (Hechos 1:9-11)	19
Ascensión: Fue levantado (1:9)	19
La promesa: Este mismo Jesús vendrá (1:10, 11).	20
JERUSALÉN: PREDICACIÓN, ORGANIZACIÓN, PERSECUCIONES	22
Primeras acciones (Hechos 1:12-2:47)	22
Elección de Matías: Procedimiento y dirección divinos (1:12-26)	23
El discurso de Pedro (1:15-22)	24
El proceso de la elección (1:23-26).....	25
Pentecostés: Recepción del poder (2:1-13)	27
Primer discurso de Pedro: Jesús, Señor y Mesías (2:14-36).....	28
El diálogo de la conversión: Resultados (2:37-42)	30
Primeros conversos: Estilo de vida (2:43-47).....	33
Curación de un cojo: Consecuencias (Hechos 3:1-4:31)	34
El milagro: Entró en el Templo (3:1-10)	34
Primera consecuencia: Segundo discurso de Pedro (3:11-26)	35
Segunda consecuencia: Testimonio ante el Sanedrín (4:1-22).....	41
Tercera consecuencia: Hablaron con valentía (4:23-31)	45
La comunidad de un corazón y un alma (Hechos 4:32-6:7).....	47
Comunidad de bienes: Ningún necesitado (4:32-35)	47
Dos casos contradictorios: Generosidad y mentira (4:36-5:11)	48
Los creyentes aumentaban en gran número: ¿Por qué? (5:12-16)..	50
Persecución contra Pedro y Juan: Predicación incesante (5:17-42)	51
Eleción de diáconos: Mayor crecimiento (6:1-7)	55
Esteban, el defensor de la fe (Hechos 6:8-7:60)	58
La disputa (6:8-10)	58
La intriga (6:11-12a)	60
Acusación ante el Sanedrín (6:12b-15)	60
Defensa de Esteban (7:1-53).....	61
Apedreamiento (7:54-60)	68
JUDEA Y SAMARIA	70
Persecución en Jerusalén (Hechos 8:1-4)	70

Un cambio de táctica (8:1)	70
La sepultura de Esteban (Hechos 8:2).....	71
El celo violento de Saulo (8:3, 4)	71
Samaria: Viajes misioneros de Felipe (Hechos 8:5-40)	72
Primer viaje misionero de Felipe: Ciudad de Samaria (8:5-13)....	73
Visita de Pedro y Juan a Samaria (8:14-25)	74
Segundo viaje misionero de Felipe: Todas las ciudades (8:26-40)..	77
Damasco: Conversión de Pablo (Hechos 9:1-31)	79
Un viaje de amenazas y muerte (9:1, 2).....	79
La voz de Jesús (9:3-6).....	80
El ciego y los que no ven (9:7-9).....	81
Saulo recibe la vista y el Espíritu Santo (9:10-19)	82
Predicación en Damasco (9:20-25)	84
Saulo en Jerusalén: Fin de la angustia (9:26-31)	87
Viajes misioneros de Pedro (Hechos 9:32-10:48)	88
Viaje de Pedro a Lida: Todos se convirtieron (9:32-35).....	88
Viaje a Jope: Muchos creyeron (9:36-43).....	89
Viaje a Cesarea: Primer paso hacia el mundo gentil (10:1-48)	90
Informe misionero de Pedro en Jerusalén (Hechos 11:1-18)	98
La discusión: ¿Por qué? (11:1-3)	98
La explicación de Pedro (11:4-17).....	99
Fin del conflicto: Todos aceptaron (11:18)	101
PREDICACIÓN AL MUNDO ENTERO	102
Fenicia, Chipre y Antioquía: Dos etapas (Hechos 11:19-30)	102
Predicación solo a judíos (11:19)	102
Antioquía: Predicación a los griegos (11:20-30).....	103
Persecución de Herodes: Gloria y muerte (Hechos 12:1-24)	105
Gloria de Herodes (12:1a).....	106
Persecución de Herodes (12:1b-5)	106
Liberación de Pedro: Seguridad (12:6-17).....	107
Alboroto en la cárcel: Nadie sabía (12:18-19)	108
Muerte de Herodes (12:20-24)	109
PRIMER VIAJE MISIONERO DE PABLO	111
El comienzo del viaje: Ordenación (Hechos 12:25-13:3)	111
Retorno de Saulo y Bernabé de Jerusalén a Antioquía (12:25).....	111
Ordenación y envío de Bernabé y Saulo (13:1-3).....	112
Primer viaje misionero: Lugares visitados (Hechos 13:4-21a)	113
Chipre: Primera enseñanza (13:4-12).....	113
Perge de Panfilia: Retorno de Marcos (13:13)	115
Antioquía de Pisidia: Los gentiles creyeron (13:14-52)	116
Iconio: Creyó una multitud (14:1-7).....	124
Listra: Poderes divinos sin ser dioses (14:8-20a)	126

Derbe: Estabilidad de la iglesia (14:20b-21a)	129
Regreso a Antioquía (Hechos 14:21b-28)	130
En viaje: Espiritualidad y administración (14:21b-25)	131
En Antioquía: Informe de las misiones (14:26-28)	132
CONCILIO DE JERUSALÉN	134
En Antioquía: El problema (Hechos 15:1-3)	134
La doctrina en problema: Por culpa de las personas (15:1)	134
Una contienda doctrinal (15:2)	135
El viaje a Jerusalén: Informes en Fenicia y Samaria (14:3)	136
En Jerusalén: La solución (Hechos 15:4-29).....	137
Reunión del Concilio e informe (15:4-5)	137
El Concilio delibera (15:6-21)	138
El Concilio decide (15:19-29)	141
En Antioquía: Regocijo (Hechos 15:30-35).....	143
Entrega de la carta: A todos (15:30)	143
Regocijo de todos (15:31-35).....	143
SEGUNDO VIAJE MISIONERO DE PABLO.....	145
Pablo planea el segundo viaje (Hechos 15:36-41)	145
Conversación de amigos (15:36)	145
Desacuerdo sin odio (15:37-39a)	146
Dos equipos misioneros (15:39b-41).....	146
Ciudades visitadas en el segundo viaje (Hechos 16:1-18:18a)	146
Derbe: ¿Solo un anuncio? (Hech. 16:1a).....	146
Listra: Un discípulo con buen testimonio (16:1b-3)	147
En otras ciudades: Fidelidad (16:4-8a)	148
En Troas: Obediencia (16:8b-10).....	151
En Filipos: Cuatro historias del espíritu humano (16:11-40).....	151
En Tesalónica: Unos creen, otros acusan (17:1-9).....	158
En Berea: Los más nobles (17:10-15).....	164
En Atenas: Lugares de predicación (17:16-34)	165
En Corinto: Habla y no calles (18:1-18a)	171
Retorno y fin del segundo viaje (Hechos 18:18b-22)	174
Primera detención: Cencreas y el voto de Pablo (18:18b).....	175
Segunda detención: Éfeso, bien recibido por judíos (18:19-21).....	176
Tercera detención: Cesarea, de paso (18:22a).....	176
Cuarta detención: Jerusalén, un saludo (18:22b)	176
TERCER VIAJE MISIONERO DE PABLO.....	178
Asia Menor: Victoria sobre el demonio (Hechos 18:23-19:41).....	178
Galicia y Frigia: Anima a los hermanos (18:23)	178
Apolos en Éfeso: Exactitud del camino de Dios (18:24-28)	178
Pablo en Éfeso: Rebautismo de creyentes (19:1-7)	179

La palabra del Señor: Crecía y prevalecía en Éfeso (19:8-22).....	181
Disturbio contra el Camino: Diana vencida (19:23-41)	185
Macedonia y Grecia: Victoria sobre los enemigos (Hechos 20:1-3)	187
Macedonia: Trabajos importantes (20:1, 2a).....	188
Grecia: Complot de sus enemigos (20:2b-3)	189
Retorno por Asia: Victoria sobre la muerte (Hechos 20:4-38)	190
Los miembros de la delegación (20:4-6).....	190
Siete días en Troas: Una despedida de gran consolación (20:7-12)	191
Viaje de Troas a Mileto: Soledad productiva (20:13-16).....	194
En Mileto: Reunión con los ancianos de Éfeso (20:17-35)	195
Despedida: Oración y afecto (20:36-38).....	200
Viaje de Pablo a Jerusalén: Estoy dispuesto (Hechos 21:1-16)	201
Tiro: Dispuesto a enfrentar el peligro (21:1-6).....	201
Cesarea: dispuesto a morir (21:7-16)	203
PABLO EN JERUSALÉN: PRISIÓN Y JUICIO	205
Arresto en el Templo (Hechos 21:17-22:29).....	205
Encuentro con dirigentes cristianos: Gozo y consejo (21:17-25)....	206
Alboroto y prisión de Pablo (21:26-36)	207
Defensa de Pablo (21:37-22:21)	208
La protección del comandante (22:22-29)	212
Pablo ante el Concilio (Hechos 22:30-23:22)	213
Se reúne el Concilio (22:30-23:11)	214
Complot contra Pablo: Un joven lo frustra (23:12-22).....	215
Pablo ante dos gobernadores: Manipulaciones (Hechos 23:23-25:12)	216
Pablo enviado al gobernador Félix: Protección romana (23:23-35)	217
Acusación: Adulación y falsedad (24:1-9).....	218
Defensa: Conciencia limpia(24:10-21).....	219
Félix: Decisión corrupta (24:22-27)	221
Festo: Decisión política (25:1-12).....	221
Pablo ante el rey Agripa: Sin culpa (Hechos 25:13-26:32)	223
Agripa visita a Festo: Nada contra Pablo (25:13-27)	224
Defensa de Pablo ante Agripa: No es culpable de nada (26:1-32) .	225
PABLO EN ROMA: PELIGROS Y PREDICACIÓN	229
El viaje: Peligros y determinación divina (Hechos 27:1-28:15).....	229
De Cesarea a Sidón: Todo bien (27:1-3).....	229
De Sidón a Buenos Puertos: Primeras dificultades (27:4-12)	230
De Buenos Puertos a Malta: Tormenta y naufragio (27:13-44)	231
En Malta: Dos milagros (28:1-10)	233
De Malta a Roma: Encuentro con los hermanos (28:11-15)	234
En Roma: Libertad para predicar (Hechos 28:16-31)	236
Con los dirigentes judíos: Desacuerdo (28:16-29).....	236
Dos años de cautiverio: Predicación libre (28:30, 31).....	238

INTRODUCCIÓN

Lucas, el historiador de la iglesia apostólica, después de escribir la historia de Jesús amigo, el Evangelio, los comienzos, escribió, en los Hechos, una historia magistral acerca de su continuación. Abarcó el período crucial de la iglesia apostólica que va, más o menos, desde el año 31 hasta el 63 d.C. Escribió una parte basado en la minuciosa investigación que informa en el Evangelio, donde dice a Teófilo que le escribe la historia después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen (Luc. 1:3); y otra, como testigo presencial de los hechos ocurridos. Produjo toda la obra bajo la inspiración del Espíritu Santo. El Espíritu condujo su mente hacia los contenidos que debía incluir en su libro, explicándoseles con la claridad que aparece en él. Esto ocurrió posiblemente en el año 63, antes de que concluyera el juicio de Pablo, en Roma; información que Lucas no incluyó (Hech. 28:30). Si hubiera escrito después de ese acontecimiento, ocurrido el año 63, seguramente lo habría agregado.

Aunque, en el mundo romano, hubo muchas condiciones favorables para la predicación del evangelio, la iglesia tuvo que enfrentar condiciones muy críticas, que dificultaron su labor.

Favorables fueron: un gobierno bastante estable impuesto por el Imperio Romano en todo el territorio donde la iglesia realizó su obra; seguridad relativamente confiable ofrecida por la paz romana, que la acción eficiente del ejército imperial mantenía; el idioma griego, conocido en todos los rincones del Imperio, que facilitaba la comunicación; una red de buenos caminos bien mantenidos y sin mayor peligro de asaltantes.

La parte crítica tenía varios elementos; pero los peores, tal vez, eran: (1) el mal prestigio que, entre judíos y romanos, precedió a la iglesia casi en todos los lugares donde sus predicadores llegaron. Los judíos de Roma dijeron a Pablo: Querríamos oír de ti lo que piensas, porque de esta secta sabemos que en todas partes se habla mal y contra ella (Hech. 28:22). Entre los romanos, no era menos. El mal prestigio inicial llegó hasta Cornelio Tácito (56-117 d.C.), historiador romano contemporáneo, que lo registró en su libro *Anales*. No se conserva todo el libro, pero felizmente han llegado hasta nosotros secciones sobre la historia de los años 14 al 60 d.C., período dentro del cual se encuentra la historia contada por el libro de los Hechos. Fue la época de los emperadores Tiberio (14-37), Calígula (37-41), Claudio (41-54) y Nerón (54-68). Habla del carácter criminal de Cristo, que “fue ejecutado por sentencia del procurador Poncio Pilato, cuando Tiberio era emperador”, y de los cristianos, como un grupo “odiado por sus vicios”. (2) Dondequiera que los predicadores cristianos llegaran, eran acompañados por tumultos y desórdenes.

Nada de esto los favorecía. Pero tampoco nada los detuvo en su avance. El libro de Hechos relata el progreso de la iglesia, incluyendo sus

triunfos y sus fracasos; su asombrosa unidad misional y sus conflictos doctrinarios; la historia de sus líderes, cargados de virtudes y, en ocasiones, sujetos a simples discrepancias.

Una historia verdadera, objetiva y fiel. Escrita con gran excelencia literaria. El lenguaje se adapta magistralmente a los temas tratados y al marco cultural en que estos se desarrollaron. Al describir sucesos en Palestina usa semitismos apropiados, y el idioma se torna un griego cristalino y castizo cuando los hechos ocurren en ambientes helenísticos.

La narración es animada y ágil. Los detalles de la acción, dinámicos y vívidos. La inserción de los discursos, hecha con suprema habilidad, es muy equilibrada, y hace que el relato sea más variado y más intenso.

La historia que Lucas escribió no es simple historia de hechos humanos. Aunque sus protagonistas aparezcan en la más visible humanidad de su experiencia, actuaban bajo el poder del Espíritu Santo. Lucas, a través de todo el libro, incluye la obra del Espíritu Santo en forma tan constante que cada hecho narrado, de algún modo, corresponde a ella; hasta el punto de que bien podría decirse que el libro de Hechos de los apóstoles, como se conoce hoy, es el registro de la obra ejecutada por el Espíritu Santo, por medio de los apóstoles y sus seguidores.

Parece que, al comienzo, el título del libro era simplemente Hechos. Así lo atestiguan las copias más antiguas que existen (Papiro 45, s. III, y Códice Sinaítico, s. IV). Título que concordaba con su contenido, pues no incluía los hechos de los doce apóstoles; solo de Pedro, Santiago, Juan, y la mayor parte del libro está dedicada a Pablo, quien, aunque apóstol, no era uno de los Doce.

Desde el segundo siglo en adelante, apareció una cantidad de libros con la pretensión de ofrecer la vida y la obra de los apóstoles. Entre ellos: Hechos de Pedro y Pablo, Hechos de Bernabé, Hechos de Felipe, Hechos de Pedro y Andrés, Hechos de Tomás, y otros. Para distinguir el libro canónico de estos Hechos apócrifos, se extendió el nombre del libro lucano de Hechos a Hechos de todos los apóstoles, o Hechos de los apóstoles, como aparece en las Biblia de hoy.

Lucas era gentil; médico (Col. 4:14); miembro del equipo misionero de Pablo, aunque, según parece, no lo acompañó en todas las actividades del apóstol que contiene el libro. La presencia de Lucas se nota en los pasajes en los que refiere la historia en primera persona plural, nosotros. De ese modo, se incluye a sí mismo. Su inclusión comienza a ocurrir en Troas. Cuando Pablo tuvo la visión del varón macedonio, que le dijo: "Pasa a Macedonia y ayúdanos", Lucas escribió: "[...] enseguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio" (Hech. 16:8-10; ver también 16:11-17; 20:5-21:18; 27:1-28:16).

La ruta que sigue Lucas, en su historia, muestra el avance de la iglesia cristiana naciente desde Jerusalén, pasando por Antioquía, hasta Roma.

Él mismo, al registrar la orden de Jesús sobre el progreso que debía seguir el evangelio, en la introducción de los Hechos, detalla la ruta de su libro. Me serán ustedes testigos, dijo Jesús a los discípulos, en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra (Hech. 1:8). Primero, Pedro, Juan, Santiago y Felipe predicaron en Jerusalén, Judea, Samaria y la costa del Mediterráneo. Luego, los creyentes y Bernabé predicaron en Chipre y en Antioquía. Finalmente, Pablo y su equipo predicaron desde Antioquía hasta Roma.

Sigamos a Lucas en toda la ruta de su libro, dedicado a Teófilo, su amigo gentil, posiblemente un oficial romano, medio convertido al cristianismo.

Una palabra sobre la forma del texto y las versiones de la Biblia usadas en este comentario. Se ha optado deliberadamente por un texto sin el aparato erudito, para hacerlo más accesible y menos complicado para todo tipo de lectores. No se desconocen los temas de la erudición, pero se tratan sin referencia a ella. No hay la menor intención de apoderarse de las ideas de otros sin dar el propio crédito a sus exponentes. Se trata de simplificarlo todo. (De modo que los textos bíblicos copiados responden a una transcripción en cierto sentido libre del autor, y no a ninguna versión en particular. *Nota de los editores.*) Las versiones bíblicas usadas son las siguientes: Reina-Valera de 1960, Reina-Valera revisada de 1995, Biblia de Estudio NVI de 2002 y el texto griego BNT - Novum Testamentum Graece, Nestle-Aland 27h Edition, Copyright © 1993 Deutsch Bibelgesellschaft, Stuttgart, que ha sido controlado constantemente utilizándose muchas veces como base del contenido que aparece en el presente comentario.

INTRODUCCIÓN DE LUCAS: PODER Y ESPERANZA

Lucas introduce su libro, sobre la historia de la iglesia apostólica, destacando tres hechos necesarios para el contenido de todo el libro: (1) El evangelio, (2) la recepción del Espíritu como paso previo indispensable para ejecutar la misión, y (3) la ascensión de Jesús.

Los menciona a modo de preparación. Desde el mismo comienzo, Lucas desea mostrar que la predicación del evangelio es una obra espiritual sujeta a la conducción del Espíritu Santo y, por eso, la iglesia cristiana entera, especialmente sus predicadores y sus dirigentes, son personas espirituales que viven, piensan y actúan espiritualmente. Viven distantes de las prácticas impías que sus enemigos les atribuyen, piensan en armonía con la Deidad gracias a la presencia constante del Espíritu Santo, que obra en ellos, y actúan completamente consagrados a la misión redentora que Jesús les encomendó.

El evangelio: Lo que Jesús hizo y enseñó (Hechos 1:1-2a)

El evangelio es lo primero. Fue primero en el tratado de dos tomos que Lucas escribió, Evangelio-Hechos, y tiene que ser siempre primero, porque en él se basa la experiencia cristiana y la predicación del cristianismo. Lucas mira el evangelio considerando en él dos elementos: Jesús y el tiempo.

Jesús: Práctica y enseñanza (1:1)

Estimado Teófilo, comenzó Lucas el libro de Hechos, indicando a quién dirigía su historia. No era el grupo humano compuesto por todos los que aman a Dios, ni un hombre común, desconocido y sin influencia. Era una persona real, que Lucas conocía. Distinguida. Con suficiente importancia en la comunidad para que Lucas lo tomara como representante apropiado con el objeto de tratar de convencer, a él mismo y, a través de él, a todos los ciudadanos del Imperio, especialmente de Roma, que tuvieran informaciones incompletas, o equivocadas, acerca del cristianismo. Ya te escribí sobre Jesús, en el primer tratado –le dice Lucas a Teófilo. Jesús es el evangelio. Las buenas nuevas sobre la salvación surgen de su persona. Él es el Dios amigo, que vino al mundo para salvar a sus amigos perdidos. Mostró su amistad hacia todos los seres humanos, indiscriminadamente. No favoreció a nadie en particular. Es cierto que atendió muy bien a los pobres, a las viudas, a las mujeres, a los niños y a todos los que estuvieran en alguna clase de desventaja social o económica, pero no porque hiciera acepción de personas, ni porque despre-

ciara a los ricos. Amó a todos los seres humanos y por todos murió. Sus obras y sus enseñanzas lo demuestran.

No olvides, Teófilo, que Jesús, como te conté en mi primer tratado, era una persona integral, espiritualmente coherente. Sus enseñanzas y sus prácticas de vida concordaban.

No ocurría con él lo que generalmente ocurre con los dirigentes de la sociedad y con el pueblo. Cuando hablan sobre lo que son, sus palabras describen una persona buena, que no hace mal a nadie, correcta en todo, sin malas intenciones hacia persona alguna, siempre haciendo el bien a los demás. Pero, cuando actúan, sus acciones no siempre concuerdan con sus palabras. Son muy diferentes. Ni lo que dicen concuerda con la descripción que hacen de sí mismos. A veces hablan en forma hiriente, ofensiva, condenatoria, recriminadora. Son persistentes en la recriminación. Precio que, ante ellos mismos, se sienten superiores cuando corrigen a los demás echándoles en cara sus defectos, sus faltas o sus equivocaciones.

Las acciones de Jesús eran cordiales, exentas de todo egoísmo. Nobles.

Cuando una pobre mujer enferma, a escondidas, lo tocó para curarse, dejó que la fe de ella obtuviera la sanidad buscada y más: la exaltó delante de toda la multitud, diciéndole: Hija, tu fe te ha salvado. ¡Ve en paz! Mucho tiempo de tristeza, doce años de dolor; en un instante se fueron. Solo quedó un recuerdo de alegría, una memoria de alta comprensión con mucho afecto, y una vida de permanente gratitud por el alivio y la salud tan generosamente otorgados y tan alegremente bienvenidos (Luc. 8:42-48).

¿Cómo no traer a tu memoria, Teófilo, la aflicción de Jairo cuando fue a Jesús para pedirle que sanara a su hija enferma y la angustia que sintió cuando le dieron la terrible noticia de su muerte? Jesús no se detuvo, siguió su marcha generosa hacia la casa triste del dolor y de la muerte. Pues él, tristeza no tenía. Dolor, tampoco. Solo una grande y bondadosa disposición de ayuda y de servicio. No te preocupes, le dijo. Cree solamente, y será salva. Momentos después, tomando a la muerta por la mano, le dijo: Muchacha, levántate. Y ella se levantó. Jairo y su esposa, atónitos, felices. Una hija ya muerta, viva de nuevo para amarla, para vivir con ella la inmensa gratitud que nunca moriría (Luc. 8:41, 49-56).

Tampoco olvides, Teófilo: cuando lo crucificaron, los dirigentes judíos, las autoridades romanas, el pueblo, la gente de todos los pueblos, los pueblos de todo el mundo y el mundo de todos los tiempos, con su amor de siempre, sin recriminar a nadie, oró a Dios, diciendo: Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen (Luc. 23:34).

Las acciones amorosas de Jesús concordaban con su enseñanza del amor. Amen a sus enemigos, había dicho a sus discípulos, y hagan bien a los que los odian (Luc. 6:20, 27). Si debían hacer bien y amar a sus ene-

migos, ¿cuánto más a sus hermanos y sus amigos?

El evangelio era y es Jesús. Sus obras y sus enseñanzas. Su manera de ser y de vivir y de morir, por los demás. Su amor por todos, para que todos los que en él creyeran pudieran recibir, con él, vida y salvación, eternamente.

Tiempo: Hasta que fue al cielo (1:2a)

El evangelio tiene mucho que ver con el tiempo. El tiempo de la vida y de la muerte. Por causa del evangelio, el tiempo de la muerte llega a su fin; solo queda el tiempo de la vida. El tiempo de Jesús.

Estimado Teófilo, escribió Lucas, en mi primer libro, el Evangelio, me referí a todo lo que Jesús hizo y enseñó, desde el comienzo hasta el día en que fue llevado al cielo. Desde que salió del Padre, para nacer en el mundo, como bebé humano, hasta su regreso al Padre, en los cielos. Cuando el Creador fue declarado Hijo de Dios por la resurrección de entre los muertos (Rom. 1:4).

Vencida la muerte, solo quedó la vida. Para Jesús, la vida que engendra vida, como siempre tuvo; porque fue siempre Dios. Para los seres humanos, la vida, recibida de Jesús, que supera el tiempo de la muerte y se extiende, sin interrupción, por todos los siglos de la eternidad.

El Espíritu Santo y Jesús: Mandamientos y poder (Hechos 1:2b-8)

Lucas no demora en introducir la acción del Espíritu Santo. Ni puede hacerlo, porque tampoco se demoró el Espíritu Santo en comenzar su obra en favor de la iglesia. Estando en el aposento alto, la noche del quinto día de su última semana, Jesús dijo a sus discípulos:

—Yo rogaré al Padre, y él les dará otro Consolador que estará con ustedes para siempre, el Espíritu de verdad a quien el mundo no conoce, pero ustedes sí lo conocen, porque con ustedes vive y entre ustedes estará (Juan 14:16, 17).

Esta promesa de la presencia continua del Espíritu en el futuro de la comunidad apostólica, que en los discursos de Jesús, a esta altura de su vida, un día antes de la crucifixión, siempre incluye la iglesia, tiene que ver con la vida de ella y con su obra. Poco después, en el mismo discurso, Jesús describe la obra del Espíritu por la iglesia.

—El Consolador, les dijo, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho (Juan 14:26).

Gracias a que el Espíritu guía y conduce a la iglesia, esta se mantiene en la verdad, la verdad pasada, presente y futura, pues la verdad no se altera nunca, es siempre verdad (Juan 16:13). Esta obra del Espíritu por la iglesia iba a estar relacionada con el mundo, pues existe un dinamismo entre lo que Jesús enseñó a la iglesia, inolvidable para ella, y el mundo. El mundo tiene que ser convencido de pecado, de justicia y de juicio.

Sin la acción del Espíritu Santo esto sería imposible. Por eso, la promesa del Espíritu incluyó esta obra (Juan 16:8).

Lucas hace recordar a sus lectores que la promesa del Espíritu está en relación con los mandamientos, con el poder y con la testificación

El Espíritu transmite los mandamientos (1:2b)

Jesús, escribió Lucas a Teófilo, únicamente ascendió al cielo después de haber dado mandamientos, por medio del Espíritu Santo, a los apóstoles que había escogido.

Esos mandamientos eran semejantes a los Diez Mandamientos de la Ley moral, en relación con los cuales Moisés dijo:

–Dios habló y ordenó todos estos mandamientos (Éxo. 20:1).

Son como el mandamiento del amor que ordenó Jesús a sus discípulos, cuando les dijo:

–Esto les mando: Que se amen unos a otros (Juan 15:17).

En la misma categoría está el mandamiento de la misión.

–Con la autoridad que tengo en el cielo y en la tierra –ordenó Jesús a sus discípulos–, vayan y hagan discípulos de todas las naciones (Mat. 28:18, 19).

En este mismo contexto, Pablo y Bernabé, explicando a los judíos de Antioquía de Pisidia, después de que ellos los rechazaran, por qué se irían a los gentiles, dijeron:

–El Señor nos ha mandado así: Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra (Hech. 13:47).

Cuando Jesús, en persona, transmitió estas órdenes a sus discípulos, no estaba solo. El Espíritu Santo estaba con él y el Espíritu fue la Persona divina que colocó los mandamientos en el corazón de ellos, a fin de que por su poder y compañía pudieran comprenderlos, aceptarlos y cumplirlos.

El Espíritu Santo transmite poder (1:3-8a)

Lucas cuenta a Teófilo que, después de su muerte, Jesús, por cuarenta días, se apareció a los discípulos y les habló del poder de la resurrección, del poder del Reino de Dios y del poder del Espíritu Santo.

El poder de la resurrección

Después de padecer la muerte, escribió Lucas, Jesús se presentó vivo a sus discípulos con muchas pruebas indubitables.

Muchas demostraciones, hechos ciertos, muestras de poder. Algunas fueron simples. Comer, por ejemplo, para demostrar que no era un espíritu sino una persona real. Otras, más complejas y hasta milagrosas. Saber lo que exigía Tomás para creer y, con divina tolerancia, responder a sus exigencias mostrándole su costado y sus manos para que los tocara, y creyera.

¿Podía Jesús convencer a dos desanimados discípulos que viajaban por un camino de triste soledad y de silencio, pensando que estaba muerto y que ya nunca más podrían verlo? Podía, y lo hizo. Extrajo argumentos de las Escrituras. Hizo que los profetas adquirieran un nuevo significado antes sus mentes entorpecidas e incrédulas.

—¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas, antes de entrar en su gloria? —les dijo.

Finalmente, les abrió los ojos, ojos físicos y espirituales, para que lo reconocieran. Estaba ahí. Vivo. Ningún argumento más poderoso, para probar la resurrección de un muerto, que la presencia viva del muerto. El poder que actuó para resucitarlo fue su propio poder, fue el poder del Padre, fue el poder del Espíritu Santo. Fue el poder de Dios. Él era Dios. Aceptó la muerte en lugar de los pecadores y por ellos, para que ellos pudieran recibir la vida que era toda suya y que nadie podría habérsela quitado si él no la hubiera entregado voluntariamente y por sí mismo. Todo el poder de Dios se hizo visible en la resurrección de Jesús, pues en ella ofreció Dios la vida eterna a todo aquel que crea en él.

El poder del Reino de Dios

Jesús se presentó a sus discípulos durante cuarenta días, escribió Lucas, y les habló acerca del Reino de Dios.

No era la primera vez. Ya había hablado con ellos muchas veces, en forma directa, o a través de la multitud, mientras predicaba. Lo hizo por medio de parábolas, cuando explicó: El Reino de los cielos es semejante a diez vírgenes que esperan al esposo para sus bodas. Unas estaban preparadas para recibirla cuando él llegara; las otras, no. Las preparadas entraron con él en la fiesta de bodas; las otras quedaron fuera (Mat. 25:1-13). El poder del Reino llegó a ellas por medio del Espíritu Santo, que las ayudó en la debida preparación para la boda.

El Reino de los cielos, dijo también, es semejante a un hombre que se fue lejos y dio sus bienes a sus siervos para que los administraran. Cuando el hombre volvió hizo cuentas con ellos, y el que recibió cinco talentos y el que recibió dos fueron fieles, y entraron en el gozo de su señor. Pero uno fue infiel, y quedó fuera (Mat. 25:14-30). El poder del Reino, con justicia, discrimina las acciones de los seres humanos.

En otra oportunidad, Jesús dijo: El Reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo: invitó a muchos personajes importantes, supuestamente dignos de las bodas, pero ellos no hicieron caso de los siervos que fueron a llamarlos cuando llegó el tiempo de la boda, pues no eran dignos. Invitó el rey a los menos importantes, indignos, que andaban por los caminos. Todos fueron hechos dignos por el rey, y entraron en la boda con el traje de bodas que el mismo rey proveyó para todos indiscriminadamente. Pero, uno de ellos no quiso usarlo, y permaneció indigno como los primeros invitados. El rey, utilizando

todo el poder del reino, hizo dignos de la boda a unos y a los que no aceptaron sus reglas los dejó fuera, donde solo encontraron llanto, auto recriminaciones, destrucción y muerte (Mat. 22:1-14). El poder del Reino provee los medios para que los indignos que aceptan la provisión del Rey entren en él.

También les había hablado del Reino en expresiones de discurso directo.

—Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria —dijo en cierta ocasión—, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria.

Todas las naciones serán reunidas delante de él y apartará a todos ellos en dos grupos, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Las ovejas, a la derecha; a la izquierda, los cabritos. Los de la izquierda, por su vida egoísta, sin interés alguno en el prójimo, serán condenados al castigo de una eterna destrucción. Los que colocó a su derecha, que tanto bien hicieron a cada persona necesitada y, sin pretenderlo, sirvieron fielmente al Señor, recibirán el Reino preparado para ellos desde la fundación del mundo (Mat. 25:31-46).

El poder del Reino es vida para siempre.

El poder del Espíritu Santo

Y estando juntos, dice Lucas, les dio una orden que debían obedecer estrictamente: No salgan de Jerusalén, sino esperen la promesa del Padre. Esa promesa que ustedes oyeron de mí, relacionada con el envío del Espíritu Santo. Equivale a un nuevo bautismo. Juan bautizó con agua para arrepentimiento, pero ustedes, dentro de pocos días, serán bautizados con el Espíritu Santo. Será un bautismo de poder.

Los discípulos escucharon la orden, sin que, de su mente, se borra la fuerza y el poder del Reino. El poder de un reino es siempre más visible, más impresionante, más grandioso, más pomposo, más codiciable, más buscado que el poder espiritual del Espíritu. Por lo menos, la mente de los discípulos había sido más atrapada por las palabras sobre el Reino, que por la orden de esperar en Jerusalén hasta que recibieran el poder del Espíritu Santo.

—Señor —dijeron a Jesús—, ¿restaurarás el Reino a Israel en este tiempo?

Todavía, por la mente de los discípulos, como un fantasma triste, rondaba el reino de Israel. Esta pregunta de ellos fue la despedida final de ese reino que ya no volvería a incomodar la mente de ellos, pues la aclamación de Jesús fue taxativa y terminante.

—No les toca a ustedes —les respondió— saber los tiempos de eventos generales, ni el tiempo de los eventos específicos que el Padre colocó bajo el control de su propia autoridad.

La pregunta de ustedes es irrelevante. Ya no tiene sentido alguno, para ustedes ni para nadie. El poder del reino que ustedes han soñado para

Israel no está accesible para nadie, de Israel, en este tiempo. Sin embargo, para ustedes, israelitas convertidos al cristianismo, existe un poder disponible que deben recibir muy pronto. Es el poder del Espíritu Santo.

La testificación por el Espíritu (1:8b)

Cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo, recibirán el poder que aumentará la fortaleza, las habilidades, las capacidades y los medios de ustedes; y ustedes, en forma personal, serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y por todo el mundo, hasta el final de la tierra.

Presten atención cuidadosa a lo siguiente:

(1) En cuanto a la recepción del poder. Yo quiero que ustedes reciban el poder, y cuando el Espíritu llegue a ustedes para otorgárselo, tienen que asirlo por ustedes mismos. El Espíritu Santo no colocará en ustedes, por la fuerza, ninguna capacidad del poder que yo deseo para ustedes y que él está empeñado en otorgarles. La acción del Espíritu será siempre generosa, siempre determinada, siempre cierta. No faltará nunca. Pero, ustedes determinan si esa acción generosa queda con ustedes o si ustedes dejarán que ella se vaya, sin producir el aumento de las capacidades que, en ustedes, yo deseo.

(2) En cuanto al poder mismo. No se trata de un poder de comando, como si ustedes, desde el momento que reciban al Espíritu Santo, en adelante, se convirtieran en jefes que dan órdenes para que otros ejecuten la misión. Todos los cristianos tienen que ejecutarla.

El poder que les dará el Espíritu es una capacitación para que puedan realizar la misión, tarea que demanda más capacidades de las que ustedes naturalmente tienen.

Incluye el aumento de la fortaleza física y espiritual que ustedes tengan; la adquisición de habilidades que ustedes recibirán, aunque no tengan, entre otras, la buena disposición para la misión; la destreza para ejecutarla; el ingenio para vencer los desafíos; y la agilidad para negociar sin caer en sincretismos.

El poder del Espíritu Santo incluye, también, el aumento de capacidades, aptitudes, talentos, medios económicos y otros, para cumplir la misión. No les dará, el Espíritu, estos beneficios para que ustedes los usen, por pura vanidad, para el engrandecimiento de ustedes mismos. El negocio del Espíritu, y de ustedes también, no es la construcción de una fama personal, para ustedes, sino el cumplimiento de la misión; aunque también puede levantar su prestigio, si eso contribuyera a la misión.

(3) En cuanto a ser mis testigos. En primer lugar, esto es lo que yo espero de ustedes, y lo espero de la misma manera que espero obediencia cuando doy un mandamiento. La misión no es opcional, como algo que pueda hacerse o no, de acuerdo con el deseo de ustedes. La misión representa mi deseo, mi voluntad. Les estoy diciendo: Serán mis testigos. No les digo: Ojalá quieran ser mis testigos.

En segundo lugar, ser mis testigos significa estar siempre a mi favor y declararlo. Tienen que ser testigos objetivos y contar lo que realmente han experimentado conmigo, en su propia vida, y algo más. Ese algo más incluye el compromiso de estar conmigo, a favor de mí, bajo cualquier circunstancia y bajo cualquier tipo de riesgo, incluso el martirio. Solo así podrán ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. Pues, yendo a todo el mundo, encontrarán lugares de extrema intransigencia y agresiva intolerancia, donde no vacilarán en condenarlos a la muerte solo porque ustedes vivirán en armonía con mi estilo de vida y hablarán bien acerca de mí.

No se preocupen por los riesgos. Yo cuidaré de ellos. En algunas ocasiones, los librará de todo el mal que pretendan hacerles; pero habrá otras cuando su muerte será necesaria para que la gente crea el testimonio que ustedes le den. En esos casos, ustedes no perderán la vida que les he prometido. Solo se acortará el tiempo que viven ahora, antes de la eliminación del mal que existe en este mundo; porque la vida después, cuando el mal haya llegado a su fin, será para ustedes eterna; y esa vida nadie se las puede quitar. Entonces, los que testificaron por mí en este mundo tendrán, en el Juicio final, mi testimonio favorable a ellos, y ellos, absueltos de todo pecado, vivirán para siempre conmigo, en mi Reino.

Ascensión de Jesús: Promesa de regreso (Hechos 1:9-11)

Los discípulos estaban profundamente impresionados por el tamaño de la misión que el Señor les había dado. ¡Toda la gente! ¡Todo el mundo! ¿Cómo podremos? ¡Nosotros! Tan pocos y tan pobres. Pero el Espíritu Santo estará con nosotros. Su poder suplirá todo lo que necesitemos. ¿Cómo será eso? Caminando junto a Jesús, como en otros tiempos iban rumbo a Betania, acompañado a Jesús desde Jerusalén hasta la casa de sus amigos Lázaro, Marta y María, simplemente para visitarlos o para pasar la noche descansando, después de un día interminable de trabajo y de tensión. Caminando junto a Jesús hacia el cumplimiento de la misión, descansando en él, fortaleciéndose en él, con él viviendo para su propia gloria sin nunca pensar en las necesidades de ellos, porque junto a él tenían siempre todo lo que les faltara. Poder, todo el poder de Jesús, por la presencia del Espíritu Santo.

Siguieron caminando con Jesús mientras pensaban en su propio futuro.

Ascensión: Fue levantado (1:9)

Ocurrió en Betania. Al final del corto viaje se detuvo Jesús allí, y los discípulos, como habían hecho siempre, lo rodearon, atentos a la enseñanza que, en una ocasión como esa, sin duda, quería impartirles. Pero, todo lo que pudiera decirles ya lo había dicho. Pronto el Espíritu Santo estaría con ellos para hacerles recordar todas las cosas. Solamente ex-

tendió los brazos, con ese gesto, asegurándoles su bendición y su cuidado. Los ojos de todos, fijos en él. Tantas veces habían visto ese gesto en él. Les había comunicado, así, muchas veces, una sensación de seguridad y afecto, que volvieron a sentir. Esta vez, con un extraño sentimiento de algo nuevo. Comenzaron a sentirlo desde que comenzó a hablarles sobre el Espíritu Santo, y luego cuando les habló del Reino y del testimonio. El silencio de Jesús se los dijo de nuevo. También ellos callaron y, con reverente expectación, esperaron para ver lo que todos ellos presentían ya.

Lentamente, Jesús fue levantado hacia el cielo. No estaba levitando. Esa sensación de magia y de misterio no estaba ahí. Solo una impresión de lo divino y una fuerte evidencia de muchos servidores asistiendo, sin ruidos ni aspavientos, con la madura sencillez de los que saben. Todos allí sabían, incluyendo los discípulos, que el Hijo del Hombre había llegado al fin de la misión y que el Hijo de Dios volvía al Padre, dejando paz y redención en todos los creyentes. Continuaron viéndolo por un momento, hasta que lo recibió una nube y, cubriendolo, ocultó de ellos su figura magnífica, y ya no lo vieron más.

La promesa: Este mismo Jesús vendrá (1:10, 11)

Los ojos de ellos continuaban fijos en el cielo. Tal vez intentando ver más allá de lo visible. Queriendo tal vez retener con ellos, aunque fuera en la intención, al que una vez, después de anunciarles su partida, les había dicho:

—Vendré otra vez y los llevaré conmigo, para que donde yo estoy, también ustedes estén conmigo.

En ese instante, dos varones vestidos de blanco se pusieron junto a ellos y les dijeron:

—Hombres galileos, ¿por qué están ustedes detenidos mirando al cielo? ¿A quién desean ver? Este mismo Jesús que, de entre ustedes, ha sido llevado al cielo, por sí mismo, del cielo vendrá, como lo han visto ir al cielo. ¡Espérenlo! Vendrá otra vez. Nunca olviden su promesa.

Cuando enfrenten las dificultades propias de la misión y cuando sin dificultades puedan cumplirla, en forma cabal, recuerden: vendrá otra vez. Y, cuando vuelva, vendrá de la misma manera en que lo vieron partir, visiblemente. Tan visible que todos los vivos lo verán, hasta los muertos que hayan ido al sepulcro, creyendo en él, y también aquellos que lo crucificaron (Apoc. 1:7; Dan. 12:2).

Esperen. Nunca pierdan el sentido de expectativa, porque quien lo pierda también pierde la esperanza. No importa cuánto tiempo pase, sigan esperándolo para el tiempo de la vida de ustedes. Sigan creyendo en la inminencia de su Venida. Primero, porque puede venir en el tiempo de ustedes. Segundo, porque la esperanza tiene que ser propia de cada testigo, hasta que la misión se termine. Tercero, porque el triunfo de la misión

solo ocurre cuando Jesús vuelva, y ¿cómo podrían pensar que pueden ejecutarla, en su tiempo, sin creer en la inminencia de su retorno?

Los que abandonen su fe en la inminencia de la Segunda Venida abandonarán también la misión. Una verdadera tragedia, no para la misión, porque esta seguirá su curso hasta el triunfo final; sí para ellos, pues la inacción misionera tiende siempre a pasar, de la fe, hacia la indiferencia de la incredulidad. Esperen con esperanza. Crean y testifiquen. Pues Jesús vendrá otra vez y, así como lo han visto ir al cielo, vendrá y no tardará.

JERUSALÉN: PREDICACIÓN, ORGANIZACIÓN, PERSECUCIONES

En una sección relativamente corta (Hech. 1:12-7:60), Lucas concentró la historia del mismo comienzo de la iglesia. Ese comienzo tiene suma importancia. Recordemos que los hechos en la vida de la iglesia, desde los días apostólicos hasta la segunda venida de Jesús, siendo hechos históricos reales, semejantes a los hechos históricos de cualquier otra institución humana, tienen una dimensión espiritual que procede de su relación con Dios y una dimensión divina por la presencia del Espíritu Santo en ella.

El Espíritu Santo es el guía real de todas sus acciones, a menos que la iglesia elija desviarse de la revelación divina, hacia la apostasía de una acción independiente, inconsulta y rebelde a Dios, pero la iglesia tendrá siempre un grupo fiel a Jesús y la misión. Siendo así, los hechos históricos de la iglesia cristiana son tan válidos, para la enseñanza de los creyentes, de todos los tiempos, como válidos fueron los hechos del pasado, en la historia de Israel. Así, lo entendió Pablo y lo explicó a los cristianos de Roma en forma bien clara y directa:

“Las cosas que se escribieron antes”, les dijo, “para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Rom. 15:4).

La vida de la iglesia tiene una dimensión espiritual humana y otra divina. Ambas, mezcladas en una sola realidad divino-humana, surgen nítidamente de la historia escrita por Lucas. Realidad que todos los cristianos debemos admirar en la iglesia apostólica y, en nosotros, vivir como total integración con Jesús, Dios Hijo, y con Dios Padre. Como veremos, este tipo de integración superior solo se hizo y se hace posible, para la iglesia, por la obra que el Espíritu Santo realizó y realiza en ella. Por eso, la realidad divino-humana de la iglesia constituye su propio ser. Un ser al mismo tiempo espiritual y terreno, práctico y sublime, que, en la misión, se vuelve historia y vida eterna.

Primeras acciones (Hechos 1:12-2:47)

La vida de la iglesia tenía que comenzar en Jerusalén, y allí comenzó. Los discípulos no perdieron tiempo. Atendieron primero un asunto administrativo que debía ser resuelto. Eligieron un reemplazante de Judas en el grupo apostólico. Luego se prepararon para la recepción del Espíritu Santo. Nada fue casual. Ni la organización de la iglesia, ni la vida espiritual, ni la misión surgieron por generación espontánea. Ellos así lo entendieron, y actuaron con determinación y eficiencia.

Elección de Matías: Procedimiento y dirección divinos (1:12-26)

Entonces, escribió Lucas, desde el monte que se llama el Olivar, los discípulos volvieron a Jerusalén. Desde ese monte, Jesús había sido levantado hacia el cielo, en su viaje de retorno al Padre y al gobierno de todo el universo. El monte de los Olivos no estaba lejos de Jerusalén. Solo el camino de un sábado. Es decir, la distancia que, según la ley judía, un israelita, sin transgredir el cuarto Mandamiento de la Ley moral, podía caminar durante el sábado. Flavio Josefo dice que Betania estaba a cinco estadios, más o menos un kilómetro, de Jerusalén.

Cuando llegaron a la casa en la que se hospedaban, escribió Lucas, subieron al aposento alto, donde se alojaban los once apóstoles. Lucas menciona los nombres de todos, organizados en cuatro grupos. ¿Ya estructurados para la misión? Primer grupo: Pedro, Juan, Jacobo y Andrés. Segundo: Felipe y Tomás. Tercero: Bartolomé y Mateo. Cuarto: Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. Vivían en comunidad.

Sabían que no permanecerían físicamente juntos por mucho tiempo, pues tendrían que trabajar también en Judea, en Samaria y por todo el mundo. Pero, hasta que recibieran el poder del Espíritu Santo, podían estar juntos, y disfrutaban la compañía de todos. Tuvieron oportunidad para superar sus diferencias, para integrarse los unos con los otros sin la ambición por los primeros lugares que antes los había separado, para apreciar los valores que cada uno tenía, para darse cuenta de que todos eran necesarios para la misión; y la aprovecharon. Con humildad, se pidieron disculpas y manifestaron su firme propósito de actuar siempre en unidad. A menudo se reunían todos ellos, con María madre de Jesús, con los hermanos de él y con las mujeres, posiblemente María Magdalena, Juana, Susana, las esposas de los apóstoles casados y otras. Los hermanos de Jesús, que dudaban de él cuando trabajaba en Galilea, habían superado sus dudas y, como los once discípulos, creían que Jesús era el Hijo de Dios y el Mesías prometido. Todo el grupo estaba unido en un solo pensamiento, oraban juntos y juntos se preparaban para las acciones futuras que todos esperaban.

Un día de esos, hicieron una reunión con todos los creyentes. Eran ciento veinte personas. Hombres y mujeres. Estaban todos allí. No había machismo cultural, ni feminismo reivindicativo. La iglesia nació libre de las presiones culturales externas, con una actitud contracultural, pero no anticultural. No era enemiga de la cultura, ni se dejó influir por ella. Tomó su propio curso, bajo la dirección de Dios. La pidió en oración, desde el mismo comienzo de su existencia.

Pedro tomó la palabra y pronunció su primer discurso. Ningún complejo. Ya no había ninguna disculpa que pedir. Todo estaba en orden y nadie recordaba más sus errores del pasado. Todos habían aceptado la restauración que le ofreció Jesús junto al Mar de Galilea y sospechas,

ya no había. Tenía una propuesta que hacer y la hizo en el mejor estilo cristiano. Basada en ella, la iglesia tomó una decisión sin presiones de nadie. Propuesta y decisión, emblemáticas en su forma de presentación y en el procedimiento que siguieron; bajo la inspiración del Espíritu Santo. Lucas describió el procedimiento, para mostrar a sus lectores la manera cristalina, espiritual, basada en las Escrituras y sujeta a la voluntad de Dios en que procedió la iglesia en sus negocios internos. En nada parecidos a los procedimientos políticamente corruptos, egoístas y, muchas veces, cargados de presiones violentas del Imperio.

El discurso de Pedro (1:15-22)

Un discurso muy breve. Tiene dos partes: la primera es una sólida fundamentación basada en la Escritura, y la segunda es la propuesta. Va directamente al asunto.

(1) *Fundamentación de la propuesta.* Hermanos, dijo Pedro, tenía que cumplirse la Escritura que, por boca de David, había predicho el Espíritu Santo. De paso, dice el modo en que las revelaciones de Dios llegan a sus destinatarios. Dios elige un instrumento humano, en este caso David, y el Espíritu Santo trabaja con él para colocar en su mente lo que, de parte de Dios, debe comunicar. En el caso referido por Pedro, se trataba de una profecía. Toda profecía posee un contenido de cumplimiento futuro.

La profecía, dijo Pedro, es acerca de Judas, el que sirvió de guía para los que prendieron a Jesús. Él era miembro de nuestro grupo y recibió, de parte del Señor, no lo usurcó, un rango de importancia en este ministerio.

Ese rango de importancia, en griego *kléros*, más tarde dará origen al concepto de clérigo. Lo perdió. No necesita repetir la causa; ya la dijo. Solamente describe las consecuencias de su traición y lo hace de la manera más trágica posible. Hace recordar que el dinero recibido por la traición, salario de su iniquidad, compró un campo y que al quitarse la vida cayó de cabeza, se reventó por la mitad y sus entrañas se derramaron. Luego da el nombre del campo: Acéldama, campo de sangre.

Entonces, cita dos textos de Salmos, profecías que aplica a Judas. Primero, sea hecha desierta su habitación y no haya quien more en ella (Sal. 69:25), con el cual explica el trágico fin de Judas. Segundo, tome otro su oficio (Sal. 109:8). Con estas profecías abre el camino para la propuesta que luego presenta a la asamblea de creyentes.

(2) *Propuesta.*

Por tanto, dijo, es necesario que uno de los hombres sea hecho testigo de la resurrección, para que se una a nosotros. Un varón que haya estado con nosotros todo el tiempo mientras Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo realizado por Juan hasta el día cuando, de entre nosotros, fue recibido arriba.

Pedro cubrió todo. Dio las razones que produjeron la vacante. No fueron intrigas, ni cuestiones personales, ni maniobras políticas. Fue

el procedimiento traidor del que tenía el oficio anteriormente. Pedro lo dijo sin eufemismos, en forma directa, clara y completa. Ningún intento de salvar la cara de nadie, ni de cubrir las razones reales con explicaciones de conveniencia para nadie. Lo único que Pedro tomó en cuenta, como siempre ocurre en el Escritura, fue la realidad de lo ocurrido.

Al informe de lo que Judas había hecho realmente, agregó los contenidos de la Escritura que se aplicaban al caso. Ninguna luz mejor que la luz de la Revelación para ver con claridad la forma de solucionar los problemas que la iglesia tenga.

Había que elegir un hombre. Y Pedro propuso la elección. No ofreció un nombre como candidato. Describió las características que debía tener el hombre elegido. Características que lo calificaban para cumplir bien el oficio vacante. Luego, en la historia de Lucas, sigue lo que hizo la iglesia.

El proceso de la elección (1:23-26)

La elección siguió un proceso simple. Varios hechos realmente notables con los que la iglesia cristiana se posicionó contra el gobierno dictatorial, contra el control del gobierno por parte de grupos con intereses propios, contra la manipulación de los electores y a favor de la transparencia, de la conducción divina, de la espiritualidad en el proceso.

(1) *Prepararon una lista de candidatos.* Propusieron a dos, dice Lucas: a José llamado Barsabás, apodado el Justo, y a Matías.

¿Quiénes propusieron los nombres? Evidentemente la asamblea, porque Pedro, con su propuesta, se había dirigido a ella. No era necesario nombrar una comisión de nombramientos, porque la asamblea no era muy numerosa. Solo ciento veinte personas. De algún modo, llegaron a una lista con dos nombres propuestos.

¿Propuestos a quién? No fueron propuestos a los apóstoles, para que ellos hicieran la elección final. Tampoco a un apóstol específico quien, como cabeza dirigente, decidiera solo. Por lo que sigue, la asamblea hizo la propuesta a Dios.

(2) *Sometieron los candidatos a Dios en oración.*

—Señor —le dijeron—, tú que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has elegido para que tome el lugar, en este ministerio y apostolado, que Judas abandonó por transgresión, para irse a su propio lugar.

Ellos conocían las características externas de los dos candidatos. Sabían que habían estado junto con los once apóstoles, todo el tiempo que Jesús estuvo entre ellos. Pero no conocían su interior. Por eso, en última instancia, todos los hombres que integren el ministerio, en la iglesia, no los elige la iglesia, sino Dios. Dios utiliza la iglesia, como su instrumento, pero el instrumento no debe jamás usurpar la decisión final que solo corresponde a Dios. No puede decir: la elección de los ministros es una cuestión puramente eclesiástica, en el sentido de que la determinación de quienes puedan ser ministros y la elección de ellos

sea una decisión de la iglesia, independiente de la voluntad de Dios.

La primera asamblea de la iglesia cristiana, cuyo primer asunto administrativo fue la elección de un ministro, para integrar el grupo apostólico, no lo entendió así. Se sometió a la voluntad de Dios y siguió la orientación divina. ¿Cómo produjo Dios su orientación?

(3) *La asamblea votó.*

Entonces echaron suertes sobre ellos, dice la traducción de lo que Lucas escribió, y la suerte cayó sobre Matías, quien fue contado con los once apóstoles.

¿Fue este echar suertes como tirar una moneda al aire para saber qué elegir, o fue como usar dados para saber de qué lado está la suerte con respecto a una apuesta? La respuesta obvia es no. Y la razón es sencilla. La moneda en el aire y el rodar de los dados no son instrumentos que Dios usa para expresar su voluntad. Cuando están en el aire o rodando, sin control racional alguno, Satanás puede manejarlos con suma facilidad y, bajo la superstición de que Dios pudiera intervenir a través de ellos, imponer su voluntad en los asuntos que, así, estuvieran en juego para una decisión. "Echar suertes para elegir los dirigentes de la iglesia no está en el sistema de Dios". Dios influye en las decisiones de la iglesia utilizando la mente de sus hijos, la Escritura y al Espíritu Santo. (Elena G. de White, *Carta 37, 1900*).

Cuando la asamblea oró, Dios impresionó la mente de ellos y ellos, al expresarse, lo hicieron bajo esas impresiones. ¿Cómo se expresaron? La siguiente frase lo explica:

"Fue contado con los once apóstoles".

"Fue contado" es la traducción de una expresión griega que significa "fue votado contando las piedras". Eran piedras pequeñas, negras y blancas. Las blancas eran voto positivo y las negras, negativo. Este tipo de votación implicaba un intercambio previo de opiniones, que se expresaban en alta voz. Pablo usa el mismo término cuando cuenta al rey Agripa los daños que él, antes de su conversión, hizo contra los cristianos, en Jerusalén.

—Y cuando los mataban —le dijo— yo di mi voto. (Hech. 26:10.)

Después de votar, contaron las piedras y eligieron oficialmente a Matías para que ocupara la vacante que Judas dejó. La votación fue libre. Cada miembro de la asamblea, por medio de la oración colectiva, dejó su mente abierta a la influencia del Señor, para que él, como anteriormente había elegido a sus apóstoles, eligiera al que faltaba. Y él lo hizo expresando su voluntad a través de la mente de todos los que votaron.

Del mismo modo, la iglesia cristiana, en todos los tiempos, debiera decidir sus asuntos administrativos. Por votación libre. Cada votante, sin coerciones de ninguna naturaleza, con la mente abierta a la influencia del Espíritu Santo, vota. Los asuntos que afecten a la iglesia local, por los

miembros de la iglesia local; los que afecten a un grupo de iglesias en un territorio específico, por los delegados de ese territorio; y así sucesivamente, hasta llegar a los asuntos que afecten a la iglesia mundial, cuyas decisiones debieran ser hechas por los representantes de la iglesia mundial, reunidos en asamblea debidamente convocada. Veremos más adelante que el ministerio, las doctrinas, las prácticas de la iglesia y el estilo de vida de sus miembros eran asuntos que afectaban a la iglesia mundial.

Libre expresión, voto personal ante Dios y la conciencia de cada uno, ausencia de presiones para inclinar la votación en la dirección establecida por alguna persona en particular o por los líderes, profunda espiritualidad en el proceso, sumisión incondicional a la voluntad de Dios, votación general de todos los presentes en la asamblea, integrada por hombres y mujeres, fueron los principios que guiaron la primera asamblea administrativa de la iglesia cristiana apostólica.

Pentecostés: Recepción del poder (2:1-13)

Ocurrió en Pentecostés. Los días que precedieron a la fiesta, los discípulos estaban todos juntos. Unidos. Lucas ya había informado acerca de la unidad espiritual de sus pensamientos ocurrida después de la ascensión de Jesús, apenas volvieron del Monte de los Olivos (Hech. 1:14). Al llegar la fecha de la fiesta, presintiendo que el tiempo de recibir el poder estaba llegando, agregaron un elemento más a su unidad. La acción. Sus mentes se acercaron aún más, entre sí, y con su Señor, motivadas por la misión cuyo comienzo, para ellos, tenía que ocurrir en cualquier momento, y estaban listos. Habían confesado sus pecados y sentían el perdón. Analizaron sus pensamientos y sus sentimientos con profundo escrutinio, tratando de descubrir en ellos cualquier resquicio de egoísmo. No lo había. Solo un intenso deseo de redimir el tiempo y, con todas sus energías, consagrarse a la misión. Pedían capacidad para ejecutarla y disposición para hablar el evangelio a la gente, utilizando el trato diario normal y cualquier otra oportunidad que se les presentara.

De repente, vino del cielo un estruendo con un viento fuerte que llenó toda la casa donde ellos estaban. Había llegado el momento. "Cuando Cristo entró por los portales celestiales, fue entronizado en medio de la adoración de los ángeles. Tan pronto como esta ceremonia hubo terminado, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en abundantes raudales, y Cristo fue de veras glorificado con la misma gloria que había tenido con el Padre desde toda la eternidad. El derramamiento pentecostal era la comunicación del Cielo de que el Redentor había iniciado su ministerio celestial. De acuerdo con su promesa, había enviado al Espíritu Santo del cielo a sus seguidores como prueba de que, como Sacerdote y Rey, había recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra, y era el Ungido sobre su pueblo" (Elena G. de White, *Los hechos de los*

apóstoles [Buenos Aires: ACES, 1977], p. 32).

Aparecieron unas lenguas de fuego que descendieron sobre cada uno de los discípulos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo. Comenzaron a hablar en otros idiomas, como el Espíritu les daba que hablasen. Había una razón muy grande por la cual el Espíritu Santo actuó con ellos de esa manera. Estaban en Jerusalén, por causa de la fiesta, judíos piadosos que, procedentes de todas las naciones existentes bajo el cielo, habían llegado a Jerusalén para adorar. Integrantes de la diáspora judía. Muchos de esos judíos dispersos por todo el mundo habían nacido en los países en los que vivían y solo hablaban el idioma local.

Cuando oyeron el estruendo, se juntaron en torno a los discípulos, que comenzaron a hablarles en los distintos idiomas de ellos. Se asombraron. ¿No son galileos estos que hablan?, preguntaban. ¿Cómo, pues, los oímos nosotros hablando cada uno en nuestro idioma, en el que hemos nacido? El mundo de entonces estaba presente allí. Desde el Imperio Parto, más allá de Persia, en el oriente, hasta Roma en el occidente. Y desde el Ponto, en el norte, junto al Mar Negro, hasta Egipto y más allá de Cirene, África, en el sur.

La enumeración de los lugares, ofrecida por Lucas, es detallada. Dice que había partos, medos, elamitas, gente de Mesopotamia, de Capadocia y el Ponto, de Asia, Frigia y Panfilia, de Egipto y las regiones de África más allá de Cirene, romanos tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes.

¿Qué quiere decir esto?, se preguntaban muchos. Atónitos y perplejos, no sabían que Dios estaba haciendo un gran milagro para que ellos escucharan el evangelio y para que ellos mismos lo llevaran a todo el mundo. Y lo harían. Cuando llegaran a sus lugares, por convicción o sin ella, pues los incrédulos nunca faltan, contarían esta extraordinaria experiencia que, en ese momento, comenzaban a vivir en Jerusalén. Y los incrédulos ciertamente estaban allí. Están borrachos, dijeron ellos.

Primer discurso de Pedro: Jesús, Señor y Mesías (2:14-36)

—Estos no están borrachos como ustedes suponen —comenzó Pedro su discurso.

Era el primer discurso de Pedro, bajo la acción del Espíritu Santo, que estaba operando en él, como en todos los demás discípulos. Se dirigía Pedro a los judíos de la diáspora y todos los habitantes de Jerusalén.

—No pueden estar borrachos, puesto que es la hora tercera del día.

Las nueve de la mañana. Hora de trabajo. Nadie comía ni bebía a esa hora. Desayunaban antes de ir al trabajo, que comenzaba a las seis de la mañana. Y comían la comida principal, de solo dos comidas al día, cuando el trabajo terminaba, poco antes de la puesta del sol.

Luego de esa aclaratoria introducción, entró de lleno en el tema de su discurso, que aparece claramente enunciado en la conclusión, cuando dice: Sepa, pues, ciertísimoamente, toda la casa de Israel, que a este

Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios ha hecho Señor y Cristo. El tema, entonces, fue: Jesús, Señor y Mesías.

Los argumentos que Pedro utiliza para probar que Jesús es Señor y Mesías son los siguientes:

1. *Según Joel, es el Señor que trae salvación* (2:16-21). En realidad, lo que está ocurriendo es lo que el profeta Joel anunció, dijo Pedro, y citó textualmente la profecía de Joel 2:28 al 32, donde Dios revela su plan de otorgar las bendiciones espirituales al Estado de Israel restaurado, inaugurando el Reino mesiánico, inmediatamente después del cautiverio babilónico. Pero Israel no cumplió las condiciones. Por eso, la bendición del Espíritu, como promesa y como realidad, pasó a la iglesia cristiana.

La profecía, de acuerdo con la interpretación de Pedro, debía cumplirse en dos momentos específicos: en los últimos días, últimos días de la nación israelita, como pueblo de Dios, o comienzos de la iglesia cristiana; y antes del Día del Señor, o Día del Juicio Final. Lo que están presenciando es el primer cumplimiento.

La profecía también informaba cómo se cumpliría el derramamiento del Espíritu Santo: visiones, sueños, profecías. Tomando como base la familia entera: padre, madre, hijos, hijas, abuelos y abuelas, siervos y siervas, estos dones serían otorgados a todos indiscriminadamente. Lo mismo ocurrirá antes de que llegue el Día del Señor, antes del Juicio Final, que será precedido y anunciado por señales especiales en la tierra, en el sol y en la luna.

Entre estos dos momentos de la historia cristiana, el primer derramamiento del Espíritu Santo, lluvia temprana, y el segundo momento, lluvia tardía, todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. La salvación viene por medio de Jesús; él es el Señor.

2. *Aprobado por Dios con maravillas, prodigios y señales* (2:22, 23). Jesús de Nazaret, continuó Pedro, fue un hombre aprobado por Dios, delante de ustedes. Les mostró su aprobación por medio de las maravillas, los prodigios y las señales que Dios hizo entre ustedes, por medio de él. Ustedes lo vieron, fueron los beneficiarios de sus milagros, y por eso lo saben bien. Sin embargo, sabiéndolo Dios anticipadamente y en armonía con su plan, ustedes lo prendieron y lo mataron, crucificándolo con la mano de los inicuos. Y ustedes lo saben. Saben bien que ningún mortal, por sí mismo, puede hacer todas esas maravillas. Solo el Hijo de Dios puede. Ni puede ningún mortal morir como él murió, pero él pudo porque era el Hijo de Dios.

3. *Dios lo resucitó* (2:24-28). Además, Dios lo resucitó. Destruyó los dolores de la muerte, pues era imposible que fuese retenido por ella. ¿Por qué imposible? Jesús era el Señor, y el Señor tenía que resucitar.

David lo dijo, y todos ustedes lo saben:

“A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma;

mi carne también reposará confiadamente; porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Sal. 16:8-11).

David no se refiere a sí mismo, argumenta Pedro, porque él murió y su cuerpo se corrompió. Solo Jesús de Nazaret puede ser el Mesías, porque Dios lo resucitó y su cuerpo no quedó en el sepulcro para corromperse.

4. *Es la descendencia de David (2:29-32).* David fue sepultado y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy, siguió diciendo Pedro. Pero, como él era profeta y sabía que Dios, con juramento, le había prometido que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo, para que se sentara en su trono, habiendo visto de antemano lo que le ocurriría, habló de la resurrección de Cristo, el Mesías, que su alma no sería dejada en el Hades, ni su carne vería corrupción. A este Jesús, descendiente de David, el Mesías, resucitó Dios, y todos nosotros somos testigos de estas cosas.

5. *Jesús subió a los cielos y envió al Espíritu Santo (2:33-35).* Así que, la conclusión inevitable es esta, dijo Pedro. Ya que Jesús fue exaltado por la diestra de Dios, y valiéndose de la promesa sobre el Espíritu Santo, hecha por Dios, derramó esto que ustedes ven y oyen. No fue David quien subió a los cielos, pues él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Fue Jesús. Y, porque él subió al Padre, envió al Espíritu Santo. Sepan bien, todos ustedes, israelitas, que a este Jesús, crucificado por ustedes, Dios lo ha hecho Señor y Cristo.

El diálogo de la conversión: Resultados (2:37-42)

La argumentación de Pedro, para la mente israelita de la época, fue extremadamente convincente. Unió las profecías mesiánicas, bien conocidas por sus oyentes, con la experiencia que todos los habitantes de Jerusalén habían tenido sobre Jesús y que los extranjeros, llegados allí para asistir a la fiesta, habían oído de ellos desde que llegaron a Jerusalén. Escritura y experiencia personal de los oyentes, integrados por la fe de convicción sólida y atractiva del predicador, produjeron uno de los mejores sermones de la iglesia cristiana del tiempo apostólico y de siempre. Por eso, generó un diálogo entre Pedro, el predicador, y sus oyentes:

Al oír esto, dice Lucas, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Hermanos, ¿qué haremos?

La convicción de Pedro, clara y sin vacilaciones, con respecto a Jesús como Señor y Mesías, produjo convicción en sus oyentes. Los convenció de que Jesús, en verdad, era el Mesías. La convicción, cuando auténtica, siempre se manifiesta en acciones. Por eso, lo primero que pensaron los oyentes de Pedro, cuando se convencieron, fue: ¿Qué haremos?

Procedían de muchos lugares del mundo, dispersos y distantes, pero eran todos judíos. ¿Era esa una pregunta legalista o no? Sería muy superficial someter a juicio la reacción de gente cuyo corazón fue tocado espiritualmente, sin tomar en cuenta ese nivel de profundidad en la reacción. No, ciertamente no pedían una religión de salvación por obras. Querían responder a Jesús de una manera total. Por eso, Pedro no argumentó con ellos. Simplemente cubrió, con su respuesta, la totalidad de la persona. Lo interno y lo externo.

Arrepíéntanse, les dijo, atendiendo, así, la dimensión espiritual de ellos, y bautícese cada uno de ustedes, demandando, de ese modo, una acción externa y visible. La religión cristiana no es un misticismo espiritual cuyos contenido y expresión totales se reduzcan a lo que está dentro de la persona cristiana. Abarca sus capacidades espirituales internas y sus acciones externas, sin despreciar una, ni la otra. El cristianismo es una religión para la persona entera. El bautismo tenía que ser en el nombre de Jesucristo, para perdón de los pecados y para la recepción del Espíritu Santo. La promesa del Espíritu Santo no era solo para los apóstoles o dirigentes. Era para todos los cristianos.

—Para ustedes es la promesa —dijo Pedro—, para sus hijos y para todos los que están lejos. Para cuantos el Señor nuestro Dios llame.

Esto, naturalmente, incluía los llamados en el tiempo de los apóstoles y en todos los tiempos que vinieran después de ellos. Ocurre que, sin la presencia del Espíritu Santo, no es posible, para nadie, nunca, vivir el cristianismo con autenticidad. Y no existe un cristianismo hipócrita. Lo que puede existir son cristianos hipócritas, pero el cristianismo como tal, como creencia y modo de vida, como imitación de la persona entera de Jesús, no puede ser falso. Para que ese cristianismo sea una realidad en la persona creyente, necesita la acción del Espíritu Santo, en su vida. Acción por presencia real. El Espíritu Santo no realiza acciones virtuales; todas ellas son reales, hechas a la medida de la persona cristiana, en ella, con ella, para el servicio de los demás y para gloria de Dios.

El punto de partida para una vida cristiana genuina es el arrepentimiento como acción de arrepentirse.

Arrepentirse implica saber lo que es el arrepentimiento, para transformar ese conocimiento en vida. Experimentar un cambio de corazón, abandonando el corazón de piedra y adquiriendo un corazón de carne, por obra del Espíritu Santo, donde él escribe las leyes de Dios y todo el estilo de vida aprobado por Jesús. Es un cambio del estilo de vida propio, egoísta y pecador, por el estilo de vida cristiano, centrado en Cristo, para servir a los demás y para glorificar a Dios.

Cambian los pensamientos y las actitudes con respecto al pecado y a la justicia. Ya el pecado no produce placer sino tristeza y rechazo. La sola insinuación de su presencia provoca una especie de asco espiritual, náusea, repulsión. Una repugnancia que nace de las vísceras espirituales.

les más íntimas de la persona arrepentida.

El arrepentimiento produce un cambio de la mente y la conducta. Modifica los pensamientos y las acciones. La justicia se convierte en una atracción y un gozo, porque el pecador arrepentido la posee por regalo de Jesucristo, como justificación; y la vive, por obra del Espíritu Santo, como santificación.

A la predicación siguió el testimonio.

Con otras muchas palabras, escribió Lucas, Pedro testificaba y los exhortaba, diciendo:

—Sean salvos de esta perversa generación.

El resultado del primer sermón fue extraordinario:

Los que recibieron su palabra, agregó Lucas, fueron bautizados, y se añadieron aquel día como tres mil personas.

Un crecimiento asombroso. Unas horas antes eran ciento veinte; después de la predicación, en el día de pentecostés, tres mil ciento veinte. Un aumento del dos mil quinientos por ciento. Además de eso, la calidad de vida espiritual y comunitaria que vivían esos nuevos cristianos, que Lucas define con la palabra “perseveraban”: estaban dedicados continuamente, con intenso esfuerzo, enfrentando cualquier clase de dificultades que pudieran surgir.

Perseveraban en cuatro actividades o experiencias clave de la vida cristiana (Hech. 2:42).

(1) *En la doctrina de los apóstoles.* No significa que los apóstoles hubieran inventado una nueva doctrina, propia de ellos, diferente de las enseñanzas del pasado. Tampoco era un credo. El llamado Credo de los Apóstoles, derivado del Antiguo Credo Romano (s. IV), solo adquirió su forma actual en los siglos VII y VIII. La doctrina de los apóstoles estaba basada en la palabra de Dios y era la misma doctrina del Señor (Hech. 13:5, 7, 12). La recibieron directamente de Jesús y a través del Espíritu Santo. Por eso era autoritativa y confiable como la Escritura.

Después del día de Pentecostés, continuaron enseñando la Escritura, especialmente lo que ellas decían acerca de Jesús, de la Creación, de la manera en que Dios dirige el mundo, de la resurrección, del arrepentimiento, del Juicio y todo el evangelio (Hech. 17:18, 19, 24-32).

Los nuevos cristianos perseveraban en oír y en practicar la enseñanza de los apóstoles. Cada vez que un apóstol predicaba o enseñaba, ellos estaban presentes, nunca faltaban a las reuniones de la naciente iglesia; perseveraban en ellas.

(2) *Perseveraban en la comunión unos con otros.* Vivían en koinonía. Con la íntima relación que se produce, en un grupo pequeño, cuando todos tienen igual derecho a un regalo común, o a una herencia recibida. Esa asociación dura hasta que el regalo, o la herencia, se ha repartido. Después se deshace el grupo. Solo que la integración de los cristianos se producía por Jesús, el regalo de Dios, otorgado a todos los que creían.

Cuanto más se repartía, más presente estaba, entre ellos, más personas se agregaban a ellos, y el grupo, por permanecer en él, permanecía como grupo para siempre.

El modo de perseverar en este compañerismo era doble: estaban con Jesús siempre y siempre lo compartían con otros.

(3) *Perseveraban en el partimiento del pan.* Entre los judíos, partir el pan significaba comer, refiriéndose a las comidas normales de cada día. Perseverar en el partimiento del pan, según esto, podría significar que muchas veces comían juntos disfrutando de una integración comunitaria muy rica. Más tarde, cuando la crisis provocada por una hambruna azotó la ciudad, los cristianos compartieron, en comunidad, lo que tenían; para que a nadie le faltara el alimento necesario. Una acción natural para quienes ya tenían costumbre de comer juntos.

Lucas señala el sentido espiritual que tenía, el partimiento del pan, para la vida de la comunidad cristiana. Indicando, posiblemente, que a menudo celebraban el servicio de la comunión, con la constante participación de todos. Lo que constituye un testimonio de la excelente integración que había entre ellos y que todos ellos tenían con Jesucristo.

(4) *Perseveraban en las oraciones.* Todos oraban constantemente. Cada uno en forma personal y todos juntos, como grupo. Abrían su corazón a Jesús como a un amigo. No era extraño, entonces, que la vida del grupo fuera tan atractiva para todos los que ya habían creído la doctrina de los apóstoles y los que la escuchaban por primera vez.

Primeros conversos: Estilo de vida (2:43-47)

Resumiendo, dice Lucas que un temor respetuoso, por los cristianos, se apoderó de toda la gente y los apóstoles hacían muchas señales y maravillas. Además, todos los creyentes estaban juntos, como si hubieran sido una sola persona, y tenían en común todas las cosas. Vendían sus bienes y sus propiedades y, de acuerdo con las necesidades de cada uno, los distribuían entre todos. Devotamente, cada día, estaban juntos en el Templo, partían el pan en las casas, compartían unos con otros el alimento, comían con alegría, sus corazones estaban exentos de complejidades, alababan a Dios, contaban con el favor de todo el pueblo y el Señor añadía a ellos, cada día, a los que habían de ser salvos.

¡Qué experiencia! Digna de ser imitada. Se había juntado, en la vida de seres humanos pecadores y perdidos, la más auténtica realidad del evangelio con el máximo poder del Espíritu Santo, y las personas antes esclavizadas por el pecado vivían libres en Cristo Jesús.

Fácil, ¿verdad? Solo aceptar el regalo de Dios. Solo creer en Jesús. Solo entregarse al Espíritu Santo. Solo vivir por la fe. Solo sentir lo que hay que sentir. Solo hacer lo que se debe hacer. Solo tener un corazón sin complicaciones egoístas y un espíritu con actitudes humildes. Solo ser, en Cristo, lo que en la carne él fue. Jesús añadirá multitud de con-

versos, cada día, y la atracción de la vida cristiana coherente mantendrá a todos en la iglesia, hasta que él venga.

Curación de un cojo: Consecuencias (Hechos 3:1-4:31)

Un cojo, en el tiempo de los apóstoles, mucho más que ahora, dependía enteramente de los demás. No podía trasladarse por sí mismo, y el hecho de que estuviera en el Templo pidiendo limosna indicaba que había personas generosas con él: las que le daban limosnas y, especialmente, las que lo llevaban al Templo y lo retornaban a su casa cada día. Lo llevaban temprano y lo dejaban allí durante todo el día para recogerlo en la tarde, cerca de la puesta del sol, cuando casi todas las actividades comunitarias terminaban en Israel.

Una rutina diaria. ¿Cansadora para sus protectores? Posiblemente, sí. Toda rutina resulta cansadora, más o menos, dependiendo de la motivación que tengan las personas sometidas a ella. Si amaban al cojo por ser parientes de él, o amigos, tenían la mejor motivación para ayudarlo, y la rutina, posiblemente, no los cansaba ni los aburría. En todo caso, al final del día, lo único que producía alguna expectativa, en sus protectores, era la magra cantidad que el cojo hubiera reunido, pues variaba cada día de acuerdo con la generosidad de los adoradores.

El milagro: Entró en el Templo (3:1-10)

Un día todo cambió para él, casi sin tiempo en el tiempo. El cojo había pasado casi todo el día repitiendo su rutina diaria. Lo trajeron temprano y lo dejaron junto a la puerta llamada La Hermosa. Nombre desconocido. Ninguna descripción del Templo, bíblica o extrabíblica, la menciona. Los eruditos han tratado de identificarla con alguna de las puertas, ya que se conocen los nombres de todas ellas, pero en vano. Símbolo de la vida anónima que vivía el cojo. Lo único seguro es que se trataba de una entrada al Templo y que el cojo era dejado en esa entrada, sin nunca haber podido entrar en él. No iba allí para adorar a Dios. Iba para pedir limosna.

A las tres de la tarde, ese día, el cojo de nacimiento, inmóvil por cojo y por atrofia de sus músculos sin actividad durante cuarenta años, vio a dos hombres que se aproximaban. No los conocía. Ni le importó eso. Siguió su rutina. Extendió la mano hacia ellos, rogándoles que le dieran una limosna.

¿Cuánto esperaba de ellos? Su agotada imaginación no produjo cifra alguna. Lo que fuera. Siempre ocurría lo mismo. Los pocos que le daban algo lo hacían como de paso, sin detenerse, sin mirarlo siquiera. Solo miraban su mano y, colocando la limosna en ella, entraban en el Templo.

Pedro y Juan se detuvieron. Fijando los ojos en él, Pedro le dijo:

—Míranos.

Los miró. Su atención estaba concentrada en ellos, seguro de que le darían algo.

—No tengo plata ni oro —le dijo Pedro.
Y el ciego bajó su mano, sin esperar ya nada.
—Mas lo que tengo te doy —continuó Pedro.

De nuevo, con sus emociones reactivadas, sintió que, después de todo, algo le darían. No sería mucho, pero ¿cuál era la diferencia? Todos le daban poco. Aunque poco fuera, sumando todos los pocos del día, algo tendría en la tarde.

—En el nombre de Jesucristo de Nazaret —continuó diciendo Pedro—, levántate y anda.

Algo extraño ocurrió en la mente del cojo. Olvidó la limosna. Olvidó sus expectativas, tan limitadas, tan rutinarias, tan tristes. Olvidó las monedas del día. Todo cayó en el olvido y una especie de luz, nunca antes vista por él, penetró los rincones oscuros, abandonados y solos, de su mente cansada y sin vida. ¿Caminar? Nunca aprendió a caminar. Nunca pudo. ¡Caminar! Sintió que la mano de Pedro tomaba la suya y que una fuerza, firme y gentil, levantaba su cuerpo, sin que el peso ni el tiempo resistieran en nada. Se afirmaron sus pies. Sus tobillos, herrumbados y viejos, nunca activos y muertos, se llenaron de vida, con fuerza y acción, con movimiento. Saltó. Quedó erguido su cuerpo, y anduvo.

La nueva luz de su mente se hizo un grito de gozo. No lo detuvo su espacio, tan limitado y tan fijo; no lo detuvo el prejuicio. Entró en el Templo con ellos. Él ya no era un mendigo de puertas afuera en el Templo. Andando y saltando, alababa a Dios, con el gozo más libre, con la libertad más alegre, con la alegría más suelta, más contagiosa, más fuerte.

Todo el pueblo lo vio, lo reconoció, antes cojo y limosnero, saltando y alabando a Dios. Llenos de asombro, espantados, también ellos alaban a Dios, como si ellos mismos hubieran recibido el milagro. Además de la reacción en la gente, el milagro produjo otras consecuencias más amplias y más influyentes.

Primera consecuencia: Segundo discurso de Pedro (3:11-26)

Mientras el cojo que había sido sanado tenía asidos a Pedro y a Juan, continuó Lucas, todo el pueblo, atónito, concurrió al pórtico de Salomón, donde ellos estaban.

El pueblo estaba listo para oír a los discípulos, cualquier cosa que desearan decirles. Oportunidad que no podían perder. Tenían que predicar a todo el mundo, primero en Jerusalén; estaban allí y el pueblo, con ellos. Ni vacilaron. Ellos eran evangelistas de guardia, tenían que atender a los enfermos en el momento que acudieran, día o noche; nunca los dejarían esperando.

Pedro tomó la palabra.

—Israelitas —dijo, para captar su atención y comenzar su discurso. Un discurso brevísimo, de contenido cristocéntrico y vivencial. Se di-

rigió al pueblo en un tono conversacional, directo, informal. Un modelo de discurso breve, elocuente y basado en la Escritura.

—¿Por qué se admirán ustedes a causa de este milagro? —prosiguió—. ¿Por qué ponen sus ojos en nosotros como si por nuestro poder, o por nuestra piedad, hubiéramos hecho andar a este hombre? Lo que ha ocurrido lo hizo el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres.

Todos los presentes podían concordar con eso. Se sintieron plenamente identificados con el discurso. Y con el predicador.

—Lo hizo —continuó Pedro—, para glorificar a su Hijo Jesús.

Con esa frase definió el tema de su discurso, que en la conclusión lo repitió.

—Dios —concluyó—, habiendo levantado en la cruz a su Hijo, lo envió para bendición de ustedes, a fin de que cada uno se convierta de su maldad (3:26).

En una frase, el tema de Pedro fue: Jesús, Hijo de Dios, murió para salvar a los pecadores. Es notable el avance de Pedro, desde una simple referencia al milagro de sanidad ocurrido en la persona del cojo, hasta una declaración de valor salvífico universal.

La referencia al milagro (3:12). Ocurrió. Nadie puede negarlo, pues el ex cojo estaba allí, presente, junto a Pedro y a Juan, como si fuera otro de los apóstoles; listo para ratificar, con palabras, el testimonio de su propia presencia. Además, por causa del milagro todos estaban allí, reunidos, para escuchar a los discípulos. Solo que ellos atribuyeron el mérito total, del milagro, a Pedro y a Juan.

Pedro les dijo:

—No fue nuestro poder, ni nuestra piedad.

No niega ninguno de los dos. Por el contrario, la frase reconoce que hubo un poder que actuó a través de ellos y admite que ellos son piadosos. Solo dice que el poder no es de ellos y que la piedad que ellos poseen no les concede el mérito, ni el derecho, para hacer milagros. Por eso, les dice, la admiración de ustedes no debe estar dirigida a nosotros.

El milagro lo hizo Dios (3:13). Ni siquiera existió una relación de causa a efecto entre la piedad de ellos y el milagro realizado. La ejecución del milagro estuvo enteramente bajo el dominio de la voluntad de Dios. ¿Por qué, entonces, hizo Dios el milagro a través de ellos y no por medio de cualquier otro adorador del Templo? Simplemente, porque la voluntad de Dios lo determinó así. Al decirlo de esta manera, hay que tener cuidado de no entenderlo en términos humanos, ni en actitudes de pecadores. No fue por capricho divino. Tal cosa, en Dios, no existe. La actitud caprichosa y las decisiones por simple capricho solo existen en la psique distorsionada de los seres pecadores. En la voluntad de Dios no existe arbitrariedad, ni antojo, ni humor negativo alguno.

Cuando utiliza la participación de un ser humano, su voluntad sigue

siendo soberana y propia, aunque siempre elija el instrumento mejor preparado para ejecutar la acción. La persona piadosa, por su entrega incondicional a él, le resulta más útil y más eficiente que una persona sin piedad, y ciertamente mucho más que las personas inicuas, porque ellas actúan motivadas por una autonomía rebelde contra él. De ahí que, aunque para hacer el milagro Dios utilizó a dos hombres piadosos, el mérito siguió siendo suyo, y hacia él, la multitud debía dirigir toda posible admiración por el milagro. Pedro y Juan lo reconocieron y lo recomendaron a la gente. En eso, sin querer, revelaron la humildad de su vida piadosa.

—El Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres —dijo Pedro—, ha hecho el milagro.

Con esto, identificó a Dios como fuente de todo el bien que ocurre en favor de la familia humana y conquistó la simpatía de su auditorio, todos creyentes absolutos en el Dios que describió.

Objetivo del milagro (3: 13b-15). Dios hizo el milagro para glorificar a su Hijo Jesús, dijo Pedro. Aquí comienza la novedad de su mensaje. Jesús es Hijo de Dios, un concepto extraño para la mente de su auditorio. A ellos les resultaba más fácil aceptar que fuera el Mesías, el Cristo, el Ungido de Dios. Lo esperaban como un descendiente de David. Pero, que fuera Hijo de Dios y, por eso, Dios, imposible. Dios es uno, resonaba en la mente de todos ellos; y, por ser una verdad revelada, era verdadera.

No habían prestado atención a pasajes de la Escritura en los que Jehová, Dios creador que hizo los cielos y la tierra, fue presentado como el Hijo:

“Sirvan a Jehová con temor”, escribió David, “y alégrense con temblor. Honren al Hijo para que no se enoje y perezcan ustedes en el camino”. (Ver Sal. 2:11, 12.)

El Hijo era Jehová, el creador. El mismo nombre que el ángel dio a María, para él, cuando le anunció el nacimiento de Jesús:

—Jesús será un gran hombre —le dijo—, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin. (Ver Luc. 1:32, 33.)

Palabras evidentemente basadas en la profecía de Isaías, quien también lo llamó “[...] Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isa. 9:6, 7).

Para que estuviera muy claro, en la mente de sus oyentes, que Jesús, Hijo de Dios, era superior a todos, Pedro les recordó lo que habían hecho con él.

—Ustedes lo entregaron y lo negaron delante de Pilato —les dijo—, cuando él, convencido de su inocencia, estaba ya resuelto a dejarlo en libertad. Negaron al Santo y al Justo, y lo intercambiaron por un homicida. Mataron al Autor de la vida, a quien Dios resucitó de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Todo lo que hicieron ustedes para

destruirlo, fue inútil. Nadie puede matar a Dios.

Pero Jesús, porque era Dios, entregó su propia vida para salvar de la muerte a los pecadores y la retomó, por sí mismo. Un acto de su propia voluntad, completamente voluntario, hecho por amor a los perdidos, para salvarlos. No hubo injusticia en Jesús, ni en Dios el Padre. Solo en ustedes. Pero, aun de esa injusticia los salvará Jesús. Por la fe.

4. *Por la fe en su nombre* (3:16). Este hombre, ex cojo, que ustedes ven y conocen, fue curado por la fe; y, por la fe, el nombre de Jesús, su propia persona, su autoridad y poder, le ha dado la fortaleza que no tenía, y ahora está sano completamente. Delante de ustedes está. No pueden negarlo. El poder que lo curó es de Jesús. La persona que lo curó es Jesús. De nosotros, la fe. Jesús es Dios; nosotros, solo personas de fe, creyentes en él. No, él no era una persona para negar ante su juez, no era persona para intercambiar por un bandido, no era persona para matar.

5. *Por ignorancia han actuado* (3:17, 18). Pero, hermanos, bien sé que ustedes y sus gobernantes por ignorancia lo han hecho. Una ignorancia sin percepción de los hechos. No se dieron cuenta de una cosa: quién era la persona a quien ustedes le hacían tan grande mal. Ustedes pensaban que era Jesús de Nazaret, solo una persona humana como todas las otras, pretendiendo ser alguien que en realidad no era. No mataron a Jesús sabiendo que mataban al Hijo de Dios. Ese saber no estaba en ustedes. Lo que estaba en ustedes era el escándalo que les producía la idea de que fuera Dios. Por eso, lo que le hicieron, aunque acción bien real, de plena responsabilidad sobre ustedes, no produjo el resultado que pretendían. Querían matarlo. Querían, para él, una muerte igual a la muerte que todos los mortales sufren: Una vez puestos en la tumba, de allí ya no salen hasta el día final. No ocurrió. Jesús no quedó en el sepulcro, como querían. Resucitó y está vivo.

Dios ha cumplido, con los actos de ustedes, lo que antes había anunciado por boca de todos los profetas: que su Cristo habría de padecer. Entiéndanme bien. El anuncio de Dios, por medio de los profetas, tenía dos elementos: uno planeado por Dios; el otro profetizado, tan solo. En el plan de Dios estaba la muerte de su Hijo para salvar a los pecadores. Una muerte vicaria. Muerte en lugar de los pecadores y por los pecados de ellos. No era una muerte por los pecados propios, pues Jesús nunca cometió pecado alguno. La profecía, anuncio anticipado de los hechos que Dios, por su omnisciencia, conoce, pero no determina. Era con respecto a lo que ustedes harían con Jesús, y cómo lo matarían. Y, aunque no supieran a quién mataban, lo mataron. Culpables. Ahora, al saber que Jesús era el Hijo de Dios, les queda un solo camino.

Arrepentimiento y conversión (3:19, 20). Arrepíéntanse y conviértanse, continuó Pedro. Así como antes, en su ignorancia, tenían el corazón lleno de escándalo, ahora tienen que llenarlo de pesar espiritual por lo que hicieron, cambiando el curso entero de su vida, que iba solo hacia la

muerte, y seguir el camino que conduce a la vida. ¿Entristecerse? ¿Para qué? Para que sean borrados sus pecados, para que, de parte del Señor Dios, reciban consuelo y para que les envíe a Jesucristo, como antes les había anunciado.

Pesar para alegrarse. ¡Qué buena perspectiva! Estamos acostumbrados al pesar que molesta, que fatiga el ánimo, que produce disgusto y angustia; que enferma el espíritu. Obviamente, ese pesar se centraba en nosotros mismos, nos tomaba en cuenta a nosotros solos para el futuro, sin que nos importe nadie más; mucho menos Dios. En cambio, el pesar espiritual, que conduce al arrepentimiento, está centrado en Jesús; en su tolerancia hacia nosotros por lo que le hemos hecho, en su amor por nosotros para el presente y para el futuro; en su regreso.

El día de la restauración (3:21a). Demorará un poco en venir, porque es necesario que el cielo lo retenga hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas.

En otra parte, Pedro declaró:

El cielo y la tierra están guardados para el fuego, reservados para el día del Juicio y de la destrucción de los impíos. No habrá restauración para ellos; solo destrucción. La tierra, en cambio, y todo lo que hay en ella, será quemada, no para que deje de existir; para ser restaurada. Ya que todo será destruido de esa manera, ¿no deberían vivir ustedes como Dios manda, siguiendo una conducta intachable y esperando, con gran expectativa, el Día de Dios, cuando también ustedes, justos, serán restaurados? Pues, según su promesa, esperamos cielos nuevos y Tierra Nueva, en los cuales habitará la justicia. Esfuércense para que Dios los encuentre sin defecto y en paz con él. (2 Ped. 3:14.)

Profeta, Simiente de Abraham, Hijo de Dios (3:21b-26). Pedro continúa su discurso concentrando su contenido en los profetas; la Escritura. Como diciendo: Todo lo que les enseñamos se basa en la Escritura, y solo les transmitimos lo que ellas dicen. Así como la unicidad de Dios, la veracidad de las Escrituras solo despertaba aprobación en la mente de los que, en la Puerta de Salomón, escuchaban a Pedro.

Comenzó el discurso con dos verdades incontrovertibles: el cojo había sido curado y Dios es uno. Concluyó con otra verdad de igual naturaleza: Todo lo que la Escritura enseña es verdadero. Pedro hizo todo lo pudo para que sus oyentes, al aceptar lo que ya creían, aceptaran también lo que hasta ese momento no habían entendido acerca de Jesús.

—Dios habló de la restauración en el Día final, y de Jesús, por boca de los santos profetas que han existido desde los tiempos antiguos —declaró.

Mencionó tres ejemplos: Moisés, todos los profetas desde Moisés en adelante y Abraham. Con esta base, Pedro puso, ante sus oyentes, una credibilidad absoluta.

Moisés dijo a los padres:

—El Señor Dios de ustedes —citó Pedro las palabras de Moisés— levan-

tará un profeta de entre sus hermanos; como a mí, a él oirán en todas las cosas que les hable; y toda persona que no oiga a ese profeta será eliminada del pueblo. (Deut. 18:15, 18, 19.)

Al citar a Moisés, Pedro trajo el peso de la ley a favor de Jesús. En este aspecto, Moisés era la autoridad máxima, y ninguno de los doctores de la ley que pudiera oponerse a la enseñanza de Pedro podría ni siquiera pretender, para sí, una autoridad superior a Moisés.

Jesús, dijo Pedro, era el profeta que Dios, a través de Moisés, prometió enviar al pueblo. Ustedes rechazaron a Jesús cuando no sabían que era el profeta prometido; no van a rechazarlo ahora que lo saben, ¿verdad? Ustedes también saben las consecuencias de un rechazo a sabiendas: como ocurría con las personas que, por no arrepentirse, dejaban de confesar sus pecados mientras el sumo sacerdote oficiaba en el Lugar Santísimo, serán eliminados del pueblo y no serán más hijos de Dios. Sus padres oyeron la promesa del profeta y creyeron. Si estuvieran ellos aquí, serían testigos contra ustedes y, aunque no estén, por el hecho de que ellos creyeron, se convertirían en testigos contra ustedes, si ustedes no creyeran.

Todos los profetas, desde Samuel en adelante.

Si ustedes reconocieran que Jesús es el profeta prometido, se darían cuenta, en forma inmediata, de algo evidente: todos los profetas, desde Samuel en adelante, que por revelación hablaron sobre él, enseñaron acerca de estos días. ¿Qué días? Los tiempos cuando Jesús realizará la restauración de todas las cosas (3:21). Y ustedes, hijos verdaderos de los profetas, no pueden desconocer sus enseñanzas.

Abraham.

—Ustedes también son hijos del pacto que Dios estableció con nuestros padres.

En relación con ese pacto, dijo Dios a Abraham:

En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. (Gén. 12:3; Gál. 3:16.)

Al oír esta frase, recordaron: Había ordenado Dios a Abraham que sacrificara a su hijo Isaac. Tanta incertidumbre había sufrido por causa de ese hijo. Le había prometido Dios que sería el heredero de todos sus bienes y el comienzo de un gran pueblo, tan numeroso como las estrellas del cielo. Hubo un tiempo cuando Abraham pensó que ese hijo no llegaría nunca. Pero Dios cumplió su promesa y, cuando ya Sara no podía concebir, a causa de la edad, nació Isaac. ¡Gran alegría! Indescriptible. ¿Tenía que sacrificarlo y terminar con la promesa? Incertidumbre de nuevo. ¿Qué hacer? Solo una cosa. Obedeció. Por su obediencia, cuando estaba a punto de clavar el cuchillo en Isaac para sacrificarlo, lo detuvo Dios y le entregó un carnero, atrapado en un zarzal, como sustituto de su hijo en el sacrificio.

Sacrificó el carnero y supo que Dios tenía un sustituto para toda la

familia humana.

—Te bendeciré —le dijo—, y multiplicaré tu descendencia. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste mi voz. (Gén. 12:1-3; 22:18.)

Esa simiente era Jesús, el Hijo de Dios.

—Dios envió a su Hijo —continuó Pedro— primeramente a ustedes; para que los bendijera y para que cada uno de ustedes se convierta de sus maldades.

Después la bendición irá a todo el mundo. Esta primera consecuencia fue de predicación al pueblo; con un resultado espectacular: los creyentes llegaron a la suma de cinco mil hombres (4:4). La segunda, de predicación a los dirigentes, aunque las circunstancias no fueran las mismas.

Segunda consecuencia: Testimonio ante el Sanedrín (4:1-22)

La multitud había ido a los discípulos, admirada, por el milagro. Los dirigentes, sacerdotes y saduceos, resentidos, fueron a ellos con el jefe de la guardia para llevarlos a la cárcel. El resentimiento, como motivación, es malo para las acciones de todos; peor aún para los dirigentes. El resentimiento provoca ira, y la ira es siempre irracional, arbitraria, vengativa.

Los sacerdotes y los saduceos estaban ofendidos, dice Lucas, porque Pedro y Juan enseñaban al pueblo y anunciaban, en Jesús, la resurrección de entre los muertos. Les echaron manos, agrega, y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque ya era tarde.

Los saduceos eran la única secta judía que conservaba la antigua creencia hebrea de que la persona, cuando muere, muere entera, sin que nada de ella quede en estado consciente. Pero erraban al creer que no hay resurrección, ni ángeles, ni espíritu (Hech. 23:8). Tampoco existe resurrección de muertos, afirmaban. Por eso, después de la resurrección de Jesús, los más activos enemigos de los cristianos fueron los saduceos, así como los fariseos habían sido los peores enemigos de Jesús, a través de todo su ministerio. Jesús pocas veces mencionó la resurrección de los muertos; en cambio, los apóstoles lo hacían muy a menudo.

Comienza la reunión del Sanedrín (4:5, 6). Aconteció al día siguiente, agrega Lucas, que los dirigentes se reunieron en Jerusalén. Luego menciona tres clases de dirigentes: (a) los gobernantes: sacerdotes, fariseos y saduceos; (b) los ancianos: dirigentes que representaban a los laicos en el Sanedrín; (c) los escribas: juristas del grupo, reconocidos intérpretes de la ley. El Sanedrín tenía su jefe máximo; era el sumo sacerdote. En ese tiempo, Caifás. Pero de mucha influencia eran también su suegro Anás, sumo sacerdote anterior, y otros miembros de la familia de los sumos sacerdotes, a los cuales tuvieron que haber pertenecido los otros dos mencionados por nombre: Juan y Alejandro.

Estaban presentes casi todos los dirigentes que condenaron a Jesús. Lucas debió haberlos mencionado en forma tan detallada para mostrar que fueron los mismos jueces de Jesús y para resaltar la importancia que tuvo esa reunión, consecuencia de un hecho extraordinario, ocurrido a una persona socialmente casi insignificante, un mendigo, cojo, de quien ni siquiera se conserva su nombre. Una ironía. Pero, al mismo tiempo, una prueba de que a personas sin influencia pueden ocurrirles hechos que, bajo el poder de Jesús, se vuelven tan influyentes que hasta los mismos dirigentes de la Nación pueden ser afectados por ellos.

Primera pregunta: *¿Con qué poder y autoridad hacen esto? (4:7-15)*. Pusieron a Pedro, a Juan y al cojo que estaba con ellos (4:14) en medio, dice Lucas, en el centro del semicírculo que formaban los asientos del Sanedrín. A quemarropa les hicieron la primera de dos preguntas que dirigieron la reunión. Esta fue dirigida a los dos apóstoles. La segunda fue una pregunta dirigida a los miembros del Sanedrín. Ambas hechas por el sumo sacerdote, presidente del Concilio.

—*¿Con qué poder y en nombre de quién han hecho ustedes esto?* —preguntó.

(1) *Significado de la pregunta. Poder.* *¿De dónde obtienen el poder para hacer lo que han hecho?* No negó la existencia del poder, pues no podía negar el milagro ya que el cojo estaba de pie junto a los discípulos. Solo quería saber qué clase de poder era y de dónde lo habían obtenido. *¿Tenía en mente la posibilidad de acusarlos, como hicieron antes con Jesús, de que el poder utilizado por ellos tenía como originador al príncipe de los demonios?* Quizá por eso les preguntaron en nombre de quién actuaban. Nombre, autoridad. *¿Podría alguien tener más autoridad que el Sanedrín? ¿Jesús? ¡Un muerto!*

Conociendo a Pedro, esperaban respuestas tímidas e inseguras. Sin duda, la sierva del pontífice que interpeló a Pedro la noche cuando lo negó había contado, en el palacio, la reacción cobarde del apóstol, escondiéndose en negaciones y blasfemias.

Pero Pedro no era el mismo hombre. El cobarde era valiente, con valentía ilimitada; gracias al simple hecho de su conversión total y a que, en esa nueva experiencia, valoraba a Jesús más que a su propia vida. *¿Qué importaba si la perdía testificando por él?* Tomó la palabra y, lleno del Espíritu Santo, dice Lucas, respondió. Un testimonio poderoso, lleno de convicción y valiente.

(2) *El testimonio de Pedro. Notable.* Desde el comienzo hasta el fin, ningún circunloquio, ningún eufemismo, ninguna vacilación. Solo claridad y convicción. Comenzó con una cortesía muy apropiada para la ocasión:

—Gobernantes de la Nación y ancianos del pueblo —les dijo.

Eso eran ellos; *¿por qué no reconocerlo?* *¿Para qué atacarlos negando la autoridad que, efectivamente, tenían delante del pueblo?* Luego pasó al caso que los tenía delante de ellos.

—Hoy —dijo—, somos interrogados con respecto al beneficio que hemos hecho a un hombre enfermo.

Todos miraron al cojo. Erecto, tranquilo, confiado, mostrando la actitud de un hombre transformado por el poder de Dios, humilde, con una dignidad muy ajena a la psiquis de un cojo y mendigo. La impresión que les causó fue profunda.

—Sea notorio a todos ustedes —continuó Pedro—, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien ustedes crucificaron, y Dios resucitó de los muertos, este hombre está en la presencia de ustedes, sano.

Silencio.

Ninguno se atrevió a interrumpirlo, mucho menos a contradecirlo.

—Este Jesús —continuó Pedro— es la piedra rechazada por ustedes, los edificadores, que ahora se ha convertido en cabeza del ángulo.

Poderosa ilustración extraída de un hecho ocurrido en la construcción del Templo. Todos ellos lo conocían. Las piedras para la construcción salían de la cantera con las medidas exactas y para un lugar específico del edificio. Nunca fallaban. Una vez llegó una piedra que el constructor no pudo identificar. No supo dónde ponerla. Y la dejó abandonada en un rincón. Sufrió las inclemencias del tiempo, del sol, la lluvia, y el olvido. Cuando necesitaron colocar la piedra angular del edificio, no estaba. La buscaron entre todas las piedras que acababan de llegar, y nada. ¿Habrían cometido un error los que estaban en la cantera? No era posible. Finalmente, alguien se acordó de la piedra desechada, y la buscaron. Era exactamente la piedra que faltaba, y el desprecio de ella, aunque aparentemente justificado, fue un error.

—Ustedes han cometido el mismo error —dijo Pedro.

Completó su testimonio con una declaración que, desde entonces, ha sido el fundamento mismo de la predicación cristiana de todos los tiempos.

—Y en ninguno otro hay salvación —declaró—, porque no hay otro nombre, bajo el cielo, dado a los hombres, en quien podamos ser salvos.

(3) *La impresión del testimonio.* Con un comentario candoroso y sencillo, Lucas describe la impresión que el testimonio de Pedro causó entre sus jueces:

Vieron la valentía de Pedro y Juan, dice Lucas. Y, como sabían que eran hombres sin letras, no ignorantes, sino del vulgo, que no habían recibido las enseñanzas de los maestros reconocidos por todo Israel, se admiraron y reconocieron que habían estado con Jesús.

Admitieron que la enseñanza de Jesús había correspondido a la enseñanza de un rabí. El producto de ella, en sus discípulos, era visible.

Además, agrega Lucas, viendo al hombre que había sido sanado, en pie con ellos, no podían decir nada en contra.

Segunda pregunta: *¿Qué haremos?* (4:16, 17). Después de ordenar que

los discípulos fueran retirados de la sala, comenzaron a deliberar sobre el caso. El sumo sacerdote tomó la conducción, haciendo una pregunta:

—¿Qué haremos con estos hombres? —dijo a los miembros del Sanedrín.

Luego, hizo un reconocimiento y una propuesta.

(1) *El reconocimiento:*

—Una señal evidente ha ocurrido por medio de ellos —declaró, aceptando que un poder externo a ellos había actuado y era evidente, porque la señal misma lo hacía reconocible.

Siendo así, ¿cómo ponerlo en duda? Poner en duda las ideas, siempre es posible. Pero, dudar del poder, cuando está activo y visible, es muy difícil, salvo por actitudes irracionales que en ese momento no tenían lugar. No solo por la evidencia misma del milagro, sino también por el hecho, políticamente válido para los dirigentes de una nación, de que el milagro había sido notorio a todos los habitantes de Jerusalén y ellos lo habían aceptado como milagro.

—Esto nos impide negarlo —afirmó el sumo sacerdote.

Por lo visto, si hubieran podido negarlo, lo habrían hecho. Las evidencias eran muchas y las habían aceptado, como evidencias, como informaciones ciertas, como conocimiento verdadero; pero no para creer. El acto de creer requiere algo más que un ejercicio intelectual correcto y mucho más que la aceptación de opciones políticamente correctas. Demanda también el concurso de unas actitudes de sumisión a la voluntad de Dios. Una disposición de la voluntad para actuar de manera contraria a la autonomía propia, contraria al egocentrismo, dispuesta a seguir la voluntad divina, sin cuestionarla. El sumo sacerdote no tenía esta actitud. Por eso, su propuesta fue limitada.

(2) *La propuesta.*

—Sin embargo —dijo el sumo sacerdote—, a pesar de todo lo que he reconocido a favor de Pedro y Juan, y para que esto no se divulgue más entre el pueblo, pues no queremos que se divulgue, amenacemos a estos hombres.

Amenaza, chantaje, castigo injusto, para obligar a alguien a hacer o decir algo contra su conciencia o contrario a su voluntad. Un atentado contra la libertad de una persona y un intento de destruir los atributos más íntimos y más propios de la personalidad humana. Esos atributos que Dios colocó en la persona humana, con el acto mismo de su creación, son tan sagrados, como sagrada es la propia voluntad del Creador. Violarlos significa atentar contra el mismo Dios. Pero el Sanedrín, acosumbrado, como estaba, a imponer su voluntad sobre todos los israelitas, no tuvo problema alguno para aceptar la propuesta de su presidente.

La sentencia: Solo amenazas (4:18-22).

Entonces, dice Lucas, llamaron a Pedro y a Juan y, con toda firmeza, les ordenaron que en ninguna manera hablaran ni enseñaran en el

nombre de Jesús.

¿Tenían poder para dar esa clase de órdenes? ¿Existe alguien en el mundo que tenga autoridad para dar órdenes contrarias a la conciencia de una persona, especialmente si esa conciencia está sintonizada con la voluntad de Dios? La respuesta es obvia, y los apóstoles la expresaron de la manera más clara y más directa posible.

—Juzguen ustedes —dijeron a los miembros del Sanedrín— si es justo, delante de Dios, obedecer a ustedes antes que a Dios; porque no podemos callar lo que hemos visto y oído.

Solo pudieron amenazarlos.

Los miembros del Sanedrín, dice Lucas, después de amenazarlos, los soltaron, pues no encontraron la manera apropiada para castigarlos, ya que todo el pueblo glorificaba a Dios por lo que habían hecho. Y el cojo que habían sanado, agrega, tenía más de cuarenta años. ¿Cómo podría alguien negar la validez de un milagro, en un hombre que había pasado su vida entera sin caminar, si estaba caminando?

Tercera consecuencia: Hablaron con valentía (4:23-31)

Una vez que se vieron libres de los peligros propios del poder que ejercían el Sanedrín y sus dirigentes, lo primero que Pedro y Juan hicieron fue ir al aposento alto, donde estaban los demás apóstoles y los creyentes, que Lucas llama los suyos. El solo hecho de ir a verlos muestra la estrecha integración que había entre ellos y la identificación de todos ellos con la misma causa. Estaban unidos, y su unidad, al servicio de la misión.

Pedro y Juan tenían algo que contar. Un contar detallado, abierto, sin secretos. Un contar centrado en el origen de los hechos: el Sanedrín, los principales sacerdotes, los ancianos, los dirigentes. Lucas, de manera directa, simple y franca, escribió:

“[...] Vinieron a los suyos y contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho” (Hech. 4:23).

Con este informe comienza la tercera consecuencia que produjo la sanidad del cojo. Se produce en una secuencia natural.

(1) *Pedro y Juan contaron a los suyos*. ¿Qué contaron con tanta familiaridad y confianza? Lo que los dirigentes les habían dicho. El dicho de ellos había sido una orden. Terminante, precisa, autoritaria.

—De ninguna manera hablen ni enseñen en el nombre de Jesús —les habían dicho.

Cuando los dos apóstoles concluyeron su relato detallado de hechos y dichos, la respuesta de los suyos fue inmediata.

(2) *Oraron*. Creyentes en plena comunión con Dios tenían que actuar así. Ya habían compartido todo entre ellos mismos; solo quedaba compartirlo con Dios. Comentarlo con él de la misma manera en que, entre ellos, comentaban el incidente.

Alzaron unánimes la voz a Dios, registró Lucas.

Como contando una realidad corriente y natural, espontánea y, por eso, espiritualmente preciosa. Cuando la iglesia ora a Dios en forma unánime y unánimemente habla de Dios, el poder de Dios, por medio del Espíritu Santo, fluye a través de ella, y sus miembros viven en paz de espíritu, en crecimiento espiritual constante y en obediencia sin legalismo. La iglesia es, en verdad, como la definió Pablo: el cuerpo de Cristo y la plenitud de Dios. Cumple la misión sin resistencias, con dedicación inalterable, como Jesús.

(3) *Contenido de la oración.*

(a) Primero, invocaron a Dios:

—Soberano Señor —le dijeron—. Creador del cielo y de la tierra, del mar y de todo lo que hay en ellos.

¿Podía existir otro dios más poderoso, con mayor autoridad o con dominio mayor que él? No, sin duda.

(b) Luego, en contraste con él, evocan las palabras de David sobre la autoridad rebelde de pueblos y naciones, de reyes y gobernantes.

—Tú —dicen a Dios—, por medio del Espíritu Santo, dijiste en labios de nuestro padre David, tu siervo: ¿Por qué se sublevan las naciones y en vano conspiran los pueblos? Los reyes de la tierra se rebelan y los gobernantes se confabulan contra el Señor y contra su ungido. (Sal. 2:1, 2.)

Siguen diciendo:

—Y eso que sucedía en el pasado, ha sucedido también en nuestro tiempo. En efecto, en esta ciudad de Jerusalén se reunieron Herodes, y Poncio Pilato, con los gentiles y con el pueblo de Israel, contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste para hacer lo que de antemano tu poder y tu voluntad habían determinado que sucediera.

Del pasado, distante y cercano, pasan a la situación presente que ellos, fieles creyentes de Jesús, están viviendo.

—Ahora, Señor —agregan—, mira sus amenazas y sus órdenes para que nosotros no hablemos ni enseñemos acerca de Jesucristo. No podemos obedecerlos en esto.

¿Cómo obedecer órdenes contrarias a la voluntad de Dios, que impedirían el cumplimiento de la misión?

(d) Finalmente, expresan el pedido de la oración.

—Concede a tus siervos —dicen— el valor espiritual para que hablen tu palabra con valentía. Con valentía confiada, segura, que ninguna circunstancia nos intimide, que nada disminuya nuestra libertad para expresar el evangelio con toda franqueza.

(4) *Valentía por el Espíritu Santo.* Entonces, los sentidos de los creyentes adquieren la capacidad, ajena a ellos, de sentir lo espiritual de modo semejante a como sienten los objetos y las cosas.

El lugar donde estaban congregados tembló, dice Lucas. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y, con valentía, hablaban la palabra de Dios.

Las consecuencias que produjo el milagro ocurrido en la puerta La Hermosa, donde el cojo, en su rutina mendicante, fue objeto del poder de Dios para curarlo, impactaron, de modos diferentes, en la misión. El discurso de Pedro, a la multitud que se agolpó para oírlo, aumentó los miembros de la iglesia a cinco mil. La detención de los dos apóstoles hizo posible que Pedro testificara ante el Sanedrín, que terminó absolviéndolos de culpa y dejándolos en libertad. En el momento debido, esa libertad les concedió una buena ocasión para hablar el evangelio con toda valentía. Una valentía segura, confiada y libre. Sin restricciones psicológicas, espiritualmente fuerte, fortalecida de fe y establecida en Cristo por la presencia viva del Espíritu Santo en la experiencia personal de cada creyente, y de todos ellos como iglesia unida.

La comunidad de un corazón y un alma (Hechos 4:32-6:7)

A continuación, Lucas describe la comunidad de los fieles. Lo hace con palabras y con hechos. Cuenta la historia impresionante de Ananías y Safira y relata la persecución de Pedro y Juan, con un desenlace lleno de gozo y con una determinación de continuar predicando más persistentemente que antes. Cuenta, también, la murmuración de los griegos contra los hebreos sobre la atención de sus viudas y la solución que la iglesia dio a este problema.

Comunidad de bienes: Ningún necesitado (4:32-35)

Al leer las historias de la iglesia apostólica, contadas por Lucas, una impresión se vuelve muy fuerte y queda fija en la mente. La vida de todos ellos estaba dedicada a la misión y nadie tenía, para sí, otro interés superior. Ni el interés por la posesión de bienes materiales era superior al interés por la misión. Hasta el punto de renunciar a él. Pero no lo hacían por imposición apostólica, ni por coerción de nadie. Por una actitud espiritual sin egoísmo, lo hacían. Lucas es maravillosamente íntimo en la descripción.

La multitud de los que habían creído, dice, era de un corazón y un alma. (4:32.)

Esa era la base espiritual del grupo, que lo convertía en una comunidad tan íntima y tan noble.

Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, agrega, sino que tenían todas las cosas en común.

Es decir, cada uno seguía poseyendo los bienes que, en el momento de su conversión, tenía. Ningún postulado apostólico obligaba, a los conversos, a vender nada de sus bienes. Lo que cambiaba, en todos ellos, era la actitud frente a las posesiones. Nadie poseía nada, con ese sentido egoísta tradicional que el derecho de propiedad individual parece otorgar a las personas. Todos ellos poseían sus bienes, aceptando que sus posesiones estaban al servicio de la comunidad, y estaban dispuestos a

venderlos, para atender las necesidades del grupo y las demandas de la misión, cuando fuera necesario.

Bajo esas circunstancias, agrega Lucas, con gran poder, los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor; y Dios derramaba, en todos ellos, su gracia, en forma abundante.

El resultado de esta manera de vivir era visible. Ningún necesitado había entre ellos.

De nuevo, Lucas destaca la razón:

Todos los que tenían heredades, o casas, dice, las vendían; y llevaban el producto de lo vendido a los pies de los apóstoles, quienes lo repartían a cada uno según su necesidad.

Dos casos contradictorios: Generosidad y mentira (4:36-5:11)

Bernabé: lo dio todo (4:36, 37). Entre los nuevos conversos había uno que se llamaba José, judío de la diáspora, nacido en Chipre, pero establecido en Jerusalén, posiblemente porque era levita, y los levitas estaban ligados al servicio del Templo. No se sabe cuándo aceptó a Jesús, pero era uno de los setenta enviados por Jesús, dice Clemente de Alejandría (c. 153-220), uno de los más notables padres de la iglesia del siglo II, director de la famosa escuela teológica de Alejandría (*Stromata*, libro II, cap. 20).

A José, los apóstoles llamaron Bernabé, hijo de consolación, posiblemente por sus dones de exhortación que, según parece, eran notables en él (Hech. 11:23, 24). Además, poseía una generosidad extraordinaria. Tenía un campo, en algún lugar de Jerusalén, y decidió venderlo. Entregó de una vez, a los apóstoles, todo el producto de la venta. Generosidad semejante a la de su tía María, madre de Juan Marcos. Ella no vendió la casa que tenía en Jerusalén, pero la entregó para que sirviera como sede, en las actividades de la iglesia naciente (Hech. 12:12).

Esta generosidad, manifestada en relación con sus posesiones materiales, fue el preludio de la entrega de su propia vida al servicio misionero, primero en Antioquía y después en la provincia romana de Asia, junto con Pablo en el primer viaje misionero.

Ananías y Safira: solo dieron una parte (5:1-11). Pero no todo era perfecto. La iglesia apostólica tuvo sus momentos en los que la naturaleza egoísta de la humanidad apareció también en algunos de sus miembros. Un caso así lo exemplificaron un cierto hombre llamado Ananías y Safira, su esposa, de trágico final. Vendió una propiedad y, en connivencia con su esposa, guardaron para sí una porción del dinero. Llevaron el resto a los apóstoles, diciendo que era el total de la venta.

—Ananías —le dijo Pedro—, ¿por qué dejaste que Satanás entrara en tu corazón para que mintieras al Espíritu Santo y guardaras para ti una parte del precio de tu propiedad?

Extraña mentira era esa. ¿Quién puede mentir al Espíritu Santo? ¿Podría la mentira parecer verdad, por mucho tiempo, ante el Espíritu

Santo? Ni un segundo. ¿Acaso no lo sabía Ananías? Seguro que lo sabía. Él era cristiano, y todos los cristianos lo saben. Pero existe una especie de necesidad espiritual, una ceguera del espíritu pecador, que no logra ver lo que está viendo. Lo mismo ocurre con todos los pecados que los cristianos cometemos en secreto, escondidos, dando la impresión de que nada malo hemos hecho.

¿A quién queremos engañar con nuestra hipocresía? ¿A los otros cristianos? Tal vez lo consigamos. Pero engañar a Dios, a quien todos los pecados ofenden, no es posible. ¿Cómo podremos ocultarnos de Dios, cuyo ojo percibe todo, hasta la caída de uno de nuestros cabellos, incontables para nosotros; para Dios conocidos todos, uno por uno?

Pedro siguió su interrogatorio como si hubiera sido la propia conciencia de Ananías, reactivada por la obra del Espíritu Santo.

—¿No podías quedarte con la propiedad sin venderla, ya que eso era lo que querías hacer? ¿Quién te obligó a venderla? Y si vendida, ¿no podías quedarte con todo el precio de ella? ¿Por qué pusiste el engaño en tu corazón? No has mentido a los hombres sino a Dios —sentenció.

No hay hipocresía mayor que la de un cristiano cuando, con engaño, se obliga a sí mismo a ser hipócrita. Pero Dios, en su ilimitado conocimiento de todo, sabía la simulación de Ananías y el propósito de su engaño. Quería pasar por generoso, sin serlo, pero al revelar Dios, a Pedro, la verdadera naturaleza de sus intenciones, perdió la honra que deseaba obtener y también perdió el dinero que guardó para sí.

Al oír Ananías estas palabras, dice Lucas, cayó y expiró.

¿Por qué una sentencia tan sumaria y un castigo tan inmediato? La explicación de Lucas es clara y concisa:

Sobrevino un gran temor sobre todos los que oyeron.

Parece claro que Dios tuvo en mente a los responsables del engaño y a los que serían influidos por él. Quería evitar lo que la Escritura dice en otra parte, que se aplica al estado moral de la sociedad antediluviana y a la manera impune en que ella trataba a sus miembros:

“Por cuento no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal” (Ecl. 8:11).

Cuando los demás miembros de la iglesia vieron que la mentira contra el Espíritu Santo producía consecuencias graves para la vida, supieron bien una cosa: No podían tratarlo livianamente. Ocurre que el Juicio final será así: Final. Definitivo. Sinapelación. Solo que Dios, entre el acto pecaminoso y el Juicio, concede un tiempo de misericordia para que el pecador se arrepienta, si quiere. Para los que no quieran arrepentirse, el tiempo de gracia no significa nada. Nada ocurrirá entre el pecado de ellos y el Juicio final.

Lo mismo que ocurrió con Ananías. Él no quería arrepentirse; por eso, y para enseñar a los demás el tipo de consecuencias que tenía el

pecado contra el Espíritu Santo, se ejecutó, contra Ananías, sentencia inmediata.

Tres horas más tarde ocurrió lo mismo con la esposa. Pedro siguió el mismo procedimiento realizado con su marido. Esto es, le dio la oportunidad de tomar responsabilidad sobre lo complotado con su marido y de arrepentirse.

—Dime —le preguntó—, ¿vendieron en tanto la propiedad?

Ella respondió:

—Sí, en esa cantidad la vendimos.

—¿Por qué se convinieron ustedes en tentar al Espíritu del Señor? ¿No se dieron cuenta de lo grave que es someter a prueba la naturaleza y el carácter del Espíritu del Señor, o lo serio que es tratar de entramparlo?

Esta vez, Pedro, además de referirse al Espíritu Santo, involucró al Señor. Los dos fueron tratados con liviandad. ¿Cómo puede un ser humano, insignificante y mortal, tornarse tan arrogante, hasta el punto de considerar a Dios un objeto que puede manejar, con la fuerza de su propio capricho egoísta?

—A la puerta están los pies de los que sepultaron a tu marido —dijo Pedro—, y te sacarán a ti también.

Al instante, agrega Lucas, ella cayó a los pies de él, y expiró. Los jóvenes que habían sepultado a su marido hicieron lo mismo con ella.

Lucas concluye la historia con un comentario que traslada la atención, concentrada en los protagonistas malos de la historia, hacia la iglesia entera.

Y sobrevino un temor reverente muy grande, escribió, sobre toda la iglesia y sobre todos los que oyeron estas cosas.

¡Qué contraste entre Bernabé y los esposos Ananías y Safira! Bernabé, de su propia voluntad, ofreció vender su tierra para beneficio de la iglesia. La vendió y entregó a los apóstoles el valor total de la propiedad, porque era eso lo que había prometido hacer. Su vida de servicio se prolongó por muchos años y la iglesia siguió beneficiándose con el servicio misionero de toda su vida. Al mismo tiempo, él vivió la alegría de una experiencia cristiana creciente y tendrá el gozo de los redimidos con la vida eterna.

Ananías y Safira, en cambio, se dejaron invadir por el principio de las tinieblas, y hasta su propia visión espiritual quedó a oscuras. Mintieron al Espíritu Santo, pusieron a prueba al Espíritu y al Señor, y cometieron el acto egoísta extremo al pretender que hacían la voluntad de Dios cuando, en realidad, estaban ejecutando un acto egoísta, mentiroso, con el cual querían obtener, al mismo tiempo, una ventaja espiritual y otra material. Los únicos engañados fueron ellos, y recibieron su consecuencia de muerte, más rápido de lo que hubieran esperado.

Los creyentes aumentaban en gran número: ¿Por qué? (5:12-16)

Pero personas como Ananías y Safira, en la iglesia, eran pocas. La

gran mayoría eran creyentes sinceros, con defectos como los seres humanos de todos los tiempos tienen, pero honestos luchadores contra el mal que estaba en ellos y contra el mal que, bajo la negra orientación de los demonios, operaba en el mundo. El Espíritu Santo estaba con ellos, y ellos, bajo su poder, trabajaban para él, con notable buen éxito moral y misionero. Lucas describe esta situación destacando varios aspectos, espiritualmente muy especiales, pero que, en la vida de los creyentes, se habían vuelto rutinarios.

(1) *Señales y prodigios.*

Por la mano de los apóstoles, dice Lucas, se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo.

Las señales ayudaban a mostrar la verdadera identidad de todos ellos, en Cristo; y los prodigios daban testimonio del poder divino que actuaba en ellos. Ambos, señales y prodigios, eran la prueba visible de que la comunidad cristiana constituía el nuevo pueblo de Dios, como antiguamente Israel había sido su pueblo.

(2) *Unidad.*

Estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón, dice Lucas.

Los que no pertenecían al grupo de cristianos, no se animaban a juntarse con los creyentes, por temor a las autoridades, que los amenazaban todo el tiempo. Pero, a pesar de no juntarse con ellos, los admiraban mucho y los alababan siempre. Toda clase de comentarios positivos, a favor de los cristianos, circulaban por la ciudad, como si ellos hubieran sido la propia razón de la existencia, sentida por todos.

(3) *Crecimiento constante.*

Mucho aumentaban los que creían en el Señor, continúa Lucas, una multitud de hombres y mujeres.

Tantos, que Lucas ya no registra cantidades. El éxito de la misión era tan grande que superó los cálculos matemáticos. Solo registró el grado de aceptación que tenían los cristianos, entre el resto de la población, y lo ejemplificó con Pedro, personaje principal de la historia que Lucas cuenta en la primera parte de su libro.

Los que creían en el Señor aumentaban tanto, declara Lucas, que sacaban los enfermos a las calles y los ponían en camas y camillas, para que, al pasar Pedro, al menos su sombra cayera sobre ellos.

También de los pueblos vecinos acudían, a Jerusalén, multitudes que llevaban personas enfermas y atormentadas por espíritus malignos, y todas eran sanadas.

Persecución contra Pedro y Juan: Predicación incessante (5:17-42)

Luego Lucas incluye, en su relato, un incidente persecutorio contra los apóstoles, especialmente contra Pedro y Juan.

—Entonces —relata—, levantándose el sumo sacerdote y todos los saduceos que estaban con él, se llenaron de celos, de envidia, con un espíritu

de rivalidad contenciosa.

Mal espíritu para dirigentes religiosos. Así no estaban en condiciones de discernir, con claridad, entre el bien y el mal. Con esa falta de discernimiento, actuaron contra Pedro y Juan.

Los pusieron en la cárcel (5:18-25). Echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública. Detenidos de nuevo. ¿Cuál era el delito? Un triunfo que causaba envidia y una causa más atractiva, ante el pueblo, que la causa de los apóstatas. Cuando líderes religiosos, de cualquier religión, se dejan motivar por sentimientos de envidia, de contención, de rivalidad, y estos sentimientos, dejando la característica esporádica de una tentación, toman la forma permanente del carácter, no pertenecen más a la causa de Dios; se han apartado de él y su desvío constituye apostasía.

Aunque en plena apostasía, esos dirigentes, sin saberlo, estaban a punto de presenciar la obra directa de Dios, hecha ante sus propios ojos; pero no por medio de ellos, sino por medio de aquellos que ellos consideraban sus rivales y sus enemigos. El ángel del Señor nada se demoró en visitar a sus siervos encarcelados. Esa noche, abrió las puertas de la cárcel, los sacó de ella y les ordenó:

—Vayan al Templo y anuncien al pueblo todas las palabras de este mensaje de vida.

Salieron. Fueron al Templo bien temprano, en la mañana, y enseñaron con toda libertad, sin preocupaciones ni miedos.

Mientras esto ocurría con ellos, los dirigentes del Sanedrín, pensando que estaban bien encerrados en la cárcel, convocaron al Concilio y a todos los ancianos que representaban a los hijos de Israel. Cuando estuvieron todos presentes, ordenaron a los guardias que les trajeran a los presos. Gran sorpresa. La cárcel, cerrada; pero vacía. Los apóstoles no estaban. Volvieron con toda prisa e informaron:

—La cárcel estaba cerrada, con toda seguridad —dijeron a los dirigentes—, los guardias estaban afuera, de pie, ante las puertas; pero, al abrir las, no se encontró a nadie.

—No hallamos a nadie.

La sorpresa, en ese momento, cayó sobre los dirigentes.

El jefe de la guardia y los principales sacerdotes se preguntaban, dice Lucas, en qué acabaría todo aquello.

En medio de la angustia de ellos, apareció un mensajero que venía del Templo.

—Los hombres que pusieron en la cárcel —declararon— están en el Templo enseñando al pueblo.

Los presentaron en el concilio (5:26-28). El jefe de la guardia se puso en acción inmediata. Fue al Templo y, sin violencia, llevó a los apóstoles, pues temía que el pueblo lo apedreara. Cuando estuvieron ante el Concilio, el sumo sacerdote, como reclamando, les dijo:

—¿No les dimos órdenes estrictas de no enseñar en ese nombre? Y han llenado Jerusalén con la doctrina de ustedes, y además quieren echar, sobre nosotros, la sangre de este hombre.

¿Había algún delito en eso? Solo el delito de no obedecer las órdenes recibidas.

Discurso de Pedro (5:29-32). Pero Pedro explicó. Varias razones:

(1) *La obediencia es para Dios.*

—Es necesario obedecer a Dios, antes que a los hombres —respondió.

Ya les había dicho lo mismo cuando lo detuvieron la vez anterior, por la sanidad de un cojo. La autoridad de Dios está por encima de cualquier autoridad humana, y si las órdenes de los dos son contradictorias, es obvio que la obediencia a Dios es prioritaria.

(2) *Dios resucitó a Jesús.*

—Ustedes mataron a Jesús, colgándolo en un madero, pero el Dios de nuestros padres, el verdadero Dios, a quien hemos obedecido durante toda nuestra existencia nacional, mostró su voluntad, con respecto a Jesús, al resucitarlo. Ustedes se colocaron en oposición a Dios, cuando mataron a Jesús y también ahora, cuando Dios lo coloca como Príncipe y Salvador para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.

(3) *Hay testigos en su favor.*

—Existen, ahora, testigos en su favor: nosotros, que hemos visto todas estas cosas, y el Espíritu Santo, que Dios ha dado a los que le obedecen.

Gracias a estos dos testigos, todo el pueblo sabía que Jesús era el Hijo del Dios viviente y el único Salvador de todos sus pecados.

Consejo de Gamaliel (5:33-39). Al celo contencioso, que los indujo a colocarlos en la cárcel, agregaron furia asesina.

Ellos, dice Lucas, oyendo esto, se enfurecieron y querían matarlos.

Pero había entre ellos un hombre cuerdo. Se llamaba Gamaliel.

Fariseo, el más famoso maestro judío de su tiempo, el mismo que, un poco más tarde, aparecerá como maestro de Pablo. Doctor de la ley, dice Lucas, venerado por todo el pueblo. Pidió que hicieran salir a los apóstoles y, cuando estuvieron fuera, se dirigió a los miembros del Concilio.

—Hombres de Israel —declaró—, piensen bien lo que están a punto de hacer con estos hombres. Hace algún tiempo surgió Teudas. Se jactaba de ser alguien y se unieron a él unos cuatrocientos hombres. Pero lo mataron, y se dispersaron todos sus hombres. Todo acabó en eso. Después de él surgió Judas el Galileo ¿recuerdan?; en los días del censo, y logró que lo siguiera mucha gente. También a él lo mataron, y se dispersaron todos sus seguidores.

Después de esa introducción, les dio un consejo.

—Apártense de estos hombres y déjenlos, porque si la obra de ellos es asunto exclusivamente humano; se desvanecerá. Pero, si fuera de Dios no podrán destruirla. No sea que, tal vez, se encuentren ustedes luchando contra Dios.

Horrible cosa, dirá Jesús más tarde a Pablo, es dar coches contra el agujón. ¿Quién puede luchar contra Dios y triunfar? ¿Quién puede convertir en justas sus propias obras violentas, al multiplicarlas? El consejo era demasiado sabio para despreciarlo.

Sentencia (5:40, 41). Estuvieron de acuerdo con él. Llamaron a los apóstoles para aplicarles la sentencia. Dos medidas: (a) Los azotaron. (b) Les ordenaron que no hablaran en el nombre de Jesús. Se equivocaron. ¿Por qué azotarlos si no encontraron culpa legal en lo que Pedro y Juan habían hecho? ¿Para qué ordenarles que no hicieran lo que ellos, por orden divina, no podían dejar de hacer? Los miembros del Sanedrín, por lo que había ocurrido en la historia entera de la Nación, sabían muy bien lo que una orden de Dios, en términos de obligación, significaba. Cuando Israel, a punto de entrar en Canaán, la tierra que Dios les había prometido, desobedeció sus órdenes de entrar en ella, deseando más bien retornar a Egipto porque los habitantes de Canaán parecían demasiado peligrosos, tuvieron que peregrinar en el desierto cuarenta años. Josué, cuando el pueblo estaba de nuevo listo para entrar, le explicó por qué no había entrado la vez anterior.

—Los hijos de Israel anduvieron por el desierto cuarenta años —declaró—, hasta que todos los hombres de guerra que habían salido de Egipto fueron consumidos, por cuanto no obedecieron a la voz de Jehová. (Jos. 5:6.)

La desobediencia tuvo un castigo terrible. Más tarde, la Nación volvió a desligarse de Jehová su Dios y no cumplió sus órdenes, ni escuchó la voz de sus profetas.

—Ustedes no oyeron —les dijo Jehová por boca de Jeremías.

Por tanto, escribió el profeta, así ha dicho Jehová de los ejércitos: por cuanto no han escuchado mis palabras, enviaré a Nabucodonosor, mi siervo, contra esta tierra, y toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto: y servirán al rey de Babilonia setenta años. (Jer. 25:3, 8, 9, 11.)

Cuando solo faltaban dos años para que se completaran los setenta de cautiverio, Daniel, orando a Dios, por él mismo y por la Nación, le dijo:

—No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes y príncipes, a nuestros antepasados y a todos los habitantes de la tierra. (Dan. 9:6.)

De nuevo, la desobediencia a Dios produjo sus consecuencias, y el pueblo las sufrió. Lo sabían. Ningún miembro del Sanedrín ignoraba la historia de Israel. No podían pedir a estos hombres que desobedecieran a Dios para obedecer a ellos, pero lo hicieron. Fue un error. Lo único sabio que ese día, siguiendo el consejo de Gamaliel, hizo el Sanedrín, fue dejar en libertad a los dos discípulos que pretendían matar.

Pedro y Juan salieron del Concilio, sin queja alguna.

Gozosos, dice Lucas, de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre.

No era el gozo masoquista que disfruta una persona cuando se sien-

te maltratada y humillada: era la alegría espiritual que el cristiano fiel siente cuando vive la fidelidad, sin tomar en cuenta las circunstancias que lo rodean, favorables o adversas. Fidelidad al Nombre. Devoción a Jesús, como Persona divina, como Dios poderoso, como Dueño de la vida que otorga por gracia a los perdidos. Es alegría espiritual, es la raíz que produce el fruto de acción misionera, valiente, dedicada y fiel.

Predicación incessante (5:42). Dedicados a la acción misionera, no dejaban de predicar.

Todos los días, dice Lucas, en el Templo y por las casas, incessantemente, enseñaban y predicaban a Jesucristo.

Sin cesar, dice el texto. Sin parar, en una continuidad que no tiene interrupción de ninguna clase: ni interna del espíritu, por desánimo; ni externa, por agresión. Nada los detenía. Nada interrumpía su dedicación a la enseñanza y a la predicación del evangelio, en el Templo y en las casas, literalmente casa por casa. ¿Cómo no iban a llenar a Jerusalén con su doctrina?

De paso, no hay otra manera mejor: Predicar en los lugares públicos, en forma directa o por medios masivos de comunicación, donde la gente se alcanza en masa; y casa por casa, donde las familias reciben una atención personalizada y toda duda personal puede ser diluida con facilidad. La constancia espiritual para ocuparse en esta obra, constantemente, con el poder del Espíritu Santo, logra el milagro de llegar a todos y a todos iluminar con la verdad del evangelio.

Elección de diáconos: Mayor crecimiento (6:1-7)

Surgió, en la iglesia, un problema inusitado. Murmuración. Con el espíritu de unidad y de integración casi total que manifestaba la iglesia, en todas sus actividades, parecería imposible; pero existió.

En aquellos días, dice Lucas, como crecía el número de los discípulos, hubo murmuración de los helenistas contra los hebreos.

Utilizó, por primera vez, el término discípulo para referirse a los creyentes que aceptaban la enseñanza de los apóstoles.

En la sociedad israelita de la época existía un grupo que se inclinaba muy insistentemente hacia la cultura griega y a la incorporación de sus ideas en el judaísmo: los helenistas. No eran necesariamente extranjeros, ni exclusivamente de nacionalidad griega; aunque ciertamente, en ese partido, había griegos. La desconfianza y la enemistad de los helenistas con los defensores de la fe hebrea procedían de largo tiempo. Tal animosidad, gracias al amor fraternal y al espíritu humilde de los cristianos, no aparecía en la iglesia.

Pero el enemigo no duerme nunca. Encontró un elemento para reavivar las emociones negativas del pasado y despertar sospechas en personas inclinadas a encontrar faltas en los dirigentes espirituales de la iglesia. La causa del descontento que, como serpiente oculta, se arrastraba

de una persona a otra, por medio de maliciosos comentarios contra los apóstoles, estaba en lo que se informaba como un descuido intencionado hacia las viudas helenistas, para beneficio de las viudas hebreas. Decían que sus viudas eran desatendidas en la distribución diaria, escribió Lucas.

¿Qué hacer con ese problema?

Los apóstoles resolvieron la situación como todo dirigente responsable, eficaz, debe hacer en la iglesia cristiana.

Primero, dieron por sentado que los quejoso eran honestos. No discutieron con ellos diciéndoles que no tenían razón, o que estaban exagerando o que eran injustos en la crítica. Ni siquiera los reconvinieron por el hecho de divulgar su malestar en forma solapada y maliciosa. Simplemente aceptaron la crítica y pusieron manos a la obra para superar el problema planteado. Si los dirigentes de la iglesia hicieran siempre así, se evitarían las ofensas verbales que surgen en las explicaciones o en la defensa propia frente a la murmuración.

Segundo, trataron el problema con toda la iglesia y sugirieron una solución imparcial.

Los Doce convocaron a la entera comunidad de discípulos, dice Lucas.

Y les dijeron:

—No es justo que nosotros dejemos la predicación de la Palabra de Dios para servir en las mesas. Elijan, pues, de entre ustedes, a siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguen este trabajo. Nosotros perseveraremos en la oración y continuaremos cumpliendo el ministerio de la Palabra.

Al reunir a la iglesia en asamblea, los apóstoles, guiados por el Espíritu Santo, abrieron el espacio para que el Espíritu trabajara con la iglesia entera. El problema que había surgido podía parecer puntual y de poca importancia, pero en realidad tenía que ver con la organización de la iglesia, asunto de importancia vital. No podían quedar, en las manos de ellos, todos los asuntos de la iglesia. Esa concentración de responsabilidades hubiera reducido su efectividad y la predicación del evangelio, más importante que ninguna otra cosa, habría quedado descuidada. No podían permitirlo. De allí que la propuesta de utilizar las fuerzas vivas de la iglesia para su organización se haya tornado tan valiosa y tan permanente.

Tercero, la iglesia aceptó la propuesta con agrado.

Esta propuesta agradó a toda la asamblea, dice Lucas.

Como antes habían elegido a Matías, ahora eligieron a siete hombres, llenos de fe y del Espíritu Santo, para que, en forma permanente, atendieran esa diaconía, o servicio. Por eso, más tarde fueron llamados diáconos. Su tarea principal era atender las necesidades físicas de los miembros y los intereses económicos de la iglesia. Eran los administra-

dores de los asuntos materiales de la iglesia.

Los siete tienen nombres helénicos, lo que no necesariamente indica que todos ellos eran miembros del grupo helenista, pero sí muestra el espíritu de integración que había en la iglesia. Solo dos de ellos vuelven a aparecer, más tarde, en el libro de Hechos: Esteban y Felipe. Felipe como evangelista en Samaria (Hech. 8:5) y Esteban como defensor y mártir de la fe (6:9; 7:59, 60). La tradición dice que los dos integraban el grupo de setenta discípulos que Jesús envió, delante de él, a predicar en toda aldea y ciudad donde él planeaba ir (Luc. 10:1). Ninguna información segura existe acerca del futuro de los demás. De Nicolás se sabe que, antes de aceptar la fe cristiana, fue pagano convertido al judaísmo.

Cuarto, después de elegirlos, la asamblea los presentó a los apóstoles para que oraran por ellos y confirmaran su dedicación a la diaconía, con la imposición de manos.

En los tiempos del Antiguo Testamento, la imposición de manos había sido utilizada como una señal para otorgar la bendición patriarcal (Gén. 48:13-15), para la consagración de los sacerdotes (Núm. 8:10), para imponer el cargo de máximo líder en Israel (Núm. 27:23).

Posteriormente, la iglesia cristiana utilizó la imposición de manos sobre hombres que ordenaba al ministerio, como fue el caso de Pablo y Bernabé (Hech. 13:1-3), de Timoteo (1 Tim. 4:14; 2 Tim. 1:6) y de los ministros en general (1 Tim. 5:22). Práctica que se tornó una doctrina fundamental de la iglesia, como dice la Epístola a los Hebreos, escrita por Pablo poco antes de su muerte (68 d.C.). Entre las doctrinas fundamentales incluye el arrepentimiento de las obras que conducen a la muerte, la fe en Dios, la instrucción sobre el bautismo, la imposición de manos, la resurrección de los muertos y el juicio eterno (Heb. 6:1, 2).

Quinto, este nuevo paso en la organización de la iglesia fue extremadamente útil para ella, y Lucas describe ese valor ofreciendo informaciones sobre el avance de la misión.

La palabra del Señor crecía, escribió, el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén y una multitud de sacerdotes obedecían a la fe.

Este éxito se debía al hecho de que todos se dedicaban a la misión. Los apóstoles, libres de obligaciones materiales, podían dedicar todo su tiempo a la predicación. Los miembros, estimulados a usar todos sus talentos, que el Espíritu Santo multiplicaba de acuerdo con las necesidades, sentían la alegría espiritual de la participación. Y en cuanto a los siete, aunque responsables de los asuntos materiales de la iglesia, esa obra, "no les impedía enseñar también la fe, sino que, por el contrario, estaban plenamente capacitados para instruir a otros en la verdad, lo cual hicieron con gran fervor y buen éxito" (Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 75).

Esteban, el defensor de la fe (Hechos 6:8-7:60)

La prueba de que los diáconos también realizaban trabajos de evangelización aparece en la historia de dos, de los siete, que Lucas incluye luego de contar cómo se produjo la elección de ellos. Con estas historias demuestra que, en la iglesia, nadie, ni siquiera los que administran los asuntos materiales, puede omitirse de la acción misionera. En aquellos días, era la única actividad que absorbía a la iglesia entera como comunidad, y a cada uno de sus miembros individualmente.

Lucas presenta a Esteban como un poderoso defensor de la iglesia. En el gran conflicto que Satanás tiene contra Cristo y su iglesia, los defensores de la iglesia son indispensables. Son como centinelas que no duermen jamás. Siempre listos para dar la voz de alarma y para defender la ciudad de la fe, impiden que invasores y depredadores penetren dentro de sus muros e intenten destruirla. Son los que más se exponen a los ataques del enemigo, y muchas veces pagan precios altísimos, incluyendo el precio de su vida, como influencia social y como extensión de tiempo. A Esteban lo mataron literalmente.

La disputa (6:8-10)

Lucas coloca el foco de su relato en Esteban de una manera muy acorde con el espíritu de la iglesia, según él mismo describió en su historia. Esteban, dice, lleno de gracia y de poder, hacia grandes prodigios y señales entre el pueblo. Es posible que esta descripción hubiera sido válida para cada uno de los líderes de la iglesia apostólica, pero, después de relatar la manera en que resolvieron el problema relacionado con la murmuración de los helenistas, y luego de mostrar el nombramiento de los Siete como una medida acertada para la organización de la iglesia, desea destacar el lado espiritual de esos hombres, demostrando que las características buscadas en ellos realmente estaban en sus vidas. Un hombre lleno del Espíritu y lleno de sabiduría tenía que estar también lleno de gracia y de poder. Los prodigios y las señales eran consecuencia natural de una vida bajo la entera conducción del Espíritu.

Había otro aspecto que los líderes de la naciente iglesia cristiana experimentaban en forma cada vez más frecuente: oposición agresiva. En el caso de Esteban, los agresores eran un grupo de hombres procedentes de varios lugares, judíos de la diáspora, radicados en Jerusalén, evidentemente miembros de sinagogas para judíos griegos que había en Jerusalén. Conviene recordar que si se reunían diez hombres interesados en tener una sinagoga, ya tenían derecho de fundarla. Según una tradición, en esa época había cuatrocientos ochenta sinagogas en Jerusalén. Algunos piensan que esta cantidad es exagerada, pero ciertamente había muchas. Entre ellas, algunas destinadas a los judíos griegos.

Esteban, aunque judío de nacimiento, hablaba griego y había estado predicando en las sinagogas griegas. Los judíos griegos, especialmente los que procedían de los lugares mencionados por Lucas, eran muy cultos. Reunían lo mejor del conocimiento cultural griego: filosofía, historia, literatura; y lo más sólido de la cultura hebrea: la ley, los profetas, los Salmos, junto con las enseñanzas de los más grandes rabinos del período entre los dos testamentos (c. 430 a.C. a 27 d.C.). Por lo visto, Esteban estaba a la altura de ellos y los sobrepasaba. Lo cual no era poco.

Algunos, al principio, lo subestimaron. ¿Cómo no hacerlo? Ellos venían de los grandes centros culturales de la época.

Los libertos seguramente procedían de Roma. Tuvieron que haber sido descendientes de los judíos que Pompeyo, en el año 63 a.C., llevó cautivos a Roma, a quienes sus captores, más tarde, dejaron en libertad.

Los de Cirene procedían del norte de África, donde había una numerosa colonia judía. Sus integrantes eran ricos y generosos. Enviaban abundantes donativos para el Templo de Jerusalén y hay registros de una oportunidad en la que apelaron a Augusto Cesar, por causa de un desentendimiento con el gobernador de la provincia, que trató de interceptar sus donaciones para el Templo. De esa colonia era Simón cireneo, el que llevó la cruz de Jesús (Mat. 27:32).

Los de Alejandría constituyan la tercera agrupación de judíos, después de Jerusalén y Roma, más importante en cantidad e influencia. En la época apostólica había unos cien mil judíos allí y contaban con su propio gobierno, un etnarca, como si hubieran sido una república autónoma. Fue en esta ciudad donde los eruditos judíos hicieron la traducción del Antiguo Testamento del hebreo al griego, conocida como la Septuaginta, o versión de los LXX, cuyo origen se remonta a los siglos III ó II a.C., lo que supone un conocimiento profundo de ambas culturas: hebrea y griega.

Los de Cilicia, al sudeste de Asia Menor, tierra en la que nació el apóstol Pablo, eran descendientes de las dos mil familias de judíos que Antíoco el Grande (242-187 a.C.) había llevado allí para asegurarse la lealtad de esa provincia. Pablo tuvo que haber estado en este grupo, porque estaba presente en el apedreamiento de Esteban al final de la disputa.

Pensaron que sería fácil vencer a Esteban en una disputa pública. Se equivocaron.

No pudieron resistir la sabiduría, dice Lucas, y el Espíritu con que hablaba.

La presencia del Espíritu tornó más ágil su argumentación y dio a su conocimiento una fuerza persuasiva que la mera repetición de informaciones no hubiera logrado nunca. Sus enemigos vieron cómo la gente respondía positivamente a sus argumentos, y lo odiaron.

La intriga (6:11, 12a)

Ya que no podían neutralizar sus convicciones, montaron una intriga contra él. Sobornaron testigos falsos.

—Lo hemos oído hablar palabras blasfemias contra Moisés y contra Dios —dijeron los testigos.

No contentos con esto, agregaron otra acción, muy efectiva entonces y siempre. Levantaron los ánimos del pueblo, de los ancianos, de los escribas, y armaron un alboroto. El motín parecía espontáneo. No era así. Ningún motín surge por sí solo, ni las multitudes se juntan por generación espontánea. Siempre hay, detrás de ellas, un grupo impulsor que las convoca, las organiza y las conduce. Ese grupo actúa solapadamente y es siempre una fuerza disruptiva. Produce confusión, violencia, agitación y caos. Fue lo que ocurrió en Jerusalén, contra Esteban. Sus enemigos, con la acción de la multitud, estaban listos para llevar adelante sus planes asesinos.

Acusación ante el Sanedrín (6:12b-15)

Arrebataron a Esteban y lo arrastraron hasta el Concilio. Él, controlado y tranquilo, como corresponde a un santo, no ofreció resistencia alguna. ¿Para qué? Como seguidor de Jesús, hizo lo que Jesús hubiera hecho en esas circunstancias. De hecho, tampoco él se resistió cuando lo tomaron preso en el Jardín. Más bien, ayudó a sus captores. Siguió con humildad todo el proceso hasta la cruz, y allí, voluntariamente, entregó su vida por los pecadores. Le importaba más la vida de los pecadores que la propia, por la simple razón de que ellos la estaban perdiendo y él, aunque iba hacia la muerte, no.

¿Cuánto, a esa altura de los hechos, sabía Esteban acerca del desenlace de muerte que, al final, lo esperaba con la furia de sus enemigos? No sabemos. Pero sabemos una cosa, más importante aún que ese desenlace: Él no estaba en la misión para defenderse a sí mismo, ni por ventaja personal alguna. Estaba en ella por Jesús y por los que, como él, necesitaban el evangelio para salvarse. Nada le importaba más, ni su propia vida, porque su propia salvación no estaba en riesgo con la muerte.

—Este hombre —dijeron los falsos testigos al Sanedrín— no cesa de hablar palabras blasfemias contra este lugar santo y contra la ley, pues lo hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos enseñó Moisés.

Grave acusación. Pero habían reducido mucho la acusación que, por contrato con los enemigos de Esteban, debían presentar. Debían acusarlo de blasfemia contra Moisés y contra Dios, en ese orden: de menor a mayor. Como aumentando su falta para causar mayor impacto entre los miembros del Concilio. En lugar de Moisés y Dios, pusieron el Templo, la ley y las costumbres. Una blasfemia menor.

¿Por qué redujeron la presunta blasfemia de Esteban? Primero, porque sabían que él, en realidad, no había dicho blasfemia alguna. Segundo, porque una acusación o la otra, para los enemigos de Esteban, era lo mismo. Lo que necesitaban era una acusación formal para someterlo a juicio; la sentencia final, esperaban, sería la misma: culpable, debe morir.

Esteban continuaba inalterable. Sin temor, sin angustia, sin incertidumbre. Los ojos de todos los miembros del Concilio se fijaron en él. Por la acusación y por la propia actitud del acusado. El impacto de su porte y de su calma fue profundo.

Vieron su rostro como el rostro de un ángel, dice Lucas.

Iluminado con una luz muy clara que no hería, pero commovía. Temblaron. Desviaron de él el rostro, para no dejarse arrastrar por una convicción que desecharan. Dieron lugar a la acción de su obstinada incredulidad y permitieron que sus prejuicios agresivos controlaran la voluntad de todos ellos. Prefirieron que Esteban comenzara su defensa, sin mayores preámbulos, para acabar con todo de una vez. No lo consiguieron. Esteban extendió el tiempo con una defensa completa y contundente. Más parecía el juicio de todos los miembros del Concilio que su propia defensa.

Defensa de Esteban (7:1-53)

El sumo sacerdote entregó la palabra a Esteban con una simple pregunta:

—¿Es esto así? —dijo—. ¿Es verdad lo que te acusan?

La respuesta, de acuerdo con la extensión de la pregunta, podría haber sido: Sí o no. Pero Esteban no tenía la menor intención de caer en la brevedad forzada que la mala conciencia de sus jueces les impone a ellos. Él no tenía mala conciencia de nada. ¿Por qué apresurarse? Además, ¿tendría otra oportunidad para anunciar el evangelio al Sanedrín, cuyos miembros lo necesitaban tanto o más que cualquier otra persona, entre todos los judíos griegos que ya lo habían escuchado? Seguramente, no.

Ignoró la pregunta del sumo sacerdote y pronunció un discurso notable. ¿Su propia defensa? Sí. Además, la defensa de Jesús y del cristianismo. Era su último discurso. ¿Lo sabía? No necesitaba saberlo. En realidad, cada predicador debiera predicar cada discurso como si fuera el último. ¿No serían todos mejores? ¿No estarían todos centrados en Cristo? ¿No contendrían lo esencial, olvidando lo vulgar e intrascendente, por intrascendente y por vulgar?

Esteban pronunció un discurso histórico. La historia del pueblo de Dios es el registro de las relaciones reciprocas entre Dios y su pueblo; lo que Dios ha hecho por ellos a través del tiempo y la manera en que sus hijos le respondieron. Esteban hizo recordar la historia de la Nación para

mostrar que Jesús era el profeta prometido por Dios, a través de Moisés, a quien la nación recibió con rebeldía, la misma rebeldía de siempre, por la cual vendieron a José, rechazaron a Moisés, mataron a los profetas, no creyeron en Jesús y, en consecuencia, mataron al Mesías.

Introducción: Respeto y súplica (7:2a). Esteban comenzó con un saludo cordial, cortés y muy respetuoso:

—Hermanos y padres, escuchen —les dijo.

Esa corta frase significó: Tengo algo que decirles. Está en mi mente como una convicción sólida, enraizada profundamente. Más que una convicción, es una creencia, basada en la revelación divina, que guardo dentro de mí y debo compartir con ustedes. Escuchen. Por favor, consideren lo que les voy a decir, tengan buena voluntad, compréndanlo, acéptenlo.

Abraham: Promesa y pacto (7:2b-8). El Dios de la gloria, siguió diciendo, el Dios que siempre se ha manifestado a nosotros, en gloria, con un poder superior a todos los poderes, con una fuerza más grande que todas las fuerzas, con una magnificencia tan magnífica que todo lo magnífico entre nosotros parece nada; ese Dios se apareció a nuestro padre Abraham, cuando aún estaba en Mesopotamia, antes de que viviera en Harán, y le dijo: Sal de tu tierra, deja tu parentela y ve a la tierra que yo te mostraré.

Los miembros del Concilio concordaron. Nadie dijo palabra, pero en sus mentes, el principio de la historia que Esteban comenzaba a construir no presentaba dificultad alguna. Por el contrario, sintieron una sensación de agrado, porque la súplica inicial de Esteban, que comprendían su creencia, podía ser atendida sin mucha dificultad. Entonces, continuó Esteban:

—Abraham salió de la tierra de los caldeos y habitó en Harán; de allí, cuando murió su padre, Dios lo trasladó a esta tierra, en la cual ustedes habitan ahora.

Todo era detalladamente correcto. Los graves miembros del Concilio escuchaban en silencio, con cierto sentido de alivio y satisfacción.

—Pero Dios no dio herencia a Abraham en esta tierra —continuó Esteban—. Solo la promesa.

Prometió dárselas en posesión a él y a su descendencia, aunque Abraham no tenía ni un solo hijo, aún. La promesa de la tierra fue muy grande. Incluía a un hijo, hijos de ese hijo, hijos de esos hijos, una multitud de muchos hijos, tantos que pudieran formar una nación, como la nación que ellos, oyentes de Esteban, lideraban en la Tierra Prometida y fuera de ella, en todos los lugares importantes de la tierra. ¿Qué importaba la escasez de tierra sufrida por Abraham, hasta el punto de no haber poseído espacio ni para asentar un solo pie, si ellos, sus descendientes, eran dueños de la tierra, como Dios lo prometiera? Sintieron, en ese instante, como muchas veces en su vida, una orgullosa sensación de

agrado. Descendientes de Abraham. Hijos de la promesa. Dueños de la herencia de Jehová. ¿Qué más podían pedir?

Pero Esteban no los dejó perderse en el pequeño paraíso mental de su egoísmo. Les hizo recordar que, no siempre, los hijos de Abraham poseyeron la Tierra Prometida.

—Dios dijo a Abraham —continuó—: Tu descendencia será extranjera en tierra ajena, serán hechos esclavos y los maltratarán por cuatrocientos años.

Sin embargo, de nuevo la promesa:

—Yo juzgaré a la nación de la cual serán esclavos —continuó Dios—, y después de ese tiempo saldrán libres y me servirán en este lugar.

A la promesa de la tierra y la descendencia, se sumó la promesa de la libertad. Un pueblo grande, poseedor de su propia tierra y libre para adorar a Dios, para servirlo siguiendo su divina voluntad en todo. Mostrar así al mundo la grandeza de ese Dios que cumple sus promesas y a sus fieles hace grandes, con la misma grandeza de su bendición.

A ese pueblo de la promesa, poseedor de la tierra, libre, dio Dios el pacto de la circuncisión, continuó Esteban, y así Abraham engendró a Isaac y lo circuncidó al octavo día. Isaac engendró a Jacob y Jacob engendró a los doce patriarcas. De esa manera comenzó el ciclo del Pacto, que siguió repitiéndose, de una generación a otra, para formar el pueblo del Pacto, heredero de las promesas, entre las cuales la promesa del Mesías era mayor aún que la promesa de la tierra y la promesa de la libertad juntas; porque, en el Mesías, todas las promesas se harían plena realidad, por siempre.

José: *Vendido para salvación* (7:9-19). Pero ya en la conducta de los doce patriarcas comenzó una extraña tradición de acciones negativas, que el pueblo del Pacto jamás debiera haber tenido.

—Los patriarcas —dijo Esteban—, movidos por envidia, vendieron a José para Egipto.

La envidia, ese sentimiento pasional que origina la codicia injusta de lo ajeno, de cualidades o cosas, colocó a los hijos de Jacob en una serie de acciones continuadas, irracionales y absurdas, que pusieron fin a la presencia de José, entre ellos, y lo alejaron de su familia, como si hubiera muerto.

—Pero Dios —continuó Esteban— estaba con él y lo libró de todas sus tribulaciones. Le dio gracia y sabiduría delante de Faraón, rey de Egipto, quien lo puso por gobernador de todo el país y sobre toda su casa.

Sus hermanos lo vendieron deseando que desapareciera, para siempre, y ellos nada tuvieran que ver con él, en nada. No fue así. La presencia de Dios junto a una persona modifica, para bien, todas las cosas malas que le ocurren. Y el bien que le hace Dios, además de protegerla a ella, ayuda a todos los que la rodean, incluyendo los que mal le han hecho.

—Hubo entonces un hambre que azotó toda la tierra de Egipto y la

tierra de Canaán, causando mucho sufrimiento –continuó Esteban–, y nuestros padres no encontraban alimento. Pero en Egipto sí había. Al enterarse Jacob, mandó a nuestros padres en una primera visita a Egipto.

En la segunda, José se dio a conocer a sus hermanos y Faraón se enteró acerca del origen de José. Luego José mandó llamar a su padre Jacob y a toda su familia, 75 personas en total. Sus hermanos, cuando lo vieron, solo pensaban en sí mismos y en las molestias que les causaba la situación privilegiada de José, delante de su padre. No sabían que lo estaban vendiendo para salvación de muchos.

–Entonces –continuó Esteban–, Jacob bajó a Egipto y allí murió él, y también nuestros antepasados. Sus restos fueron llevados a Siquem y fueron colocados en el sepulcro que, a buen precio, compró Abraham a los hijos de Hamor. El pueblo siguió creciendo y multiplicándose, hasta que llegó el tiempo para que se cumpliera la promesa de Dios a Abraham. Entonces, surgió un faraón que no conocía a José, quien, usando de artimañas contra el pueblo, lo oprimió, obligando nuestros padres a abandonar a sus hijos recién nacidos para que no vivieran.

Moisés: Rechazado por los cautivos hijos de Israel (7:20-29).

–En aquel tiempo –continuó Esteban–, nació Moisés y fue agradable a los ojos de Dios. Tres meses estuvo bajo el cuidado de sus padres y luego tuvieron que abandonarlo para que muriera. Pero la hija de Faraón lo recogió y lo crió como hijo propio. Le proveyó una educación en toda la sabiduría de los egipcios y Moisés se volvió poderoso en palabras y hechos. A los cuarenta años de edad, sintió deseos de visitar a sus hermanos, los hijos de Israel. Al ver a uno de ellos siendo maltratando, lo defendió. Mató al egipcio y se fue pensando: Mis hermanos entenderán que, por mi mano, Dios los librará de la esclavitud. Pero no fue así.

“Al día siguiente, cuando trató de poner paz entre dos de sus hermanos que reñían, diciéndoles: Ustedes son hermanos; ¿por qué se maltratan entre ustedes? El que maltrataba al otro, le dijo: ¿Quién te ha puesto por gobernante y juez entre nosotros? ¿Quieres tú matarme como mataste ayer al egipcio? Sintió el rechazo de sus hermanos. Con dolor, lo sintió. Pensó que el rechazo de sus hermanos los llevaría a la denuncia y la traición. La muerte del egipcio podría traerle malas consecuencias, si ellos lo delataban. Huyó a Madián. Vivió, en esa tierra, como extranjero. Se casó allí. Engendró dos hijos”.

Moisés: Enviado por Dios (7:30-34). Después de cuarenta años, olvidado ya de todo lo anterior, como si hubiera sido descartado por el pueblo y por la vida, vivía en el desierto solamente para su familia y su ganado. Tenía ochenta años.

–Un día, cuidando sus ovejas, se le apareció un ángel en el desierto del monte Sinaí –dijo Esteban–, en la llama de una zarza que se quemaba.

Moisés, maravillado, se acercó para observar la visión.

—Yo soy el Dios de tus padres —le dijo Dios—, el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob.

El Dios del Pacto estaba con él. No lo había abandonado. Por el contrario, lo estaba llamando, y el hombre rechazado por sus hermanos resultaba atractivo para Dios. Útil. Tembló Moisés. Ni a mirar el fuego se atrevía.

—Quita el calzado de tus pies —continuó Dios—, porque estás pisando tierra santa.

Se los quitó.

En la silenciosa soledad del desierto, había aprendido que las visiones de fuego no se descuidan; y no se desatiende la voz de nadie, mucho menos la de Dios.

—Ciertamente —continuó Dios—, he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, he oído sus clamores y he descendido para darles libertad.

El Dios del Pacto estaba a punto de actuar para cumplir su pacto y proteger al pueblo, aunque este, por su rebeldía natural, había despreciado a José y había rechazado a Moisés.

—Ahora, pues —agregó—, ven. Te enviaré a Egipto. No te preocunes por lo que antes hicieron ellos contigo. Serás tú mi enviado, y te oirán.

Moisés: Rechazado por el pueblo libre (7:35-43). Esteban hizo una pausa. Su breve silencio se extendió por toda la sala y cada miembro del Sanedrín sintió el peso de su pensamiento. Quería recalcar algo y, con solemne serenidad, lo hizo.

—A este mismo Moisés —dijo—, a quien habían rechazado diciéndole: ¿Quién te puso por gobernante y por juez?, Dios lo envió para ser gobernante y libertador.

Lo envió con el poder del ángel que se le apareció en la zarza. Superior al fuego. Más intenso que la llama. Divino. El poder divino supera todos los poderes, incluyendo todo el poder de Egipto. El contraste entre Dios y el pueblo con respecto a Moisés, que describió Esteban, fue tan fuerte que no pasó desapercibido para su auditorio. Saltó, Esteban, por todos los detalles de la liberación y continuó con los resultados del poder que, de Dios, recibió Moisés.

—Los sacó de Egipto —dijo—, haciendo prodigios y señales milagrosas.

Las hizo en Egipto, en el Mar Rojo y en el desierto, durante cuarenta años.

En ese instante, Esteban concentró su pensamiento en la importancia fundamental que Moisés tenía para la nación israelita, como nación y como pueblo de Dios. Les profetizó al Mesías, les dio la ley y les comunicó palabras de vida.

—Este mismo Moisés —prosiguió—, dijo a los israelitas: Dios, de entre ustedes, hará surgir un profeta, como yo; a él deberán oír.

Ese era el profeta que la Nación toda estaba esperando y había es-

perado por más de quince siglos, en torno al cual habían construido todas sus esperanzas. El Mesías. Como el mismo Moisés, que, después de estar con el pueblo de Dios en el desierto, y dialogar con el ángel, en el Monte Sinaí recibió la ley, para dar a nuestros padres. Fue también él quien recibió palabras de vida para darnos.

¿Cómo no respetar a Moisés? Es cierto que había sido rechazado en Egipto por el pueblo esclavo, con cientos de años en esclavitud; a esa altura ignorantes y espiritualmente degradados. Pero ¿qué sucedía en cuanto al pueblo libre, con una nueva visión, con nuevas esperanzas, con una nueva identidad? La misma mala semilla que actuó en los hermanos de José y en el pueblo esclavo también actuó en el pueblo libre.

—Nuestros padres no quisieron obedecer a Moisés —continuó diciendo Esteban—. Lo rechazaron. Lo que realmente querían era volver a Egipto. Por eso dijeron a Aarón: Debes hacernos dioses que vayan delante de nosotros, pues no sabemos qué haya ocurrido con ese Moisés que nos sacó de Egipto.

Hicieron un ídolo con forma de becerro. Le ofrecieron sacrificios y tuvieron una gran fiesta en honor a la obra de sus manos.

Pasando del rechazo a Dios en la historia de Israel desde Abraham hasta Moisés, Esteban resume el rechazo de Israel durante todo el resto de la historia nacional, en unos pocos párrafos. Primero, les dice que Dios les volvió la espalda; los dejó libres para que rindieran culto a los astros.

Luego, junto con los profetas, Dios pregunta:

—¿Acaso me ofrecieron ustedes, casa de Israel, sacrificios y ofrendas durante los cuarenta años en el desierto? No. Ustedes no lo hicieron entonces ni después.

—Por el contrario —continúa Esteban citando al profeta Amós—, ustedes se hicieron cargo del tabernáculo de Moloc, de la estrella del dios Refán y de las imágenes que hicieron para adorarlas (Amós 5:25-27).

—Por lo tanto —dice Dios—, los mandaré al exilio, más allá de Damasco.

El pueblo había rechazado a José, a Moisés y también a Dios, en forma indirecta, por la desobediencia a Moisés, y en forma directa, adoptando la adoración de astros y de ídolos paganos, en lugar de adorar solamente a Dios.

Santuario-templo: Endiosado por el pueblo (7:44-50). Pero practicaban un rechazo a Dios más sutil y mucho más sofisticado, hasta el punto de parecer más fieles y más celosos en su servicio a él. Habían transformado el Templo, morada simbólica de Dios, en un lugar tan sagrado como Dios, y lo trataban con un respeto mayor que el respeto manifestado a Dios. No les dice, en forma directa, que han endiosado al Templo, pero la implicación es tan fuerte como la acusación de blasfemia contra el Templo que, ante el Concilio, pesaba contra él. Todo lo que necesitó hacer fue

trazar la historia del Templo, desde la construcción del Tabernáculo del testimonio, por orden de Dios, hasta la construcción del Templo, hecho por Salomón.

—Nuestros padres tenían, en el desierto, el Tabernáculo del testimonio —dijo Esteban—, hecho como Dios le había ordenado a Moisés, según el modelo que había visto. Una vez construido, Josué lo llevó a la tierra que conquistaron, porque Dios expulsó las naciones delante de ellos. Allí permaneció el Tabernáculo hasta los días de David. Habiendo disfrutado del favor y la bendición de Dios, David le pidió al Señor que le permitiera construir un templo para su morada como Dios de Jacob. Pero fue Salomón quien construyó la Casa para él.

Hasta ahí la historia del Templo. Breve, objetiva, directa. La relación entre el Templo y Dios parece mantener su perspectiva correcta, sin ninguna mención a cualquier sentimiento especial con respecto al Templo. Pero, Esteban, de ahí en adelante, produjo las condiciones para que los mismos miembros del Sanedrín dijeran, con su propia reacción, lo que él no estaba diciendo en palabras.

—Sin embargo —agregó—, el Altísimo no habita en casas construidas por manos humanas.

Y, para que nadie lo acusara de estar inventando un argumento falso, citó al profeta Isaías:

“Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas” (Isa. 66:1, 3).

La reacción de sus oyentes fue tumultuosa. El sumo sacerdote rasgó su túnica, y el nerviosismo de todos los miembros del Concilio le dijo a Esteban que su discurso, aunque solo estaba a medio camino, había llegado a su fin y que su suerte estaba decidida.

Conclusión: Ustedes resisten siempre (7:51-53). Apresuró sus palabras y les dijo, en forma directa, lo que con mucha cortesía les estuvo diciendo a través de todo el discurso.

—Tercos! —les dijo—, duros de corazón y torpes de oídos! Ustedes son iguales que sus padres: ¡Siempre resisten al Espíritu Santo! ¿A cuál de los profetas no persiguieron los padres de ustedes? Ellos mataron a los que profetizaron la venida del Justo, y ahora, ustedes lo han traicionado y asesinado. Ustedes, que recibieron la ley promulgada por medio de ángeles, y no la obedecen.

El rechazo de Jesús ocurre por rechazar al Espíritu Santo. Si hubieran permitido que el Espíritu Santo trabajara en sus corazones, habrían aceptado a Jesús. Pero, para ellos, era más importante el Templo, la ley y las costumbres que Cristo; porque en esas cosas podían expresar la fría formalidad de su religión, más apreciada por ellos que la espiritualidad deseada por Dios en la vida de los obedientes a la ley, los adoradores en el Templo y los observadores de las buenas costumbres reveladas por Dios.

La verdadera religión cristiana no es solo formas, sin espiritualidad, ni espiritualidad informal sin obediencia; es una relación espiritual con Cristo, honesta, sincera y obediente, que genera una relación de la misma calidad con el prójimo, expresada en un afecto de amor y de servicio.

Los hijos de Israel rechazaron a José, vendiéndolo. Rechazaron a Moisés: como nación esclava, desconociendo su autoridad divina; como nación libre, desobedeciendo sus leyes. Rechazaron a Dios con su idolatría, no aceptando la religión que él les reveló, para mantener una religión inventada por los seres humanos, sin aprobación divina. Y rechazaron a Jesús vendiéndolo por treinta monedas de plata, no aceptando su autoridad divina, desobedeciendo sus leyes y rechazando su religión de amor para quedarse con una religión egoísta y formal, de factura puramente humana, aunque, en la apariencia, conservaran la religión revelada por Dios. La verdadera religión que ellos tenían quedó claramente visible en la reacción que tuvieron ante el discurso de Esteban.

Apedreamiento (7:54-60)

Ira. Odio. Venganza. Tenían una religión que ni siquiera los ayudaba a controlarse a sí mismos.

Al oír las últimas palabras de Esteban, rechinando los dientes montaron en cólera contra él, dice Lucas.

Y el enorme contraste de la religión cristiana, mostrada en Esteban, se hace visible.

Pero Esteban, agrega Lucas con la certeza de alguien que conocía personalmente esa reacción, lleno del Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios.

Una actitud que muestra la misma raíz de su fe. La violencia de sus enemigos no lo afectó. No se sintió personalmente herido, en sus sentimientos. ¿Por insensibilidad? Porque no estaba ni pensando en su propia persona. No se sintió desvalorizado, porque solamente pensaba en el valor que Jesús tenía para él. No vio la violencia de sus enemigos, con la peligrosa acción asesina que genera, porque a nadie consideraba enemigo suyo y su vista no estaba detenida en las bajezas humanas, sino fija en el cielo, en la gloria de Dios y en la verdadera posición de Jesús, junto a Dios, como Dios y sobre todas las cosas.

—Veo el cielo abierto —dijo con santa serenidad—, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios!

Ante esas palabras, sus enemigos no pudieron contenerse. Hervían sus corazones de odio y de rencor. Gritaron a voz en cuello. Taparon sus oídos, con sus manos, para no oír lo que dijera Esteban. Y todos, a una, se lanzaron contra él, como una hambrienta jauría que solo ve su presa, sin importarle las consecuencias. A empellones lo llevaron fuera de la ciudad y lo apedrearon. Sus ropas quedaron al cuidado del joven Saulo que, como helenista de Tarso, en Cilicia, pertenecía al grupo que lo ha-

bía llevado ante el Sanedrín, acusándolo de blasfemia (Hech. 6:9).

Mientras lo apedreaban, dice Lucas, Esteban oraba diciendo:

—Señor Jesús, recibe mi espíritu.

Lucas agrega:

Y cayendo de rodillas, exclamó:

—Señor, no les tomes en cuenta este pecado!

Lo mataron.

Es cierto que el tribunal no había dictado una sentencia formal, condenándolo a la muerte. No tenía atribución para hacerlo. Una sentencia de muerte solo podía ser emitida por la autoridad romana. La autoridad del Sanedrín era limitada y la sentencia de muerte le estaba taxativamente prohibida. Por eso no dictaron sentencia legal, pero lo mataron. Cometieron un vulgar asesinato. ¿Cómo resolvieron ese problema ante la autoridad romana? La costumbre era: soborno. Sobornar la autoridad romana con mucho dinero para que el caso no fuera investigado. Y no lo fue.

La muerte de Esteban fue una prueba muy dura para la iglesia. Diácono eficiente. Predicador elocuente. Defensor invencible. Un líder espiritual, verdadero hombre de Dios. Todo perdido. Ya no estaba en la iglesia para servirla. Pero su influencia no estaba muerta. Los que vieron la presencia de Dios en él: rostro iluminado, actitud segura, palabra perdonadora, serena partida hacia la muerte, guardaron esa imagen, muy rara en los mortales, y sintieron su avasalladora influencia atractiva hacia Jesús. Uno de ellos era Saulo. Lo hicieron miembro del Sanedrín, como premio al celo que mostró en la persecución y la muerte de Esteban. Siguió persiguiendo a los cristianos y les causó mucho daño. Pero pronto, el celo criminal que ardía en sus entrañas, contra los cristianos, se tornará celo misionero, y nadie mejor que él para llenar el lugar vacío, dejado por Esteban, en la predicación a los judíos helenistas y, después, a los gentiles del Imperio entero.

Pero aún no ha llegado el tiempo de Pablo. Lucas da un paso más en su historia de la iglesia cristiana apostólica y su avance misionero hacia la conquista del mundo entero. Hasta aquí ha contado cómo ocurrió la misión en Jerusalén. A continuación, avanza hacia Judea y Samaria, sin desconectarse totalmente de Jerusalén.

JUDEA Y SAMARIA

Ya era el año 34 d.C. Habían pasado tres años y medio desde la ascensión de Jesús, años de intensa actividad misionera en Jerusalén. El Espíritu Santo inspiraba el trabajo y proveía el poder espiritual requerido para que la obra fuera exitosa. Y exitosa había sido. Los discípulos habían llenado Jerusalén con su doctrina (Hech. 5:28) y los conversos, contados por miles al comienzo, tres mil en Pentecostés (Hech. 2:41), y hasta cinco mil después del sermón de Pedro en la puerta de Salomón (Hech. 4:4), ya no se contaban con número, porque el Señor añadía, cada día, a la iglesia, los que habían de ser salvos (Hech. 2:47). Y el número de creyentes crecía tanto en Jerusalén que hasta una gran cantidad de sacerdotes obedecían a la fe (Hech. 6:7).

Aunque el Sanedrín había creado problemas para la predicación, además de encarcelar apóstoles y prohibirles que hablaran acerca de Jesús, puede decirse que el ambiente era propicio y el éxito, muy reconfortante; hasta el punto de producir, en los creyentes, un estado de contentamiento peligroso, por estancación, para el avance misionero hacia Judea, Samaria y toda la tierra.

Tenían que dispersarse.

Debieran haberlo hecho por planificación, pero no lo hicieron. Dios permitió que interviera otro factor, muy desagradable, pero eficiente: la persecución. Y los cristianos se dispersaron por Judea y Samaria (Hech. 8:1-11:18).

Persecución en Jerusalén (Hechos 8:1-4)

Todo comenzó con la muerte de Esteban. Antes, el Sanedrín había incomodado a dirigentes y apóstoles, pero algunos factores, presentes en ese momento, estimularon la animosidad y la violencia contra todos los cristianos de Jerusalén.

Un cambio de táctica (8:1)

No había dado resultado la persecución a los dirigentes de la iglesia. Eran muy elocuentes, sabían argumentar demasiado bien y cada vez que los llevaban ante el Concilio colocaban a sus miembros en dificultades. Además, sin poder condenarlos, tenían que dejarlos en libertad, y ellos salían a predicar con mayor poder y con más aceptación. En realidad, la oposición de los dirigentes religiosos de Israel, contra los líderes cristianos, los estaba convirtiendo en héroes espirituales, y el pueblo los seguía más y más. ¿Qué hacer? Decidieron dejar tranquilos a los dirigentes y perseguir a los miembros de la iglesia. La nueva táctica co-

menzó el mismo día que mataron a Esteban.

Aquel día, dice Lucas, se desató una gran persecución contra la iglesia en Jerusalén, y todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria.

La sepultura de Esteban (Hechos 8:2)

Esteban había sido apedreado por blasfemia. De acuerdo con el Talmud, no tenía derecho a los ritos de una ceremonia normal de sepultura.

Pero, dice Lucas, un grupo de hombres piadosos sepultó a Esteban e hicieron gran duelo por él.

Dos asuntos de preocupación para los dirigentes de la Nación: (1) El hecho mismo del duelo, con grandes lamentos, que mostraba el grado de aceptación que gozaba Esteban y, al mismo tiempo, la intensidad con que rechazaban la acción cometida contra él. La sepultura, con todos los honores del caso, era un acto de protesta contra las autoridades judías, y ellos se molestaron mucho. (2) Los que hicieron el acto de protesta no eran cristianos; eran piadosos, devotos, personas inclinadas a favor del judaísmo (Hech. 17:4), casi prosélitos; aún no plenamente convertidos al judaísmo. Pertenecían al grupo de personas cuya cultura habían aceptado los judíos helenistas, por quienes Esteban había estado trabajando. Su simpatía por Esteban, manifestada valientemente al sepultarlo, debía ser castigada; y la mejor manera que los dirigentes judíos encontraron para hacerlo fue una persecución a todos los cristianos, incluyendo a los simpatizantes. Los celos religiosos suelen ser más intensos que los celos amorosos. Hace que sus víctimas se vuelvan fanáticas y belicosas. Muy a menudo, criminales y asesinas.

El celo violento de Saulo (8:3, 4)

Ocuparse solamente de los doce apóstoles era muy poco. Su celo violento era más intenso y más extenso. No perdonó a nadie.

Causaba estragos en la iglesia, dice Lucas: entrando de casa en casa, arrastraba a hombres y mujeres, y los metía en la cárcel.

El estrago que hacía era una destrucción continua, sin parar; y su entrada en las casas, además de abarcar todas las casas, no cesaba en el tiempo: seguía y seguía con ritmo interminable. Pablo perseguía sin piedad, hasta la muerte. Él mismo, cuando habló a la multitud de Jerusalén, explicó:

—Persegui a muerte a los seguidores de este Camino, arrestando y echando en la cárcel a hombres y mujeres por igual. Así lo pueden atestigar el sumo sacerdote y todos los ancianos, de quienes obtuve cartas para los hermanos y fui a Damasco, con el objetivo de traer presos, a Jerusalén, los que estuvieran allí, para que fueran castigados (Hech. 22:4, 5).

Tamaña pasión perseguidora solo podía inflamar una persecución que abarcara a todos los creyentes, sin excepción. Y así ocurrió.

Pero los perseguidores no sabían que su obra, terrible para los cris-

tianos perseguidos, era favorable para la misión.

Lucas escribió:

Los que se habían dispersado predicaban la palabra por dondequiera que iban.

No era una predicación formal, como la de un predicador profesional; era como quien cuenta una historia. Contaban la Palabra, todo lo que el Antiguo Testamento decía acerca de Jesús, y contaban las historias sobre él que habían oído de los apóstoles. Así, la iglesia, en la siguiente etapa de su obra, más o menos diez años (34 a 44 d.C.), predicó a los habitantes de Judea y de Samaria, por medio de los miembros que contaban y por medio de los predicadores que proclamaban, avanzando un paso más sobre el territorio que Jesús les había indicado: Jerusalén, Judea, Samaria y toda la tierra.

Samaria: Viajes misioneros de Felipe (Hechos 8:5-40)

Felipe, segundo de los siete cuya obra Lucas describe, fue uno de los muchos cristianos perseguidos en Jerusalén. Tuvo que huir de la ciudad. Pero la huida de estos perseguidos no era como los que huían por efectos de una guerra, escondiéndose de sus enemigos, luchando por salvar su propia vida. Ellos salieron de Jerusalén para salvar la vida de los pecadores. Los perseguían por predicar, y a predicar en otro lugar se fueron.

Uno de los buenos lugares donde ir a cumplir esa tarea era Samaria. Era bueno por dos razones: (1) La orden de Jesús: Cuando estaba a punto de ascender al cielo, de retorno al Padre, les dijo que debían testificar en Samaria. (2) La buena acogida que recibían allí.

Paradójicamente, aunque los samaritanos despreciaban a los judíos, recibían bien a los judíos cristianos. La causa estaba en las dos visitas que, durante su ministerio público, Jesús hizo a Samaria. La primera fue cuando se encontró con la samaritana en el pozo de Jacob, junto a la ciudad de Sicar, y muchos samaritanos creyeron en él, dice Juan, habiéndolo aceptado como Salvador del mundo y Mesías (Juan 4:5, 7, 39, 42). La segunda visita se produjo después de que Jesús salió definitivamente de Galilea, rumbo a Jerusalén, donde tenía que terminar su obra redentora. Al acercarse a una aldea samaritana, envió unos mensajeros a realizar los preparativos para la visita que él planeaba hacerles. No quisieron recibirla porque su rumbo era hacia Jerusalén (Luc. 19:52, 53). El odio racial era intenso. Jesús no forzó su visita, pero después volvió a Samaria. Cambió de táctica. Envío a los Setenta, de dos en dos, para que visitaran las ciudades y las aldeas, delante de él. Jesús llegaba a cada lugar, después que ellos, y la recepción fue excelente. Cuando los Setenta, sin saber que Jesús había seguido los pasos de ellos, terminaron su misión, volvieron con gozo, dice Lucas (Luc. 10:17). La actitud de los samaritanos había cambiado. Se había tornado muy favorable a Jesús. Permaneció en Samaria todo el otoño y parte del invierno del año 30 d.C.

Cuando salió de allí, fue a Perea, al otro lado del Jordán. Allí contó la parábola del buen samaritano (Luc. 10:25-37). Los samaritanos, al oír sobre la manera en que Jesús los había descrito en esa parábola, sintieron aún más simpatía por él.

Cuando los perseguidos seguidores de Jesús llegaron a Samaria, fueron bien recibidos. Uno de ellos era Felipe, no el apóstol, pues los apóstoles permanecieron de Jerusalén (Hech. 8:1), sino uno de los siete, más tarde llamado el evangelista (Hech. 21:8).

Primer viaje misionero de Felipe: Ciudad de Samaria (8:5-13)

Felipe, dice Lucas, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo.

Su predicación era la proclamación formal de un predicador ordenado para eso. Así lo indica Lucas al usar aquí una palabra diferente de la que usó para referirse a la predicación de los miembros (Hech. 8:4). Lo importante es que, predicadores ordenados y miembros no ordenados, a su modo, todos los cristianos predicaban el evangelio.

La respuesta de sus oyentes fue una experiencia parecida a la que Jesús experimentó las dos veces que trabajó entre ellos.

La gente, dice Lucas, unánime, escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe.

La palabra de este evangelista era convincente, pero él, lleno del Espíritu Santo, no se limitaba solamente a proclamar las verdades acerca de Jesús; también realizaba señales.

Expulsaba espíritus inmundos, y los demonios salían lanzando gritos de impotente resistencia. Sanaba a muchos paralíticos y muchos cojos, de tal manera que había gran gozo en aquella ciudad, afirma Lucas.

La alegría de una ciudad entera, capital de una nación, producida por un predicador cristiano.

Lo que sigue es una historia extraordinaria. Había en la ciudad un hombre llamado Simón. Mago. Un mago especial, plenamente adaptado a la mentalidad religiosa, medio judía, medio pagana, de los samaritanos. Se hacía pasar por alguien importante y los engañaba. Su engaño era tan sutil que todos, desde el más grande hasta el más pequeño, decían:

—Este es el gran poder de Dios.

Era un engañador religioso. La gente, antes de la llegada de Felipe, de buena gana, lo había aceptado por mucho tiempo, aunque sus artes mágicas solo habían producido engaño y una religión que, extrañamente, mezclaba lo divino con lo demoníaco, dejando ante el pueblo la impresión de que servía a Dios. Explotaba muy bien el nacionalismo judío y la credulidad pagana, presentes en los habitantes de Samaria.

Pero, cuando los samaritanos creyeron en las enseñanzas de Felipe, la persona de Jesucristo y el evangelio del Reino de Dios, abandonaron a Simón.

Se bautizaron, hombres y mujeres, dice Lucas.

Muestra así que los cristianos daban el mismo valor a las mujeres que a los hombres. Los comentarios que atribuyen influencia cultural de la época, desvalorizando a las mujeres en la iglesia cristiana primitiva y la posterior, no resisten la consideración minuciosa de los escritos más antiguos del cristianismo. Como seres humanos, eran iguales. Como miembros de iglesia, participaban en las mismas actividades: elección de Matías, elección de los siete diáconos; eran recibidas en las reuniones de evangelización igual que los hombres, recibían la misma enseñanza y eran bautizadas lo mismo que ellos. En realidad, participaban en la vida de la iglesia sin ninguna diferencia, excepto en los cargos de ordenación. No ordenaban mujeres. Pero no lo hacían por influencias culturales del ambiente social que los rodeaba, pues los pueblos paganos, vecinos de Israel y más distantes, tenían sacerdotisas. Israel nunca las tuvo. Ni siquiera tenía hombres sacerdotes que no fueran de la tribu de Leví, específicamente de la familia de Aarón. ¿Discriminación? No. Solo determinación divina. Había decidido Dios que fuera así, y así era. ¿No tenía derecho Dios a decidir cómo se hicieran las cosas en su pueblo Israel y en su iglesia, en cuanto a la vida moral de sus hijos y en cuanto a las prácticas eclesiales de todo orden? Por supuesto. ¿Quién tiene derecho a discutir con Dios estas cosas, si hizo bien o hizo mal? O ¿puede alguien corregirlo, pensando que puede mejorar sus decisiones y hacerlas más justas? ¿Puede alguien ser más justo que el Dios de toda justicia, el único Justo, el Verdadero?

También creyó el mismo Simón, dice Lucas, y pidió el bautismo.

Después de bautizado, permaneció junto a Felipe todo el tiempo. Al ver las señales que Felipe hacía y el gran poder que actuaba en él, estaba atónito. Su sorpresa era tan grande que lo puso fuera de sí. No podía entender que sin las fuerzas del engaño se pudieran hacer cosas tan extraordinarias. Un mago como él, con una religión posiblemente mezclada de judaísmo, paganismo, zoroastrismo persa y satanismo, ¿podía experimentar una conversión genuina, creer de verdad y vivir el cristianismo con plenitud? Por supuesto que podía. Solamente tenía que permitir la acción del Espíritu Santo en él y, como todos los demás creyentes cristianos, vivir lo que había creído. La pregunta es: ¿Había permitido, Simón el mago, que el Espíritu Santo hiciera, dentro de él, la obra transformadora que necesitaba? En el momento de su asombro con lo que Felipe hacía no era posible responder esta pregunta. Pero la respuesta aparecerá clara cuando Pedro visite Samaria.

Visita de Pedro y Juan a Samaria (8:14-25)

Cuando los apóstoles, en Jerusalén, se enteraron de que los samaritanos habían aceptado la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan. Apenas llegaron, descubrieron que esos nuevos creyentes aún no ha-

bían recibido al Espíritu Santo. ¿Cómo sería su participación en la tarea de anunciar el evangelio sin el poder del Espíritu? Ni necesitaban hacerse esta pregunta. Lo sabían. Sería con muy poco fruto, o ninguno. Un cuadro muy poco prometedor para la espiritualidad de la iglesia y para la vida espiritual de ellos mismos. No hay felicidad en un sembrador que únicamente siembra y no cosecha, o cosecha poco. La alegría aparece cuando la siembra produce el treinta, el sesenta y el ciento por uno (Mar. 4:8); donde había un miembro, al final del ciclo de siembra y cosecha hay treinta, o sesenta o cien miembros. Porcentajes enormes: tres mil, seis mil, diez mil por ciento. ¡Eso es alegría! Solo posible con el poder del Espíritu Santo actuando sin restricción en la vida de un creyente. Pero, los creyentes de Samaria solo habían recibido el bautismo en el nombre de Jesús; aún no habían recibido al Espíritu Santo.

Pedro y Juan resolvieron el problema inmediatamente: Oraron por ellos, y a medida que iban imponiéndoles las manos recibían al Espíritu.

Al ver Simón lo que estaba ocurriendo, se acercó a los dos discípulos con una insólita propuesta, que revelaba la verdadera naturaleza de su conversión. Denme también a mí este poder, les dijo, para que cuando yo imponga las manos sobre alguien, esa persona reciba el Espíritu Santo. Y les ofreció dinero. Lucas no dice cuánto, porque este asunto no era una cuestión de dinero. Va directamente a la respuesta de Pedro, que tampoco dio rodeo alguno:

—Tu dinero perezca contigo —le dijo—, porque has pensado que el don de Dios se puede obtener con dinero.

Realmente no se compra, es un don, un regalo, y el que recibe un regalo jamás paga por él. Solamente agradece y disfruta. Pretender pagarle a un ser humano por el regalo de Dios es un insulto a los dos; a Dios mucho más, por supuesto. Simón demostró así que su fe, basada en las manifestaciones del poder de Dios que vio en los milagros de Felipe, no era la fe que agrada a Dios. Una fe por conveniencia. Quizá, desde el principio, planeaba comprar ese poder. La apostasía de Simón el mago comenzó antes de que los frutos de la conversión aparecieran en él.

—No tienes tú parte ni suerte en este asunto —le dijo Pedro—, porque tu corazón no es recto delante de Dios.

Continuaba pensando en ser alguien; solo que esta vez quería serlo utilizando el poder de Dios para su propia ventaja. No pudo. A ningún ser humano le permite Dios que manipule su poder. Puede pretender hacerlo; pero, en la realidad, el poder que maneja no es el poder de Dios. Puede ser el suyo propio: influencia, dinero, posición; el poder político, si tiene acceso a él; el poder militar, si está a su alcance; el poder de los espíritus malignos o demoníacos, siempre listos para actuar a través de individuos que se sometan a ellos; pero el poder de Dios, nunca.

—Arrepiéntete de tu maldad —le dijo Pedro—, y ruega a Dios; quizá

te perdone la mala intención que has tenido. Veo que caminas hacia la amargura y hacia la esclavitud del pecado.

Simón se asustó. Esos hombres que trabajaban en tan íntima relación con Dios bien podrían hacerle algún mal. Para prevenirlo, dijo:

—Rueguen al Señor por mí, para que no me suceda nada de lo que han dicho.

Si esos hombres honestos pedían, para él, el bien, no podrían contradecirse delante de Dios pidiéndole que le hiciera mal alguno. De nuevo el intento de usar a los demás para beneficio propio, hasta delante del mismo Dios. Simón tenía la mente preparada para convertirse en un hereje: ofendido por la falta de colaboración de los dirigentes con su proyecto ventajista, amargado por la pérdida de prestigio entre los samaritanos, ansioso de tomar venganza contra Pedro y con su mente llena de extrañas ideas contrarias a la doctrina de los apóstoles; solo le faltaba la oportunidad para amasar en su mente una herejía.

Parece que lo hizo, porque muchos escritores posapostólicos afirman que él fue el padre del gnosticismo, aunque su maligna epidemia solo azotó la iglesia más tarde, en el siglo II d.C. Una herejía cuyo mayor punto de contacto y discrepancia básica con el cristianismo es la doctrina de la salvación. Como todas las otras religiones, coloca la salvación dentro de la acción humana; en cambio, el cristianismo la coloca fuera, en Cristo. Lo que el ser humano debe hacer, para conseguir la salvación, según el gnosticismo, consiste en librarse del cuerpo físico, esencialmente malo. Pero esa liberación no es tan simple como un suicidio, es compleja como la obtención de un conocimiento superior (*gnosis*), reservado solo para unos pocos privilegiados, que pueden captar la esencia espiritual de una persona.

El gnosticismo fue creciendo en complejidad, incorporando conceptos religiosos orientales, de India y Persia, con otros provenientes de la cultura grecorromana, en una apertura muy grande hacia todas las religiones, excepto el cristianismo, que atacó frontalmente. Muy similar a la actitud de muchos intelectuales modernos entusiasmados con las ideas de la Nueva Era. Los impactos gnósticos más destacados de nuestro tiempo son *El Evangelio de Judas* y la novela *El Código Da Vinci*.

Lucas deja hasta ahí la historia de Simón el mago, y retorna a Pedro y a Juan.

Ellos, dice, habiendo testificado y hablado la palabra de Dios, se volvieron a Jerusalén.

Parece que no predicaron, a la gente, sermones de evangelización. Solo testificaron y conversaron con la gente acerca de la palabra de Dios. Notable. Muchas veces los apóstoles cumplían la misión haciendo solo aquello que todos los creyentes podían hacer, como estimulándolos a no detenerse nunca en esa obra. Y, otro detalle sumamente importante, no viajaban de un punto directamente al otro, en este caso de Samaria a

Jerusalén. Iban deteniéndose en los pueblos.

Y en muchas poblaciones de los samaritanos, escribió Lucas, anunciaron el evangelio.

Utilizando, de nuevo, el término que reserva para la predicación informal de todos los miembros, sin importar su posición en la iglesia, Lucas insiste en la realización espontánea de la misión, intencionalmente haciéndolo en todos los lugares posibles, aunque solo estuvieran de paso por ellos. Así termina Lucas su relato de la obra que Felipe realizó en su primer viaje misionero a Samaria, con el consiguiente apoyo de Pedro y Juan, enviados desde Jerusalén para ayudarlo. Fue allí movido por la persecución.

Segundo viaje misionero de Felipe: Todas las ciudades (8:26-40)

En el segundo viaje misionero, Felipe tuvo una motivación superior a las circunstancias. Por mucho que la persecución fuera una circunstancia permitida por Dios con el objetivo de movilizar a su pueblo hacia otros lugares, fuera de Jerusalén, para que expandieran la predicación del evangelio, de todas maneras era una circunstancia. Y es un hecho real que las circunstancias, favorables o desfavorables a la predicación, terminan siendo instrumentos muy útiles, en la mano de Dios, para el avance de la misión. Con todo, tiene Dios otros medios aún más eficientes.

Un ángel del Señor habló a Felipe, dice Lucas.

Una comunicación directa de Dios.

—Levántate —le dijo—, y ve hacia el sur, por el camino desierto que desciende de Jerusalén a Gaza.

No le dijo para qué, ni Felipe preguntó nada. Una relación maravillosa. Si Dios me ordena ir a un lugar, pensó Felipe, es allá donde yo voy.

Se levantó, dice Lucas, y fue.

Luego, agrega:

Y sucedió que un etíope, eunuco, funcionario de Candace, reina de los etíopes, que estaba sobre todos sus tesoros y había ido a Jerusalén para adorar, volvía sentado en su carro.

No se sorprendió Felipe al verlo. Muchos judíos de la diáspora y prosélitos de todos los lugares iban a Jerusalén para adorar a Dios en el Templo. Retornar con algún rollo de la Escritura, recién comprado en Jerusalén, tampoco era extraño. Lo poco común en este prosélito piadoso era su dedicada devoción. Estaba leyendo en el carro, mientras viajaba. Los caminos no eran tan parejos como los caminos asfaltados de nuestro tiempo y los carros no tenían la amortiguación de nuestros automóviles. Leer en medio de ese movimiento era difícil. Pero al eunuco no le importaba eso. Su curiosidad espiritual y su interés por saber lo que había escrito ese profeta famoso eran mayores que las dificultades que ofrecían los saltos del camino. Leía en alta voz, como a los orientales les gustaba hacer tantas veces como podían.

El Espíritu dijo a Felipe:

—Acércate y júntate a ese carro.

Nueva comunicación directa de Dios. De nuevo la obediencia incondicional de Felipe. Se acercó. Leía del profeta Isaías. Un pasaje que Felipe reconoció enseguida.

—¿Entiendes lo que les? —le preguntó.

Respondió:

—¿Cómo podré si alguien no me enseña?

Para eso lo había enviado Dios. El eunuco le rogó que subiera al carro y se sentara con él para explicarle. Subió deprisa.

Como oveja fue llevado a la muerte, decía la Escritura, y como cordeiro mudo delante del que lo trasquila, no abrió su boca. En su humillación, nadie le hizo justicia; mas ¿quién contará su generación?, porque su vida fue quitada de la tierra.

El eunuco le dijo:

—Te ruego que me digas: ¿de quién dice esto el profeta, de sí mismo o de algún otro?

Era el punto clave. Toda persona de religión judía que entendiera esto y lo aceptara, se convertiría en cristiana, sin mayor dificultad. El Espíritu Santo sabía cómo penetrar en la mente judía, que en un prosélito del judaísmo era igual, y estaba haciéndolo con el etíope.

Felipe, dice Lucas, comenzando desde esa Escritura, le anunció el evangelio de Jesús.

Es evidente que le enseñó todo, porque apenas llegaron a un lugar donde había agua, el eunuco le dijo:

—Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?

Nada.

—Si crees de todo corazón —le respondió Felipe—, bien puedes.

Con la misma rapidez de su reacción frente al agua, respondió:

—Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.

Había identificado la diferencia fundamental entre el judaísmo y el cristianismo, y por la fe, creo, dijo. Estaba dispuesto a dar el paso que lo haría salir del judaísmo y entrar en el cristianismo. Lo estaba haciendo con fe y en plena conciencia. Felipe no lo había embaucado con argumentos sofisticadamente elaborados. La Escritura había iluminado su mente, había generado la fe en él y el Espíritu Santo había movido su voluntad para que hiciera lo que, a esa altura, debía hacer. Felipe tampoco vaciló. Mandó parar el carro y los dos descendieron al agua para realizar el bautismo. Cuando terminaron, subieron del agua, dice Lucas, dando a entender que los dos habían entrado en el agua para realizar un bautismo por inmersión, como el bautismo practicado por Juan el Bautista cuando preparaba el camino del Señor (Mat. 3:6), que la iglesia siguió practicando (Mar. 16:16).

El término usado por Lucas, Mateo y Marcos es *baptizein*, que significa

lavar algo sumergiéndolo en el agua. No usan la palabra asperjar, rociar algo con agua. Pablo, al explicar el simbolismo que hay en el acto de bautizar a un creyente, utiliza la imagen de la muerte y la sepultura en el agua:

¿O no saben ustedes, dice, que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que, como Cristo resucitó de los muertos para la gloria del Padre, también nosotros andemos en una vida nueva. (Ver Rom. 6:3, 4.)

Un poco de agua rociada en la cabeza no sepulta a una persona en agua; hay que sumergirla.

Apenas salieron del agua, el Espíritu arrebató a Felipe y lo llevó a otro lugar, para que continuara su obra de predicación. El eunuco no se incomodó por eso. Siguió su camino gozoso y Felipe se encontró en Azoto. ¿Cuánto tiempo demoró el Espíritu para llevarlo a ese lugar? No sabemos, pero el Espíritu Santo debe ser un medio de transporte maravilloso, solo que nadie puede comprar un pasaje para viajar con él. Él llevó a Felipe por un acto de su propia voluntad sin que la voluntad de Felipe hubiera intervenido en lo más mínimo, salvo su disposición constante de obedecer a Dios en todo, para cumplir, como él dispusiera, todas las tareas de la misión.

Azoto estaba más o menos en la mitad del camino entre Gaza y Jope, a unos cinco kilómetros de la costa. Desde allí viajó hacia el norte, a Cesarea, y mientras iba pasando por las ciudades predicó el evangelio en todas ellas.

Es posible que Felipe haya establecido su cede en Cesarea, pues cuando Pablo viajaba hacia Jerusalén, al fin de su tercer viaje misionero, con su comitiva se detuvo en esa ciudad y Lucas, al describir ese momento, dice:

Entramos en casa de Felipe el evangelista, uno de los siete, y nos hospedamos con él.

Damasco: Conversión de Pablo (Hechos 9:1-31)

Nada podría haber afectado más a la iglesia que la conversión de Saulo, el archienemigo de los cristianos. Ninguno de ellos lo imaginó nunca. Ni siquiera era posible. Pero, ocurrió. ¿Cómo? Por la directa intervención de Dios. En realidad, es así como ocurre la conversión de todas las personas, pero en ellas Dios no actúa siempre de manera físicamente visible. Con Pablo, en cambio, hizo todo a la luz de la realidad diaria, visible a los que estuvieran presentes para verlo. Lucas lo cuenta en un cuadro de contrastes imposibles que hacen más grande la intervención de Dios.

Un viaje de amenazas y muerte (9:1, 2)

Saulo, cuenta Lucas, respirando amenazas y muerte contra los discí-

pulos del Señor, visitó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallara algunos hombres y mujeres de este Camino, los trajera presos a Jerusalén.

Este Camino era la particular manera de pensar, de sentir y de decidir de los cristianos, centrada en Cristo, en contraste con la manera judía, centrada en la ley. Pablo vivía un conflicto, para muchos, irreconciliable. La ley, pensaba él, es el único instrumento capaz de ordenar bien la vida de los judíos y de todos los humanos; Jesús la desestabiliza y la destruye. Por eso, cuanto más pronto destruyamos a los seguidores del Camino, mejor. Evitaremos que el desprecio por el orden divino de la ley aumente e impediremos que el desvío se propale.

No entendía, Saulo, que Jesús nunca había despreciado la ley de Dios, ni comprendía que la obra redentora, cuya manifestación suprema había ejecutado Jesús en la cruz, se basaba en la intención divina de no modificar la ley en ninguno de sus mandamientos, nunca; pues, si hubiera pensado desecharla, la muerte en la cruz no habría sido necesaria. Si eliminaba la ley, eliminaba también el pecado, pues donde no hay ley, no hay pecado. ¿Cómo explicárselo? Él no quería entender. Pensaba que Jesús no era necesario, pues para él no era el Mesías y obedeciendo la ley lo tenían todo.

Muchos cristianos de hoy piensan exactamente lo opuesto al pensamiento de Saulo. Piensan que la ley no es necesaria. Si Cristo da la salvación como un don gratuito, un regalo de la gracia divina, ¿para qué la ley? Pero, si la ley pudiera ser eliminada, en ese mismo acto desaparecería el pecado; y, sin pecado, no habría necesidad de un Salvador. No hay conflicto entre la ley y Cristo. Cuánto más firme la ley más intensa la necesidad del sacrificio de Jesús para redimir a los pecadores.

La solución para esos dos conflictos, la ley contra Cristo, Cristo contra la ley, se resuelve por el sacrificio de Jesús. Pablo no lograba entender que no existe conflicto entre Jesús y la ley, que no hay rechazo entre ellos, que el modo de vida del Camino, pensar, sentir y decidir centrado en Cristo, no desobedece la ley, ni la elimina. Por no entenderlo, pensaba que los cristianos estaban equivocados y eliminarlos constituía un acto de servicio a Dios. Con ese objetivo iba a Damasco.

La voz de Jesús (9:3-6)

En el viaje sucedió algo inesperado. Al acercarse a Damasco, una luz del cielo llenó el espacio alrededor de Saulo. Lo derribó del caballo, y estando en el suelo escuchó una voz:

Saulo, Saulo –le dijo–, ¿por qué me persigues?

La mente de Pablo, como siempre, trabajó con suma rapidez. Entendió que no eran los cristianos a quienes perseguía; era a algún otro ser, y él no lo sabía.

–¿Quién eres, señor? –preguntó.

La respuesta fue escalofriante:

—Yo soy Jesús —le dijo—, a quien tú, sin tregua, persigues. Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.

Pablo, lleno de miedo, comenzó a temblar. La luz divina externa inició el proceso de iluminación espiritual que Saulo tanto necesitaba.

—Señor —dijo, no ya de la manera en que se había dirigido a él anteriormente, cuando aún no sabía quién era, sino reconociéndolo ya como Señor y Dios—. ¿Qué quieres que yo haga?

Pablo era un hombre de acción. Al darse cuenta de su error, no por el testimonio de los cristianos, que para él era insuficiente, ni por ninguna argumentación que alguien le hubiera presentado, pues, sin vacilar, él habría rechazado por no concordar con la clase de ortodoxia ya estructurada en su mente; pensó, sin vacilaciones ni postergaciones, en lo que debía hacer para remediar los errores cometidos. Se dio cuenta de que debía someter su voluntad a la voluntad de Jesús y que debía hacerlo ya; no con meras palabras, con acciones.

El Señor tampoco se demoró en aceptarlo. Comenzó a transmitirle sus órdenes sabiendo que la relación de siervo aceptada por Saulo, en ese instante, no terminaría nunca más, hasta el último día de vida que Pablo viviera en este mundo.

—Levántate —le dijo—, y entra en la ciudad. Allí se te dirá lo que debes hacer.

No le dio, él mismo, las órdenes de la obra que debía hacer. Lo envió a la iglesia para que ella le comunicara todo lo relacionado con la misión decidida por Dios, para él. No quería Dios que Saulo, ni nadie, tuviera la idea de una misión carismática, otorgada a él directamente por Dios, a través del Espíritu, sin intervención directa de la iglesia. No era el plan de Dios para Saulo, ni es plan suyo para nadie, que surgieran, entre los creyentes, ministerios independientes, ajenos a la conducción de la iglesia, porque eso dividiría la misión y los recursos.

La estrategia para cubrir la tierra con el evangelio también se haría pedazos. Jesús enseñó la unidad de la iglesia, una doctrina que incluye unidad de relaciones fraternales entre los miembros, unidad estructural de la comunidad corporativa y unidad de acción bajo la conducción única de Cristo, que actúa por medio del Espíritu Santo y de la iglesia, en un sistema, al mismo tiempo carismático y corporativo, sin excluir a ninguno de los dos.

El ciego y los que no ven (9:7-9)

Pablo quedó ciego. Los hombres que lo acompañaban, atónitos, oían la voz, pero, aunque no estaban ciegos, no veían a nadie. Pasmados, detenidos, sin habla, en estado de *shock* por terror. Sufrieron una paralización del cuerpo entero. Se daban cuenta de que algo estaba pasando, oían una voz, pero eran incapaces de percibir palabra alguna, y tam-

co veían a nadie. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa con nosotros? Estamos en la vida, somos actores en ella, tenemos sensaciones de su contenido; pero su verdadero sentido permanece oculto para nosotros. No es posible. ¿Una ficción, no del relato que alguien pudiera hacer de la vida sino de la realidad misma? ¿Existe, acaso, una realidad ficticia? Parece que sí, cuando alguien la vive y no la entiende. ¿Está la ficción en la realidad misma o en la mente de la persona que la vive? Los acompañantes de Saulo vivieron todo lo que vivió Saulo, excepto el contenido de la voz, las palabras. Al perder el contenido de las palabras, también perdieron a Jesús. Ese era exactamente el punto en el que perdían contacto con la realidad. La falta de Jesús.

Pablo, aunque ciego, completamente incapacitado para ver, por efecto del exceso de luz recibida, sabía lo que estaba ocurriendo y entendió las órdenes que oyó, porque sabía que hablaba con Jesús, y su palabra tenía pleno sentido para él. Solo era una ceguera física. Espiritualmente, veía. Y veía por su disposición a obedecer. Estaba dispuesto a hacer todo lo que Jesús le mandara, porque en ese instante ya creía en él. Se levantó del suelo, hizo que sus hombres lo llevaran, de la mano, a la ciudad, donde permaneció tres días en ayuno, sin comer ni beber; esperando las instrucciones que Jesús le había prometido.

Tuvo tiempo suficiente para dudar y olvidarse de todo. Muchos humanos hacen así. Si las cosas que Dios les anuncia no ocurren como ellos esperan que ocurran, dejan de creer y, a causa de la incredulidad de ellos, no ocurren. Le echan la culpa a Dios. No se interesa por ellos, dicen, o no existe. Saulo era distinto; creyó en las palabras de Jesús y, aunque tuviera que permanecer ciego, inmóvil, acongojado por la espera, no dejaría de seguir esperando hasta que Cristo hiciera lo que le había dicho. Y lo hizo.

Saulo recibe la vista y al Espíritu Santo (9:10-19)

Había, en Damasco, un discípulo llamado Ananías. Hombre piadoso según la ley, gozaba de muy buen testimonio entre los judíos de Damasco (Hech. 22:12), posiblemente el dirigente de los cristianos que había en esa ciudad; a quien el Señor se apareció en visión.

—Ananías —le dijo.

—Heme aquí —respondió él.

—Levántate —siguió diciéndole—, ve a la calle cuyo nombre es La Derecha y busca, en casa de Judas, a un hombre llamado Saulo de Tarso. Él está orando y ha visto en visión a un hombre llamado Ananías, que entra y pone las manos sobre él para que recobre la vista.

Ananías fue tomado totalmente por sorpresa. Sabía todo acerca de Saulo. La furia de sus persecuciones y el objetivo de su viaje a Damasco. Lo que Saulo hacía era tan violento que Ananías, a pesar de estar habituado a obedecer la voz del Señor, sin vacilar, se atrevió, esta vez, a

presentar delante del Señor una observación. No que él pensara desobedecer a Jesús; solo quería que el Señor recordara todo lo relacionado con la vida de Saulo.

—Señor —le dijo con toda reverencia—, he oído de muchos acerca de este hombre. Ha hecho muchos males a los santos de Jerusalén. Aun aquí ha venido con autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.

La observación de Ananías fue contundente, pero su información no estaba actualizada hasta el último momento.

—Ve —le dijo el Señor por segunda vez—, porque este es, para mí, un instrumento escogido para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, incluyendo a sus reyes y los hijos de Israel que moran entre ellos. Tendrá que sufrir mucho por causa de mi nombre y yo se lo mostraré.

Ananías no necesitó explicaciones adicionales. Se levantó, y fue. Cuando llegó a la casa de Judas, entró en ella y, sin mayores explicaciones, Lucas lo describe en el momento mismo de efectuar la curación.

Puso sus manos sobre él, dice Lucas, y le dijo:

—Hermano Saulo.

Un saludo que eliminó todas las diferencias anteriores existentes entre Saulo y los cristianos. El perseguidor ya estaba en el pasado. Los perseguidos ya no tenían por qué temerle. Era un hermano.

—El Señor Jesús —continuó con el mismo tono cordial y afectuoso del comienzo—, que se te apareció en el camino por donde venías —no hizo referencia alguna al objetivo de su viaje, que ya no existía más—, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.

¿Qué más podía pedir Saulo? Eso era mucho más de lo que esperaba. Con la recuperación de la vista hubiera sido más que suficiente para él. En realidad, lo que esperaba era instrucciones acerca de lo que debía hacer, su obra para el resto de la vida, aunque tuviera que ejecutarla bajo la limitación de la ceguera, que, en el caso de él, no sería limitación, sino un instrumento adicional para cumplir la misión que recibiera. Le serviría como testigo permanente de la visión que tuvo en el camino a Damasco. Pero el Señor es siempre muy generoso.

Al instante, dice Lucas, cayeron de sus ojos como escamas y recobró la vista.

Su contacto con Jesús fue espiritualmente extraordinario y transformador. Su primer contacto con la iglesia, como creyente, fue de una plenitud que él nunca había experimentado en su vida anterior. Se levantó y fue bautizado. Se unió a la iglesia con un espíritu de integración ejemplar, modelo que sirve a todos los que creen en Jesús para obedecer todas sus órdenes y sus mandamientos. Con la visita de Ananías y el bautismo, “[...] sancionó Jesús la autoridad de su iglesia organizada y puso a Saulo en relación con los representantes que había designado en la tierra. Cristo tenía ahora una iglesia que lo representaba en la tierra,

y a ella incumbía la obra de dirigir al pecador arrepentido en el camino de la vida.

“Muchos tienen la idea de que son responsables ante Cristo solo por la luz y la experiencia, y que no dependen de sus seguidores reconocidos en la tierra. Jesús es el amigo de los pecadores, y su corazón simpatiza con el dolor de ellos. Tiene toda potestad, tanto en el cielo como en la tierra; pero respeta los medios que ha dispuesto para la iluminación y la salvación de los hombres; dirige a los pecadores a la iglesia, que él ha puesto como un medio para comunicar luz al mundo.

“Cuando, en medio de su ciego error y prejuicio, se le dio a Saulo una revelación del Cristo a quien perseguía, se lo colocó en directa comunicación con la iglesia, que es la luz del mundo. En este caso, Ananías representa a Cristo, y también representa a los ministros de Cristo en la tierra, nombrados para que actúen en su nombre. En lugar de Cristo, Ananías toca los ojos de Saulo, para que reciba la vista, puso sus manos sobre él y, mientras ora en el nombre de Cristo, Saulo recibió al Espíritu Santo. Todo se hizo en el nombre y por la autoridad de Cristo. Cristo es la Fuente, la iglesia es el medio de comunicación” (Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 101).

Luego Saulo terminó su ayuno. Se alimentó, pero no se fue de Damasco inmediatamente. Permaneció algunos días con los discípulos que estaban allí. Pero su permanencia no fue como quien toma un descanso para recuperarse de un desgaste, físico o mental. Pablo comenzó la nueva misión inmediatamente, porque toda persona que nace de nuevo nace para la predicación del evangelio.

Predicación en Damasco (9:20-25)

Enseguida, dice Lucas, Saulo comenzó a predicar en las sinagogas de Damasco.

En los mismos lugares a donde pretendía llegar para establecer las bases de su poder perseguidor contra los cristianos. ¡Cómo cambia todo, en la vida de las personas, cuando, por obra del Espíritu Santo en ellas, se convierten al Señor! Saulo no salió de Jerusalén rumbo a Damasco para predicar el evangelio en las sinagogas de la ciudad, pero lo hizo.

¿Cuál era el contenido específico de su predicación? Jesús es el Hijo de Dios, decía. Sus oyentes, atónitos, con un asombro espantado, propio de la sorpresa, decían:

—¿No es este el hombre que, en Jerusalén, asolaba a los que invocaban este nombre, y acaso no vino a esta ciudad para llevarlos presos ante los principales sacerdotes?

La pregunta era solo para dar mayor énfasis a su comentario, pues todos sabían que la respuesta era positiva. ¡Ese era el más grande perseguidor de los cristianos! Bien dicho: era. Tiempo pasado, terminado ya.

Saulo, al oír los comentarios sobre su acción pasada, sentía dentro de

él que el nuevo fuego misionero de su corazón ardía con mayor intensidad, y sus argumentos se tornaban más poderosos y más convincentes, hasta el punto de desconcertar a los judíos. ¿Cómo no asombrarlos, si no solo declaraba que Jesús era el Mesías; lo demostraba? Conseguía juntar todas las mentes en un solo pensamiento: Jesús es el Cristo. Y, en ese estado de convencimiento, lo negativo que antes pensaban con respecto a Jesús de Nazaret desaparecía para dar lugar al nuevo concepto, alimentado por la reunión de las profecías sobre el Mesías, que Saulo conseguía juntar con tanta claridad. Es el Mesías, concluían. Al principio muchos creyeron y estaban todos asombrados, pero poco a poco creció el odio de los que no creían en su predicación y levantaron una oposición tan fuerte que Saulo, por consejo divino, salió de Damasco y se fue a Arabia.

—Fui a Arabia —contó más tarde a las iglesias de Galacia— y volví de nuevo a Damasco. (Gál. 1:17.)

El viaje a Arabia le proveyó la tranquilidad que necesitaba. Resultó, para él, como un retiro espiritual. Pudo meditar en la misión que había recibido. Resonaban en su mente las palabras del Señor, dichas a él, cuando se le apareció en la visión del camino y, como un eco de ellas, su mente le traía las palabras que le dijo el fiel siervo del Señor cuando lo visitó para sanarlo de la ceguera.

—Levántate y ponte sobre tus pies —le había dicho el Señor—, porque ahora me aparezco a ti para ponerte por ministro y por testigo de las cosas que has visto y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados. (Ver Hech. 26:16-18.)

Entonces, en su imaginación serena y segura, se dibujaba la figura confiada de Ananías, tratándolo con tanta bondad:

—Hermano Saulo, recibe la vista —le había dicho.

—Y yo —dirá más tarde Pablo contando el incidente a la multitud de Jerusalén—, en aquella misma hora recobré la vista y lo miré.

Por primera vez vio los ojos reposados de un santo cristiano. Cuando participó en el apedreamiento de Esteban, vio el conjunto de su persona, su actitud sin ira, calmada; oyó sus palabras sin venganza, rogando ante Dios por sus enemigos. Quedó, en su mente, la marca de un santo, y aunque muchas veces intentó borrarla con la fortaleza de su inquebrantable voluntad, nunca pudo. Siempre volvía a él como un clamor profundo de su propia conciencia, como una perturbación espiritual commocionando su espíritu; sin nunca permitirse una respuesta positiva, ni una reacción de simpatía hacia el mártir. Endurecía sus emociones como mal corresponde a vengativo verdugo. Pero ahora, sin la presión del apedreamiento ni las convulsiones de la culpabilidad, en la tranqui-

la paz del desierto, el recuerdo de la mirada serena de un santo sin odio le hacía recordar las palabras de su propia misión:

—El Dios de nuestros Padres —le había dicho Ananías— te ha escogido para que conozcas su voluntad, veas al Justo y oigas la voz de su boca, porque serás testigo suyo ante todos los hombres, de lo que has visto y oído. Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre. (Hech. 22:12-16.)

Lavados, ya estaban. Pero volvió a repasar su vida pasada. Sus injusticias. Sus odios contra los cristianos. Sus persecuciones. Los muertos que produjo sin poder hacer nada para que los hechos volvieran atrás y evitarlo. Se arrepintió de nuevo. Abandonó todas sus antiguas intransigencias. Desechó sus prejuicios. Otra vez se dispuso a seguir cada orden de su nuevo Señor, el injustamente muerto Jesús, el Mesías, su Dios, para siempre. Repasó otras vez las antiguas promesas, la milenaria esperanza, cada profecía de todos los profetas que hablaron sobre el Mesías. Todo tan claro. ¿Cómo había sido tan ciego, espiritualmente tan distante de la luz verdadera? Esa luz que ahora iluminaba su mente de un modo tan lleno. No hay duda, decía en su mente, no hay duda. ¿Cómo iba a tener duda alguna en su mente, si estaba en total comunión con su Dios? “Cuando la mente del hombre se pone en comunión con la mente de Dios, el ser finito con el Infinito, el efecto sobre el cuerpo, la mente y el alma supera todo cálculo. En esa comunión se halla la más elevada educación” (Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 104).

Estaba preparado para lo que pudiera venir. Volvió a Damasco. A predicar otra vez. Con mayor convicción que la vez anterior. Las comunidades de las sinagogas se dividieron. Unos concordaban con Saulo, otros lo despreciaban con odio, por traidor. Los últimos, reunidos en consejo, concluyeron que sería mejor matarlo. La sinrazón recurre siempre a la razón de la fuerza; pero la fuerza nunca genera razón, donde razón no existe. Ese complot, aunque poderoso y bien estructurado, estaba condenado a fracasar, porque en un grupo de opiniones divididas, como estaban las sinagogas de Damasco, alguno llevaría la información a Saulo.

Y las asechanzas de ellos, dice Lucas, llegaron al conocimiento de Saulo.

A esa altura, los enemigos de Saulo ya tenían las puertas de Damasco bajo vigilancia estricta, para que Saulo no pudiera huir. La prevención de ellos no fue suficiente. También la imaginación de los cristianos tenía sus recursos.

Entonces los discípulos, agrega Lucas, tomándolo de noche, lo bajaron por el muro, descolgándolo en una canasta.

¡Fuera del muro! Sin que sus enemigos se dieran cuenta, se había escapado. El Señor no permitiría que mataran a su escogido, pues este apenas había comenzado la misión que le había encomendado, cuyo

objetivo era alcanzar a los gentiles, a sus reyes y a los judíos que vivieran entre los gentiles. La misión recomendó la protección de Saulo y siempre ayuda a los que la cumplen.

Saulo en Jerusalén: Fin de la angustia (9:26-31)

Habían pasado tres años desde su conversión. Tiempo apropiado para ir a Jerusalén y conversar con los apóstoles.

Cuando llegó, dice Lucas, trataba de juntarse con los discípulos, pero todos le tenían miedo.

No confiaban en él. Tal vez se hace pasar por discípulo para atraernos, pensaban. Entonces Bernabé, judío chipriota, hombre generoso, lleno de bondad, muy respetado por los apóstoles, tomó a Saulo y lo llevó a ellos. Les contó cómo Saulo había visto al Señor en el camino, como le habló y como, en Damasco, había predicado valerosamente en el nombre de Jesús. Los apóstoles y todos los discípulos aceptaron la intercesión de Bernabé y aceptaron la sinceridad de Saulo.

Saulo se sintió en casa. Aunque había nacido en Tarso, Jerusalén había sido la ciudad de su educación, donde, a los pies de Gamaliel, el más respetado maestro de su tiempo, había aprendido todo lo que sabía de las Escrituras y de las tradiciones israelitas. Allí también había adquirido fama de hombre docto y totalmente dedicado a la causa de la Nación, hasta el punto de haber sido nombrado miembro del Sanedrín, aunque aún no tenía edad para eso. Además, los cristianos aprendieron a confiar en él, a respetarlo, y lo admiraban con gran afecto, por haber abandonado su misión perseguidora contra ellos y haberse convertido en un campeón en la defensa de Jesús y la enseñanza de los apóstoles. Saulo se sentía bien.

Estaba con ellos en Jerusalén, dice Lucas, entraba y salía, y hablaba con valentía en el nombre del Señor.

Trató de hablar con los dirigentes de la Nación, sus antiguos colegas, para convencerlos del error que cometían rechazando a Jesús. Pensó que, como él, comprenderían la verdad del evangelio y se arrepentirían de sus pecados. No creyeron, ni se arrepintieron. Entonces, trató de convencer a los judíos helenistas, pero ellos, más judíos que griegos, intrascigentes, llenos de prejuicios contra los cristianos, se opusieron a Saulo y planearon matarlo.

Los discípulos se dieron cuenta del riesgo que Pablo corría y no quisieron exponerlo más a la venganza de sus enemigos. Sabían que la misión de Saulo estaba fuera de Jerusalén y, aunque él quería continuar predicando a sus antiguos amigos, con la esperanza de que al menos algunos de ellos se convirtieran, lo sacaron de Jerusalén. Lo llevaron hasta Cesarea, y desde allí lo enviaron a Tarso, su propia ciudad, para que sus enemigos no pudieran matarlo como querían. Cuando sus enemigos se enteraron de su partida, en lugar de enfurecerse en su frustración, se

alegraron de que no estuviera allí para incomodarlos. Dejaron a los cristianos en paz.

Y la iglesia, dice Lucas, tenía paz por toda Judea, Galilea y Samaria.

Era espiritualmente edificada, andando en el temor del Señor, y crecía en número gracias a la fortaleza que les transmitía el Espíritu Santo.

Viajes misioneros de Pedro (Hechos 9:32-10:48)

La predicación del evangelio en Judea y Samaria estaba en pleno progreso. Es verdad que los judíos había realizado ya dos persecuciones de cristianos. Primero persiguieron a los apóstoles, pensando que si eliminaban los líderes sus seguidores se dispersarían y la existencia de la odiada secta terminaría. Se equivocaron. Ni siquiera pudieron probar culpa alguna en ellos; mucho menos, delitos que merecieran la pena de muerte.

Después iniciaron una violenta persecución dirigida a los creyentes, con la intención de destruir las mismas bases de la iglesia, esperando que, por causa del sufrimiento que la persecución les produciría, abandonarían a sus líderes y así, el movimiento, por desintegración, dejara de existir. Error de nuevo. Los cristianos se esparcieron por todas partes, en Judea y Samaria, y más allá, llevando el evangelio a más gente, aumentando los miembros de la iglesia y, por eso, haciéndola más fuerte y de mayor presencia, en más lugares.

Al producirse la tregua, en la persecución de los creyentes, miembros de la iglesia o discípulos, Pedro se puso en marcha otra vez.

Fue visitando a todos los creyentes, dice Lucas.

Un viaje de confirmación y de predicación, que produjo nuevos conversos. Fue un viaje continuado, que tuvo dentro de él muchos viajes a lugares específicos, de los cuales Lucas cuenta tres. Un viaje a Lida, otro a Jope y el último a Cesarea.

Viaje de Pedro a Lida: Todos se convirtieron (9:32-35)

Pedro fue a visitar los cristianos que vivían en Lida, dice Lucas.

Ciudad prospera, por el comercio que se producía en ella gracias a su ubicación en la ruta de las caravanas que, comercialmente, unían Babilonia con Egipto. Una ciudad de Judea que Pedro no había visitado aún, pues su viaje anterior había sido a la ciudad de Samaria, donde Felipe había predicado con muy buen éxito (Hech. 8:25).

La comunidad creyente de Lida se había originado por la acción de los cristianos que salieron de Jerusalén por causa de la persecución, y Felipe tuvo que haber predicado allí, cuando yendo de Azoto a Cesarea predicó el evangelio en todas las ciudades hasta llegar a Cesarea (Hech. 8:40). La visita del extraordinario predicador, cuya predicación en el día de Pentecostés había convertido a tres mil personas, tuvo que haber sido

muy bien recibida por los creyentes y fue también muy exitosa entre los no creyentes.

Había en Lida un enfermo muy conocido de nombre Eneas. Paralítico. Hacía ocho años que estaba en cama sin poder hacer nada por sí mismo. Pedro, como en ocasión de su visita al Templo de Jerusalén cuando, junto con Juan, encontró un cojo pidiendo limosnas, vio en el paralítico una oportunidad para hacer un bien de sanidad para él y un bien de salvación para la multitud. Fue hasta la cama del enfermo y le dijo:

—Eneas, Jesucristo te cura. Levántate y tiende tu cama.

Al oír la orden del apóstol, sintió dentro de él el impulso obediente de la fe. El Espíritu Santo, activo en Pedro para que diera la orden y presente en Eneas para que obedeciera, fortaleció su voluntad antes de transmitir nueva fuerza a su cuerpo.

Enseguida se levantó, dice Lucas.

Lucas no dice si Eneas ya era cristiano cuando Pedro lo visitó, pero una cosa es sumamente clara en el relato: en ese momento, creyó.

El hombre, erguido, visible para todos, se convirtió en una prueba del poder divino que actuaba en los cristianos, incuestionable y muy convincente para todos los que estaban allí, y para el resto de la población.

Lo vieron todos los que habitaban en Lida y en el distrito de Sarón, dice Lucas, y se convirtieron al Señor.

No sabemos si Eneas era discípulo de Jesús antes del milagro; posiblemente, no. Pero creyeron él y todos sus conciudadanos. Un resultado evangelizador extraordinario.

Viaje a Jope: Muchos creyeron (9:36-43)

Cerca de Lida, había otra ciudad llamada Jope. El puerto marítimo más importante de Judea, desde el siglo II a.C., cuando los judíos la conquistaron de los fenicios. Ya era importante en el siglo VIII a.C., cuando Dios llamó a Jonás (787-775 a.C.) para que fuera a Nínive con la misión de llamar a sus habitantes al arrepentimiento. Pero Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis, dice la Escritura, y descendió a Jope, donde encontró una nave que partía para Tarsis, lejos de la presencia de Jehová (Jon. 1:3).

Mientras Pedro sanaba al paralítico Eneas en Lida, en Jope, una vida se escurría. Había una mujer, discípula de Jesús, muy buena, servicial y generosa, que atendía las necesidades de todos, especialmente pobres y afligidos. Se llamaba Tabita, en arameo; en griego Dorcas: "gacela, antílope de gran agilidad, gentileza y hermosura", especialmente sus grandes ojos negros y vivos.

Tabita murió.

Lavada, la pusieron en una sala. Tristes. Nadie podía consolarse. La pérdida de los que siempre pierden era muy grande.

Los discípulos, oyendo que Pedro estaba en Jope, a poca distancia, enviaron a dos hombres con una invitación muy breve y urgente:

—No tardes en venir a nosotros —le dijeron.

Pedro, acostumbrado a obedecer la voz del Señor, reconoció enseguida que él estaba detrás de ese pedido, y se puso en marcha. Iba a Jope, no para huir del Señor, como Jonás; sino para hacer lo que él quisiera y le mandara.

Cuando llegó, dice Lucas, lo llevaron a la sala, donde lo rodearon todas las viudas, llorando, y mostrando las túnicas y las ropas que Dorcas hacía cuando estaba con ellas.

Pedro entendió lo que el Señor quería hacer. Pidió a todos los presentes que salieran de la sala, se arrodilló y oró. ¿Qué otra cosa podía hacer? O, mejor dicho, ¿cómo no hacerlo? Él creía, ella había sido creyente, los que fueron a buscarlo creían y creían los discípulos que enviaron a buscarlo. Una cadena de fe imposible de cortar. Se levantó de sus rodillas sabiendo lo que el Señor quería y, dirigiéndose a la muerta, exclamó:

—¡Tabita, levántate!

Ella abrió los ojos, se incorporó y Pedro, extendiéndole su mano, la levantó. Luego, Pedro llamó a los discípulos y a las viudas y, con un gozo espiritual tan visible que se transmitió a todos ellos, la presentó viva.

La alegría de la fe viva, presente en todos los discípulos, contagió a los demás, de tal manera que la noticia corrió por toda la ciudad de Jope.

Muchos creyeron en el Señor, dice Lucas.

Era una fe feliz, llena de gratitud, dispuesta a todo por el Señor. Pedro fue recibido con tanto gozo y se sintió tan bien que permaneció en Jope por muchos días. Tuvo la oportunidad de ver cómo la bondad de Dorcas continuaba su obra benefactora y cómo su influencia contribuía al progreso del evangelio. Se hospedaba en casa de un curtidor llamado Simón.

Viaje a Cesarea: Primer paso hacia el mundo gentil (10:1-48)

Lo que sigue, en la vida de Pedro, fue crucial para la misión de la iglesia. Marcó el comienzo de la misión cristiana a los gentiles. Ocurrió una conexión entre Jope, en Judea, la ciudad del milagro misionero que resucitó a Dorcas, y Cesarea, ciudad de población pagana con una colonia judía importante, capital de la provincia romana de Palestina. La historia ocurre durante el segundo período en que Cesarea fue residencia del Gobernador romano, desde la muerte de Agripa I, año 44 d.C., hasta el comienzo de la guerra de los judíos, año 66 d.C. Una época crítica para la región y extremadamente importante para el cristianismo.

Un gentil temeroso de Dios (10:1-8). Había, en Cesarea, escribió Lucas, un hombre llamado Cornelio. Era centurión de la compañía llamada la italiana. Comandante de cien hombres, equivalente a un capitán de

los ejércitos modernos. Esa compañía estaba compuesta por arqueros, no romanos, libertos, a quienes Roma había liberado de la esclavitud. Algunos años después, cuando los judíos entraron en la famosa guerra contra los romanos (66-70 d.C.), la italiana, aunque era una compañía de apoyo, pues estaba integrada por arqueros, desde su asiento en Siria, ocuparía un rol importante en ella. Pero, en ese momento, antes del año 50 d.C., la italiana cumplía funciones protectoras de la paz romana. No estaba en guerra. Sus integrantes tenían la tranquilidad necesaria para ocuparse en otros asuntos importantes de la vida.

Cornelio, debido a la influencia de los judíos, se había convertido en un hombre piadoso. Respetuoso de Dios, con una reverencia correcta hacia él. Además, esa misma actitud había generado en él un profundo respeto y una justa simpatía hacia sus prójimos. Adoraba a Dios y admiraba a las personas. Su manera de relacionarse con todos estaba muy cerca del amor predicado por Jesús. Pertenecía al grupo de gentiles frecuentemente designado como temerosos de Dios. Personas que habían aceptado casi todos los principios de vida piadosa, del Antiguo Testamento, pero, por razones personales poderosas, todavía no se habían convertido ciento por ciento al judaísmo. Más adelante, Pablo, en sus viajes misioneros, al llegar a un lugar nuevo, visitaría primero la sinagoga judía; y sus primeros conversos, casi siempre, procedían del grupo formado por los temerosos de Dios. Una estrategia misionera efectiva y divina: comenzar, en un lugar nuevo, con la gente que ya conoce algo de Dios y lo respeta.

Cornelio era caritativo con la gente. Atendía las necesidades de ellos con servicios personales y con generosas donaciones. Era hombre justo y oraba siempre a Dios.

Dios estaba cerca de él y lo cuidaba. Un día, a las tres de la tarde, un ángel de Dios se presentó delante de él y le dijo:

—¡Cornelio!

—¿Qué quieres, Señor? —respondió con sus ojos fijos en él y con mucho miedo.

—Dios ha aceptado la ofrenda de tus oraciones y de tus buenas obras. Envía inmediatamente algunos de tus hombres a Jope, para que te traigan a Simón Pedro. Se hospeda en la casa de un hombre llamado Simón, apodado el curtidor. Su casa está junto al mar.

Así como apareció, se fue el ángel y Cornelio no lo vio más. Pero no descuidó sus palabras. Llamó a dos de sus siervos y a un soldado que estaba regularmente bajo su comando. El soldado era tan devoto como el centurión y toda su familia. Cornelio les explicó lo que había sucedido y los envió a Jope.

Una visión que produce perplejidad (10:9-18). Al día siguiente, cuando los enviados de Cornelio estaban llegando a la entrada de Jope, Pedro subió a la azotea. Buscaba un lugar tranquilo para orar. Era casi la hora

sexta, mediodía; y, aunque no era costumbre de los judíos comer a esa hora, Pedro sintió mucha hambre. ¿Se trataba de una hambre normal o se la había provocado Dios? Si normal, solo podría haber ocurrido en caso de que él no hubiera tomado su desayuno en torno a las seis de la mañana. Era costumbre, en realidad antigua ley judía, que oraran antes de comer, no después. La primera oración del día debían hacerla antes de la primera comida diaria, luego debían orar a la hora del sacrificio de la mañana y a la hora del sacrificio de la tarde. Antes de la segunda y última comida del día, alrededor de la puesta del sol, era momento apropiado para la última oración obligatoria. Es posible que ese día, Pedro, por alguna razón, no hubiera comido aún. Por eso pidió comida y, mientras se la preparaban, subió a la azotea, para orar. Pero, si el hambre se la hubiera provocado Dios, todo lo que sigue explicaría la razón que tuvo para hacerlo.

Mientras le preparaban algo para comer, dice Lucas, le sobrevino un éxtasis.

La mente de Pedro fue tomada por el Espíritu Santo, de tal manera que la sacó de su actividad normal y la condujo hacia una visión que colocó delante de ella.

Pedro vio el cielo abierto y, de él, descendía algo semejante a un gran lienzo. Estaba atado por las cuatro puntas y dentro había cuadrúpedos terrestres, de toda clase, reptiles y aves. Una voz le dijo:

—Levántate, Pedro, mata y come.

—Señor, no. Ninguna cosa inmunda he comido jamás.

—Lo que Dios limpió, no lo llames tú común.

Tres veces vio y oyó lo mismo. Luego, el lienzo fue recogido hacia el cielo y la visión se acabó.

Pedro quedó perplejo. Se sintió completamente perdido. ¿Qué significa esta visión?, se preguntaba. No sabía cómo entenderla ni por qué la había recibido. Sin embargo, de algo estaba completamente seguro: el Señor se la había enviado y deseaba transmitirle algo, con ella, pero ¿qué era? ¿Cómo saberlo? Su mente giraba, en torno a la visión, como un torbellino. Se olvidó del hambre. Lo único que deseaba era oír de nuevo la voz de Señor, diciéndole el significado de la visión. Pero, el Señor no le respondió con palabras. Con hechos reales de la vida, le respondió.

En ese mismo momento, los hombres de Cornelio llegaron a la casa que habían estado buscando mientras preguntaban a la gente. Estaban a la puerta. Llamaron. Cuando alguien los atendió, preguntaron:

—¿Se hospeda aquí un hombre llamado Simón Pedro?

El Espíritu comienza a intervenir: Seguridad (10:19-23). Mientras esa conversación, entre humanos, sucedía en la puerta, en la azotea conversaba el Espíritu Santo con Pedro. Una revelación divina:

—Tres hombres te buscan. Levántate, desciende y no dudes. Tienes que ir con ellos porque yo los he enviado a ti.

Seguridad absoluta. Primero elimina tus dudas. Necesitas una mente tranquila, calma, segura. No más perplejidades, ni incertidumbres. Segundo, tienes que eliminar tus prejuicios. Vas a pensar que son inmundos; no te preocupes por eso, yo los he enviado a ti. Quien decide si una persona, o varias, es o son aceptables soy yo. Yo ya he decidido y te lo he comunicado; estos gentiles no son inmundos, ni ningún otro.

Pedro descendió. Los hombres de Cornelio estaban esperándolo. Les dijo:

—Yo soy el que ustedes buscan. ¿Qué asunto los ha traído hasta aquí?

—Venimos de parte del centurión Cornelio. Él es un hombre justo, respetado por todo el pueblo y tiene buen testimonio de todos los judíos. Un ángel de Dios lo visitó y le ordenó enviar a buscarte. Para eso estamos aquí. El Señor quiere que vayas a casa de Cornelio, porque él está listo a escuchar la enseñanza que tú deseas transmitirle.

—Entren y hospédense aquí esta noche. Mañana saldremos para cumplir el deseo del Señor.

No tenía Pedro la menor intención de postergar la obediencia a la orden del Señor, que había recibido directamente del Espíritu, e indirectamente, del ángel, a través de Cornelio y sus enviados. Un cristiano misionero no posterga nada. Obedece al instante. Pero, el viaje les llevaría dos días de camino, casi completos. Si hubieran salido inmediatamente, habrían tenido que pernoctar dos noches, antes de llegar a Cesarea. Pedro juzgó que sería mejor salir al día siguiente, de mañana, y caminar durante todo el primer día y dormir solo una noche en el camino.

Al día siguiente, levantándose bien temprano, se fue con ellos. Lo acompañaron algunos de los hermanos, miembros de la comunidad cristiana de Jope. Todavía nadie los llamaba cristianos; pero, vistos desde nuestra perspectiva, sabemos que ese es el nombre que les pertenecía. Pedro sabía que iban hacia la casa de una familia gentil. Eso le crearía problemas. Los miembros de la iglesia eran, casi todos, judíos convertidos a Cristo, cuya mente todavía no estaba abierta a los gentiles, aunque el Señor había dado la orden de llevar adelante la misión a todas las naciones (Mat. 28:19). Por eso, necesitaba testigos. Sus seis acompañantes (11:12), miembros fieles de la iglesia, podrían testificar de lo que estaba a punto de ocurrir en Cesarea.

En Cesarea: Recepción muy amigable (10:24-33). Cuando llegaron a Cesarea, poco antes de las tres de la tarde, el segundo día, Cornelio los estaba esperando. No estaba solo. Había invitado a sus parientes y a sus amigos más íntimos. Nadie mejor que ellos para compartir las buenas nuevas al momento de conocerlas. Cuando Pedro entró en la casa, Cornelio salió a recibirla con suprema simpatía, casi reverencia. En su extrema cordialidad, mezcló las costumbres judías con las romanas. Se postró delante de él como los judíos lo hacían ante sus maestros y sus

líderes espirituales. Y, como los romanos, reconociendo que en ese hombre actuaba algo divino, lo adoró.

Pedro no podía permitir que lo adorara. Levantándolo, le dijo:

—Ponte en pie. Yo mismo también soy hombre.

Juntos entraron en la casa. En ese momento, Pedro se dio cuenta de que había más gente esperándolo y lista para escucharlo. Su problema aumentó. Pero no en el sentido de comenzar a arrepentirse por haber llegado a esa casa, ni de sentirse culpable de algo. No, para él era claro lo que estaba haciendo. Dios se lo había aclarado en la visión de la azotea. Pero, podría haber entre los presentes alguien que no lo entendiera. Todos tenían algún conocimiento sobre el judaísmo y sabían de la situación problemática de Pedro. Ese fue el primer punto que, a modo de saludo, Pedro explicó antes que nadie comenzara a hacerse preguntas sobre el tema.

—Todos ustedes saben que, para un judío, es muy abominable juntarse con los extranjeros. La tradición judía se lo prohíbe. Pero, me ha mostrado Dios que a nadie considere común o inmundo. Y Dios es superior a la tradición. Por eso, al ser llamado, vine sin objetar nada. ¿Para qué me han hecho venir?

Cornelio respondió:

—Hace cuatro días, a esta misma hora, yo ayunaba y, a la hora nona —tres de la tarde—, vi un varón con vestidos resplandecientes, en pie delante de mí. Me dijo: Cornelio, ha escuchado Dios tu oración. También tus buenas obras han llegado a su conocimiento. Envía alguien a Jope para hacer venir a Simón Pedro, que se hospeda en la casa de Simón el curtidor, junto al mar. Cuando llegue, él te hablará. Inmediatamente envié por ti, y tú has hecho bien en venir. Todos los que estamos aquí, ante Dios estamos, listos para oír todo lo que te haya mandado Dios.

¿Existe acaso mejor disposición que esta? Una actitud que, poco a poco, el Espíritu Santo había construido en ese gentil y en sus acompañantes. Lo hizo mientras escuchaban las enseñanzas del Antiguo Testamento, transmitidas a ellos por sus amigos judíos y por el rabino de la sinagoga. En ese instante, bajo la conducción del mismo Espíritu, estaban a punto de oír la plenitud de la enseñanza redentora en Cristo Jesús. Esta vez por medio de un seguidor de Cristo, dirigente de su iglesia.

Discurso de Pedro: Verdades del evangelio (10:34-43). Pedro fue breve. Les presentó enseñanzas concretas y directas. No desarrolló ninguna teoría especial, ni trató de impresionarlos con su retórica. Solamente expuso verdades divinas, una después de otra, en un orden que los ayudó a entender el corazón mismo de la enseñanza cristiana.

Primera verdad: Dios no hace acepción de personas (10:34, 35). Ahora comprendo que Dios no hace acepción de personas. Por el contrario, siente un agrado especial por toda persona que, de cualquier nación, lo teme y hace justicia.

La justicia no tiene nacionalidad, y es justo que Dios acepte a los justos, sin que le importe la nacionalidad, ni la cultura de donde provengan. En todo caso, todos los que se conviertan a él saldrán, espiritualmente, de su propio ambiente para integrarse en la iglesia de Cristo, de un modo superior. No importaba que Cornelio, y sus familiares y sus amigos fueran todos gentiles. Lo importante, para Dios, era la nueva actitud que el Espíritu Santo había construido en ellos. Su nueva forma de ser, que solo necesitaba completarse en Cristo y estaba a punto de ocurrir. Lo mismo hace Dios con las personas de diferentes nacionalidades de hoy. Las integra. Les da un sentimiento superior de fraternidad y elimina sus diferencias; sean ellas culturales, políticas o religiosas. Todos llegan a ser uno en Cristo Jesús, por medio del Espíritu Santo.

Segunda verdad: Jesucristo es el Señor de todos (10:36). Dios envió su mensaje al pueblo de Israel, anunciando las buenas nuevas por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos.

Esta es la buena noticia, el evangelio: Jesús integra a todos bajo su poder, porque él es el Señor de todos. El pueblo de Israel fue beneficiado primero. Jesús les predicó a ellos. No por una cuestión de privilegio, a su favor. Ni por un rechazo de Dios contra los gentiles. Por una simple cuestión de orden en la propia realidad de los acontecimientos. Jesús nació judío, predicó primero a los judíos, pero era Señor de todos. Y todos los pueblos, bajo un solo Señor, se regocijan en la salvación.

Tercera verdad: Jesús tiene al Espíritu Santo con el poder de Dios para hacer el bien (10:37, 38).

—Ustedes saben que, después del bautismo de Juan, la difusión de este mensaje, por Jesucristo, comenzó en Galilea y abarcó toda Judea. Dios ungíó a Jesús de Nazaret con Espíritu Santo y con poder. Luego, él anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, pues Dios estaba con él.

Jesús difundió el evangelio, y el evangelio era él mismo. Su vida: los bienes que él hacía, las sanidades que realizaba, la liberación que tan generosamente otorgaba a todos los oprimidos del diablo, el poder espiritual y todos los poderes que tenía para salvar a los perdidos. Todo lo que él era junto al Espíritu Santo y junto a Dios: Como ellos, Dios. Jesús también otorga, a los que creen, el mismo poder para hacer el bien, por medio del mismo Espíritu Santo. El evangelio es poder. Cuando llega a las personas y lo aceptan, reciben poder para hacer el bien que antes no podían hacer. Lo hacen junto con el Espíritu Santo. Igual que Jesús.

No es plan de Dios que nadie actúe solo.

Ni las Personas divinas actúan solas. Las tres personas de la Deidad, juntas, planearon la Creación. Cuando Dios Hijo, el Creador, ejecutó el plan; no estaba solo. El Padre y el Espíritu Santo estaban con él. Lo mismo ocurrió con el plan de salvación. Los tres participaron en la planificación y, cuando Jesús se encarnó para ejecutarlo, el Espíritu Santo y el

Padre lo acompañaban. Ninguno de ellos actúa solo.

Tampoco quiere Dios que los seres humanos actúen solos. Con ellos está el Espíritu Santo cuando hace el bien. Solo así el ser humano pecador, persona mala por naturaleza, puede hacer el bien y ser buena. Esto es parte del evangelio. Es una buena noticia el hecho de que una persona mala pueda hacer el bien que no podía hacer.

Cuarta verdad: Jesús murió en la cruz y resucitó al tercer día (10:39-41).

—Nosotros somos testigos de todo lo que Jesús hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén —continuó Pedro—. Después, colgándolo en un madero, lo mataron. Pero Dios lo resucitó al tercer día y dispuso que no se apareciera a todo el pueblo, sino a nosotros, sus apóstoles, testigos previamente escogidos por Dios. Después de que resucitó, comimos y bebimos con él.

Ninguna verdad del evangelio es más grandiosa que la de la muerte y la resurrección de Jesús. Sin ella, no habría evangelio, ni salvación, ni esperanza, ni vida eterna. Los discípulos fueron testigos de su vida, de todo lo que hizo en Israel. Testigos de su muerte y de la manera en que lo mataron. Testigos de la resurrección y de las cosas que hizo como persona real. Testigos del evangelio, porque sucintamente Pedro les dijo todo el evangelio del cual los apóstoles eran testigos verdaderos y confiables. Lo ha dado también a los creyentes de todos los tiempos, para que crean y para que sean testigos de él.

Quinta verdad: Jesús es el Juez, pero todos los que crean en él, por medio del perdón, serán salvados de la condenación en el Juicio.

—Él nos mandó a predicar al pueblo y dar solemne testimonio de que ha sido nombrado por Dios como juez de vivos y muertos. Todos los profetas también dan testimonio de él, diciendo: Todo el que cree en él, por medio de su nombre, recibe el perdón de los pecados —concluyó Pedro (10:42, 43).

Dios nombró Juez a Jesús para juzgar a vivos y muertos. Esta noticia del evangelio podría ser amedrentadora. Y lo es para los incrédulos. Pero, para los creyentes, resulta un gozo saber que el mismo Salvador que dio su vida por ellos ha sido puesto por Juez de todos, dándoles así la seguridad de que, el propio perdonador de sus pecados los salvará de la condenación en el Juicio. ¡Buena noticia, en verdad! Por causa del gozo que viven, en la salvación, les encomendó la tarea más agradable para ellos. Predicar el evangelio y testificar a su favor.

Los mandó. La misión es una orden de Jesús, un mandamiento. ¿Para quiénes? Para todos los creyentes. Cuando Pedro dijo: Él nos mandó, estaban presentes seis miembros de iglesia, que lo acompañaron desde Jope, y él. En los siete estaba representada la iglesia entera: líderes y miembros. Cornelio y los que estaban con él quedarían incluidos en el grupo misionero, tan pronto como aceptaran a Cristo y fueran bautizados.

Aprobación divina de los gentiles: Les envió al Espíritu (10: 44-48). Cornelio,

junto con sus parientes y sus amigos, siguieron el discurso de Pedro aceptando cada verdad presentada, sin ninguna expresión de duda. En realidad, ya habían aceptado sus enseñanzas, aun antes de que las enunciara. La sola aceptación del trabajo que el Espíritu Santo había estado haciendo en ellos, durante todo el tiempo, desde que comenzaron a relacionarse con los judíos de Cesarea, expresaba su disposición a aceptar cada nueva luz que él les revelara. Por eso, apenas Pedro terminó de hablar, el Espíritu Santo se hizo visiblemente manifiesto a ellos y en ellos. Lucas dice:

El Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso.

El cielo entero estaba atento a la reacción de los gentiles. Era el momento apropiado para que la incipiente iglesia cristiana entendiera la naturaleza de la misión que Jesús le había encomendado. La entendía mentalmente. Sabía que su campo era el mundo. Sabía que la salvación era un regalo divino para cada ser humano pecador, sin importar donde viviera en el planeta entero. Sabía que debía predicar a toda criatura. Pero solo lo sabía intelectualmente, como una verdad incontrovertible. Aún no había superado la barrera de los prejuicios heredados del judaísmo. Todavía era demasiado cautelosa en su relación con los extranjeros gentiles. Los miembros de la iglesia no se acercaban a ellos, ni con ellos se juntaban. ¿Abominables también para ellos, como los judíos pensaban que los gentiles eran? ¿Qué tipo de impureza podían los gentiles transmitir a los cristianos? Ninguna.

Pero tenían que superar esos prejuicios y aceptar a los gentiles en su vida. Relacionarse con ellos, acercarse a ellos, hablar con ellos y con ellos compartir el evangelio, para vivirlo juntos. Para dar el paso que va desde la mente hasta las acciones, necesitaban una ayuda especial. Solo el Espíritu podía prestarles esa ayuda, y el grupo de Cornelio proveyó la oportunidad más apropiada.

El descenso del Espíritu Santo produjo una impresión transformadora en todos los presentes. En los gentiles, en los hermanos de Jope y en Pedro.

Los gentiles se convirtieron totalmente al cristianismo. La comprensión acerca de Jesucristo que obtuvieron no les dejó ninguna duda. Abrieron todo su ser al Espíritu Santo, y el Espíritu no se demoró nada para entrar en ellos.

Los seis miembros de la iglesia de Jope, acompañantes de Pedro, que Lucas, en ese momento, llama "fieles de la circuncisión", quedaron atónitos. Sufrieron una especie de colapso mental. La mente de ellos, con las ideas ordenadas como frascos en la estable estantería del judaísmo, se derrumbó. Tenían que ordenar todo de nuevo. Ya no sobre la estructura formal del judaísmo, sino sobre la más segura verdad revelada por el Espíritu Santo. Vieron que también, sobre los gentiles, Dios derramaba el don del Espíritu Santo: los oyeron hablar en lenguas que antes no sabían,

y escucharon sus alabanzas a Dios glorificándolo con entrega total, sin restringirse. Los aceptaron.

Pedro se puso a tono con los hermanos de Jope y dijo:

—¿Puede alguno negar el agua para que sean bautizados estos que han recibido al Espíritu Santo lo mismo que nosotros?

La misma forma de preguntar imponía la respuesta. Nadie. Dispuso, entonces, el bautismo de ellos y fueron bautizados en el nombre de Jesucristo. La alegría del grupo era inmensa. Tan grande que trataron de retener a Pedro y a sus seis acompañantes todo el tiempo que pudieron.

El primer paso, en la predicación del evangelio a los gentiles, estaba dado. Solo faltaba saber cuál sería la reacción de la iglesia entera, especialmente de los líderes que estaban en Jerusalén. No fue necesario esperar mucho tiempo para que esa reacción ocurriera.

Informe misionero de Pedro en Jerusalén (Hechos 11:1-18)

La noticia de lo ocurrido en Cesarea se diseminó por muchos lugares. El hecho en sí, como contacto con los gentiles, y lo que había ocurrido con ellos, era tan fuera de lo común que no podía pasar desapercibido. Se produjo una discusión. Pedro explicó los hechos. Y todos callaron, aceptando lo que había hecho Dios.

La discusión: ¿Por qué? (11:1-3)

Lucas no detiene el flujo de los hechos. Inmediatamente informa que los apóstoles y los hermanos de Judea oyeron que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. No reaccionaron al instante. La iglesia y sus líderes esperaron hasta que Pedro regresara. ¿Cómo podrían tomar una posición antes de oírlo? Todos los asuntos de la iglesia deben ser estudiados con calma y con serenidad. Sin precipitaciones. Considerando todos los hechos, especialmente cuando lo que crea ansiedad involucra a personas. Y si esas personas son líderes, el cuidado y la prudencia deben ser aún mayores.

Pero, cuando Pedro llegó a Jerusalén, la reacción fue inmediata. Los cristianos partidarios de la circuncisión actuaron antes que nadie. Se pusieron a discutir con Pedro. Una discusión llena de dudas, con recriminaciones y con juicios condenatorios. Los demás apóstoles guardaron silencio. Dejaron que se produjera la discusión, abrieron espacio para que Pedro se explicara y, al final, llegaron a una posición unánime. Si desde el mismo comienzo hubieran tomado partido a favor de Pedro y en contra de sus contendores, o en contra de Pedro y a favor de los partidarios de la circuncisión, la unanimidad habría sido imposible.

La iglesia cristiana no puede conformarse con decisiones tomadas por simple mayoría, siguiendo el modelo democrático. Tiene que buscar la unanimidad. La unidad de la iglesia es una doctrina y no debe arriesgarse nunca. Si una votación fuera de mitad más uno, hay que buscar la

integración de los que votaron en contra, pidiéndoles que se sumen a la mayoría. Si no quisieran sumarse, habría que continuar trabajando hasta lograr una forma de decisión a favor de la cual los menos se sumen a la mayoría.

La discusión se concentró en un ¿por qué? Los partidarios de la circuncisión preguntaron:

—¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos y has comido con ellos?

Era un ¿por qué? recriminatorio. Quería decir: No tenías que haberlo hecho; ¿por qué lo hiciste? ¿No te das cuenta de que fue un error? ¿Cómo es posible? ¡Un líder! Hubiera sido mejor que dijieran: Hemos oído que también los gentiles han recibido el evangelio; ¿cómo fue? (Cuéntanos! De todos modos, Pedro, en lugar de entrar en el asunto puntual planteado por sus acusadores, les contó todo lo que ocurrió, exactamente cómo ocurrió. En ningún momento se refirió a la cuestión planteada por sus acusadores: si debía haber entrado en casa de gentiles y si debía haber comido con ellos, o no.

La explicación de Pedro (11:4-17)

Pedro explica contando, no discutiendo. La mayoría de la gente responde a la discusión con discusión. Como las naciones que responden a la guerra con guerra. Como los que son agredidos responden a la agresión con agresión. Jesús dijo:

—Al que te hiere en una mejilla, vuélvete también la otra.

La forma de contar, de Pedro, fue ordenada y exacta. Se sujetó a los hechos como ellos ocurrieron. Pero no olvidó enfatizar los hechos que justificaban sus acciones, sin nunca desafiar la acusación que había recibido.

—Estaba yo en la ciudad de Jope orando —dijo.

—Había una forma mejor para comenzar su relato? ¿Un punto más apropiado para un dirigente religioso? No, por cierto. La vida espiritual de un líder cristiano, su comunicación con Dios, cuando auténtica y real, es la mejor recomendación que pude tener.

Continuó:

—En éxtasis, tuve una visión.

Su comunicación con Dios no había sido un solitario monólogo, ni una mera repetición de frases espirituales sin sentido. Había sido genuina. Y Dios le respondió con una visión.

—Vi algo semejante a un gran lienzo suspendido por las cuatro puntas que bajaba del cielo y llegaba hasta mí.

Los hermanos y los apóstoles escuchaban con atención. Pero, hasta ahí, ni una clave para entender nada. No interrumpieron, sin embargo. Ni siquiera los partidarios de la circuncisión pusieron objeciones anticipadas. Siguieron el relato que Pedro continuó.

—Cuando fijé los ojos en él, vi cuadrúpedos terrestres, fieras, reptiles y aves del cielo. Luego, oí una voz que me decía: Levántate, Pedro, mata y come. Yo dije: Señor, no. Ninguna cosa común o impura entró jamás en mi boca. Entonces, la voz me respondió del cielo por segunda vez: Lo que Dios limpió no lo llames tú común. Esto se repitió tres veces y luego todo fue llevado de nuevo hacia arriba, al cielo.

La visión terminó. Dos cosas estaban claras: Una, Dios había ordenado a Pedro que comiera. Dos, Dios había limpiado lo que Pedro debía comer. ¿Era la visión de significado literal? ¿Se refería a comer aves, reptiles, fieras y cuadrúpedos, antes declarados inmundos, que Dios, en ese momento, declaraba limpios para que todos los cristianos pudieran libremente comer? No era así. La visión nada tenía que ver con el uso de animales inmundos como alimento. Pedro mismo lo explica un poco más adelante. Pero sigamos su relato hasta llegar a ella.

—En aquel instante, llegaron tres hombres a la casa en la que yo estaba. Habían sido enviados a mí desde Cesarea. Y el Espíritu me dijo que fuera con ellos sin dudar. Fueron también conmigo estos seis hermanos.

La visión había sido una intervención directa del Señor. Cristo había actuado primero para ayudar a Pedro a realizar un cambio en su mente, sin que le hubiera dicho exactamente cuál era. La realidad que comenzaba a vivir fue intervenida por el Espíritu Santo, para moverlo a una acción que de otra manera no hubiera realizado. Pedro mostró que, en ese instante, había entrado en un proceso, guiado por el Señor y por el Espíritu Santo, y a él no le quedó otra alternativa sino seguirlo, a menos que se hubiera rebelado contra ellos. Cosa que él no podía hacer ni nadie de los presentes hubiera esperado que él hiciera. Los seis hermanos que fueron con él, estaban ahí, como testigos de todo lo que de ahí en adelante ocurrió.

—Al llegar a Cesarea entramos en la casa de un hombre. Él nos contó que un ángel lo había visitado en su casa y le había dicho: Envía hombres a Jope y haz venir a Simón, el que tiene por sobrenombre Pedro. Él te hablará palabras por las cuales serás salvo tú y tu casa.

Ya les habló de la intervención del Señor, de cómo el Espíritu Santo habló con él, y ahora incluye la comunicación de un ángel. Todos ellos interesados en la salvación de los gentiles. ¿Podría haber prueba mayor en favor de lo que él había hecho? Sí, estaba bien. El Cielo aprobaba su acción. Más aún, Dios también aceptó y aprobó a los gentiles.

—Cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos, igual a como ocurrió con nosotros al principio.

Los gentiles, lo mismo que los judíos, recibieron al Espíritu Santo. Todos los apóstoles eran judíos. Si el Espíritu no hacía diferencia entre ellos, ¿por qué la harían los creyentes? ¿Dónde estaba la base para rechazar su trabajo en favor de los gentiles? No existía. Lo que él había hecho contaba con la aprobación divina y concordaba con las enseñanzas

que Jesús les había transmitido cuando aún estaba con ellos. Pedro se lo dijo claramente:

—Entonces recordé lo que el Señor había dicho: Juan ciertamente bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo.

No había espacio alguno para dudar. Los gentiles podían recibir el evangelio y la iglesia tenía que alcanzarlos. Poseía ordenes del pasado, para hacerlo, y la experiencia presente lo confirmaba. Experiencia que incluía las acciones del Señor, del Espíritu Santo, del ángel y la presencia del Espíritu en los gentiles mismos. Vino a ellos para demostrar que lo dicho por el Señor, en cuanto al bautismo del Espíritu Santo, se estaba cumpliendo; y para confirmar que la inclusión de los gentiles era correcta.

Entonces, Pedro concluye su relato con palabras contundentes:

—Si Dios concedió, también a ellos, el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para estorbar a Dios?

Fin del conflicto: Todos aceptaron (11:18)

Todo estaba meridianamente claro. Ni los partidarios de la circuncisión pudieron objetar nada. Callaron. En realidad, callaron todos. Un silencio de aceptación, de respeto por lo que Dios había hecho a través de Pedro. Un silencio de admiración hacia Pedro. Una vez más, él y todos ellos recibían la orientación directa del Señor para seguir su avance misionero sin fronteras. Ninguna frontera en sus pensamientos que redujera el ámbito de la misión. Ninguna frontera geográfica, nacional o cultural, para ejecutarla.

Glorificando a Dios, dijeron:

—¡De manera que también a los gentiles ha concedido Dios arrepentimiento para vida!

Con esa experiencia, la mente de los cristianos se expandió hacia el mundo entero. Ya, la iglesia no era más una pequeña secta judía. Estaba en el camino de la vida eterna y en la senda misionera universal que el Señor había proyectado para ella.

PREDICACIÓN AL MUNDO ENTERO

En el siguiente relato (Hech. 11:19-12:24), Lucas sigue contando acerca de los resultados que produjo la persecución contra los miembros de la iglesia, sin afectar a los dirigentes, que ocurrió en Jerusalén. Comenzó indicando que los creyentes se habían esparcido por Judea y Samaria (8:1-3). Y continuó el relato contando lo que ocurrió en esos territorios. Muchos trabajaron allí. Entre ellos, Felipe y Pedro. Felipe, en Samaria, con el etíope en el camino de Jerusalén a Gaza, en todas las ciudades próximas al camino de Azoto a Cesarea y en Cesarea misma, donde estableció su base. Pedro, en Lida, donde sanó a Eneas, el paralítico; en Jope, donde resucitó a Dorcas; y en Cesarea, donde convirtió a Cornelio, sus familiares y sus amigos.

Concluido el relato en relación con los que huyeron a los territorios de Samaria y Judea, vuelve atrás, al tiempo cuando comenzó la persecución, y menciona que algunos de los perseguidos se refugiaron fuera de los territorios israelitas.

Fenicia, Chipre y Antioquía: Dos etapas (Hechos 11:19-30)

La predicación de los refugiados pasó por dos etapas. Al comienzo, solo predicaban a los judíos; después, incluyeron también a los griegos.

Predicación solo a judíos (11:19)

Los que se dispersaron, por causa de la persecución vinculada con el caso de Esteban, llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía. En la región de Fenicia fueron, probablemente, a las ciudades de Tiro, Sidón y Tolemaida. Lucas dice que estuvieron activos predicando, pero de una manera restringida. Escribió:

Pasaron hasta esas ciudades, sin contar a nadie la Palabra, sino solo a los judíos.

Esto sucedió al comienzo de la persecución. Todavía no había ocurrido la conversión de Cornelio ni Pedro había informado sobre el caso en Jerusalén. De todas maneras, la predicación a los judíos rindió sus frutos. Más tarde, cuando Pablo, en viaje a Jerusalén, pasó por Tiro y Tolemaida, Lucas informa: Saludamos a los hermanos y nos quedamos con ellos un día (Hech. 21:7). Su informe es parecido a cuando cuenta sobre el paso de ellos por la ciudad de Sidón (Hech. 27:3). Había iglesias en todos esos lugares. Sin duda, nacieron con miembros judíos que aceptaron la predicación de los refugiados cristianos, que llegaron allí a causa de la persecución.

Antioquía: Predicación a los griegos (11:20-30)

La llegada de chipriotas y cireneos: Predicación a los griegos (11:20, 21). Entre los que huyeron de Jerusalén había algunos originarios de Chipre y de Cirene, en África. Judíos que se habían convertido al cristianismo en Jerusalén y que, por haber vivido en la diáspora, estaban más acostumbrados a relacionarse con los griegos. Pero, solo comenzaron a predicar el evangelio, a los griegos, cuando llegaron a Antioquía. Esta ciudad era capital de Siria. La cuarta ciudad más grande del Imperio Romano, después de Roma, Alejandría y Éfeso.

Contaba con una fuerte presencia griega: cultura y gente. Aunque la iglesia se inició con judíos conversos, el paso hacia la inclusión de griegos, cuando se produjo el estímulo de los creyentes chipriotas y los cireneos, fue natural. Uno de ellos tuvo que haber sido Lucio de Cirene, que aparece en la lista de profetas y maestros que, por orden del Espíritu Santo, ordenaron a Bernabé y a Saulo cuando los enviaron en el primer viaje misionero (Hech. 13:1).

El trabajo entre los griegos fue exitoso.

La mano del Señor estaba con los predicadores, dice Lucas. Muchos creyeron y se convirtieron al Señor.

Llegada de Bernabé: Una gran multitud se agrega a la iglesia (11:22-24). La noticia sobre el éxito de la predicación a los griegos llegó a la iglesia que estaba en Jerusalén. Esto debió haber ocurrido después de la experiencia de Pedro en Cesarea, porque los dirigentes enviaron a Bernabé, no como inspector para poner orden en la situación, sino como un ayudador. Bernabé mismo era originario de Chipre. Cuando llegó, al ver la gracia de Dios actuar entre los creyentes, se regocijó. Comenzó su trabajo inmediatamente. Su personalidad contribuyó a su obra. Era bueno, un cristiano de fe y acción, lleno del Espíritu Santo. Exhortaba a los creyentes a vivir su fe en el Señor con corazones honestos y con fidelidad permanente. A los no creyentes les enseñaba el evangelio, y una gran cantidad de personas se entregó al Señor. Bajo su ministerio, la iglesia crecía constantemente. Hasta el punto de sentir la necesidad de contar con otro ayudador.

Incorporación de Saulo: Los discípulos son llamados cristianos (11:25, 26). Conocía a Saulo. Fue él quien lo presentó a los apóstoles después de su conversión, cuando fue a Jerusalén y ningún discípulo tenía suficiente confianza en él para recibirla. Sabía que estaba en Tarso. Durante ese tiempo, Saulo trabajaba en las regiones de Siria y de Cilicia anunciando la fe que en otro tiempo destruía (Gál. 1:21-23).

Bernabé fue a buscar a Pablo y lo trajo a Antioquía. Fue un traslado del interior a la capital. Trabajaron juntos un año entero. Enseñaban. Más que predicadores, eran maestros. Bien se podría decir de ellos que cuando predicaban enseñaban, y cuando enseñaban predicaban.

Era un trabajo de exhortación y de enseñanza. Exhortaban con ser-

mones breves, persuasivos, familiares, convincentes. Enseñaban la verdad del evangelio como un estilo de vida y como una manera de ser. Ser como era Cristo, vivir como Cristo vivía, hablar acerca de Cristo, imitar a Cristo en todo.

“Continuamente volvían a contar los incidentes que habían ocurrido durante los días de su ministerio terrenal, cuando los discípulos disponían de la bendición de su presencia personal. Se explayaban incansablemente en sus enseñanzas y en sus milagros de sanidad. Con labios temblorosos y ojos llenos de lágrimas, se referían a su agonía en el Jardín, su traición, su juicio y su ejecución, a la paciencia y la humildad con que había soportado el ultraje y la tortura que le habían infligido sus enemigos, y la piedad divina con que había orado por los que lo perseguían. Su resurrección y su ascensión, su obra en el cielo como el Mediador del hombre caído, eran temas en los cuales se gozaban en explayarse” (Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, pp. 129, 130).

Los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez en Antioquía. Nombre muy apropiado, porque Cristo era el tema principal de su predicación, de su enseñanza y de su conversación, que era siempre testimonial.

Llegada de Agabo y otros profetas: Provisión para los hermanos de Judea por causa de la hambruna en toda la tierra (11:28-30). Llegaron a Antioquía varios profetas. Eran de Jerusalén. Su primera contribución, con el don profético, a la comunidad cristiana de Antioquía, fue por medio del profeta Agabo. El mismo que, años después, fue de Judea a Cesarea para anunciar, a Pablo, que sería tomado prisionero en Jerusalén (Hech. 21:10, 11).

El Espíritu Santo comunicó a Agabo, y Agabo a la iglesia, que vendría una hambruna muy grande, en toda la tierra habitada. Lucas, desde su perspectiva en el tiempo, escribe probablemente a comienzos del año 67 d.C., sabe que esa hambruna ocurrió durante el gobierno del emperador Claudio, que gobernó entre los años 41 y 54 d.C., y lo informa. También hay información extrabíblica acerca de ella: Josefo, el historiador judío de la época, en *Antigüedades* (xx.2.5); y los historiadores romanos Suetonio, en *Claudio* (xviii.2), y Tácito, en *Anales* (xii.43), dan cuenta de ella y otras.

Cuando los cristianos antioqueños se enteraron de lo que vendría, de inmediato organizaron un levantamiento de fondos para ayudar a los hermanos de Judea.

Es interesante que Lucas, aunque ya dijo que a los discípulos se los llamó cristianos en Antioquía, todavía usa el nombre de discípulos para referirse a ellos. Todos los cristianos son discípulos y los discípulos son los que aprenden de su maestro, viven con él, lo imitan en todo y adoptan su modo de vida, su religión, su misión, sus objetivos. Viven como él y para él. Estilo de vida, enseñanza y misión, idénticos a los de su maestro, parecen ser las características mayores de un discípulo.

La contribución del don profético a la iglesia de Antioquía fue múltiple.

(1) Le proveyó un conocimiento del futuro, que sin él le hubiera sido imposible tener.

(2) Le ofreció una oportunidad para manifestar su amor fraternal hacia los hermanos que más necesitaban. Parece que las hambrunas de la época azotaban de manera más dura a Judea, especialmente a Jerusalén. Josefo, en su informe de esta hambre, cuenta que Elena, reina madre de Adiabene, un reino ubicado al este del Tigris, que se había convertido al judaísmo, envió cereales comprados en Egipto e higos, en Chipre, para que los distribuyeran en Jerusalén. Al mismo tiempo, su hijo, el rey Izates, envió una gran suma de dinero para que los dirigentes de Jerusalén lo usaran con el objetivo de mitigar el hambre (*Antigüedades*, xx.51-53). Los conversos al judaísmo hacían esto y los conversos cristianos hicieron lo mismo en favor de sus hermanos de Judea.

(3) Le dio la oportunidad de establecer un principio de contribución que parece haberse generalizado entre las iglesias cristianas. Lucas dice que cada uno dio conforme a lo que tenía. Años después, cuando Pablo instruyó a los corintios acerca de cómo dar para la ofrenda que él planeaba llevar a Jerusalén, les dijo:

—Cada uno de ustedes ponga aparte algo, según haya prosperado (1 Cor. 16:2).

(4) Le permitió expresar su adhesión a la nueva estructura de gobierno adoptada por la iglesia de Jerusalén. Pablo y Bernabé, portadores de la ofrenda, la entregaron a los ancianos (*presbiterous*) de Jerusalén. Ellos ya eran los dirigentes de las iglesias locales. El hambre ocurrió entre los años 45 y 48 d.C. Desde ese momento en adelante, su rol de dirigentes locales se vuelve más y más visible. En el año 49, cuando ocurrió el concilio de Jerusalén para dilucidar el problema que los judaizantes habían creado a Pablo, según Lucas, se reunieron los apóstoles y los ancianos. Cuando concluyeron las deliberaciones, los apóstoles y los ancianos, con toda la iglesia, decidieron enviar algunos representantes de ellos, para informar sus conclusiones, a las iglesias afectadas. Y, al comienzo de la carta que les enviaron, escribieron: Los apóstoles, los ancianos y los hermanos a los hermanos de entre los gentiles de Antioquía, Siria y Cilicia (Hech. 15:6, 22, 23). En la última visita de Pablo a Jerusalén, año 58 d.C., Pablo y su comitiva se reunieron con Jacobo y todos los ancianos que estaban reunidos para escuchar su informe (Hech. 21:18). Ya no estaban los apóstoles en Jerusalén. El gobierno corporativo de las iglesias locales de Jerusalén estaba enteramente en manos de los ancianos, dirigidos por Jacobo, su pastor.

Persecución de Herodes: Gloria y muerte (Hechos 12:1-24)

Lucas deja a Saulo y a Bernabé en Jerusalén, para contar un hecho que estaba ocurriendo en esos días.

Protagonista: el rey Herodes Agripa I. Su historia es muy interesante. Nació en el año 11 a.C. Su padre, Aristóbulo, hijo de Herodes el Grande, el que intentó matar a Jesús cuando nació en Belén, fue asesinado en el año 7 d.C. Agripa tenía cuatro años. Su madre lo envió a Roma para que creciera y fuera educado en contacto con los principales del Imperio. Acertó. Se hizo amigo muy cercano de dos importantes miembros de la familia imperial: Claudio, que tenía su edad, y Calígula, sobrino nieto del emperador Tiberio.

Gloria de Herodes (12:1a)

Calígula sucedió a Tiberio, en el trono, el año 37 d.C. Inmediatamente favoreció a su amigo Agripa y le otorgó los territorios ubicados al sur de Siria, y le dio el título de rey. Dos años más tarde, le agregó los territorios de Galilea y Perea.

En el año 41, el otro amigo de Herodes Agripa, Claudio, se convirtió en emperador de Roma, y también favoreció a Agripa, agregándole los territorios de Judea.

A esa altura, Herodes Agripa I tenía un reino que abarcaba el sur de Siria, Galilea, Perea, Samaria y Judea. Desde Herodes el Grande, ningún rey de la región había dominado un territorio tan extenso.

Además, era muy querido por el pueblo judío. Posiblemente, por ser descendiente de la dinastía judía de los hasmoneos. Su abuela paterna, Mariamne, esposa favorita de Herodes el Grande, era hasmonea. Mariamne solo tuvo dos hijos con Herodes el Grande. El otro fue Herodes Felipe I, que no gobernó nunca. Era el esposo legítimo de Herodías, la que se juntó con Herodes Antipas, a quien Juan el Bautista acusaba de cometer adulterio.

Herodes Agripa I, como rey, estaba en toda su gloria. No sabía que, para él, todo terminaría ese mismo año. Gobernó desde el año 37 hasta el 44 d.C.

Persecución de Herodes (12:1b-5)

Lucas informa que cuando Pablo y Bernabé estaban en Jerusalén, entregando, a los ancianos de las iglesias, la ofrenda que enviaron los discípulos de Antioquía, el rey Herodes comenzó una persecución contra los cristianos. Sin duda, esto ocurrió como una expresión de su ansiedad porque los judíos lo aceptaran como verdadero judío, fiel al judaísmo. Maltrató a los cristianos, y mandó despojarlos de sus propiedades y sus bienes. Decapitó a Jacobo, hermano de Juan, y encarceló a los principales dirigentes de la iglesia.

Los dirigentes judíos manifestaron su satisfacción por la muerte de Jacobo; y, para agradarlos aún más, Herodes hizo encarcelar a Pedro.

Era el tiempo de los Panes sin levadura, la Pascua (Luc. 22:1). Momento inapropiado para otra ejecución. Por eso, la postergó para

después de la fiesta. Por el momento lo dejó en la prisión, bajo custodia reforzadísima. Cuatro grupos, cada grupo de cuatro soldados, 16 en total. ¿Para qué tantos? Era un dirigente importante, pero sus compañeros no tenían recursos militares ni fuerza organizada para asaltar la cárcel y retirarlo de allí. Los dirigentes judíos temían. Herodes también. Sabía que los cristianos manejaban un poder, muy misterioso para él, que podría cambiarlo todo. Cuando Pedro hacía sus poderosos llamamientos al pueblo, este respondía con singular entrega. Eso podría ser muy peligroso. Mejor que Pedro estuviera bien oculto dentro de la cárcel y muy bien custodiado.

Una paradoja. Mientras celebraban la liberación que Dios les había concedido en Egipto, sacándolos de la esclavitud, ellos privaban de libertad a los cristianos. Había gente de todo el mundo. Estaban allí para adorar a Dios en el Templo. Pero el poder de Jehová no estaba allí. Solo estaban los intereses políticos y el afán de dominio. El poder de Dios se manifestaría un poco después en la cárcel.

Mientras tanto, la iglesia intercedía en oración delante de Dios por Pedro. Querían su liberación. La pedían a Dios con fe. Y, cuando la fe actúa, también actúa Dios con todo el poder que la ocasión demande.

Liberación de Pedro: Seguridad (12:6-17)

Cuando llegó la noche anterior al día marcado para ejecutar a Pedro, ocurrió lo que Herodes trató de evitar. Pedro dormía. No estaba preocupado por su posible muerte. No la temía. Para él, podía venir cuando fuera. Además, según la conversación que había sostenido con Jesús junto al mar de Tiberias, aquella mañana de la pesca milagrosa, solo moriría cuando estuviera viejo (Juan 21:18). Viejo, no estaba. ¿Por qué habría de preocuparse por algo que aún estaba en el futuro? Solo podría haber estado preocupado si no hubiera creído lo que Jesús le dijo. Pero, él creía.

Los creyentes tienen una seguridad que ni los poderosos, confiando en todo su poder, poseen.

Pedro dormía entre dos soldados; uno a su derecha, el otro a su izquierda. Dos cadenas ataban sus manos a las manos de ellos. La celda, cavada en la roca viva, tenía una sola salida y la cárcel solo una conexión con el exterior, cerradas. Los cuatro grupos de cuatro soldados, cada uno guardaba las puertas. Dos grupos por puerta, uno a un lado de ella, otro grupo al otro lado. Cuando el ángel del Señor apareció, todos dormían. Con su luz llenó la celda entera y, tocando el costado de Pedro, lo despertó.

—Levántate pronto —le dijo.

Las cadenas cayeron de sus manos.

—Cíñete y átate las sandalias.

Lo hizo.

—Envuélvete en tu manto y sígueme.

Lo siguió.

No sabía si era realidad o era visión. Se inclinó por aceptar que se trataba de una visión. Pero, avanzó.

Pasaron la primera guardia; dormían. También la segunda; dormían.

Llegaron a la puerta principal de la cárcel que daba a la ciudad. Era de hierro.

Se abrió por sí misma.

Salieron.

Avanzaron por una calle y el ángel desapareció.

Pedro, como despertando a la realidad, se dijo: Ahora entiendo que de verdad el Señor ha enviado a su ángel y me ha librado de la mano de Herodes.

Siguió caminando hasta la casa de María, la madre de Juan Marcos, aquella casa que tenía un aposento alto; donde, junto con los demás apóstoles, había comido la última cena pascual, con el Señor.

Muchos cristianos estaban reunidos allí, orando. Oraban por él.

Pedro llamó a la puerta del patio. Lo atendió una joven llamada Rode. Cuando escuchó la voz de Pedro, reconociéndola, se llenó de tal alegría que, sin abrir la puerta, volvió corriendo para informar que Pedro estaba a la puerta. Le dijeron:

—¡Estás loca!

—No. Es cierto. Está en la puerta.

—Es su ángel —dijeron ellos.

Pedro seguía llamando a la puerta.

Cuando le abrieron y lo vieron, quedaron todos atónitos, llenos de una sorpresa tan feliz que hablaban todos al mismo tiempo.

Pedro, levantando la mano, los hizo callar. Luego les contó cómo el Señor lo había librado de la cárcel. Al terminar su relato, les dijo:

—Informen esto a Jacobo y a los hermanos.

Este Jacobo era el pastor de Jerusalén que seis años más tarde presidirá el concilio de Jerusalén, año 49 d.C., cuando junto con los apóstoles y los ancianos resolverán el problema levantado por los judaizantes, en el territorio donde trabajaban Pablo y Bernabé (Hech. 15).

Luego Pedro, cumpliendo la orden de Jesús: "Cuando los persigan en una ciudad, vayan a otra", salió y se fue a otro lugar.

Alboroto en la cárcel: Nadie sabía (12:18, 19)

Cuando se hizo de día, en la cárcel se armó un tremendo alboroto. Descubrieron que Pedro no estaba allí y nadie sabía qué era de él. Herodes se enfureció. Lo hizo buscar por todas partes. No lo encontraron. Interrogó a los soldados. Ninguno sabía nada. Tanto se enfureció que hizo matar a todos ellos. Absurdo. La muerte de los soldados no ayudó en nada para encontrar a Pedro, y en nada lo alivió de su molestia.

Al contrario, la aumentó.

Después de ese bochornoso episodio, el Rey se fue de Judea a Cesarea. Trató, así, de salvar la cara y de aplacar su propia ira. Pero los impíos no pueden alejarse mucho de sí mismos, ni pueden escapar de los males que ellos mismos hayan hecho. Peor les ocurre cuando sus acciones perveras han sido hechas contra Dios y contra su iglesia.

Muerte de Herodes (12:20-24)

Llegó a un lugar muy poco placentero para él. Estaba enojado con los habitantes de Tiro y de Sidón y, por haber ido a Cesarea, se aproximó a ellos mucho más que cuando estaba en Jerusalén. Los de Tiro y Sidón comenzaron a complotar para obligarlo a abandonar su animadversión contra ellos. Sobornaron a Blasto, camarero mayor del Rey, y él aceptó interceder por ellos ante Herodes, para que les concediera la paz. Tenían una razón muy fuerte para conquistar al Rey: él abastecía a Tiro y Sidón, y sin su favor tendrían que enfrentar una crisis con muchas privaciones.

El día señalado apareció el Rey en el tribunal. Vestía ropas de gala. Magnífico. La multitud que se había reunido para conquistar su favor lo escuchaba con estudiado respeto. Cuando terminó su arenga, el pueblo, manifestando una admiración de apariencia muy real, lo aduló a gritos:

–Voz de un dios, no de un hombre –decían.

El Rey soltó su ego con satisfacción. Es verdad, pensó, soy un dios para ellos; sin mí, ni comida tendrían. ¿Cómo podía pensar así? Él pretendía ser un hombre religioso, enteramente fiel al judaísmo y muy devoto al Dios de Israel. Pura hipocresía. Su dios era él mismo, su yo desnudo. La devoción que practicaba no era más que un acto político que objetivaba la conquista de los líderes religiosos y la atracción del pueblo, para que ambos se sometieran a él de buena voluntad. Bien sabía Herodes que si el pueblo lo rechazara, su presencia en el trono se desestabilizaría; porque, la política de Roma, a la que él servía, era muy firme. Trataba de mantener en paz a los pueblos que conquistaba. Si se rebelaban contra el Imperio, los sometía por la fuerza y con una fuerza muy dura. Pero, una vez sometidos, les permitía mantener su propio gobierno y su propia religión. Más de una vez, Roma había depuesto reyes locales y hasta autoridades romanas cuando tales gobernantes no habían logrado mantener al pueblo en paz.

Su desvío de Dios, al aceptar, para sí, el tratamiento de dios que el pueblo le ofreció y, al pensarse a sí mismo como un dios, cayó en el máximo desvío de Dios que un ser humano puede realizar. Un delito sin perdón. Lo rechazó Dios.

Y, al momento, dice Lucas, un ángel del Señor lo hirió porque no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos.

Un rey agusanado ya no es rey, ni persona, ni nada. En nada se con-

vierte. Una nada espiritual. Una nada física. Un muerto. La gloria de Herodes Agripa I había desaparecido. Por causa de sí mismo. Por la desmedida devoción hacia su propio yo.

Con la muerte del Rey se terminó la persecución en Judea. La palabra del Señor, dice Lucas, crecía y se multiplicaba. La iglesia quedó en paz. Siguió creciendo. Su crecimiento no paró durante el tiempo de persecución, pero sin ella fue todo más tranquilo, más natural, más placentero.

PRIMER VIAJE MISIONERO DE PABLO

El relato de Lucas había dejado a Pablo y a Bernabé en Jerusalén, donde estaban entregando, a los ancianos, la ofrenda enviada por los hermanos de Antioquía, para ayudarlos a pasar la crisis del hambre que había caído sobre toda esa región del mundo (11:30). Lucas retoma ese relato e incorpora, en su historia, a Saulo y a Bernabé, que desde ese momento se vuelven personajes centrales de ella. Cuenta lo que hicieron en su primer viaje misionero (45-47 d.C.) y cómo el Señor ayudó a Pablo en el cumplimiento de la tarea que le había mandado (Hech. 12:25-14:28).

El comienzo del viaje: Ordenación (Hechos 12:25-13:3)

Tenían que ocurrir dos hechos a fin de que Bernabé y Saulo estuvieran listos para iniciar su primer viaje misionero: volver de Jerusalén a Antioquía y ser ordenados. Luego, Lucas cuenta lo que ocurre en el viaje, ciudad por ciudad. Concluye con el retorno de los misioneros y el informe que ellos dieron a la iglesia de Antioquía.

Retorno de Saulo y Bernabé de Jerusalén a Antioquía (12:25)

Cumplido el servicio que fueron a realizar en Jerusalén, dice Lucas, Bernabé y Saulo volvieron de Jerusalén a Antioquía.

¿Fueron ellos testigos, mientras estaban en Jerusalén, de la prisión y la huida de Pedro, lo mismo que de la salida de Herodes Antípas I hacia Cesarea? Lucas no lo dice. Resulta claro, sin embargo, que volvieron a Antioquía, en Siria, después de la muerte de Herodes. Murió el año 44 d.C. Si volvieron después de esa fecha, todo el viaje a Jerusalén pudo haber ocurrido después de ella, posiblemente el año 45 d.C., cuando comenzó la hambruna.

Lucas agrega algo más en relación con el retorno a Antioquía:
Llevaron con ellos a Juan Marcos.

No dice Lucas el objetivo para el cual lo llevaron. Pudo haber sido solo porque él era pariente de Bernabé. Recordemos que, en ese momento, ni Bernabé, ni Saulo sabían lo que la iglesia en la que ellos estaban trabajando haría con ellos. Juan Marcos había vivido en una situación muy privilegiada. Jesús había estado en su casa cuando su padre vivía. En el aposento alto de ella, con los apóstoles, había comido la última cena pascual, sustituyéndola por la Santa Cena y el lavamiento de los pies. Su madre había ofrecido su casa para que sirviera como centro de operaciones de los apóstoles. Esto ocurrió después de la resurrección y había continuado así durante todo el tiempo. De esa manera, Juan Marcos se

relacionó con los dirigentes de la iglesia y sabía todo lo que ellos hacían. Es evidente que había nacido en él un deseo de participar en la misión que ellos cumplían. No se había incorporado aún. Pero, cuando la oportunidad se presentó, no la dejó pasar. Entró en el servicio misionero (Hech. 13:5).

Ordenación y envío de Bernabé y Saulo (13:1-3)

La iglesia de Antioquía de Siria era rica en dones espirituales. Lucas dice que había profetas y maestros. También contaba con miembros de mucha influencia, en la iglesia y fuera de ella.

Entre ellos estaba Bernabé, pastor de la iglesia desde su llegada, pues los apóstoles lo habían enviado para ayudar a los muchos conversos que los perseguidos de Jerusalén habían persuadido. Además, Simón llamado Níger, sobrenombre latino que significa negro. ¿Por qué un sobrenombre latino? Sin duda porque tenía vinculaciones con Roma, posiblemente nacido en alguna ciudad imperial cuya latinidad era reconocida.

También eran miembros de la iglesia de Antioquía: Lucio de Cirene, uno de los primeros que se atrevieron a predicar el evangelio a los gentiles griegos, y Manaén, que se había criado con Herodes el tetrarca. Debe referirse a Herodes Antipas, porque Herodes Agripa, que, comido por los gusanos, había muerto hacia poco, era rey. Antipas era tetrarca de Galilea y Perea (4 a.C.-39 d.C.). Jesús lo llamó zorra (Luc. 13:32). Era costumbre, en esa época, que se adoptara un niño de la misma edad que tenía el hijo del gobernante para que se criara con él, una especie de hermano por adopción, para que le sirviera de compañía. Manaén debió haber acompañado a Antipas cuando fue enviado a Roma para educarse. Los dos con la misma educación, con las mismas influencias, con alto prestigio delante de sus contemporáneos. Antipas se convirtió en un gobernante que disimulaba su carácter débil y pasional con acciones prepotentes, tiranas y violentas. Asesinó a Juan el Bautista, participó en el juicio de Jesús y terminó sus días sin poder, exiliado en las Galias, olvidado. Su exilio ocurrió al mismo tiempo que su hermano de crianza Manaén se convertía en un dirigente cristiano, respetado por la iglesia y recordado con afecto y prestigio hasta hoy.

Último en la lista de los más influyentes: Saulo. En ese tiempo, pastor asociado de la iglesia cristiana en Antioquía. Ayudante de Bernabé, primero en la lista. El Señor había bendecido mucho la labor de estos dos hombres. Pero todavía no estaban ordenados al ministerio.

Un día, cuando todo el grupo de dirigentes ayunaba y buscaba a Dios intensamente, el Espíritu Santo se aproximó a ellos y les dijo:

—Apártenme a Bernabé y a Saulo para la obra que les he asignado.

Ninguno de los dirigentes vaciló en obedecer la voz del Espíritu. Los necesitaban en Antioquía; ¿cómo enviarlos a otros lugares? Nadie pensó

así. Hubiera sido un pensamiento demasiado egoísta, y la mente de todos estaba en el avance de la misión. Resolvieron obedecer al Espíritu.

Pero, antes de enviarlos, oraron y ayunaron por ellos. Luego les impusieron las manos, como el Espíritu había ordenado.

"Así fueron autorizados por la iglesia, no solamente para enseñar la verdad, sino también para cumplir con el rito del bautismo y para organizar iglesias, siendo investidos con plena autoridad eclesiástica" (Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, pp. 132, 133).

Este era el tercer paso en la predicación del evangelio a los gentiles. El primero lo dio Pedro cuando predicó, en Cesarea, a Cornelio, su familia y sus amigos, todos gentiles. El segundo lo dieron los fugitivos, por la persecución relacionada con el caso de Esteban, que predicaron a los griegos en Antioquía. Esos dos primeros pasos fueron limitados, cada uno realizado en un solo lugar. El envío de Bernabé y Saulo amplió esa acción y le dio un vigor que hasta ese momento no tenía.

Primer viaje misionero: Lugares visitados (Hechos 13:4-21a)

La misión al mundo entero comenzó de manera muy sencilla. Sus aspectos humanos parecían simples, desprovistos de la pompa que los seres humanos generalmente despliegan en la ejecución de sus proyectos especiales. No tenía el suspenso ni la expectativa multitudinaria del lanzamiento de una nave espacial. No tenía el esplendor de un casamiento real. No tenía la gallardía de un envío de tropas a la guerra. No tenía el despliegue humano que tiene un cambio de mando presidencial.

Simple. Solo una iglesia con sus fieles. Algunos profetas, unos pocos maestros. Tres dirigentes de la iglesia. Dos hombres para enviar. Y el Espíritu Santo. Cuando está el Espíritu Santo, la sencillez y la simplicidad desaparecen. Se visten del mayor poder espiritual activo en el planeta tierra. Lo sencillo no es elemental, ni lo simple, simplista. Lo que estaba ocurriendo en Antioquía era tan grande como la grandeza de la selva en la semilla. Tan potente como el poder atómico escondido en el núcleo del átomo pequeño. No era visible su grandeza, en ese instante, pero poco a poco, a medida que la misión conquistara más personas, más y más, la invisible grandeza se volvería visible, y el evangelio penetraría el Imperio Romano entero y avanzaría hacia el futuro, hasta su triunfo final en la segunda venida de Cristo.

Chipre: Primera enseñanza (13:4-12)

Pero los grandes avances ocurren paso a paso. Y es necesario que recorramos cada paso de los enviados por la iglesia, para que sus grandes logros, en la predicación, sean visibles.

Salamina: La palabra de Dios (13:4, 5). Lucas vuelve a mencionar que, en la misión de Bernabé y Saulo, estaba involucrado el Espíritu Santo. Fue él quien los envió. Pero, actuó a través de los dirigentes de la iglesia. Los

enviados no actuaron por sí mismos. No eran hombres inclinados a la acción individual, como si solo recibieran sus órdenes directamente del Espíritu Santo, sin aceptar a los hombres que Dios había señalado para que llevaran las responsabilidades de la iglesia. Tampoco tenían mentes secularizadas, que olvidan la acción del Espíritu Santo en las decisiones de los dirigentes. Estaba muy claro, para ellos, que la misión recibida era acción del Espíritu Santo a través de la iglesia y sus líderes.

Salieron de Antioquía, en Siria, y descendieron de la montaña hasta Seleucia, en la boca del río Orontes, donde desemboca al mar Mediterráneo. Era el puerto marítimo de Antioquía. De ahí embarcaron rumbo a Chipre. Chipre era una isla importante. El emperador Augusto, el año 27 a.C., le dio el estatus de provincia romana y en el año 22 la puso bajo el control del Senado romano. Por eso, en los días de Bernabé y Saulo estaba gobernada por un procónsul.

Chipre fue uno de los refugios elegidos por los cristianos que huyeron de Jerusalén, en la persecución relacionada con el caso de Esteban. Predicaron solamente a los judíos. Desde allí, algunos de ellos fueron con el evangelio a Antioquía de Siria (Hech. 11:20). El mismo Bernabé era un judío nacido en Chipre (Hech. 4:36). Con Saulo y Juan Marcos, su pariente, estaba de vuelta en Chipre para predicar el evangelio también a los gentiles.

Las dos ciudades más importantes de la isla eran Salamina, centro administrativo del este, y Pafos, centro administrativo de la provincia.

Es importante notar la estrategia de Bernabé y Saulo. Comenzaron en las ciudades más importantes de la isla y fueron primero a las personas más influyentes que había en ellas. Comenzando con los judíos más influyentes, los que asistían a la sinagoga. Luego los gentiles. Así ocurrirá en todos los viajes de Pablo.

Bernabé y Saulo predicaron la palabra de Dios, escribió Lucas.

Como esta predicción estaba en el contexto del trabajo que hacían en las sinagogas, su mención es relevante. Tenían que llegar a los judíos con las Sagradas Escrituras y, desde ellas, presentarles a Jesucristo.

Pafos: La doctrina del Señor (13:6-12). Tuvieron que atravesar toda la isla para llegar a Pafos, al sudoeste de Chipre, donde estaba la sede del procónsul. Enfrentaron un problema serio. Encuentran a Barjesús. Lucas lo describe como mago, judío, falso profeta, en el sentido de hacerse pasar por profeta sin serlo, y de alguna manera conectado con el procónsul, que en ese momento era Sergio Paulo, varón prudente, honesto, sabio, miembro de una familia que, por muchos años, había servido bien al Imperio. Oyó hablar acerca de Bernabé y Saulo. Los hizo llamar. Quería oír la Palabra de Dios. Esto, en sí, habla muy bien de él. Pero el mago trató de impedir que tal cosa ocurriera. Si el procónsul oyese a los recién llegados y creyera, su posición ante él entraría en zona de peligro. No podía permitirlo. Cuando los misioneros hablaban con Sergio, Elimas,

que significa mago, también llamado Barjesús, los resistía, en el sentido de tratar de impedir que el procónsul creyera.

Entonces, Pablo, dice Lucas, lleno del Espíritu Santo, fijando los ojos en él, le dijo:

—¡Lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¡Nunca dejarás de torcer los caminos rectos del Señor? Ahora, pues, la mano del Señor está contra ti. Vas a quedar ciego y por algún tiempo no podrás ver la luz del sol.

Poder. Lo que estaba en juego era simplemente eso. ¿De qué lado estaba el poder? ¿Del lado de Barjesús y el demonio que lo patrocinaba o del lado de los misioneros apoyados por Dios? La palabra de Pablo, valiente por la presencia del Espíritu Santo en él, se cumplió.

Lucas dice:

Al instante cayeron sobre él sombra y oscuridad, y comenzó a buscar a tientas quien lo llevara de la mano.

Sus tanteos de ciego lo denunciaron. Estaba en confusión. Sus artes mágicas eran impotentes. Su pretendida sabiduría, un engaño. Su grandeza, una ilusión. La peor, esa que engaña a los mismos ilusos que la generan. Todo él era un fraude. En cambio, el valor y el poder de Saulo eran tan reales que el mismo Lucas, al contarlos, se impresionó. Comenzó a llamarlo por su otro nombre: Pablo. Como si se tratara de un nuevo comienzo en la vida del misionero. Nunca más lo llamó Saulo.

Sergio Paulo, por su lado, también reconoció el poder de Dios y aceptó el evangelio. Se maravilló con la doctrina del Señor. Puede ser cierta la afirmación de Renan en el sentido de que por el poder de un milagro habría sido imposible la conversión de un procónsul romano. Pero la combinación del poder milagroso y la fuerza de la doctrina generaron la fe de Sergio Paulo. Poder y doctrina. Sana doctrina, doctrina verdadera de Jesús y poder divino, actuando juntos, convencen. Convierten. Convirtieron al procónsul y pueden convertir a cualquier incrédulo, aun del tiempo presente.

La doctrina de Jesús era lo que Jesús enseñó, y también la doctrina acerca de Jesús, enseñada por los misioneros. Parecen dos cosas diferentes, y algunos las separan. Pero lo que Bernabé y Pablo enseñaban sobre Jesús dependía de lo que él había enseñado. No había dos doctrinas, la de Jesús y la de sus seguidores. Una sola. Jesús y toda su enseñanza. Ahí estaba el poder. Cuando la doctrina es una explicación sobre Jesús y su enseñanza, solo puede ser verdadera; y el poder de la verdad es incontrovertible. Solo es necesario mostrarla con claridad. Lo demás sigue siendo obra del Espíritu Santo. Un corolario del poder. Una luz de lo divino.

Perge de Panfilia: Retorno de Marcos (13:13)

Un viaje por barco hacia el norte los llevó de vuelta al continente. Llegaron a Perge, capital de Panfilia, en Asia Menor. Dos detalles: (1)

Lucas dice que Pablo y sus compañeros llegaron a Perge. (2) Marcos se volvió a Jerusalén.

Nuevo rol de Pablo. Hasta Pafos, toda referencia al grupo de misioneros mencionaba primero a Bernabé y a Saulo en segundo lugar. Después del incidente con el mago Barjesús, Pablo tomó el liderazgo del grupo. ¿Cómo reaccionó Bernabé? Lucas no dice nada en forma directa. Parece que no tuvo problemas. En realidad, no tenía que afectarlo. El liderazgo entre los cristianos no es una cuestión de privilegios personales, ni de posición ni de poder. Tampoco tiene nada que ver con el prestigio personal del líder. Es una cuestión de eficiencia. El que dé más impulso a la misión debe ser líder. Y en ese momento era ya evidente que, en ese grupo, Pablo era el motor más activo. Fue natural. Nadie desplazó a nadie. El grupo lo aceptó de manera espontánea y todos trabajaban felices.

Juan Marcos retorna a Jerusalén. Algunos dicen que Marcos se volvió porque no estuvo de acuerdo con el cambio de liderazgo y que lo hizo para demostrar adhesión a su pariente Bernabé. Difícil. Si su motivación hubiera estado basada en asuntos políticos, difícilmente habría vuelto al trabajo misionero, que más tarde retomó con toda dedicación. El único problema fue su falta de preparación para enfrentar las dificultades del trabajo. Los desafíos que esa misión presentaba eran muchos. Lo que ya habían pasado y lo que estaba visible en el cercano futuro era demasiado para Juan. Cansancio, hambre, frío, persecuciones, toda clase de adversidades. Se intimidó. El temor y el desaliento, no siendo pecaminosos ni permanentes, producen resultados negativos inmediatos. Desistió.

A Pablo no le gustó esa decisión. No dijo nada en el momento, pero lo expresó más tarde. Cuando estuvieron a punto de iniciar el segundo viaje misionero, Bernabé quería llevar a Juan Marcos. Pablo, no (Hech. 15:38, 39). Lucas escribió:

A Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia y no había seguido con ellos en la obra.

Bernabé lo llevó.

Más tarde, Pablo reconocería que Marcos había superado sus debilidades iniciales y era útil para la predicación del evangelio (2 Tim. 4:11).

Antioquía de Pisidia: Los gentiles creyeron (13:14-52)

Mientras Marcos viajaba a Jerusalén, Pablo y su grupo siguieron viaje. A unos 165 km hacia el norte estaba la ciudad de Antioquía de Pisidia. Ciudad importante en la región. El año 25 a.C., el emperador Augusto la incorporó a la provincia de Galacia y la hizo una colonia romana. Centro político y militar de la región.

Pablo seguía avanzando con la misma estrategia que Bernabé y su grupo habían aplicado en Chipre. Primero los centros más importantes para que, desde allí, los nuevos creyentes diseminaran el evangelio por el resto de la región. De ese modo sería más fácil cubrir el territorio.

El territorio de Galacia estaba lleno de ciudades griegas y colonias romanas. En las colonias, muchos soldados del ejército romano, activos y jubilados. Cuando se retiraban, el Imperio les concedía la ciudadanía romana, tierras y muchos otros privilegios. Ellos daban estabilidad a la colonia. Antioquía estaba ubicada en una importante ruta comercial que había atraído a muchos extranjeros; entre ellos, griegos, romanos y judíos, además de la población nativa.

Pablo y su grupo, sin perder tiempo, entraron en la sinagoga. Era el siguiente sábado después de su llegada, y se sentaron. Después del llamado a la oración y las oraciones, de acuerdo con el lectionario trienal de la sinagoga, leían una porción del Pentateuco, a través de todo el año, luego volvían a repetirlo sucesivamente, y la selección de los profetas se hacía en armonía con la parte del Pentateuco leída. Después venía un discurso. El presidente de la sinagoga tenía el deber de elegir a la persona, normalmente un miembro de prestigio en la sinagoga. En la sinagoga de Antioquía de Pisidia había más de un dirigente, todos ellos, siguiendo una costumbre ya establecida, enviaron a un mensajero a los visitantes con el siguiente mensaje:

—Hermanos, si tienen ustedes una palabra de exhortación para el pueblo, hablen.

La tenían.

Pablo pronunció un discurso notable. Corto. Muy específico. Elocuente. Tocó varios asuntos sin ninguna pretensión de que fuera una pieza ejemplar de oratoria, pero lo fue.

Título del discurso: **Jesús es el Salvador**.

Divido en dos partes y una invitación final, cada una dirigida directamente a su audiencia.

Primera parte: Jesús, *Salvador de Israel* (13:17-25). Pablo comenzó diciendo:

—Israelitas y temerosos de Dios, oigan.

La congregación estaba integrada por esos dos grupos: judíos, la mayoría. No podía ser diferente. Estaban en una sinagoga. Pero no solo había judíos. También, un grupo de temerosos de Dios: gentiles que creían en Dios y aceptaban casi todo el judaísmo, pero que no estaban en condiciones de cumplir todas las leyes y las tradiciones judías. Las razones podían ser variadas. Su estilo de vida, sus obligaciones o su falta de convicción colocaban alguna barrera entre ellas y ellos. Pero estaban plenamente convencidos de que la religión judía era razonable y que el Dios que ellos adoraban era el Dios verdadero. Lo aceptaban, creían en él, lo adoraban. Por eso estaban en la sinagoga y por eso los judíos les permitían adorar a Dios juntamente con ellos, cada sábado.

Al mencionarlos, Pablo estaba diciéndoles: Presten mucha atención. Lo que diré concierne a todos ustedes y a cada uno en forma personal. No hablaré de generalidades, ni de asuntos puramente teóricos.

Todos prestaron atención.

Un recurso simple, pero cautivante. Todos los predicadores del evangelio y los que hablan en público, en general, debieran utilizarlo siempre. Decirles directamente que hablarán a ellos, sobre asuntos de su propio interés práctico, y hacerlo.

Pablo quería decirle que Jesús era el Salvador de todos ellos. Comenzó por la mayoría de los presentes: los judíos. Les hizo recordar su propia historia. En la historia y la revelación estaba el alma nacional, mejor que en ninguna otra parte. Avanzó a través de los hechos y hacia el final los iluminó con textos de la Sagrada Escritura, para dar a su discurso la fuerza de la experiencia humana, con el conocimiento que Dios tiene de ella, esa parte del conocimiento que ha revelado.

(1) La experiencia en Egipto (vers. 17). Pablo podría haber empezado con Abraham. Pero prefirió empezar su referencia a las experiencias históricas de Israel, probablemente porque la Nación entera encontraba en ese tiempo la raíz más fuerte de su identidad nacional. La fiesta de la Pascua estaba relacionada con ella y muchos de los presentes habían participado en esa experiencia, quién sabe, más de una vez. Les dijo:

—El Dios de este pueblo de Israel escogió a nuestros antepasados y lo engrandeció cuando vivían como extranjeros en Egipto. Con gran poder los sacó de aquella tierra.

También sus oyentes israelitas vivían, en ese mismo momento, como extranjeros. Verdad, no como esclavos. Pero ¿qué buena vida elimina la nostalgia por la tierra propia? En todo caso, aunque extranjeros en una colonia romana, también a ellos los bendecía Dios, y eran prósperos. Muchos de ellos, ricos. Indirectamente, Pablo les hizo pensar que todo eso era producto del poder de Dios. Pero, al sacar a la Nación de Egipto, con su poder, los llevó hacia la libertad, un bien mayor que todas las riquezas que obtuvieron de los egipcios cuando estaban a punto de salir. Pablo estaba preparándolos para que entendieran la salvación en Jesús, de la que les hablarían más adelante.

(2) La experiencia del desierto (vers. 18, 19). De la esclavitud y la pobreza, en un instante, pasaron a la riqueza y la libertad. No lo reconocieron. Pero Dios fue paciente con ellos. Pablo continuó diciendo:

—Por cuarenta años soportó Dios su mal proceder en el desierto. Y destruyó siete naciones, en Canaán, para darles la tierra de ellas en herencia.

En lugar de castigarlos por el mal que hicieron, les dio la tierra que antes había prometido a Abraham. Lo hizo para cumplir su promesa, porque Dios siempre cumple lo que promete. Es longánime y paciente, tardó para la ira. Llegará el tiempo del castigo, pero aún hay posibilidades de evitarlo. Aún es el tiempo de la misericordia.

(3) La experiencia durante el tiempo de los jueces (vers. 20). Solo una mención a ese tiempo evocaría la experiencia vivida por la nación. Pablo dijo:

—Después, como por cuatrocientos años, les dio jueces, hasta el profeta Samuel.

Lo importante de esta referencia está en lo que evoca: dos tipos de experiencias. Una antes de Samuel, otra durante el tiempo de Samuel. Antes de Samuel, la vida nacional era caótica y cada uno hacía lo que bien le parecía (Juec. 21:25). En cambio, Samuel, último juez, restableció el orden y reestructuró la nación israelita con una identidad nacional que todos reconocían. Pudo hacerlo porque Jehová estaba con él y él no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras (1 Sam. 3:19).

(4) La experiencia durante el tiempo de los reyes (vers. 20-22). Solo mencionó dos reyes.

—Luego pidieron rey, y Dios les dio a Saúl, hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín, por cuarenta años.

No necesitaba decírles que el hijo de Cis había comenzado bien y terminado mal. Ellos lo sabían. Cada judío sabía que la Nación pudo haberse vuelto grande bajo su reinado, pero en él se juntaron dos actitudes negativas que no produjeron nada bueno para la Nación. Primero, la actitud del pueblo, que pidió un rey. Con ese pedido expresó su deseo de ser igual a las demás naciones y rechazó a Dios. Segundo, la actitud del propio Saúl. Se apartó de Dios y colocó a la Nación en el desastre de la derrota ante sus enemigos. Pero Dios había preparado una solución para substituir al rey loco.

—Tras destituir a Saúl, les puso por rey a David, de quien dio este testimonio: He encontrado en David, hijo de Isaí, un hombre conforme a mi corazón. Él hará todo lo que yo quiera.

Había llegado al punto de la historia de Israel al que quería llegar. Todo israelita reconocía que los más grandes, en la historia de Israel, eran: Abraham, padre de la nación; Moisés, libertador y organizador de la Nación; y David, el vencedor de todos sus enemigos y, por eso, el más grande rey de su historia. Les faltaba reconocer la grandeza de un descendiente de David.

(5) La llegada de Jesús, tema principal del discurso (vers. 23-25).

—De los descendientes de David, conforme a la promesa, Dios dio a Israel un Salvador, que es Jesús.

Jesús era el cuarto más grande de la historia israelita. Su Salvador. Solo tenían que reconocerlo, y para eso poseían la evidencia necesaria: las profecías. Sabían que, antes de la llegada del Mesías, vendría uno preparando su camino y anunciándolo. Por eso, Pablo les dijo:

—Antes de la venida de Jesús, Juan, a todo el pueblo de Israel, predicó el bautismo del arrepentimiento. Y, cuando estaba completando su carrera, dijo: ¿Quién creen ustedes que soy yo? No soy el que esperamos. Después de mí viene uno a quien ni siquiera soy digno de desatar el calzado de sus pies.

Lo había dicho. Jesús era el Salvador de Israel, y las profecías lo con-

firmaban. Estaba listo para anunciar la siguiente verdad. ¿En qué consistía?

Segunda parte: *Jesús Salvador de judíos y gentiles* (13:26-39). Vuelve a repetir el contenido de su frase inicial.

—Hermanos, hijos del linaje de Abraham y los temerosos de Dios que están entre ustedes.

Pablo incorporó, entre sus hermanos, a judíos y a gentiles. Los gentiles no estaban acostumbrados a ese trato tan cordial. Eran aceptados por los judíos porque creían en Dios, pero siempre había como una pared de cristal entre ellos. Juntos adoraban al mismo Dios, pero la integración espiritual no ocurría. Pablo ignoró esa diferencia. Trató a todos de hermanos.

Luego, presenta el evangelio con tres definiciones: palabra de salvación, buenas nuevas y perdón de los pecados.

(1) Primera definición: mensaje de salvación (13:26-31).

B A nosotros, ha enviado Dios la palabra de esta salvación.

Nosotros, ¿quiénes? Judíos, incluyendo a los judíos de la diáspora, y gentiles. ¿Qué palabra? Jesús (vers. 23). Dios envía la palabra de esta salvación, que luego llama evangelio (vers. 32) y perdón de pecados (vers. 38). ¿Por qué?

Porque los habitantes de Jerusalén y sus líderes, que no reconocieron a Jesús ni las palabras de los profetas, aunque las leen todos los sábados, las cumplieron cuando lo condenaron.

Parece imposible. Estaba escrito que lo matarían; lo mataron, cumpliendo así las profecías con sus propias acciones, y no lo reconocieron, solo por no creer en él.

Cualquier mente racional se siente ofuscada de solo pensar que haya ocurrido. Y, sin embargo, la incredulidad es muy común. Tantas veces los seres humanos viven ironías semejantes, sin darse cuenta. Como ignorando lo que saben. Como sabiendo que lo ignoran, negando lo que saben. Difícil forma de vivir. Confusa.

Aunque no encontraron ninguna causa que justificara su muerte, pidieron a Pilato que mandara a ejecutarlo. Hicieron con él todo lo que acerca de él estaba escrito, y luego lo bajaron del madero y lo sepultaron. Pero Dios lo levantó de entre los muertos.

Aquí está la palabra de la salvación para todos. Ya había dicho que la salvación era para los israelitas; agregó a los judíos de la diáspora y a los gentiles. Era para toda la humanidad. Por todos murió. Cumplió las profecías por todos. Y por todos resucitó.

—Y él se apareció, durante muchos días, a los que con él habían subido de Galilea a Jerusalén. Ellos son ahora sus testigos.

Apóstoles y discípulos. Todos los que en él creyeron antes de la crucifixión y después de la resurrección con él permanecieron. Testigos verdaderos. Plenamente confiables. Habían vivido con él todas las cir-

cunstancias de su vida, de su muerte, de su resurrección y de sus aparecimientos después de ella.

(2) Segunda definición del evangelio: buenas nuevas. Luego, Pablo agregó la función que ellos mismos cumplían como misioneros del Señor.

—También nosotros —les dijo—, anunciamos a ustedes las buenas nuevas, o evangelio, cumplimiento de la promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido para nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús, como también en el Salmo segundo está escrito: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.

El evangelio es la palabra de la salvación, (vers. 26), Jesús (vers. 23) y el perdón de los pecados (vers. 38). Con él, cumplió Dios la promesa anunciada a Abraham, comunicada a los hijos de Israel y hecha realidad en Cristo Jesús, para beneficiar a judíos y gentiles sin distinción, como a Abraham lo prometió, cuando le dijo:

—En ti serán benditas todas las familias de la tierra.

Pablo, más tarde, al escribir su carta a los creyentes de Roma, volvió a vincular el evangelio con la promesa y el título de Hijo con la resurrección. Inició la carta así:

Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, apartado para anunciar el evangelio de Dios, que por medio de sus profetas ya había prometido en las Sagradas Escrituras. Este evangelio habla de su Hijo, que según la naturaleza humana era descendiente de David, pero según el Espíritu de santidad fue declarado Hijo de Dios, con poder, por la resurrección. Él es Jesucristo, nuestro Señor. (Rom. 1:1-4.)

Pablo y su grupo llegaron a ellos, judíos y gentiles, para evangeliizarlos con la promesa, que en la muerte de Jesús era buenas nuevas. La promesa se había cumplido. Este es el mensaje principal de todo el discurso.

Luego, Pablo agregó.

—Y, en cuanto a que lo levantó de los muertos para que nunca más volviera a corrupción, lo dijo así: Les daré las bendiciones santas y seguras prometidas a David. Y en otro pasaje dice: No permitirás que el fin de tu Santo sea la corrupción.

La resurrección de Jesús no fue como la de Lázaro. Él resucitó, vivió por algún tiempo y volvió a morir. Jesús murió una vez, por los pecados de muchos, y luego resucitó, para no volver a morir nunca más. No murió por su propio pecado; por el pecado de los seres humanos murió. Muerto una vez, ya estaba pagada la deuda por el pecado que él no cometió. Solo el pecado propio podría haberlo retenido en el sepulcro. Pecado que él nunca cometió. Por eso resucitó de los muertos, para no morir nunca más. Cosa que no ocurrió con David.

Y en verdad David, después de haber servido a su propia generación, en armonía con el propósito de Dios, murió. Fue sepultado con sus an-

tepasados. Y su cuerpo se corrompió en el sepulcro. Pero aquel a quien Dios resucitó no sufrió la corrupción de su cuerpo.

Estaba muy claro. David no había profetizado su propia resurrección. El Santo de Dios, sí, resucitó y no volvió a morir. Muy importante.

(3) Tercera definición: El evangelio es perdón de los pecados (13:38, 39).

—Pues deben saber esto —les dijo—: Por medio de este hombre se anuncia a ustedes el perdón de los pecados. Ustedes no pudieron ser justificados de sus pecados por la ley de Moisés, pero todo aquel que cree es justificado por medio de Jesús.

El mismo que fue crucificado es el que perdona y los perdona también a ustedes. Nuestro deber es proclamarlo, y lo estamos proclamando.

Ahí termina la parte principal del discurso. Su mensaje fue claro. Les traía el evangelio que fue prometido a Israel, desde los tiempos de Abraham. La promesa se cumplió en Jesús. Él es el evangelio de la promesa, la palabra de la salvación, el que perdona los pecados. Y todos pueden ser perdonados, siempre que crean. Solo falta la exhortación final.

Exhortación final (13:40, 41). Una exhortación que al mismo tiempo es una advertencia, introducida por un imperativo.

—Tengan cuidado —les dijo—, no sea que les ocurra lo que han dicho los profetas: ¡Miren, burlones! ¡Asombrense y desaparezcan! Estoy por hacer, en estos días, una obra que ustedes nunca creerán, aunque alguien se la explique.

¿Qué obra? Juicio. Enjuició al antiguo Israel y lo castigó por medio de los caldeos. ¿Por qué delito? Por apartarse de Jehová (Hab. 1:5-12). Los que no crean serán sometidos al juicio directo de Dios. Infalible y justo. ¿Quién podrá librarse del día terrible de Jehová? Solo aquellos que hayan creído en Jesús, porque solamente él salva de la condenación en el Juicio.

Lo que ocurrió después del discurso fue contradictorio. En dos tiempos.

Primero, judíos y gentiles siguen a Pablo.

Cuando salieron ellos de la sinagoga de los judíos, dice Lucas, los gentiles les rogaron que al siguiente sábado les hablaran más de las mismas cosas. Y, cuando se disolvió la asamblea, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé.

Una doble señal de aceptación: querían oír más y los siguieron. Parecía un grupo completamente integrado. Unido por la fe en Jesús, de quien acababan de oír. Pablo y Bernabé no despreciaron la oportunidad que les ofrecía esta experiencia espiritual de sus oyentes.

Hablándoles, dice Lucas, los persuadían a que perseveraran en la gracia de Dios.

La conversación era informal. Pablo no les predicó otro sermón en la calle. Simplemente, trató de persuadirlos para que mantuvieran la enseñanza de su historia de la manera en que habían comenzado a enten-

derla. Había ocurrido por la gracia de Dios, en el pasado; por la gracia de Dios la estaban entendiendo y debían perseverar en esa gracia, porque de ella procede todo el conocimiento para salvación.

Segundo, los gentiles creen y muchos judíos se oponen a Pablo.

El siguiente sábado, dice Lucas, se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios.

Esta asistencia espectacular, en sí misma, mostraba el trabajo que los oyentes de Pablo habían realizado durante la semana. Una convicción profunda no se puede esconder. Hay una trompeta de oro en la boca de cada creyente. Y no necesita aprender a tocarla, porque se toca con el corazón, con las emociones, con los sentimientos, con cada pensamiento que genera la mente, con cada palabra que por la boca sale. Con todo lo que el creyente dice y hace.

Fue un éxito notable. Un solo discurso produjo suficiente atracción para reunir a casi toda la ciudad. También despertó la naturaleza humana que se esconde en el subsuelo de las pasiones.

Viendo los dirigentes judíos a la muchedumbre, agrega Lucas, se llenaron de celos y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando.

¿No debieran haberse alegrado? Los que creyeron sí, se alegraron. Los que se llenaron de envidia no creían. ¡Cuán oscura es la mente que no cree! Triste. No sabe alegrarse con la alegría de los creyentes. Si por lo menos permaneciese neutral, en la expectativa, con una ventana abierta para ver la luz ajena. Pero no, el incrédulo tiene miedo de la luz verdadera y cierra todas las avenidas del alma con una agresiva pasión contradictoria. Llegaron hasta la blasfemia.

Entonces, Pablo y Bernabé, hablando con abierta valentía, dijeron:

—Era necesario que les anunciáramos la palabra de Dios primero a ustedes. Como la rechazan y se consideran indignos de la vida eterna, nos vamos a los gentiles. Así ha mandado el Señor: Te he puesto por luz para las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra.

Citaron al profeta Isaías. Cuando lo llamó Jehová, cuenta él, desde el vientre de su madre, al llegar el tiempo para que trabajara por Israel, le dijo que no era suficiente con restaurar a la nación israelita; debía trabajar por la salvación de todos los pueblos, hasta lo último de la tierra (49:1-6). No podían contradecirlo, porque la cita era correcta. Pero, ofendidos, guardaron la ofensa en sus corazones para actuar contra los misioneros un poco más adelante.

Los gentiles, por su lado, al oír las palabras de Isaías, se regocijaron; y, glorificando la palabra del Señor, creyeron. Creyeron todos los que se enlistaron para la vida eterna. Algunos traductores colocan su propia creencia en la predestinación y traducen este texto (13:48) diciendo que creyeron todos los que estaban ordenados para la vida eterna, como si

un decreto de Dios lo hubiera determinado. Olvidan que el texto está en forma reflexiva, y significa: se ordenaron a sí mismos, se enlistaron, se determinaron.

La palabra de Dios se difundía por toda aquella provincia, informa Lucas.

Pero los dirigentes judíos, viendo todo ese éxito en la misión de Pablo y Bernabé, no quedarían inactivos para siempre.

Instigaron a mujeres piadosas y distinguidas, dice Lucas. Lo mismo hicieron con los principales de la ciudad. Levantaron una persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de sus límites.

Pablo y Bernabé no ofrecieron resistencia alguna. ¿Para qué? Ya habían logrado la conversión de un número grande de creyentes, que podrían completar el trabajo en toda la región. Sacudieron el polvo de sus zapatos como una señal que responsabilizaba a los violentos, por su partida, y se fueron a Iconio. No concentraron su atención en la violencia, ni se consideraron víctimas de ella. Pensaron en todo lo que habían podido hacer, y salieron con sus corazones llenos de gozo y llenos del Espíritu Santo.

Iconio: Creyó una multitud (14:1-7)

Pablo y Bernabé salieron de Antioquía de Pisidia por un camino romano llamado Vía Sebaste. Unía todas las colonias romanas de la región y era un símbolo de la presencia estable del Imperio. Tuvieron que recorrer cien kilómetros, cuatro días de viaje a pie, para llegar a Iconio.

Iconio era una ciudad doble. Una ciudad antigua, fundada posiblemente en la época del Imperio Hitita (c. XV-XII a.C., más o menos desde Moisés a Débora); y, junto a ella, una colonia Romana establecida por el emperador Claudio. Importante.

Pablo siguió de nuevo la misma estrategia. Penetrar en una región comenzando por la ciudad principal de ella y, al llegar allí, ir primero a la sinagoga.

Aconteció en Iconio, dice Lucas, que Pablo y Bernabé entraron juntos en la sinagoga de los judíos.

Llegaron allí, de la misma manera en que lo hicieron en Antioquía de Pisidia, con sencillez de adoradores, y se sentaron junto con todos los demás. Tenían un mensaje que dar, pero pacientemente esperaron su turno. No se podía actuar de otra manera. Las sinagogas, en todas partes, estaban bien estructuradas y sus líderes tenían procedimientos que seguían casi sin alteraciones. Pero, la costumbre de otorgar la palabra a los visitantes favorecía a los misioneros.

Hasta ahí todo parecía normal. Un ambiente de aceptación y de simpatía. Nadie sabía nada de lo que había ocurrido en Antioquía de Pisidia y solo podían escuchar con atención a estos viajeros, sus compatriotas y, posiblemente, personas importantes, pues en la época los insignifican-

tes no podían andar viajando tan lejos de su tierra natal.

Hablaron de tal manera, informa Lucas, que creyó una gran multitud de judíos y de griegos.

Surgió, entonces, en la sinagoga, una separación de sus miembros. Unos creían y otros no. Se creó inmediatamente una tensión entre los dos grupos, que dominó y controló los siguientes acontecimientos. Se sucedieron de la siguiente manera.

Uno. Primera acción de los judíos incrédulos: Incitación (14:2, 3).

Los judíos que no creían incitaron a los gentiles y les amargaron el ánimo contra los misioneros.

Los incitaron con amargura. La amargura puede generar abismos muy negros en el espíritu humano. Acciones terribles. Nunca beneficiosas. Para nadie.

Esto no desanimó a Pablo ni a Bernabé. Lucas informa lo siguiente:

A pesar de eso, se quedaron allí mucho tiempo.

Meses. Algunos comentadores dicen: seis meses. Los nuevos creyentes eran muchos. No podían dejarlos librados a la presión de los incrédulos, sin confirmarlos debidamente en la nueva fe que habían adquirido.

¿Qué hicieron durante ese largo tiempo?

Con valentía hablaban en el nombre del Señor, y el Señor confirmaba el mensaje de Pablo y Bernabé con señales y prodigios que hacía por medio de ellos.

Hablaban con una valentía sin arrogancia y, al mismo tiempo, sin ningún complejo de inferioridad y sin ninguna de esas ataduras psicológicas que muy a menudo atan la voluntad de las personas, con cuerdas de prudencia temerosa.

La confirmación del Señor se producía con señales y prodigios que él hacía por pedido de los discípulos. El texto no deja espacio para la idea de que Dios quiera hacer milagros automáticos sin un pedido de sus misioneros. Desde luego que su voluntad es soberana y él puede hacerlos o no, según lo determine su propia sabiduría. Pero no quiere que sus misioneros se ausenten en ninguna de sus acciones. Tienen que estar participando siempre y en armonía con él.

Dos. La gente de la ciudad se dividió. Toda vez que haya un conflicto, la gente se agrupa: los que están a favor de un lado del conflicto y los que son favorables al otro. Lucas dice:

La gente de la ciudad estaba dividida: unos con los judíos y otros a favor de los apóstoles.

La situación se volvió confusa. Desde el punto de vista de los judíos, muy peligrosa, porque la interpretaron como favorable a los misioneros cristianos. Ya se había convertido una multitud de judíos y de griegos. A ellos se sumaba una buena parte de la ciudad que estaba con ellos. Si los dejaban actuar con libertad, pronto conquistarían al resto de la gente, y la ciudad entera se convertiría en cristiana. No querían permitirlo.

Tres. Segunda acción de los judíos incrédulos: Complot (14:5).

Hubo un complot de los judíos con los gentiles, apoyados por sus gobernantes, dice Lucas, para maltratarlos y apedrearlos.

Pero unos amigos de los misioneros les informaron acerca del complot y les aconsejaron no exponerse a la furia de la turba en tumulto. Nada bueno puede salir de un grupo humano cuando, manejado por grupos ocultos, actúan con pasional violencia.

Cuatro. Pablo y Bernabé aceptaron el consejo: huyeron (14:6, 7).

Los apóstoles huyeron a Listra y a Derbe, ciudades de Licaonia, y a sus alrededores, donde siguieron anunciando las buenas nuevas.

No fue una huida desesperada. No salieron de Iconio como una persona que sale de una casa incendiada, hacia la primera dirección disponible que encuentra. La crisis era de vida o muerte, pero los apóstoles controlaban la situación y controlaban sus propias acciones. Estaban allí cumpliendo una misión, y todos sus movimientos contribuían a su servicio. Fueron en busca de un refugio, pero no cualquier lugar. Tenía que ser un lugar apropiado para predicar el evangelio, de nuevo un centro desde el cual evangelizar la región; y no muy lejos de Iconio, para volver tan pronto como las circunstancias se tornaran favorables para completar lo que habían comenzado allí.

Listra: Poderes divinos sin ser dioses (14:8-20a)

Listra no estaba lejos. Unos treinta kilómetros hacia el sur. En medio de una región considerada terriblemente incivilizada. Pero el emperador Augusto la convirtió en una colonia romana, dándole así un rango de importancia en la región y ofreciéndole los elementos civilizados que no tenía. La presencia judía era muy limitada, no alcanzaba a la cantidad mínima para establecer una sinagoga. Su población estaba compuesta de nativos y romanos. Alguna influencia griega en su religión, especialmente en los nombres de sus dioses principales, Zeus y Hermes, pero su paganismos era semejante al que existía en todas las ciudades de la región.

Como no había sinagoga, comenzaron en un barrio pobre. ¿Era el mejor lugar para comenzar en una ciudad enteramente pagana? Posiblemente no, si se trata de generalizar una estrategia para todos los lugares semejantes. Pero, en ese caso particular, era el mejor lugar porque había allí un hombre que los necesitaba.

Predicación y milagro (14:8-10). Pablo comenzó enseñando las verdades más sencillas del evangelio. Les habló del Dios Creador y de su Hijo como Salvador de todos los seres humanos. El ambiente de montañas visibles y cultivos bien regados ofrecía los elementos necesarios para ilustrar la grandeza del Dios creador y su generosidad con los seres humanos. Tan generoso que envió a su Hijo, desde el cielo al mundo, solamente porque los amaba y porque quería salvarlos. El Hijo, semejante al Padre en generosidad y amor, anduvo haciendo bienes, pero sus

enemigos lo enjuiciaron sin razón y lo condenaron sin culpa. Con todo, nada pudo retenerlo en el sepulcro. Resucitó y ascendió al cielo para interceder por los pecadores.

Entonces, se encontraron con el hombre que los necesitaba. Un lisiado. Cojo de nacimiento, que jamás había andado, dice Lucas.

Estaba sentado. Fijos sus ojos en Pablo mientras lo escuchaba. Cada vez se impresionaba más con las palabras del apóstol. Pablo también fijó sus ojos en él. Observó si tenía fe, y la encontró en su mirada atenta y commovida. El apóstol sintió dentro de sí la simple alegría que produce la fe cuando dos creyentes se encuentran. Levantó un poco más la voz, para llamar la atención de todos sus oyentes, y le dijo:

—¡Ponte de pie y enderézate!

Saltó el lisiado y anduvo.

Dioses y paganismo (14:11-13). La gente se electrificó. Una corriente espiritual recorrió el cuerpo y la mente de todos. Con la emoción, olvidaron que sus visitantes no hablaba el idioma local. Y, en lengua licaónica, dijeron:

—¡Dioses en semejanza de hombres han descendido a nosotros!

Actuaron espontáneamente. Su religión pagana les enseñaba que, de vez en cuando, los dioses visitaban a los humanos para poner a prueba su generosidad y su buena disposición para vivir en armonía con los requerimientos que ellos les imponían. Especialmente, para saber si recibían bien a los forasteros, ofreciéndoles hospedaje, alimentos y regalos apropiados a la condición de los anfitriones.

Pensaron que estos dos hombres, capaces de hacer lo que hicieron con el lisiado, eran los dos dioses más importantes que ellos adoraban. A Bernabé, alto y bien parecido, lo llamaron Zeus, dios supremo, padre de los dioses y de los seres humanos. Los romanos lo llamaban Júpiter. A Pablo, más bajo, menos atractivo, pero más elocuente, en uso de la palabra siempre, lo llamaron Hermes, Mercurio para los romanos. Hermes, hijo de Zeus y la diosa Maia, era el dios mensajero que llevaba los mensajes de Zeus a los otros dioses y a los humanos, cuando Zeus quería comunicarse con ellos. En las creencias de ellos, estos dos dioses viajaban siempre juntos.

La noticia, como un relámpago, corrió por la ciudad:

—Zeus y Hermes están aquí. Han llegado en forma de dos hombres y realizan maravillas.

Frente a la ciudad había un templo dedicado a Zeus. La noticia no tardó en llegar al sacerdote y un activo celo por su dios lo puso en marcha inmediatamente. Llevando un toro para el sacrificio, adornado con guirnaldas, se fue a las puertas de la ciudad. Fiesta. Él quería la fiesta tradicional de Zeus, con sacrificios y juegos. Gran espectáculo para toda la ciudad.

Con toda la ciudad, quería ofrecerles sacrificios, dice Lucas.

No era posible.

Pablo y Bernabé anuncian (14:14-18). Los discípulos reaccionaron con vehemencia. Siguiendo una costumbre judía de reacción contra la blasfemia, rasgando sus vestidos y casi gritando, dijeron:

—¡Varones! ¿Por qué hacen esto? Nosotros también somos hombres mortales, como ustedes.

Palabras extrañas.

¿Cómo? ¡Hombres de nuestra misma naturaleza capaces de hacer lo que ustedes hicieron? ¡Imposible!

Los misioneros trataron de convencerlos. Continuaron predicando, para todos, lo que habían predicado a unos pocos cuando llegaron.

—La buena noticia que les anunciamos es que estas cosas son sin valor. Déjenlas y vuélvanse al Dios viviente. Él hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. En épocas pasadas, él ha dejado que todas las naciones siguieran sus propios caminos. Sin embargo, nunca dejó de dar testimonio de sí mismo haciendo el bien, dándoles lluvias del cielo y estaciones fructíferas, proporcionándoles alimento y alegría de corazón.

La gente los escuchó asombrada. No entendían. No querían entender. Hubieran preferido que aceptaran los sacrificios y que una gran fiesta de celebración los hubiese adorado como dioses. Era más excitante, en todos los significados del término. Así eran sus fiestas. Les costó convencerse.

Aun diciendo estas cosas, dice Lucas, a duras penas evitaron que la multitud les ofreciera sacrificios.

La anulación de la fiesta los dejó frustrados. Una emoción potencialmente explosiva. De reacción siempre negativa, destructora. Pero, siempre necesita un estímulo externo para volverse violenta. No tuvieron que esperar mucho para que ese estímulo exterior apareciera.

Una asociación peligrosa: *Incrédulos y paganos* (14:19-20a). Los judíos incrédulos de Antioquía y de Iconio se enteraron del éxito que Pablo y Bernabé estaban consiguiendo en Lístra. Resolvieron impedirlo. Viajaron a Lístra y persuadieron a los paganos frustrados, haciéndolos cambiar de opinión en cuanto a los misioneros.

—Su obra no es buena —dijeron—. Crean divisiones, disturbios y conflictos en la sociedad. Son peores que criminales. Hay que matarlos.

El espíritu de amargura que los dirigentes judíos consiguieron transmitir a los paganos, junto con la frustración que ya sentían por no haber podido realizar la fiesta de adoración, los movió a aceptar el plan de los incrédulos y, echando mano de Pablo, lo apedrearon. Pensando que estaba muerto, lo arrastraron fuera de la ciudad y lo dejaron abandonado. Muerto, no estaba. Magullado, dolorido, desmayado, sí. Pero vivo.

El momento era triste. Parecía un fracaso. Tiempo para que aparecieran los traidores y los falsos. Pablo no los tenía. Su predicación ha-

bía producido creyentes fieles, dispuestos a todo por la fe en Jesús que acababan de adquirir. Con tristeza, pero seguros en el Señor, se reunieron junto al cuerpo de Pablo, que creían muerto. Entre ellos estaban Timoteo; su madre, Eunice; y Loida, su abuela. Pablo levantó la cabeza y se puso de pie.

—Un milagro —dijeron.

Resistir el apedreamiento de una multitud enfurecida, sin morir, era un milagro, sin duda. De la tristeza profunda, pasaron a la alegría más pura. Esa que surge de la gratitud a Dios cuando Dios se hace presente con su poder activo y su bondad visible. Lo llevaron a la ciudad.

Pablo quedó allí hasta el día siguiente. No era sabio permanecer más tiempo en la ciudad que lo había recibido como un dios y lo había apedreado como un criminal. Más tarde, cuando escribió la carta a los Gálatas (6:17), creyentes de esta misma región, sin duda recordando este incidente, les dijo:

—Que nadie me cause más problemas, porque llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús.

Las cicatrices que le dejaron las piedras de los listrenses. A los Corintios les dijo que una vez había sido apedreado (2 Cor. 11:25). Pero nada lo apartaba de Jesús, ni los peores peligros lo alejaban de la misión que Jesús le había encomendado en favor de los gentiles.

Derbe: Estabilidad de la iglesia (14:20b-21a)

Luego de contar que Pablo había acompañado a sus discípulos dentro de la ciudad, probablemente siguiendo la misma ruta que había seguido el sacerdote con el toro y las guirnaldas, pero sin la aprobación divina, omitiendo los detalles, Lucas dice:

Al día siguiente, salió Pablo con Bernabé para Derbe.

Derbe estaba a unos ciento cincuenta kilómetros al sudeste de Listra. Pablo y su grupo tuvieron que caminar cuatro o cinco días por la Vía Sebaste. No existe mucha información sobre la ciudad. Solo que formó parte del reino de Commagene, que perteneció a Antioco IV (c. 215-164 a.C.). En el siglo I a.C., por algún tiempo, estuvo bajo el control de Antipater, un bandido de Isauria, distrito ubicado en la parte central sur de Anatolia, no muy distante de Derbe. Poco después, Amintas, rey de Galacia (37-25 a.C.), mató al bandido y se apoderó de la ciudad. El reino de Galacia estaba bajo el control de Roma desde el año 85 a.C., como protectorado romano. Derbe no tenía el rango de colonia romana, pero su influencia como centro nativo, entre los naturales de la región, era fuerte.

Lucas es muy escueto. No relata ningún incidente ocurrido en la ciudad. Más tarde, Pablo, escribiendo a Timoteo, indirectamente dice que esta fue la única ciudad de Asia Menor en la que no sufrió persecución, en ese viaje:

Estás enterado de lo que sufrí en Antioquía –le escribió–, en Iconio y en Listra, y de las persecuciones que soporté. De todas ellas, me libró el Señor (2 Tim. 3:11).

Lucas solamente declara:

Después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, retornaron.

¿Cuántos discípulos son muchos? El término griego no especifica el número, pero expresa la idea de cantidad suficiente, y suficiente eficiencia para producir seguridad. Dejaron una iglesia establecida y segura, con miembros y talentos que aseguraban su permanencia y continuidad. Es interesante que Lucas no solo haya hablado de cantidad de miembros, sino también haya incluido los conceptos de calidad, talentos y estabilidad. Desde luego que detrás de estas ideas están los valores espirituales que tenía aquella iglesia, sin los cuales su continuidad no podría estar asegurada.

Regreso a Antioquía (Hechos 14:21b-28)

La descripción del estado seguro en que quedó la iglesia de Derbe sirve a Lucas como introducción a lo que destaca en el relato del regreso a Antioquía. Pablo vuelve a los mismos lugares ya visitados, para confirmar a los creyentes. Primero Lucas cuenta lo ocurrido en el viaje y luego lo que realizan al llegar a Antioquía de Siria.

En viaje: Espiritualidad y administración (14:21b-25)

Visitaron de nuevo las iglesias de Listra, Iconio, Antioquía y Perge, pasando por Pisidia fueron a Panfilia y de Perge descendieron al puerto de Atalia.

Realizaron cuatro clases de actividades: Confirmación, exhortación, administración y predicación de la Palabra.

Confirmación.

Volvieron confirmando los ánimos de los discípulos, dice Lucas.

Confirmar significa fortalecer con fuerza adicional. Ya estaban fuertes; los ayudaron a estar más fuertes. ¿En qué? En su personalidad entera. Es notable que Pablo y su grupo fueran tan equilibrados y tan integrales. Se ocuparon de la psique de ellos. De sus emociones, de sus pensamientos, de todo lo que conformaba la personalidad interior de los creyentes. Es indudable que un creyente psíquicamente fuerte será también fuerte en todos los aspectos de su religión. La falsa religión se construye siempre sobre una personalidad debilitada por malas formaciones psíquicas y emocionales. Esas malformaciones tienen que ser superadas. Pablo y su grupo de misioneros trabajaron con los nuevos creyentes para que ninguna debilidad minara la calidad de su práctica religiosa, ni estrechara su forma de pensar, ni endureciera las relaciones con los demás, fueran sus relaciones con creyentes o no.

Exhortación.

Exhortándolos a que permanecieran en la fe y diciéndoles: Es necesario pasar por muchas tribulaciones antes de entrar en el Reino de Dios.

Pablo, con ternura y emoción, invitó a los creyentes a seguir, con él y sus compañeros, en la fe. A permanecer en el Señor objeto de la fe que todos ellos debían tener.

Fe como confianza en Dios y en Cristo. La fe que un creyente ejercita cuando dice: Creo en Dios, creo en Jesús, creo en la Palabra de Dios.

Fe como cuerpo doctrinario centrado en Cristo y sostenido por la comunidad de creyentes cristianos, la iglesia. Como decir: La fe adventista se expresa en 28 doctrinas fundamentales. La fe católica se expone en el catecismo.

El mayor peligro que los creyentes enfrentaban en las regiones de Pisidia y Panfilia, provincia de Galacia, donde Pablo había predicado en su primer viaje misionero, eran las persecuciones. Por eso, Pablo y Bernabé les dijeron:

—Es necesario pasar por muchas tribulaciones antes de entrar en el Reino de Dios.

Todos ellos, misioneros y nuevos creyentes, ya habían pasado tribulaciones. Vendrían más. Solo había una cosa que debían tener presente cuando llegaran: Permanecer en la fe. Sufrir por la fe y no perderla. Porque sufrir por la fe y perderla sería un absurdo. Eso sería peor que no haber creído nunca.

Administración.

Constituyeron ancianos en cada iglesia, dice Lucas.

Para nombrar ancianos tuvieron que organizar las iglesias y montar un sistema administrativo unificado. Pablo era un dirigente muy espiritual y, al mismo tiempo, muy práctico y extremadamente organizado. Además, toda la iglesia, en todos los lugares en los que estaba establecida, entendía que debían formar un solo cuerpo. Ninguno de los dirigentes pensaba en grupos o iglesias aisladas, en una suerte de gobierno congregacionalista. Los miembros tampoco. La unidad espiritual de los creyentes demandaba una unidad corporativa organizada, con dirigentes en todos los niveles de esa organización. En Jerusalén estaban los apóstoles, y las iglesias tenían ancianos y diáconos. También había pastores.

Pablo siguió el mismo sistema de organización en todo su ministerio. En todo lugar donde surgía un grupo de creyentes, Pablo organizaba una iglesia. No importaba cuántos miembros hubiera. Aunque fueran pocos. Así, los creyentes podían ayudarse unos a otros y podían hacer planes organizados para seguir llevando el evangelio a todos los lugares bajo su influencia y más allá.

Además, Pablo daba instrucciones prácticas a los creyentes. Comenzaba a hacerlo apenas aceptaban el evangelio. Y cuando se con-

vertían hombres promisorios para la predicación del evangelio, como Timoteo, en este viaje, los instruía y los llevaba consigo, para que se dedicaran a la misión en forma integral. Los educaba como pastores y los colocaba al frente de grupos de iglesias, para que trabajaran con los ancianos de ellas. Siguiendo esta práctica, más adelante dirá a Tito (1:5):

—Te dejé en Creta para que pusieras en orden lo que quedaba por hacer y en cada pueblo nombraras ancianos de la iglesia, de acuerdo con las instrucciones que te di.

Pablo enseñaba a los nuevos miembros en forma completa. Los instruía espiritualmente en los caminos del Señor para que fueran fieles a él y les enseñaba en todos los aspectos de la vida en la iglesia, incluyendo lo que necesitaban para esparrir el evangelio, y lo que necesitaban para integrarse debidamente en la organización y el funcionamiento de la iglesia. Esta instrucción contribuyó grandemente al éxito que Pablo y Bernabé obtuvieron en el primer viaje misionero y en los sucesivos.

Predicación de la Palabra.

Predicaron la palabra en Perge, informa Lucas.

Cuando llegaron a Asia Menor, fueron directamente a Perge, pero Lucas no informa ninguna actividad en esa ciudad, salvo el retorno de Juan Marcos hacia Jerusalén. Ahora informa que, en el regreso, cuando ya estaban listos para salir de Asia Menor hacia Antioquía de Siria, la iglesia en la que ellos trabajaban y de donde habían salido, predicaron la palabra en Perge. Este registro puede indicar una de dos cosas, o las dos.

Primero, que no predicaron allí en la primera visita. Bastante improbable.

Segundo, que habiendo predicado la primera vez, también lo hicieron cuando volvieron. Cosa que tuvieron que haber hecho en todas las iglesias que visitaron por segunda vez. Es inconcebible que no lo hicieran. En tal caso, el mensaje es claro: Siempre hay que predicar la palabra de Dios. Destacando los dos conceptos: predicar siempre y siempre predicar la palabra. No otra cosa.

La segunda visita demandó algún tiempo en cada lugar. Lo suficiente para hacer todo lo que hicieron; y, al concluir, en cada iglesia, Lucas dice:

Con oración y ayuno los encomendaron al Señor, en quien habían creído.

En Antioquía: Informe de las misiones (14:26-28)

De Atalia, el puerto de Asia Menor que estaba cerca de Perge, se embarcaron rumbo a Antioquía. En su extenso viaje misionero –pudo haber durado más de dos años–, solo en Asia Menor habían caminado más o menos dos mil kilómetros. Les quedaba un viaje por mar hasta Seleucia, donde pudieron haber desembarcado y desde donde viajaron hasta Antioquía por tierra, o pudieron haber seguido en barco por el río Orontes.

Lucas, al mencionar que el retorno terminaba en Antioquía, informa:
Donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra
que habían cumplido.

Nada más agradable para un misionero que el sentimiento de la misión cumplida. En realidad, toda tarea cumplida deja una sensación interior de satisfacción y tranquilidad. Deja más aún: seguridad. No es la seguridad de la autorrealización, generalmente orgullosa y hasta vanidosa. Esta es una seguridad espiritual. Producto del conocimiento práctico que deja, en el creyente, la participación con Cristo en la ejecución de una tarea que al Señor le agrada y lo satisface. Es una seguridad humilde. Está basada en el poder de Cristo y en el sometimiento incondicional a su voluntad.

Llegaron a Antioquía.

Solo deseaban informar a los dirigentes y a la iglesia sobre todo lo que habían vivido en el más extraordinario viaje que habían realizado en toda la vida de ellos, hasta ese momento.

Reunieron a la iglesia, dice Lucas.

Nadie puede saber la emoción que impregnaba los corazones de todos los presentes. Tan intensa que se transmitía de un creyente al otro como un fluido de afecto y simpatía. Como un perfume del alma que se resiste a quedar escondido en ella, porque se encuentra plenamente abierta y satisfecha. Los misioneros también estaban emocionados como los demás.

Contaron, dice Lucas, cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles.

Nadie más feliz que Pablo. Desde su conversión, había sido llamado para predicar el evangelio a los gentiles. Lo había hecho. Además, muchos se habían convertido. La puerta hacia los gentiles estaba abierta. Pablo entraría por ella muchas veces, en cada viaje misionero y en todas las actividades de su vida. Pero, por el momento, se quedaron en Antioquía, mucho tiempo. ¿Misioneros que al volver a su iglesia base quedaron sin trabajo? De ninguna manera. Siguieron trabajando en esa iglesia como lo habían hecho antes de salir. La iglesia no los descuidó, ni ellos descuidaron a la iglesia. ¿No debiera ser siempre así?

CONCILIO DE JERUSALÉN

La historia que Lucas relata a continuación fue una consecuencia del éxito que Pablo y Bernabé obtuvieron en su primer viaje misionero (45-47 d.C.). En cierta medida, producto también del gran crecimiento que la iglesia de Antioquía estaba experimentando. Con la llegada de Pablo y Bernabé, siguió creciendo aún más. Era una iglesia mixta: entre sus miembros, había conversos judíos y gentiles. Al principio, superficialmente, todo estaba bien. La alegría del crecimiento inicial los tenía concentrados en esa grata novedad. Pero, pronto el crecimiento dejó de ser una novedad, se convirtió en normal, casi una rutina. Algunos dejaron de asombrarse con él y comenzaron a incluir otros asuntos, pensando que tenían mayor prioridad. Esto ocurrió especialmente con los creyentes judíos que comenzaron a llamar la atención a la existencia de un problema. Este hecho es importante, porque muestra la manera en que las primeras iglesias resolvían sus problemas doctrinarios (Hech. 15:1-35). Los resolvieron en el Concilio de Jerusalén, año 49 d.C.

En Antioquía: El problema (Hechos 15:1-3)

La claridad y la unidad de la doctrina han sido siempre vitales para la iglesia cristiana. Si la doctrina es clara, todos pueden aceptarla más fácilmente y la unicidad de la doctrina en la iglesia, más real. Pero existe un enemigo de la doctrina, siempre activo. La mente humana en estado propio. Decimos que el agua tiene tres estados: sólido, líquido y gaseoso.

La mente humana tiene dos: natural y transformada. La mente natural, pecadora, carnal, es siempre enemiga. Siempre inclinada hacia la disidencia, hacia la autonomía, hacia la herejía. En cambio, la mente transformada del cristiano convertido, siempre amiga, coloca en primer lugar la voluntad de Dios y luego la suya propia. Más bien, somete su propia voluntad a la voluntad de Dios; y, como esta es la actitud de todos los cristianos, pueden aceptar la doctrina revelada por Dios y mantenerse unidos en ella. La iglesia, así, tiene unidad doctrinaria y, desde esa experiencia, la explica con claridad.

Ideal y muy bueno. Pero lo ideal no siempre ocurre. Por eso, la iglesia tiene que saber cómo resolver los problemas que, uno o más miembros de la iglesia, siguiendo sus propios pensamientos, planteen.

Veamos cómo hizo la iglesia apostólica.

La doctrina en problema: Por culpa de las personas (15:1)

¿Fue una doctrina la causa del problema? No. Ninguna doctrina crea problemas, nunca. Esto es, las doctrinas reveladas por Dios, a través

del Espíritu Santo, enseñadas por Cristo y transmitidas por la Sagrada Escritura. Los creadores de problemas doctrinales siempre son personas. Hombres o mujeres que desean incorporar sus propias ideas en las doctrinas, o en alguna doctrina específica. A veces son pequeñas variantes, o contenidos sustanciales, que, de todos modos, las modifican.

En el caso de Antioquía, Lucas identifica con toda claridad qué personas fueron responsables por la iniciación del problema. Dice:

Entonces, algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Es necesario que se circunciden siguiendo el rito de Moisés, para que puedan ser salvos.

Cristianos de Judea. Obviamente, el partido de la circuncisión. Su acción se concentraba en Jerusalén (Hech. 11:2), pero no actuaban solamente allí.

Su intención: aclarar la doctrina de la salvación, o tal vez modificar lo que los apóstoles y los misioneros estaban enseñando. No era un dicho casual o descuidado. Era un contenido fuerte de su enseñanza y lo expónían toda vez que tuvieran oportunidad para hacerlo. En tales personas siempre existe un celo exagerado y actúan con la intensa presión de la insistencia. Realizan esfuerzos extraordinarios y hasta hacen sacrificios para llevar adelante sus ideas. En este caso, un largo viaje a la iglesia cristiana más importante que existía fuera de Jerusalén.

Por su propio dicho, admitían que su enseñanza era un rito de Moisés. Una costumbre, dice el texto original. Parte de la ley ceremonial que Dios, por medio de Moisés, dio a Israel. ¿Cuál había sido la función de las leyes ceremoniales, con sus ritos, sus ceremonias, sus sacrificios de animales, sus servicios en el Templo y todas las leyes vinculadas con esas prácticas? Una sola. Explicar el plan de salvación. Habían servido de viva ilustración, expresada en acciones, obligaciones y deberes, que tenían el fin de que el pueblo, al vivirlas y ejecutarlas, comprendiera el plan de salvación. Las leyes ceremoniales no eran el plan de salvación. Solo un modo de explicarlo.

Los que habían llegado de Judea modificaban el significado de las leyes ceremoniales. En lugar de usarlas para la mejor comprensión del plan divino, enseñaban que la salvación dependía de su observancia. Convirtieron la ilustración en un elemento integrante del plan de salvación, tan importante que, sin sustituir el sacrificio de Cristo, equiparaban la circuncisión con él. Decir que sin practicar la circuncisión no hay salvación es lo mismo que decir que no hay salvación sin Cristo. Totalmente errado. Pero sus defensores insistían: si no se circuncidan, no pueden salvarse. Muchos creyentes judíos de Antioquía concordaron con ellos.

Una contienda doctrinal (15:2)

Pablo y Bernabé no podían permanecer indiferentes. No querían que perturbaran a la iglesia que ellos habían formado con tanto esfuerzo y

con la bendición de Dios.

Tuvieron una discusión y contienda no pequeña con ellos, dice Lucas.

No hubo coerción contra los maestros autoimpuestos de Jerusalén; no tenían ninguna comisión oficial de los líderes, pero tampoco les dejaron el campo libre para su acción contestataria. La argumentación de Pablo y Bernabé con ellos fue muy fuerte; el debate, intenso. Los pastores del rebaño no pueden permanecer indiferentes ante cualquier avance que pretenda alterar las doctrinas cristianas. Ninguna excusa es válida. Algunos pueden pensar que la bondad cristiana impone una actitud pasiva, quizás permisiva, ante la agresión doctrinaria. Pueden incluso argumentar a favor de una indefinición doctrinaria, o una definición abierta que ofrezca espacio para una variedad de ideas, de acuerdo con el modo de pensar diferente de las personas individuales o de las culturas particulares. La doctrina abierta no es doctrina. Es una filosofía. La filosofía, por definición, pretende estar abierta a la verdad, sin nunca llegar a ella. Es un camino abierto. Constantemente camino, sin nunca llegar a destino. La doctrina, por ser descripción de Cristo y de su obra, y por llegar a los humanos como producto de la revelación divina, es siempre definida, clara, permanente.

Lo que sí existió en la iglesia cristiana apostólica, y debe existir siempre, es el espacio para la discusión. Pero la definición de la doctrina no la hicieron los que iniciaron la discusión, los contestatarios. Los dirigentes de la iglesia de Antioquía nombraron una comisión que incluyó a Pablo y a Bernabé, para que llevaran el asunto a los apóstoles y los ancianos de Jerusalén, y ellos decidieran la solución al problema. No incluyeron a los judaizantes en la comisión. ¿Por qué tendrían que participar en la búsqueda de la solución para un problema creado por ellos? Si hubieran tenido intención de resolverlo no lo habrían creado. Su inclusión solo hubiera aumentado las dificultades para resolver el problema y habría impedido la solución unánime que buscaban. No podían ser juez y parte. Presentaron su caso en libre discusión; otros tenían que decidirlo.

El viaje a Jerusalén: Informes en Fenicia y Samaria (15:3)

La iglesia encaminó a los miembros de la comisión: Pablo, Bernabé y otros, como dice Lucas, con gran despliegue de confianza en ellos. Además, la forma en que Lucas describe el viaje fue un avance hacia Jerusalén con las mismas manifestaciones de confianza y alegría, en las iglesias que visitaron en el camino, como había ocurrido en Antioquía a la partida. No hubo pérdida de tiempo para salir, ni para llegar. No se demoraron nada en el camino. Pasaron por Fenicia y Samaria, haciendo una parada en las iglesias que estaban en el camino solo para contar acerca de la conversión de los gentiles.

Podrían haber pasado por esas iglesias sin detenerse en ellas. No era

el estilo de estos misioneros. La vida de todos ellos estaba tan integrada que ni siquiera se les ocurría pensar en no contactar con otros creyentes cuando estaban cerca de ellos. Tenían tanto que compartir que no perdían ninguna oportunidad para juntarse. Eso ayudaba a mantener la iglesia como un cuerpo unido y contribuía a su crecimiento espiritual.

En Jerusalén: La solución (Hechos 15:4-29)

Bajo la condición de seres pecadores, en que nos encontramos los seres humanos, nada es mejor, para un problema, que la solución. Es aún mejor que el estado anterior a la existencia del problema. Por la experiencia positiva que se obtiene. Pablo y Bernabé, con los otros nombrados por la iglesia de Antioquía, fueron a Jerusalén con un problema para solucionar, y lo solucionaron. ¿Cómo?

Simple. Un concilio general. Se reunió en Jerusalén el año 49 d.C.

Reunión del concilio e informe (15:4, 5)

Evidentemente, los dirigentes de Jerusalén ya estaban enterados del asunto, porque cuando Pablo y Bernabé llegaron se encontraron allí con delegados de las diferentes iglesias, con los apóstoles y los ancianos de ellas, listos para recibirlos. ¿Eficiencia? Claro que sí. La eficiencia espiritual de los fieles, a quienes les importan las dificultades de sus hermanos en la fe, cuando ellos entran en dificultades. La fidelidad a Dios, de sus hijos, que no dan tiempo para que los problemas se agranden, pues el problema pequeño de hoy, que no se resuelve inmediatamente, mañana se volverá más grande y más difícil de resolver. No hubo tramitación de nadie. No hubo postergaciones políticamente correctas. No hubo confabulaciones culturales. Nada de eso que enturbia las tranquilas y transparentes aguas de la confianza mutua, entre los creyentes, que debe existir siempre en la iglesia.

Al llegar a Jerusalén, dice Lucas, fueron recibidos por la iglesia, por los apóstoles y por los ancianos.

Pablo y Bernabé informaron al concilio.

No ocultaron cosa alguna. Primero describieron el gran éxito que habían tenido en su viaje misionero entre los gentiles. Luego les contaron cómo habían llegado, a Antioquía, unos hermanos de Jerusalén imponiendo la circuncisión a los nuevos creyentes gentiles. Candor total. Sin eufemismos ni circunloquios. Cada cosa como fue. En esa ocasión, algunos de la secta de los fariseos se levantaron diciendo:

—Es necesario circuncidarlos y mandarles que guarden la ley de Moisés.

Tenían que hacerse judíos primero y luego cristianos. ¿Era ese el camino? ¿Era así como debían conducir la evangelización de los gentiles? Ese era exactamente el punto más claro que, en la diáspora, marcaba la diferencia entre un prosélito y un temeroso de Dios. Los gentiles pro-

séritos habían sido circuncidados y los dirigentes judíos de las sinagogas los consideraban miembros plenos del judaísmo. Los temerosos de Dios no estaban circuncidados y no eran miembros del judaísmo, aunque sí se les permitía participar en todas las actividades de la sinagoga. ¿Pasaría lo mismo en las iglesias cristianas?

El Concilio deliberá (15:6-21)

La deliberación del concilio siguió un proceso ordenado y progresivo. *Primero, se reúne* (15:6). Obvio. Pero era necesario decir que los ancianos y los apóstoles se reunieron, para establecer la validez del concilio. Nosotros diríamos hoy: Se declaró abierta la sesión.

Segundo, se realiza la discusión (15:7). Parece que la reunión comenzó con una discusión abierta, que produjo un debate completo de los asuntos presentes en la agenda. No hay duda de que había otros puntos, además de la circuncisión. Por la decisión final, también estaban los siguientes:

(1) Uso de alimentos ofrecidos a los ídolos. En el mundo gentil había mucho comercio abusivo, por parte de los sacerdotes, que vendían las carnes ofrecidas a los ídolos. Algunos temían que los cristianos de origen gentil siguieran con la práctica de comer esas carnes sacrificadas y, de esa manera, honraran a los ídolos.

(2) Comer carne de animales estrangulados. Dios había instruido a los judíos a este respecto, y ellos no comían animales ahogados y, cuando los mataban para comer, hacían que la sangre del animal saliera toda de su cuerpo. Los judíos consideraban que era pecaminoso comer sangre. Los gentiles, en cambio, recogían la sangre de los animales sacrificados a los ídolos y la utilizaban como alimento. Esto creaba un posible problema de salud, y un problema real de relaciones entre los que comían sangre y los que no la comían.

(3) Conducta moral de los cristianos gentiles. Era un hecho real que la vida religiosa de los paganos estaba fuertemente vinculada con relaciones sexuales entre los adoradores y las sacerdotisas. Claro ejemplo, la adoración a la diosa Diana, o Artemisa, y otros dioses. Además, la vida moral de todos era sumamente licenciosa. Sus dioses vivían en adulterio, en promiscuidad, en incesto y otras prácticas horrendas. Lo mismo ocurría con las personas. ¿Qué pasaría con los gentiles convertidos al cristianismo? ¿Seguirían con las mismas costumbres o su religión debería ser como la religión judía, que no tenía ningún tipo de prácticas inmorales?

La discusión fue acalorada. Un debate intenso, en el que cada uno expuso sus pareceres con extremada libertad y vehemencia. Hubo tiempo suficiente para todos. Ningún delegado al concilio fue acallado por cualquier razón: ideas, tiempo, vehemencia o lo que fuera. Después de que todos hubieron hablado, las deliberaciones entraron en otra etapa

de la discusión. Más calmada y más contundente.

Hablaron los líderes (15:7-18). La argumentación de ellos aparece en el relato de Lucas porque, siendo el resumen de lo dicho, la decisión final estuvo basada en ella. Tres elementos constituyeron la base de la decisión final.

Pedro: la experiencia (15:7-11). Pedro se concentró en el argumento de la experiencia a la que lo había conducido Dios por medio del Espíritu Santo. No necesitó contar todos los detalles, indudablemente bien conocidos por todos.

—Hermanos —dijo—, ustedes saben cómo, hace ya algún tiempo, Dios me escogió entre ustedes para que los gentiles, por mi boca, oyieran el evangelio y creyeran.

Recordaron.

—Dios, que conoce el corazón humano, mostró su aceptación de ellos, dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros.

El argumento era fuerte. ¿Quién podía dudar de su conocimiento del corazón humano? ¿Podría haber una señal de aceptación mayor que la presencia del Espíritu Santo en ellos? Dios había hablado, por medio del Espíritu Santo, en la propia experiencia de la iglesia. El poder no estaba en la experiencia como tal, ni la revelación surge de la vida histórica de la iglesia, como si hubiera en ella algún tipo de magisterio especial equivalente a la revelación de Dios o semejante a ella. No es eso lo que dice Pedro. Él da importancia a la intervención de Dios, por medio del Espíritu, en ella.

Nadie contradijo.

—Sin hacer ninguna distinción entre nosotros y ellos, purificó sus corazones por la fe.

Silencio de nuevo. Aprobaron.

—Entonces, ¿por qué tratan ahora de provocar a Dios? ¿Por qué desean colocar, sobre el cuello de esos discípulos, un yugo que ni nosotros ni nuestros antepasados hemos podido soportar?

Pedro extendió su argumentación para incluir, además de las leyes ceremoniales, todas las tradiciones ceremoniales del judaísmo. No había razón alguna para transferir, a los conversos gentiles, las tradiciones judaicas que, con tanta claridad, Jesús había rechazado a través de todo su ministerio y que los judíos nunca habían podido cumplir en forma cabal.

—Lo que nosotros realmente creemos es que, por la gracia del Señor Jesús, seremos salvos de la misma manera que ellos.

Concluyó su argumento de la experiencia, en la que Dios se había manifestado, sin transformar toda experiencia de la iglesia en una expresión de la voluntad divina. Los delegados, miembros del concilio, entendieron bien y nadie objetó.

Pablo y Bernabé: Las señales (15:12). Lucas no informa en detalles la intervención de Pablo y Bernabé. Pero resume la base de sus argumentos.

Entonces, toda la multitud calló, dice, y oyeron a Pablo y a Bernabé, que contaban cuán grandes señales y cuántas maravillas había hecho Dios por medio de ellos, entre los gentiles.

Así como la presencia del Espíritu Santo, según Pedro, había mostrado la aprobación divina en la experiencia vivida con Cornelio en Cesarea, las señales y las maravillas que Dios hizo entre los gentiles demostraba que los había aceptado. Bernabé y Pablo representaron la contribución de los misioneros en el concilio mundial de Jerusalén. Como iglesia misionera, la iglesia apostólica no olvidó a sus misioneros; estaban en el concilio y tuvieron una importante participación en las deliberaciones. No solo como presentadores del problema o los problemas que debían ser resueltos, sino también como constructores de la solución.

Jacobo: Las Escrituras (15:13-18). El último en hablar fue Jacobo, o Santiago, el hermano de Jesús, líder de la iglesia en Jerusalén. Habló con la prudencia de un verdadero presidente del concilio. El presidente preside, coordina, integra. No dicta. Eso lo hacen los dictadores. Muy acertadamente, resumió los argumentos de Pedro y agregó el suyo, en la misma dirección de los anteriores.

—Hermanos, escúchenme —dijo—. Simón ha contado cómo Dios, desde el principio, tuvo a bien escoger, de entre los gentiles, un pueblo para honra de su nombre.

Ese era el punto de concordancia de todos. Ya lo habían aceptado anteriormente, cuando Pedro volvió de Cesarea, e informó a los dirigentes de Jerusalén (11:18). No cambiarían, en el Concilio, su decisión anterior. ¡Cuán importante es la coherencia y la permanencia de las decisiones sobre doctrina! No es principio de conducción cristiana el cambio permanente de decisiones; peor aún si los cambios contradicen lo resuelto anteriormente. ¿Cuál es la fidelidad a Dios de una iglesia que modifica sus doctrinas con decisiones que contradigan sus decisiones pasadas? El solo hecho de intentarlo es extraño al cuerpo de Cristo.

Pasó, luego, al contenido de la Revelación. Quería sustentar, de manera incontrovertible, lo que Pedro había dicho:

—Con esto concuerdan las palabras de los profetas.

Citó palabras del profeta Amós acerca de la incorporación de los gentiles en la conformación del pueblo de Dios (9:11, 12):

“Después de esto volveré y reedificaré la choza caída de David. Reedificaré sus ruinas y la restauraré, para que busque al Señor el resto de la humanidad, todas las naciones que llevan mi nombre. Así dice el Señor, que hace estas cosas, conocidas desde tiempos antiguos”.

El Concilio decide (15:19-29)

El procedimiento estaba listo para la decisión. También estaban listos los miembros del Concilio y el Presidente.

La propuesta del presidente del Concilio.

—Por lo tanto, considero que .debemos dejar de poner dificultades a los gentiles que se conviertan a Dios —declaró.

Y luego incluyó, en su propuesta, lo siguiente: (1) que los gentiles se abstengan de todo lo que esté contaminado por ídolos, (2) que se abstengan de la inmoralidad sexual, (3) que no coman carne de animales estrangulados y (4) que no coman sangre.

Concluyó con una referencia a Moisés. Con ella, aseguró que sus enseñanzas estaban presentes en todas las sinagogas, y los gentiles que habían estado en contacto con ellas, las conocían.

Decisión final del Concilio (15:22, 23). Introduciendo la decisión final, Lucas dice:

Entonces, pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia.

Un consenso. Todos estaban de acuerdo, pero no tomaron un voto. Una diferencia interesante con respecto a la decisión que tomaron, en la primera reunión administrativa, cuando eligieron al reemplazante de Judas (Hech. 1:26). ¿Querrá esto decir que las decisiones sobre doctrina no se hacen por voto? En realidad, la definición doctrinal que hicieron no fue hecha por ellos, sino por el Espíritu Santo. Así lo dijeron ellos mismos, en la carta que enviaron a Antioquía (15:28), válida para toda la iglesia.

—Ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponer sobre ustedes ninguna carga más que estas cosas necesarias.

En la discusión sobre la doctrina de la salvación, que necesitaban aclarar, participaron todos los delegados en discusión abierta, libre y sin ninguna restricción. Luego, Pedro expuso el argumento de la acción de Dios en la experiencia de la Iglesia. Pablo y Bernabé plantearon el argumento de los milagros y las maravillas que Dios había hecho. Santiago citó las Escrituras, cuyo contenido dio peso a la experiencia y los milagros, porque era la Palabra directa de Dios. Cabe destacar que no dio ninguna explicación a la Escritura citada. No intentó darle más peso por razones propias, ni anularla por cuestiones culturales. Simplemente, la citó, con total espíritu de aceptación. Todo estaba a favor de la incorporación de los gentiles. Dios lo había aprobado. En la reunión se agrega el testimonio del Espíritu Santo. Todo claro. Nadie se resistió a la clara visión de la acción divina. No necesitaban votar. ¿Quién les había dado autoridad para decidir si Dios tenía razón o no? Solo les cabía aceptar, y en forma unánime aceptaron. Un extraordinario modelo que la iglesia haría bien en seguir toda vez que se enfrente a un problema doctrinal.

La decisión contenía dos elementos: el nombramiento de una comisión que llevaría una carta a Antioquía y el contenido de la carta. La comisión estuvo compuesta por dos hombres principales entre los hermanos: Judas y Silas. Judas tenía un segundo nombre, Barsabás, posi-

blemente era el nombre que identificaba a su familia. En ese caso, era hermano de José Barsabás, el Justo, uno de los dos nombres que tenía la lista para reemplazar a Judas, en la primera decisión administrativa de la iglesia apostólica (Hech. 1:22). Judas era profeta. Silas, también (Hech. 15:32). Este nombre parece ser la abreviatura del nombre Silvano, el que más tarde acompañará a Pablo en sus viajes misioneros (1 Tes. 1:1; 2 Tes. 1:1) y a quien Pedro llamó "hermano fiel" (1 Ped. 5:12).

Contenido de la carta (15:23b-29). La carta es un modelo de claridad y definición. En forma muy breve y directa, aclara la cuestión sin dejar dudas de nada.

(1) Identifica a los autores y los destinatarios:

—Los apóstoles, los ancianos y los hermanos, a los hermanos de entre los gentiles que están en Antioquía, Siria y Cilicia. Salud.

Autores: Un grupo integrado por representantes de todos los niveles de la iglesia. Todo los miembros del Concilio. Destinatarios: Todos los miembros del área en la que habían trabajado Pablo y Bernabé.

(2) Reconoce la existencia del problema y su origen:

—Nos hemos enterado de que algunos de los nuestros, sin nuestra autorización, los han perturbado alarmándolos con lo que les han dicho, y mandando circuncidarse y guardar la ley.

La eficiencia en el trámite para reconocer el problema y para buscar la solución apropiada fue grandemente aumentada por la honestidad en el proceso de comunicación que siguieron. Admitieron que los creadores del problema eran personas que pertenecían al grupo de ellos, pero las desautorizaron totalmente. Es lo que la iglesia siempre debiera hacer con los perturbadores. Además, no debiera demorarse en hacerlo. Que todos sepan cuál es la naturaleza de su obra y cuál es la distancia que existe entre ellos y los dirigentes. Esto no es dictadura. Es claridad.

Especificaron el contenido de su enseñanza: Mandaban la circuncisión y la obediencia a la ley ceremonial.

(3) Presentación de los portadores de la carta:

—Nos ha parecido bien, habiendo llegado a un acuerdo, elegir varones y enviarlos a ustedes con nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Así que, enviamos a Judas y a Silas, los cuales también de palabra os harán saber lo mismo.

Los dirigentes eligieron a los miembros de la comisión y en la carta los presentaron. La elección fue hecha tomando como base la dedicación total de ellos a la obra del Señor, incluso arriesgando sus vidas. La iglesia no elegía a nadie, para nada, sin tomar en cuenta su servicio anterior. Pablo, hablando de la elección de ancianos, dirá después a Timoteo (1 Tim. 3:6):

"No un neófito, no sea que envaneциéndose caiga en la condenación del diablo".

¿Por qué no enviaron la carta con Pablo y Bernabé? Credibilidad.

Ellos estaban en la mira de los perturbadores como causantes de la desobediencia a la ley ceremonial. Podrían acusarlos de fraguar la carta. No era conveniente que volvieran solos. Los otros dos enviados, bien conocidos para los que habían levantado la discusión sobre la doctrina de la salvación, agregaban autoridad y otorgaban legitimidad a la carta. Ayudaban a que la credibilidad de todos aumentara.

(4) El contenido de la decisión.

—Pues ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponerles ninguna carga más que estas cosas necesarias: que se abstengan de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; si se guardan de estas cosas, bien harán. Pásenlo bien.

Ahí termina la carta. Lo bueno si breve, dos veces bueno. Breve, pero lo tenía todo. Muy buena.

En Antioquía: Regocijo (Hechos 15:30-35)

Todo lo que tenían que hacer en Jerusalén estaba hecho. Pablo y Bernabé volvieron inmediatamente a Antioquía. ¿Qué delegado no hubiera hecho lo mismo? Finalizado el Concilio, directo al lugar de trabajo, donde todos esperaban la decisión que resolvería el problema.

Entrega de la carta: A todos (15:30)

Los que fueron enviados descendieron a Antioquía y, reuniendo a la congregación, entregaron la carta.

Apenas llegaron a Antioquía los enviados del Concilio, reunieron a la congregación y entregaron la carta a todos. No trajeron solo con los dirigentes de las iglesias; incluyeron a todos los miembros. La razón es muy simple. El problema los afectaba a todos; todos tenían que estar enterados de la decisión que había tomado el Concilio. Cuando la iglesia no se entera de las decisiones hechas por sus cuerpos directivos, puede producirse un distanciamiento entre líderes y miembros, por el desconocimiento de lo que planean y deciden. Y, peor aún, ignorándolo, los miembros no ejecutan las decisiones. Se archivan. En ese caso, ¿cuál es su valor?

Regocijo de todos (15:31-35)

Habiendo leído la carta, los miembros se regocijaron por la consolación.

Quedaron consolados, alentados, animados, porque el problema no existía más. La unidad doctrinaria, todos creyendo la misma cosa, produce una alegría espiritual y una integración muy grandes. Elimina la desconfianza entre los miembros. Aumenta el afecto. La comunicación confiada genera transparencia y honestidad. La vida cristiana práctica adquiere realidad: pasa de las ideas a los hechos; y la atmósfera espiri-

tual de la iglesia entera se vuelve respirable, beneficiosa. Grata. Feliz.

El gozo originado por la carta aumentó con el ministerio que Judas y Silas realizaron en Antioquía por algún tiempo. Cuando debían volver a Jerusalén, la iglesia se dispuso a despedirlos en paz. Pero Silas resolvió quedar en Antioquía y se unió a la obra que realizaban Pablo y Bernabé. Enseñaban la palabra del Señor y anunciaban el evangelio. Muchos otros los ayudaban.

SEGUNDO VIAJE MISIONERO DE PABLO

Después de que Judas salió de Antioquía y el ambiente quedó en paz, Pablo y Bernabé disfrutaron el placer de trabajar, por un tiempo más, libres de controversias y conflictos. El numeroso grupo que, además de Silas, se unió a ellos produjo mayor crecimiento y proveyó nuevos líderes para la iglesia local. Pablo sintió que podían salir de nuevo y la iglesia de Antioquía estaría bien atendida.

Lucas cuenta la historia de este segundo viaje misionero (49-52 d.C.), en su estilo conciso, sin perder los detalles que muestran las dificultades de la predicación y la entrega de los nuevos creyentes, gracias a la obra del Espíritu Santo (Hech. 15:36-18:22).

Pablo planea el segundo viaje (Hechos 15:36-41)

Pablo no podía sacar de su preocupación a los creyentes que habían dejado en las ciudades en las que estuvieron en el primer viaje misionero (45-47 d.C.). No podía desentenderse de ellos. Esta actitud fue una constante en todo el resto de su vida. Siempre estaba ayudando a los nuevos creyentes para que permaneciesen fieles. Necesitaba volver. Tenían que planear un segundo viaje.

Conversación de amigos (15:36)

La planificación comenzó como una simple conversación de amigos. Pablo dijo a Bernabé:

—Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están.

Pablo tomó la iniciativa. No había jerarquía formal entre ellos. Pero se había producido lo que siempre ocurre: el jefe natural toma su lugar, y los demás lo siguen sin resistencia.

Bernabé concordó.

Desacuerdo sin odio (15:37-39a)

Solo tenía una idea fija que, sin decirlo, se transformó en una especie de condición inalterable. Lucas lo dice con sencillez:

Bernabé quería que llevaran consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos.

Podía suponer la reacción negativa de Pablo. Y ocurrió. Lucas lo dice así:

Pero a Pablo no le pareció bien llevar al que se había apartado de ellos desde Panfilia y no había ido con ellos a la obra.

No estaba dispuesto a aceptar la debilidad de Marcos. ¿Llevarlo de nue-

vo para que volviera a hacer lo mismo? No. Otra vez vio en él cualidades contrarias a las que se necesitaban en el trabajo misionero. ¿Sentir nostalgia por las comodidades del hogar en el momento mismo cuando se necesitaba abnegación, valor, disposición al sacrificio, fe en la protección de Dios y mucha disposición de la voluntad para seguir adelante, a pesar de las dificultades, y aunque hubiera persecuciones y el martirio amenazara con su asustadora realidad en el camino? No, la diferencia entre lo que él es y lo que debiera ser, para el trabajo misionero, era muy grande.

Bernabé insistió. No hubo acuerdo.

¿Quién tuvo razón? ¿Quién no? Lucas no dice nada. ¿Por qué nosotros deberíamos emitir un juicio que igualmente no tendría valor alguno? Lucas solamente cuenta lo que ocurrió, como hecho. Un hecho de la realidad apostólica y nada más:

Hubo tal desacuerdo entre ambos que se separaron el uno del otro.

Una separación temporaria, como un paroxismo, sin residuos permanentes de odios ni rencores. Una tormenta que no dejó estragos. Un terremoto que no destruyó casa alguna. ¿Por qué? Simplemente porque los dos tomaron el incidente como un asunto vinculado con la misión. Nada tenía que ver con las relaciones fraternales y amigables que había entre ellos. La prueba de esto está en que más tarde, cuando Marcos, bajo la orientación de Bernabé, desarrolló las cualidades que un auténtico misionero necesitaba, Pablo consideró que era útil para él y lo dijo (2 Tim. 4:11).

Dos equipos misioneros (15:39b-41)

Se formaron dos equipos misioneros. Bernabé, llevando a Juan Marcos, se fue a Chipre. Y Pablo tomó a Silas como su compañero de viaje. Un profeta. La iglesia de Antioquía encomendó a los misioneros a la gracia del Señor. Pablo y Silas fueron a Siria y Silicia, donde habían estado en el primer viaje.

Antes de emprender la conquista del mundo Egeo, el avance de la misión que producirá este viaje, fueron a ver cómo estaban los hermanos, para ayudarlos a permanecer fieles al Señor.

Ciudades visitadas en el segundo viaje (Hechos 16:1-18:1a)

No se fueron por mar. De Antioquía, viajaron hacia el norte por la única ruta que conducía hacia la parte central de Anatolia, o Asia Menor, por el sur de la provincia de Galacia, donde estaban algunas de las iglesias que habían fundado en el primer viaje. Pasaron por varias ciudades, incluyendo Tarso, ciudad natal de Pablo, pero Lucas no menciona ninguna de ellas. Solo Derbe.

Derbe: ¿Solo un anuncio? (Hech. 16:1a)

Lucas nada dice de lo que Pablo hizo allí. Solo que llegó a Derbe. No

hay duda de que les anunció lo acordado en el concilio de Jerusalén, año 49 d.C., sobre las obligaciones de los cristianos gentiles, porque lo hacía en todas las ciudades por donde pasaba (Hech. 16:4). ¿Solo un anuncio en una ciudad donde, en el primer viaje, por predicar el evangelio en ella, había hecho muchos discípulos, los había organizado en iglesias y en cada una de ellas había nombrado ancianos? (Hech. 14:20-23). Difícilmente. Pero es todo lo que Lucas registró.

En todo caso, se trataba del anuncio de la unidad doctrinal. Todos tenían que creer y practicar lo mismo. La disidencia no era una actitud cristiana. Tampoco debía existir en Derbe.

Listra: Un discípulo con buen testimonio (16:1b-3)

Luego, dice Lucas, Pablo llegó a Listra, donde, en el primer viaje, lo confundieron con Mercurio e intentaron adorarlo como un dios. No era dios, pero sí era un hombre de Dios, como todos los discípulos de Dios tienen que ser. Cuando, en esa ocasión, como hombre de Dios, fue apedreado, un joven discípulo llamado Timoteo presenció el injusto castigo que le aplicaron. Sufrió con el sufrimiento del apóstol. Con su fortaleza, se hizo fuerte. Y, al ver la fe de Pablo, tan establecida y tan firme, la suya propia se cimentó en el Señor para siempre.

Al llegar a Listra, Pablo estaba ansioso por ver la fidelidad de la iglesia entera. Se alegró mucho. Todos habían resistido la violenta oposición y eran fieles. También el joven Timoteo. Su padre era griego. Su madre, judía. Ella le había enseñado la Escritura, desde que él fuera un niño. Creció con una piedad sana, cuerda, equilibrada, sabia. Su madre y su abuela, por medio de una experiencia diaria vivida sin ostentaciones, le habían enseñado la integración milagrosa que existe entre la obediencia y la fe. Timoteo creía en Cristo y obedecía a Dios. Era feliz.

Comprendía la santidad del ministerio, resistía el sufrimiento y la persecución. Además, sintió el llamamiento de Dios al ministerio y estaba dispuesto a ayudar en lo que pudiera.

Lucas agrega:

Y daban buen testimonio de él los hermanos que estaban en Listra y en Iconio.

Prestigio espiritual. Nada es mejor para un joven aspirante al ministerio. En esa clase de prestigio se reúnen la piedad verdadera, la aprobación divina y la estima de los fieles que lo observan con admiración y confianza.

También Pablo sintió el generoso afecto de la fe por Timoteo y deseó incorporarlo en su grupo misionero, para entrenarlo y hacerlo un misionero como él mismo.

Primera acción de Pablo en la preparación de Timoteo: circuncidarlo. ¿No había mandado el Concilio de Jerusalén que los gentiles no fueran incomodados con esta obligación? ¿Incoherencia de Pablo? No. Pablo no

era incoherente. Solo comprendivo. Entendía los prejuicios de la gente y los respetaba. Trataba de eliminarlos sin crear objeciones a su predicación. Tomaba todas las precauciones necesarias, sin violentar a nadie, ni a Dios.

Lucas dice:

Lo circuncidó por causa de los judíos que había en esos lugares.

A menudo Pablo predicaba en las sinagogas. Si los que adoraban a Dios, en ellas, hubieran llegado a enterarse de que alguno de su grupo no estaba circuncidado, su obra entera, para salvarlos, habría sido rechazada. Condescendía, cuando le era posible; pero no claudicaba. Seguía creyendo y enseñando que la circuncisión nada era y que el evangelio de Jesús era todo.

En otras ciudades: Fidelidad (16:4-8a)

La ruta que Pablo había tomado era, posiblemente, el Camino Romano, más tarde llamada Vía Tauri, porque la otra, Portales Cilicianos, era muy solitaria y más peligrosa. Lo llevó a Iconio, a Antioquía de Pisidia. Luego, por las regiones de Frigia y Misia hasta Troas.

Dos incidentes muestran la fidelidad de Pablo a la iglesia y a la conducción del Espíritu Santo. Pablo era, al mismo tiempo, institucional y carismático. Nada hay en él que separe la autoridad de la iglesia y la autoridad de Espíritu Santo, como si, en alguna medida, una fuera descartada por la otra y el cristiano fiel tuviera que obedecer solamente a una de ellas: la iglesia o el Espíritu. Está bajo la dirección de los dos, porque entre el Espíritu y la iglesia no hay conflicto. Nunca la iglesia fiel actúa contra el Espíritu y, siendo así, el Espíritu jamás la desautoriza.

La fidelidad institucional (16:4, 5). La iglesia, reunida en concilio general, bajo la dirección de los apóstoles y los ancianos de Jerusalén, con la aprobación del Espíritu Santo, había llegado a una decisión, en perfecta unidad de sus delegados, acerca de las doctrinas que debían creer y el modo de vida que debían practicar los cristianos gentiles (Hech. 15:22-29), y Pablo era fiel a esa autoridad.

Al pasar por las ciudades, dice Lucas, les comunicaba las decisiones que habían acordado los apóstoles y los ancianos de Jerusalén, para que las pusieran en práctica.

Pablo no actuaba solo. Se sentía parte integrante de la iglesia y obedecía a las autoridades que Dios había puesto en ella. Él tenía contacto directo con Dios y Silas, su compañero en la misión, era profeta; pero ninguno de los dos desconocía la autoridad de la iglesia. Silas había ido a Antioquía cumpliendo órdenes de los dirigentes jerosolimitanos (Hech. 15:27, 32) y después, acompañando a Pablo, salió en misión, con la bendición de la iglesia de Antioquía (15:40).

El respeto de estos líderes por la iglesia es incuestionable y ejemplar. Alguien podría decir:

—Pero la iglesia de ese tiempo era perfecta; por eso, Pablo y Silas obedecían a sus líderes y respetaban su organización.

Implicando que hoy esa perfección no existe y, por lo tanto, tampoco hay obligación de respetarla. Pero la iglesia perfecta solo existe cuando todos sus miembros están revestidos de la perfección que Cristo ofrece por la fe. Por eso, en lugar de criticar la posible imperfección de la iglesia, los criticones debieran estar buscando para sí la perfección de Cristo y, actuando todos así, nadie tendría razón alguna para criticarla y todos sus miembros serían perfectos por la fe en Jesús. La iglesia también.

Por otro lado, Jesús no concedió autoridad a una iglesia perfecta. La concedió a la iglesia como tal. Una autoridad corporativa y misionera. Una autoridad de gobierno y disciplina. El solo hecho de que la iglesia debía disciplinar a sus miembros, cuando fuera necesario, indica que no todos ellos serían perfectos. La imperfección de sus miembros, cuando así fuera el caso, anularía la autoridad de la iglesia para disciplinarlos, para gobernar su organización, para llevar adelante la misión y para actuar corporativamente como el cuerpo de Cristo sobre la tierra?

Ciertamente, no.

Por el contrario. Cuanto mayor la imperfección de los miembros que conforman la iglesia, mayor la necesidad de que ella ejerza la autoridad que Dios le dio, para que, bajo la dirección del Espíritu Santo, pueda reformarse y seguir adelante bajo la conducción de Cristo Jesús, Cabeza de la iglesia y Redentor suyo.

Además de la fidelidad mostrada por la obediencia de Pablo al Concilio de Jerusalén, los miembros de las iglesias que había en las ciudades visitadas por él debían conocer sus acuerdos y practicarlos. Ese es el verdadero saber cristiano. Un saber para practicar, para vivir. No es cristiano el saber para discutir, o para reclamar o para condenar. Ni siquiera es cristiano el saber por el saber mismo. Como quien, por saber, se sintiera superior a los que no saben, o más seguro de sí mismo o más orgulloso de ser alguien. Tan orgulloso que hasta descartara a Dios de todo su conocimiento, como si la sola presencia divina en lo que sabe redujera su conocimiento a un estado inferior o desecharable.

Todo saber verdadero es útil para vivir, y el saber cristiano, indispensable para vivir bien. Nunca es autónomo, ni independiente. Obedencial siempre. Siempre sumiso. Humilde siempre. Siempre sabio.

La fidelidad carismática (16:6-8). Pablo, Silas y Timoteo llegaron a Frigia, una región ubicada al sur de Galacia. Formaba parte de Galacia, pero sus habitantes frigios daban a la región un nombre más étnico que político. De Frigia siguieron hacia el norte, penetrando más profundamente la provincia de Galacia. Los gálatas, que Pablo encontró en su segundo viaje misionero, eran descendientes de los antiguos celtas que invadieron Europa durante el segundo milenio antes de Cristo. Se instalaron en los territorios comprendidos entre las Islas Británicas, en el norte,

pasando por Francia, hacia España en el sur y hacia el este hasta el Mar Negro. En Francia se llamaron galos y en Anatolia (Asia Menor), gálatas; donde llegaron por el año 278 a.C. y se instalaron en la parte central del territorio. Absorbieron parte de los frigios; pero hacia el año 25 a.C. fueron dominados por los romanos. Cuando Pablo llegó, eran una provincia romana.

Pablo llegó a Galacia enfermo, posiblemente de una dolencia en los ojos (Gál. 4:13, 14). Pero eso no le impidió predicarles el evangelio. Cuando les escribió la epístola, en el invierno de los años 57 a 58 d.C., les dijo:

A causa de una enfermedad del cuerpo les anuncié el evangelio.

Les predijo el evangelio, como era su costumbre. Les habló del amor de Dios, el Padre. De Jesucristo, que vino al mundo con un objetivo específico: salvar a los pecadores mediante su muerte en la cruz. Les habló de la fe necesaria para ser salvos y para convertirse en hijos de Dios. Y les predijo todas las enseñanzas de Jesús y los apóstoles, incluyendo las últimas decisiones tomadas por la iglesia con respecto a los gentiles que aceptaban el cristianismo.

Pablo, Silas y Timoteo planearon seguir penetrando el Asia Menor. Pero la autoridad carismática se hizo presente. El Espíritu Santo se comunicó directamente con ellos. Lucas lo informa así:

Les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia.

Hay dos prohibiciones en este sentido. Esta es la primera. ¿Les prohibió predicar en Asia antes de llegar a Frigia y Galacia o cuando estaban en Galacia? Algunos piensan que fue antes. Pero, como el verbo griego no coloca el acento en el tiempo sino en la calidad de la acción, uno tiene que prestar atención al carácter terminante de la orden de no continuar predicando en Asia fuera de los lugares en los que ya habían predicado. Esto es, Derbe, Lísstra, otras ciudades que estaban en el camino, Frigia y Galacia. De ahí en adelante, tenían que avanzar hacia otro lugar que el mismo Espíritu Santo les mostraría después.

De hecho, cuando llegaron a Misia, territorio contiguo a Frigia hacia el oeste, y pensaron avanzar hacia el norte de Asia para predicar en Bitinia, junto al Mar Negro, ocurre la segunda prohibición del Espíritu Santo. Lucas dice:

Pero el Espíritu no se lo permitió.

La orden directa del Espíritu Santo era terminante. Tenían que ser fieles al gobierno carismático del Espíritu, tanto como habían sido fieles al gobierno institucional de la iglesia.

Obedecieron. Lucas lo dice claramente:

Pasaron de largo por el límite de Misia.

No entraron en ese territorio. Hacerlo no tenía sentido alguno, ya que no podían predicar el evangelio allí. Siguieron adelante, abiertos a las indicaciones del Espíritu.

En Troas: Obediencia (16:8b-10)

Llegaron a Troas, un puerto en la costa oeste del mar Egeo. Su nombre completo era Troas Alejandrina, en honor a Alejandro Magno, su fundador. Cuando Pablo llegó a ella, era una colonia romana y una ciudad griega libre. Ubicada solo unos pocos kilómetros al sur de la famosa ciudad de Troya. Sus visitantes cultos, como Pablo, podían recordar la Iliada, famosa epopeya de Homero, fundamento de la cultura helénica, cuyas primeras referencias se remontan a la historia antigua, por lo menos hasta el siglo VII a.C., época de Ezequías, Manasés y Josías, reyes de Judá. Al otro lado del Mar Egeo estaban Macedonia y Europa.

¿Había soñado Pablo con la posibilidad de evangelizar Europa? ¿Cómo saberlo? Sin embargo, la mente de cada cristiano estaba entrelazada, como tela indestructible, con los hilos de una misión que debía llegar a todas las naciones, hasta lo último de la tierra.

Lucas, en su estilo directo y conciso, dice:

Una noche, Pablo tuvo una visión.

El Espíritu Santo no se demoró nada para orientar el curso de su siguiente paso misionero. En la visión, Pablo vio a un varón macedonio. De pie, como indicando la prisa que tenía en cumplir su cometido, con urgente súplica, le dijo:

-Pasa a Macedonia y ayúdanos.

Se incluye a sí mismo; a todos los macedonios incluye.

-¡Ayúdanos!

Era el grito de la Europa entera.

Pablo no podía resistirse. ¿Cómo? Si desde su estada en Galacia, el Espíritu Santo lo estaba preparando para ese momento. Le prohibió predicar en Asia. No le permitió ir a Bitinia. Y en ese electrificado instante, como razón y objetivo de todo lo que le había dicho y hecho anteriormente, lo llama a penetrar Europa. Pablo y su grupo sintieron tan intensamente la importancia crucial del momento que Lucas, al relatar lo ocurrido, a sí mismo se incluyó, por primera vez, en la historia de la iglesia apostólica, diciendo:

Cuando vio la visión, inmediatamente nos dispusimos a partir para Macedonia, seguros de que Dios nos había llamado a anunciar el evangelio a los macedonios.

Bendita seguridad la que el Espíritu Santo transmite con cada orden que pronuncia. Sea en sueños o visiones, sea en fuertes impresiones sobre la mente o en las claras instrucciones de la Escritura Sagrada; siempre otorga una certeza inamovible a los que quieren cumplir la voluntad de Dios y están dispuestos a obedecerlo.

En Filipos: Cuatro historias del espíritu humano (16:11-40)

El viaje fue rápido. El primer día navegaron con viento a favor hasta la pequeña isla de Samotracia, mitad de la distancia que los separaba

de Macedonia. Como era costumbre, el barco pasó la noche en un puerto de la isla. Al día siguiente, bien temprano, zarparon hacia Neápolis, puerto de Filipos ubicado solo 16 kilómetros hacia el noroeste y, sin detenerse, continuaron, por tierra, hasta la ciudad principal, cuyo nombre honraba a Filipo II, padre de Alejandro Magno.

Lucas declara:

Estuvimos en aquella ciudad algunos días.

¿Cuántos? No hay manera de saberlo. Sin embargo, fueron suficientes para que ocurriera hechos extraordinarios. Lucas registra cuatro. Todos ellos revelan aspectos diferentes del espíritu humano.

Lidia la vendedora de púrpura: Abnegación (16:13-15). Ocurrió un sábado. Pablo y su grupo de misioneros salieron fuera de la puerta. La ciudad, una colonia romana, estaba amurallada. Dentro de ella solo vivían ciudadanos romanos que conservaban el estilo de vida y el espíritu de la ciudad de Roma, convirtiendo a la colonia en una pequeña Roma, como decía Aulus Gellius en su libro *Caballeros Áticos* (xvi.13.9). Pablo se sentía seguro. Él mismo era ciudadano romano.

Pablo y sus amigos fueron a la orilla del río, donde, por falta de sinagoga en la ciudad, se reunían los pocos judíos que allí había, para orar. Los misioneros se sentaron junto a un grupo de mujeres. Les presentaron el evangelio, y el resultado se produjo inmediatamente.

Entonces, una mujer llamada Lidia, informa Lucas, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo. El Señor le abrió el corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía.

Una atención generosa. Sin espíritu de crítica ni deseos de encontrar errores para condenar. Solo escuchó. Su corazón, lleno de afecto. Su mente, abierta totalmente. Su actitud tan piadosa como piadoso puede ser el espíritu de quien adora a Dios.

Se convirtió.

La acompañó toda su familia en esta nueva experiencia de fe. Una aventura espiritual sin las incertidumbres propias de todas las aventuras que el espíritu humano emprende. Seguridad en el Señor. El evangelio les abrió una puerta, hasta ese momento desconocida para todos ellos. Sin vacilar, entraron por ella.

Se bautizaron todos.

Luego, Lidia, movida por la abnegación gozosa de su nueva vida en Cristo Jesús, dirigiéndose a los misioneros, dijo:

—Si ustedes realmente consideran que yo soy una verdadera creyente en el Señor, vengan a hospedarse en mi casa.

No era una mera expresión de cortesía. Deseo genuino. Algo nacido en ella, profundamente, desde sus entrañas más sensibles, desde la misma fuente en la que nacen todas las abnegaciones del espíritu humano porque el Espíritu Santo está con él.

¿Puede haber algo más noble que la nobleza misma? ¿Algo más generoso que la generosidad engendrada por Dios en la persona convertida? ¿Algo más genuino que el sentimiento de afecto generado por el Santo Espíritu cuando supremo reina en el espíritu humano? Lidia tenía esa nobleza, ese afecto, esa generosidad.

Insistió.

El ruego inicial se convirtió en una expresiva fuerza de la voluntad, y esa fuerza, en una simpática orden del afecto.

Los obligó.

No les quedó ninguna alternativa. Solo podían aceptar, y aceptaron. Vivir en la casa de la generosidad también es una experiencia agradable, tan agradable como agradable es ser generoso.

Los amos de una joven endemoniada: Codicia (16:16-21). Pablo y su grupo comenzaron a enseñar el evangelio en la ciudad y transformaron en hábito su encuentro con los judíos en el lugar que usaban para orar.

Un día, posiblemente sábado, cuando iban a la oración, les salió al encuentro una joven esclava. Tenía espíritu de adivinación y, por eso, producía mucha ganancia para sus amos. Siguió a los cuatro misioneros: Pablo, Silas, Timoteo y Lucas. Por sus labores, ya eran conocidos en la ciudad. A medida que los iba siguiendo, gritaba:

—¡Estos hombres son siervos del Dios Altísimo y les anuncian a ustedes el camino de salvación!

La endemoniada los siguió por varios días gritando lo mismo. ¿Qué tenía el diablo con la misión de Pablo y su grupo? Nada a favor. Su comunicación no tenía el propósito de ayudarlos. Quería perjudicarlos.

La estrategia del demonio era malignamente ingeniosa. Quería mezclar su propia obra con la obra de los misioneros. Su engaño, con la verdad de ellos. Al anunciar la obra que ellos hacían, distraía la mente de las personas e inducía en la multitud el pensamiento de que la obra de los misioneros dependía del mismo poder que manejaba a la pitonisa en sus adivinaciones. Diciendo la verdad sobre los apóstoles, conseguía inducir el engaño en los oyentes.

La paciencia cristiana de Pablo soportó la acción de la pitonisa muchos días, como Dios siempre tiene paciencia con los pecadores, pero esa situación no podía durar para siempre. Un día, Pablo, bajo la inspiración del verdadero poder que conducía su obra, el Espíritu Santo, dijo al demonio que controlaba a la endemoniada:

—¡En el nombre de Jesucristo, te mando que salgas de ella!

Salió.

La mujer quedó libre del demonio y guardó silencio. Su silencio era una prueba evidente de que el poder que había operado en ella era inferior al poder que actuaba en Pablo. Había obedecido la orden y nada más podía hacer contra los predicadores del evangelio.

Pero, aunque la endemoniada quedó en paz, en paz no podían que-

dar sus amos. Habían perdido la ganancia. Ellos no eran altruistas. Irritados por la codicia de torpes ganancias, comenzaron un atroz acto de venganza y acusadora hostilidad. Lucas informa:

Prendieron a Pablo y a Silas. Los arrastraron hacia el foro, para acusarlos ante las autoridades.

¿De qué podían acusarlos? No habían hecho mal alguno. Pero los amos de la ex endemoniada no estaban interesados en realizar acciones justas. Les preocupaba la pérdida de sus ganancias engañosas, y querían destruir a los que ellos consideraban responsables de su pérdida. La codicia incendiaba sus corazones. La ambición de riquezas injustas los enceguecía. Su espíritu era ruin y ningún bien surgiría de él. Dijeron a los magistrados:

—Estos hombres son judíos y alborotan nuestra ciudad. Enseñan costumbres prohibidas, que los romanos no podemos practicar.

¡Falso!

Los apóstoles no habían enseñado nada que fuera prohibido en Roma. En Roma había judíos y sus prácticas religiosas era legalmente toleradas. La colonia romana, por ser copia fiel de la vida en la ciudad madre, también tenía que admitir la presencia de la religión que predicaba Pablo, cuya raíz judía era innegable.

Pero la ambición y la codicia lo distorsionan todo. Destruyen lo mejor del espíritu humano, y lo tornan iracundo y violento.

¡Injusto!

El carcelero de Filipos: Temor y regocijo (16:22-34). Parece que lo injusto siempre atrae a los injustos. Lucas dice:

El pueblo se juntó con violencia contra ellos.

¿Solo porque unos pocos hombres emitieron acusaciones que ni siquiera habían intentado probar? ¡Parece increíble! ¡Cómo es el espíritu humano, acusador e injusto, arrebatado y violento! ¿Características que afectan solo al pueblo, cuando actúa en masa, sin la racionalidad de los individuos que logran controlarse cuando razonan y piensan?

No era solo la masa. La misma reacción tuvieron también los dirigentes. Lucas dice:

Los magistrados, con sus propias manos, rasgaron las ropas de Pablo y Silas, y mandaron azotarlos con varas.

Y el juicio ¿dónde estaba? Ni buen juicio tenían. Solo una crédua connivencia con el mal y la injusticia. ¡Y eran todos romanos! Un pueblo de leyes justas. Desde su fundación, 753 a.C., Roma se había regido por leyes escritas. Codificadas, más tarde, se convirtieron en base legal para todos los códigos desarrollados en las naciones del occidente y de muchas naciones del oriente.

¿Qué pasó con esa tradición de pueblo justo? Lo de siempre. Las leyes pueden ser justas. No siempre las personas.

¡Qué paradoja! Pablo y Silas, por haber restaurado una poseída del

demonio a su sano juicio, eran tratados con injusticia, por un pueblo de leyes justas y por unos magistrados, puestos allí, por Roma, como guardianes de las leyes que imponían la justicia y que ellos debían defender siempre, bajo cualquier circunstancia. Todo porque, además de los amos que perdieron su ganancia, había en Filipos muchos otros codiciosos de ganancia fácil mediante los engaños satánicos.

Pero ese no fue el fin de los apóstoles. La situación de ellos empeoró primero, para mejorar después. Lucas la describe así:

Después de haberlos azotado mucho, los echaron en la cárcel, mandando al carcelero que los guardara con seguridad.

A esta altura, aparece el hombre del temor y el regocijo: el carcelero. Único romano de justicia que aparece en esta historia.

Los metió en el calabozo de más adentro, dice Lucas, y aseguró los pies de ellos en el cepo.

No aumentó castigos sobre ellos. Solamente cumplió sus órdenes. Tenía que mantenerlos seguros, sin que tuvieran posibilidad alguna de huir.

Lo hizo.

Al mejor modo de un carcelero: Prisión segura, imposibilidad de caminar.

Pero, a la medianoche, mientras él y los demás presos oían que Pablo y Silas oraban a Dios y cantaban himnos alabando su grandeza y su poder, un terremoto. Muy grande, hasta los cimientos de la cárcel se movían, y muy extraño. Se abrieron las puertas como si alguien, intencionalmente, lo hubiera hecho. Y, como si una mano poderosa estuviera en acción, cayeron las cadenas de todos los presos.

En ese preciso instante, el carcelero despertó. Al ver el cuadro de la destrucción, las puertas abiertas, los presos sueltos, según su interpretación apresurada, listos para huir sin que él pudiera hacer nada para detenerlos, todo eso ocurrido mientras él dormía, se dio cuenta de que la ley romana sería implacable con él. Exigiría su vida como castigo por el irresponsable sueño que había dormido, cuando debería haber estado despierto, y bien despierto; para que ningún preso se fugara.

Quiso matarse. Para qué pasar por la deshonra, si el resultado final sería el mismo. Tomó su espada, decidido. Y, cuando estaba a punto de ejecutarse a sí mismo, oyó la voz de Pablo.

-¡No te hagas mal alguno! ¡Estamos todos aquí!

Buscó una luz.

En la semipenumbra que dejaba su antorcha, con toda la ansiedad en la boca de su estómago, precipitadamente entró en la cárcel de adentro, donde estaban Pablo y Silas; y, temblando de miedo, se postró delante de esos extraños prisioneros que enseñaban el evangelio de día; no protestaban cuando eran injustamente azotados; de noche, en la incómoda prisión, cantaban alabanzas a su Dios; y, cuando el terremoto los había

dejado libres, no solo quedaron ellos en la prisión: cuidaron a todos los presos para que ninguno se escapara.

En un instante, pasó del terremoto, sacudón incontrolable de la tierra, al temblor de todo su cuerpo temeroso, que tampoco pudo controlar, y a la agitación incontrolable de su propio corazón, movido al arrepentimiento y a la búsqueda de la salvación. Los sacó de la cárcel y les dijo:

—Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?

No era necesario un gran discurso. Por lo visto, el carcelero ya lo sabía todo. Fuerá porque él mismo había oído la predicación de ellos en la ciudad, o porque alguien se lo hubiera contado o por algún otro medio, pero él lo sabía todo y estaba dispuesto a hacer lo que ellos le mandaran. Con sencillez, respondieron.

—Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa.

Los llevó a su casa. Lavó sus heridas. Los atendió lo mejor posible, mientras los discípulos hablaban la palabra de Dios a toda la familia. También ellos creyeron, y él fue bautizado con toda su casa. Puso una mesa bien servida delante de ellos, para celebrar su nueva vida y, según dice Lucas:

Se regocijó con toda su familia por haber creído en Dios.

Había pasado del temor al regocijo, de la incredulidad a la fe, de la muerte a la vida eterna. Todo por creer. Tan complicado y tan simple. Tan real. Con la exaltada realidad de quien pasa de un estilo de vida distante de Dios, en conflicto con él, a un estilo de vida nuevo, de cercanía, de intimidad con él y de obediencia plena a su voluntad.

Los magistrados: Miedo político (16:35-40). Pero la historia de los magistrados no había terminado todavía. Quedaba, para ellos, una tremenda sorpresa y un enorme miedo político.

La sorpresa surgió de un modo inusitado.

Parece que, durante la noche, los magistrados se tomaron el trabajo de pensar en los hechos ocurridos durante el día. A lo mejor, el terremoto influyó en ellos. Toda vez que hay un desastre, la gente tiende a pensar en sus actos y en su relación con la Deidad, no sea que tenga que enfrentarse inmediatamente con Dios. No es así. Pero, la gente supersticiosa cree que los desastres son provocados por Dios como una especie de castigo a los humanos, por causa de sus actos malos. Se les despierta el deseo de hacer buenas acciones para compensar las obras malas que han realizado.

Quizá por eso, los magistrados, por medio de unos guardias, enviaron un mensaje al carcelero. Le dijeron:

—Suelta a esos hombres.

Parecía una buena noticia. No se demoró el carcelero en informar a Pablo. Le dijo:

—Los magistrados han mandado decir que los suelte. Así que, salgan y váyanse en paz.

Pero Pablo no tenía apuro alguno por salir. Había ciertos asuntos que debían ser aclarados ante todo el pueblo; de lo contrario, la continuidad de su obra quedaría impedida.

Respondió:

—Después de que, sin sentencia judicial, nos azotaron públicamente y luego nos echaron en la cárcel, a nosotros, que somos ciudadanos romanos, ¿nos liberan ahora encubiertamente? No. No es esta la manera de proceder. Tienen que venir ellos mismos a sacarnos de la cárcel.

Primeros sorprendidos: el carcelero y los guardias. Estos fueron a los magistrados, llevándoles la aterradora respuesta de Pablo. Al oírla, también ellos quedaron sorprendidos.

Con miedo. ¿Por qué?

Desde el comienzo de la República Romana (509 a.C.-27 a.C.), los ciudadanos romanos tenían ciertos derechos establecidos por ley. Entre ellos, uno, directamente relacionado con el tratamiento a Pablo y Silas, que los eximía de castigos degradantes. Durante el Imperio, esos derechos fueron reafirmados por una ley del emperador Julio César (c. 100 a.C.-44 a.C.). La ley se refería a la manera en que los ciudadanos romanos debían ser tratados en ocasiones de desorden público. Según el más famoso orador de Roma, Marcos Tulio Cicerón (106 a.C.-43 a.C.), para acogerse a esos derechos, todo lo que un ciudadano necesitaba hacer era emitir la siguiente declaración: Soy ciudadano romano. Pablo hizo exactamente eso.

—Somos ciudadanos romanos —había dicho.

Los magistrados romanos habían cometido dos actos ilegales: los habían castigado en público y los habían puesto en prisión. Ambas, acciones prohibidas por la ley.

El miedo de los magistrados era un miedo político. Si Pablo informara a las autoridades del Imperio, en Roma, las consecuencias políticas para los magistrados podrían ser muy serias. Lo que la mayoría de las personas no está dispuesta a hacer por razones morales, por motivaciones políticas lo hace voluntariamente. Por miedo a las consecuencias.

Tenían que evitarlas de cualquier manera. Aunque eso demandara pisotear su propio orgullo delante de esos insignificantes judíos cristianos.

Fueron a ellos y se excusaron, dice Lucas.

Pidieron disculpas. Todo parece sencillo en el relato; pero, en la realidad, donde la vida de unos se junta con la vida de otros, donde el orgullo de unos tiene que someterse a la humildad de otros, pedir disculpas es una tarea muy difícil. A veces imposible. Pero se hace. Unos se disculpan por razones religiosas: todos los cristianos tienen que hacerlo toda vez que cometan una falta contra uno de sus prójimos. Otros, por miedo a las consecuencias que vendrían sobre ellos si no se disculparan. Y las consecuencias políticas suelen estar entre las más temidas. Ya sean estas en el ámbito de la política civil del gobierno, en el de la política eclesiás-

tica de las iglesias, en la política militar de las fuerzas armadas, en la política administrativa de las empresas. En cualquier clase de política.

Pero el arrepentimiento por miedo es una moneda falsa, de circulación ilegal y sin valor alguno. Tarde o temprano, su falsedad se hará visible, para vergüenza y aflicción de sus usuarios.

Para evitar que ese día les llegara demasiado pronto, los magistrados rogaron a Pablo y a Silas que salieran de la ciudad. No podían expulsarlos. Habría sido otra acción ilegal contra ciudadanos romanos. Temían que su permanencia en la ciudad levantara nuevos alborotos que llamarían la atención de sus jefes políticos, con la consiguiente investigación que el caso hubiera demandado.

Los misioneros, cuya misión nada tenía que ver con cuestión política alguna, se dispusieron a actuar en favor de la paz.

Saliendo de la cárcel, escribió Lucas, entraron en casa de Lidia. Saludaron a los hermanos. Los consolaron y se fueron.

Sin duda, era ese grupo lo que Pablo tenía en mente cuando pidió que los magistrados se disculparan. Su legitimidad. Pablo quería que el grupo pudiera seguir existiendo, con plena libertad para predicar el evangelio en la ciudad y en la región. La noticia de su encarcelamiento injusto y la forma en que fue puesto en libertad circuló, de boca en boca, por la ciudad y por toda la región, como era usual en aquellos tiempos. Cada persona que repetía la historia contaba las razones que causaron los hechos y repetía las enseñanzas de Pablo, convirtiéndose, sin querer, en un predicador voluntario del evangelio. Además, los miembros de la iglesia eran muy activos en la predicación, y la iglesia siguió creciendo más y más después de que Pablo y sus compañeros se hubieron ido.

Una iglesia cristalina, a la cual más tarde Pablo escribió una carta sin reproche alguno, excepto una referencia breve a la disputa, sin mayores consecuencias, que había entre dos hermanas (Fil. 4:2).

Parece que Lucas quedó como pastor de la iglesia, porque no vuelve a aparecer en el relato hasta que Pablo, en el tercer viaje misionero (53-58 d.C.), visita Filipos en viaje hacia Troas. Un grupo se adelantó, embarcándose en Céncreas, un poco al sureste de Corinto, y llegó como una semana antes que Pablo. De ese viaje, Lucas dice:

Y nosotros, pasados los días de los panes sin levadura, navegamos de Filipos y en cinco días nos reunimos con ellos en Troas, donde nos quedamos siete días.

Esa fiesta de los panes sin levadura ocurrió del 7 al 14 de abril del año 57 d.C.

En lo que restaba del segundo viaje misionero, Pablo, Silas y Timoteo visitarán Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto; en Macedonia y Grecia.

En Tesalónica: Unos creen, otros acusan (17:1-9)

De Filipos, Pablo y su grupo viajaron hacia el norte, para rodear el

Monte Pangaión y luego seguir viaje hacia el sur, por la Vía Egnatia, en la que estaban las dos ciudades mencionadas por Lucas: Anfípolis y Apolonia. Posiblemente pasaron una noche en cada una de ellas, ya que la distancia total desde Filipos a Tesalónica, a donde se dirigían, era de ciento cincuenta kilómetros y las tres ciudades estaban separadas más o menor por la misma distancia, cincuenta kilómetros, que bien podían recorrer en un día de camino a pie.

Llegaron a Tesalónica, dice Lucas.

Tres días caminando a pie era bastante normal, en aquellos días. Pablo y sus compañeros no sintieron el cansancio, a causa de la estimulante motivación misionera que los impulsaba. Cuando entraron en la ciudad, posiblemente cerca del crepúsculo, había pasado casi un año desde el día en que salieron de Antioquía, en Pisidia.

¿Emoción? Sin duda, y muy fuerte. Cuando salieron para visitar de nuevo a las iglesias que habían fundado en el primer viaje, ni soñaron con Europa. Ya estaban en la ciudad más importante de la Vía Egnatia, capital de la provincia romana de Macedonia, y mucho más cerca de Roma que de Antioquía, lugar donde comenzaron ese viaje misionero. En el momento en que llegaron, Tesalónica era una ciudad de casi cuatrocientos años, fuertemente vinculada con la realeza macedónica y con el Imperio Romano.

Fue fundada en el año 316 a.C., por Casandro, general de Alejandro Magno, y su cuñado. La llamó con ese nombre en honor a su esposa, Tesalónica, medio hermana de Alejandro. Y, en 146 a.C., se convirtió en capital de la provincia romana, cuando Macedonia fue organizada como una provincia senatorial romana. Una ciudad de población cosmopolita, más o menos cien mil habitantes, en esa época; y, diferente de Filipos, que era una expresión del espíritu romano, Tesalónica tozudamente había conservado el espíritu griego.

Su entorno era preciso. Construida en la falda del Monte Jortiátis, hoy Kissós, 1.201 metros de altura, sus habitantes podían ver la hermosa bahía en el Golfo de Thermaikós y las bellas planicies que formaban el delta de dos ríos: Galikós y Vardar.

Había, en Tesalónica, una sinagoga. Buen lugar para comenzar la predicación. Ya se había vuelto una costumbre de Pablo comenzar por la sinagoga. El asunto más apropiado para predicar en la sinagoga era las Escrituras. Entonces no había Nuevo Testamento. Las Escrituras estaban compuestas por los escritos de Moisés (la ley), los Salmos y los profetas: el Antiguo Testamento.

Durante tres sábados, Pablo predicó sobre Jesús, mostrando por medio de las profecías que Jesús de Nazaret era el Mesías. Y había profecías abundantes para hacerlo.

Comenzando por los libros de la ley escritos por Moisés.

Adán había recibido directamente de Dios la promesa de la reden-

ción por medio del Mesías, un descendiente de la familia humana. Esta promesa fue clara cuando Dios pronunció la sentencia sobre la serpiente, Satanás, que había engañado a Eva. Le dijo:

Pondré enemistad entre ti y la mujer. Entre tu simiente y la simiente de ella. Su simiente te aplastará la cabeza y tú solamente herirás su talón. (Gén. 3:15.)

Con la resurrección de Jesús, Pablo podía probar algo fundamental: el Nazareno era el descendiente de la mujer que, con la injusta muerte de cruz, solamente había sido herido en el talón. Mientras que su archienemigo, el diablo, recibía un golpe mortal con la destrucción de la misma muerte, su imperio tenebroso, ya que no pudo retenerlo en esas entrañas vacías.

A Abraham, cuando estuvo a punto de ofrecer a Isaac, su hijo, como sacrificio, le prometió Dios la venida del Mesías entre sus descendientes.

—Porque me has obedecido —le dijo—, todas las naciones del mundo serán benditas por medio de un descendiente tuyo. (Gén. 22:18; comparar con Gál. 3:16.)

Pablo podía probar que ese profeta mediador era Jesús, porque nadie había hablado la palabra de Dios como él, con autoridad; no como los escribas, siempre prisioneros de sus propias opiniones dudosas e inseguras, siempre frenados por sus inciertas tradiciones, siempre cayendo en el silencio de su propio exclusivismo, como cerrando la puerta del Reino a los demás sin que ellos mismos pudieran entrar en él. La promesa del Mesías mediador, que a todos proclamaba la Palabra de Dios, sin ningún exclusivismo, era clara. La responsabilidad de aceptarlo, también.

También los Salmos eran claros. Mediante el salmista, Dios había predicho muchas cosas:

El maltrato que los seres humanos darían al Mesías. El mismo Mesías había dicho:

—Yo gusano soy. No soy hombre. La gente se burla de mí, y el pueblo me desprecia. Cuantos me ven, de mí se ríen; lanzan insultos meneando la cabeza: Este confía en el Señor, ¡pues que el Señor mismo lo salve! Ya que se deleita en el Señor, ¡que el mismo Señor lo deje libre! (Sal. 22:6-8.)

La forma de distribuirse, a su muerte, lo poco que tenía:

—Puedo contar todos los huesos de mi muerte. La gente, con satisfacción perversa, se detiene a mirarme. Se reparten entre ellos mis vestidos y sobre mis ropas echan la suerte. (Sal. 22:17, 18.)

La pasión por Dios del Mesías y el trato triste que recibe:

—Soy como un extraño para mis hermanos. Extranjero yo soy para los hijos de mi madre. El celo por tu casa me consume y sobre mí recaen los insultos de tus detractores. Los insultos me han destrozado el corazón; para mí, consuelo ya no existe. Busqué compasión y no hubo, busqué consuelo y no lo hallé. En mi comida pusieron hiel y para calmar mi sed

me dieron vinagre por bebida. (Sal. 69:8-9, 20, 21.)

¡Cómo se habrá comprimido el corazón de los oyentes, cuando Pablo leía estas Escrituras y las comparaba con la experiencia de Jesús sobre el maltrato que recibió de todos, cuando él a todos hizo bien y solo el bien que trae con él la salvación, la vida eterna!

Y estaban los profetas. Mensajes penetrantes, precisos, portentosamente exactos, llenos de verdades del Mesías, que en la vida de Jesús se hicieron carne y hueso, y dolor y vida eterna.

Isaías predijo su obra:

—El Espíritu del Señor reposará sobre él: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor al Señor. Él se deleitará en el temor del Señor: No juzgará según las apariencias, ni decidirá solo por lo que oiga decir. Juzgará con justicia a los desvalidos, con fallo justo a todos los pobres de la tierra. (Isa. 11:2-4.)

Predijo el sentido de su sufrimiento:

—Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, hecho para el sufrimiento. Todos evitaban mirarlo, fue despreciado y no lo estimaron. Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, pero nosotros lo consideramos herido y golpeado por Dios. Por Dios humillado. Pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, molido por nuestras iniquidades. Sobre él cayó el castigo de todos nosotros, el precio de la paz que todos nosotros recibimos, y gracias a sus heridas fuimos sanados. (Isa. 53:3-5.)

Predijo la función vicaria de su castigo:

—Todos estábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino. Pero Dios hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros. Maltratado y humillado, ni siquiera abrió su boca: como cordero fue llevado al matadero, como oveja enmudeció, ante su trasquilador ni siquiera abrió su boca. (Isa. 53:6, 7.)

Predijo su muerte y el significado de ella:

—Después de aprehenderlo y juzgarlo le dieron muerte. Nadie se preocupó de su descendencia. Arrancado fue de la tierra donde estaban los vivientes y golpeado por la transgresión de mi pueblo. Le asignaron un sepulcro con los malvados, y aunque nunca cometió violencia ni hubo engaño alguno en su boca, murió entre los malhechores. El Señor Dios permitió que lo quebrantaran y que lo hicieran sufrir, porque él mismo quiso ofrecer su vida en expiación. Por eso verá la descendencia de sus seguidores; prolongando la vida de ellos, al llevar a cabo la voluntad del Señor Dios. (Isa. 53:8-10.)

Jeremías anunció la venida del renuevo de David, Justicia nuestra:

—Vienen días, afirma el Señor, cuando de la simiente de David haré surgir un renuevo justo. Él reinará con sabiduría, practicará el derecho y la justicia. En esos días Judá sera salvado e Israel morará seguro. Y este

es el nombre que se le dará: Jehová, justicia nuestra. (Jer. 23:5, 6.)

Anunció que el Rey y el Sacerdote serían una sola persona en el Mesías:

—Porque así dice el Señor: Nunca le faltará a David un descendiente que ocupe el trono del pueblo de Israel. Tampoco a los sacerdotes levitas les faltará un descendiente que en mi presencia ofrezca holocausto, queme ofrendas de grano, y presente sacrificios todos los días. (Jer. 33:17, 18.)

Daniel profetizó la fecha del bautismo del Mesías. Cuando lo visitó Gabriel para explicarle la profecía de los dos mil trescientos años (Dan. 8:14), le dijo:

—Sabe, pues, y entiende, que desde la salida del decreto para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el ungimiento del Mesías Príncipe habrá siete semanas y sesenta y dos semanas. (Dan. 9:25.)

Esa cuenta del tiempo desde el año 457 a.C., cuando salió el decreto de reedificación de Jerusalén, llevaba al año 27 d.C., fecha cuando Jesús fue bautizado.

Miqueas declaró la eternidad del Mesías y predijo el lugar en el que iba a nacer:

—De ti Belén Efrata, pequeña entre los clanes de Judá, saldrá el que será Señor en Israel. Sus orígenes se remontan hasta la antigüedad, hasta tiempos inmemoriales. (Miq. 5:2.)

Cuando Pablo citaba las profecías sobre el sufrimiento del Mesías, y cómo ellas lo anunciaban con una misión espiritual, como hombre entre los seres humanos, no como rey temporal, que debía morir y luego resucitar de los muertos, los presentes en la sinagoga de Tesalónica no podían negarlas. Estaban en las Escrituras y ellos las conocían. Pablo, con todo el poder de la Escritura, agregaba:

—Jesús, a quien yo les anuncio, es el Mesías.

Todos debieran haber creído. Pero la congregación se dividió en dos grupos. Unos creían; los otros, no.

El grupo de creyentes fue numeroso. Incluyó algunos judíos, un gran número de griegos piadosos y muchas mujeres nobles. Se juntaron a Pablo y Silas, convirtiéndose en seguidores de ellos y fieles al Señor. Un gran éxito, en poco tiempo, solo se explica por la obra del Espíritu Santo. Dios estaba con ellos y su predicación, poderosa en la Escritura, se volvía convincente.

Pero el grupo de los que no creyeron se puso celoso. Un celo mezclado con envidia, que luego generó acciones violentas y enemigas. La actitud enemiga luego se transformó en acciones de persecución, oculta primero, muy abiertamente después.

Buscaron a un grupo de hombres malos, ociosos. Como siempre, los ociosos, opositores naturales al trabajo productivo, están siempre listos para dar trabajo, para complicar la vida de los demás. Tuvo que haber

existido dinero de por medio. Nunca los ociosos hacen nada por idealismo. Mucho menos a favor de ideas que ellos mismos no sostienen ni creen. No eran miembros de la sinagoga.

Los ociosos juntaron a una turba, la agitaron con argumentos políticos y alborotaron la ciudad. Una vez que los individuos, masificados, habían perdido el control racional de sus acciones, fue fácil llevarlos a la acción. En ese instante, los que tomaron control de las acciones ya no fueron los ociosos. Fueron los incrédulos. Los que, por no creer, perdieron la oportunidad de desarrollar una mente amiga, bajo los efectos de la mente enemiga que siempre estuvo en ellos, dirigieron a la multitud hacia la casa de Jasón.

Querían tomar a Pablo y a Silas para llevarlos al pueblo, con el posible intento de apedrearlos sin juicio previo. No estaban allí. Su ira se volvió contra Jasón, posiblemente un judío convertido con un nombre griego, que se había hecho popular entre los judíos de la diáspora helénica por su parecido con el nombre judío Josué. Con Jasón tomaron también a un grupo de los que habían creído y los llevaron ante las autoridades de la ciudad.

Los enemigos de Pablo estaban exaltados. Aun ante las autoridades hablaron a los gritos:

—¡Estos que trastornan el mundo entero han venido también acá, y Jasón los ha recibido! ¡Todos ellos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús!

Transformaron una cuestión exclusivamente religiosa, y la acción de hombres que nada habían dicho contra el Imperio, en una querella política. Mezclaron la religión con la política y crearon una confusión. Nada original. Siempre que se produzca esa mezcla, la confusión es el producto natural y la violencia, su corolario obligado.

Al oír la acusación, las autoridades se unieron al pueblo y, con la misma furia de los judíos, se alborotaron. Sin embargo, como los acusados no eran Jasón y el grupo de creyentes que llevaron con él, solo les impusieron una fianza y los soltaron.

Así concluía un ministerio, en Tesalónica, que solo había durado tres sábados y un período posterior muy breve. ¿Por qué los enemigos de la fe trabajaron tan violentamente para expulsar a Pablo de la ciudad? Pablo lo explicó más tarde, en la carta que escribió a los cristianos de esa ciudad, poco después de su llegada a Corinto, en el año 51 d.C. Les dijo:

—Ustedes, hermanos, se hicieron imitadores de las iglesias de Dios, en Cristo Jesús, que están en Judea; pues han padecido de sus conciudadanos las mismas cosas que ellas padecieron de los judíos. Estos mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron. No agrandan a Dios y se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que estos se salven. (1 Tes. 2:14-16.)

No querían que la salvación llegara a los gentiles. Los incrédulos desprecian la salvación para ellos mismos e impiden que otros crean

en Cristo para salvarse. ¿No es así la obra del enemigo, que solamente desea la destrucción de toda la humanidad? Pero el deseo del Señor es que todos crean, para ser salvos.

En Berea: Los más nobles (17:10-15)

Cuando los hermanos de Tesalónica vieron el peligro que Pablo y Silas corrían, de noche y con urgencia, los enviaron a Berea. No estaba muy lejos. Solo ochenta kilómetros hacia el oeste. Fueron bien recibidos en la sinagoga y Lucas explica la razón:

Eran más nobles que los de Tesalónica.

¿Por qué?

Tenían una mentalidad más amigable. Escucharon la predicación con mayor placer y con más atención. Y estudiaban la Escritura cada día para comprobar si Pablo les estaba predicando la verdad o no.

La nobleza de los bereanos era espiritual. Eliminaron sus prejuicios. Estudiaron la Escritura para aprender la verdad, no para encontrar en ella argumentos contrarios a la enseñanza de Pablo, lo cual hubiera significado que los prejuicios habrían controlado sus mentes, lo mismo que el objetivo de su estudio de la Escritura. Tenían la nobleza de la sabiduría. Sabio es el que aprende todas las cosas de manera correcta porque tiene la mente abierta a todos los elementos que la componen y abierta también a la obra del Espíritu Santo, que la ilumina. Por eso estudiaban la Escritura con insistencia y constancia. Tenían esa medida de fe que ahuyenta las dudas y conserva la cautela para no caer en la crítica de lo cierto, ni entrar en la ingenuidad que todo lo acepta sin el debido estudio comparativo con la voluntad divina.

El resultado fue excelente. Según Lucas:

Muchos judíos creyeron. Griegos también. Mujeres distinguidas y hombres, no pocos.

Pero esta buena noticia, aunque se demoró algunos meses, llegó a Tesalónica. Los enemigos de Pablo que había allí la recibieron como mala noticia. Las noticias son siempre así: buenas o malas, depende del lado en el que el receptor esté. No solo ocurre esto con las noticias religiosas. Con las noticias políticas ocurre lo mismo. El espíritu humano tiene muchas dificultades para ser objetivo, si es que realmente puede serlo.

Al escuchar sobre el buen éxito de Pablo, sus enemigos tesalonicenses se pusieron en acción inmediatamente. Fueron a Berea, y siguiendo el mismo método que tan buen resultado les había dado en su ciudad, alborotaron a las multitudes en un movimiento contra Pablo solo. No incluyeron a sus compañeros.

Entonces, dice Lucas, los hermanos hicieron que Pablo saliera inmediatamente en dirección al mar, pero Silas y Timoteo quedaron en Berea.

Los bereanos, nobles en su trato a la verdad que Pablo les enseñaba, fueron también nobles con él. Acompañaron a Pablo hasta Atenas. Querían estar seguros de que Pablo llegaría a un lugar seguro. Viajaron por mar. Era la forma más segura.

Antes de despedirse de los que regresaron, Pablo les pidió que dijeran a Silas y a Timoteo que, lo antes posible, viajaran a Atenas para encontrarse con él.

En Atenas: Lugares de predicación (17:16-34)

Solo en Ateneas. Desde el Piraeus, puerto principal de Atenas, donde posiblemente desembarcó, Pablo comenzó un recorrido de diez kilómetros hasta la ciudad más antigua, más artística y más pagana de todas las que había visitado hasta ese momento. Tuvo que haber seguido el camino que nacía en el puerto, lleno de vida y agitación comercial, y terminaba en Kerameikos, el monumental cementerio que estaba justo antes de la entrada a la ciudad. ¿El camino pagano de la vida a la muerte? Encontró muchos santuarios y deidades paganas a ambos lados del camino. Después de cruzar el cementerio, entró en la ciudad por las Dos Puertas (Dipylon).

Dentro, lo primero que encontró fue un comercio de mala vida: prestamistas, taberneros y prostitutas. Luego llegó al Ágora, la plaza del mercado. Vio mucha gente. La gente estaba allí, en grandes cantidades, todo el tiempo. Toda clase de gente: esclavos, comerciantes, estudiantes, prostitutas, compradores provenientes de todos los niveles sociales, filósofos atenienses y extranjeros, retóricos de la ciudad y de todos los rincones del mundo mediterráneo.

Siguió hasta la Acrópolis, en la parte superior de la ciudad. Preciosa corona de Atenas con la joya pagana del Partenón, templo de Atenea, según Homero hija de Zeus, el dios más poderoso del Olimpo, lugar donde moraban los dioses griegos. Diosa de la guerra, específicamente de lo que consideraban el lado intelectual y civilizado de la guerra. ¿Existe ese lado de la guerra? ¿No será eso tan mítico como la diosa misma?

Los habitantes de Atenas, refinados y cultos, conservaban una cultura cuyas formas principales habían llegado a su madurez en el siglo V a.C., bajo el gobierno de Pericles. Pablo encontró escuelas de filosofía cuyo origen se remontaba a los días de Platón y Aristóteles, manejadas en ese momento por estoicos, epicúreos y cínicos. Los estoicos buscaban un arte de vida que produjera tranquilidad de la mente y seguridad moral. Los epicúreos propiciaban una ética que identificaba el bien con el placer, y el último bien con la ausencia de dolor en el cuerpo y en el alma. Los cínicos propiciaban un retorno a la vida natural. Para lograrlo, querían destruir todos los convencionalismos, incluyendo la familia, y vivían como vagabundos, mendigando su alimento y durmiendo en los edificios públicos.

Lo que más impresionó a Pablo fue el paganismo. La idolatría. Lucas dice:

Su espíritu se dolía viendo la ciudad llena de ídolos.

Un dolor que bordeaba los límites de la irritación espiritual. Esa condición del espíritu que rechaza algo con todas sus fuerzas. Pablo rechazaba la idolatría como algo extremadamente dañino para el espíritu humano. Al mismo tiempo, un celo por Dios se apoderó de él, y una compasión tan intensa por la gente que no pudo reducirse a esperar a sus compañeros para seguir viaje. Comenzó a predicar el evangelio

Como siempre, comenzó en la sinagoga, continuó en la plaza del mercado y terminó en el Areópago. Tres lugares de predicación que abarcaron la población entera de la ciudad. Todas las clases sociales. Una estrategia extremadamente eficiente, desde el punto de vista de hacer conocer el evangelio. Es verdad que la predicación de Pablo no produjo resultados numéricos muy altos, pero mostró un modo de evangelizar una ciudad culta, sin descuidar a nadie.

En la sinagoga argumentó con los judíos y con los griegos temerosos de Dios. El tema sobre el cual razonaban era siempre el mismo: Jesús. La manera en que cumplía lo que los profetas habían anunciado sobre el Mesías. Conclusión: Jesús es el Mesías.

En la plaza del mercado, con los vendedores y los que concurrían a comprar. Todos los sectores de la sociedad ateniense.

No tardaron en aparecer los filósofos. Cuando lo oyeron, algunos epicúreos y algunos estoicos preguntaron:

-¿Qué pretende decir este charlatán?

Otros respondieron:

-Parece que es predicador de dioses extranjeros.

¿Por qué llegaron a esa conclusión?

Porque les predicaba el evangelio de Jesús, dice Lucas, y les hablaba de la resurrección.

Aunque lo trataron de charlatán, pronto se dieron cuenta de que Pablo sabía cosas desconocidas para ellos. Sabía más que ellos. Descubrieron que sus facultades intelectuales merecían respeto y, en ese caso, la plaza no era el lugar apropiado para preguntarle sobre los asuntos que habían estimulado la curiosidad filosófica de ellos.

Lo tomaron y lo llevaron al Areópago, dice Lucas.

No estaba lejos. Un grupo grande de los que escuchaban en la plaza lo siguió. Desde tiempos pasados, el Areópago había sido y todavía era el lugar en el que se sentaba el tribunal de justicia, para definir la verdad sobre los casos que llegaban a él. Pablo no fue llevado allí para enfrentar un juicio legal, sino para que expusiera sus enseñanzas.

Primera pregunta.

-¿Podemos saber en qué consiste la nueva enseñanza que tú presentas?

Luego, como aclarando la intención de la primera pregunta, dijeron:
—Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas.

La segunda pregunta solo pretendió precisar bien lo que deseaban saber.

—Queremos, pues, saber, ¿qué significan estas cosas extrañas?

Lucas explica:

Es que todos los atenienses y los extranjeros que vivían con ellos se pasaban el tiempo sin hacer otra cosa más que escuchar y comentar las últimas novedades.

Por otro lado, las palabras de los filósofos eran un modo de recordar a Pablo el caso de Sócrates, el más grande filósofo de la antigüedad griega, que por desconocer los dioses del Estado e introducir divinidades nuevas había sido condenado a muerte. Indirectamente lo estaban reconociendo a Pablo como un nuevo Sócrates, todavía no en cuanto a la condenación, sino solo en cuanto a su conocimiento y su capacidad para traer nuevos dioses.

Pero Pablo no admitió que su enseñanza estuviera relacionada con dioses nuevos, ni se amedrentó por los posibles peligros que su enseñanza le pudiera traer. Lo que había dicho fuera del Areópago había llamado poderosamente la atención del pueblo y de la aristocracia. Dentro del Areópago estaba a punto de enfrentar otra clase de público. Los doctos y sabios de Atenas: poetas, artistas y filósofos.

Pronunció un discurso muy elocuente, que respondía en forma directa las preguntas planteadas. Tiene tres partes:

Primera, una introducción. Muy elogiosa. Con objetivo específico: declarar, desde el mismo comienzo, que el Dios del que ha estado hablando a la multitud no es un nuevo dios. Ni es él un nuevo Sócrates. No es filósofo, ni será mártir del paganismo.

—Atenienses! —dijo, convocando la atención de todo el grupo.

Y todos se dispusieron a oír el significado de las cosas que de alguna manera habían oído personalmente o por comentario de otros que lo habían escuchado en la plaza.

—Observo que ustedes son sumamente religiosos en todo lo que hacen.

No ofendió a nadie ni los contradijo. ¿Para qué? Eso era lo mejor que podía hacer. Atraer la simpatía de todos usando un lenguaje refinado y cortés.

—Cuando pasé observando los santuarios de ustedes, también encontré un altar con esta inscripción: Al dios no conocido. Pues bien, ese que ustedes adoran aun sin conocer es a quien yo les anuncio.

No es un dios extraño. Ustedes también lo adoran. Ustedes son inteligentes, porque reconocen al que no conocen.

Estaba hecha la aproximación, en los mejores términos. Pablo estaba listo para entrar en materia.

Segunda parte, el contenido de su enseñanza. Pablo procedió a exponer las verdades que enseñaba, una por una. Todas relacionadas con Dios, el desconocido de los atenienses.

1. Descripción de Dios:

—El Dios que hizo el mundo —les dijo— es Señor del cielo y de la tierra.

Es Creador y Soberano. Existía desde antes de la existencia de todo lo creado. Eterno. Gobierna sobre todo lo que existe en el cielo y en la tierra. Nadie está sobre él y su voluntad no está restringida por nada.

La mente de los griegos no pudo evitar una comparación inmediata. El dios más poderoso que ellos tenían, Zeus, el que enviaba los truenos, los relámpagos, la lluvia y los vientos, había nacido en Creta. Hijo de Cronos, rey de los titanes de la isla, y de su esposa Rhea, supo que uno de sus hijos lo destronaría. Así que, cuando le nacía un hijo se lo tragaba, para evitar el mal que este pudiera hacerle. Cuando nació Zeus, su madre envolvió una piedra en los pañales del bebé, para que Cronos se la tragara, y escondió a su hijo en una cueva de Creta. Cuando Zeus llegó a la edad madura, dirigió una revuelta contra Cronos, su padre, y lo destronó. Así se convirtió en gobernante del cielo. Según lo que Homero cuenta en la Ilíada, el cielo estaba localizado en la cima del Monte Olimpo, el más alto de Grecia. Desde allí observaba, regía y juzgaba todos los asuntos de los seres humanos. Con Zeus, y bajo su comando, totalmente sujetos a su voluntad, moraban también todos los dioses del panteón griego. Pero Zeus compartía su poder con otros dos dioses, hermanos tuyos: Hades, que gobernaba el mundo oculto de los muertos; y Poseidón, gobernante de los mares y todas las aguas.

Les resultó obvio que el Dios de Pablo era superior al más poderoso de sus dioses. Zeus no era eterno, no era creador, y su poder, aunque parecía absoluto, lo compartía con sus dos hermanos.

El poder de Dios aumentó considerablemente con lo que Pablo dijo a continuación:

—No vive en templos construidos por hombres, ni depende del servicio que le presten las manos humanas como si, de ellos, necesitara alguna cosa.

Es un Dios más grande que las obras humanas. No fue creado por la imaginación ni por la obra de los seres humanos. Existe por sí mismo.

2. La existencia de las naciones:

—De un solo hombre hizo todas las naciones, para que habitaran la tierra entera. Además, determinó los períodos de su historia y las fronteras de sus territorios.

Los griegos no creían en la igualdad de todos los seres humanos, ni reconocían los derechos de todos los individuos. Ellos se creían los más importantes, comparados con los incultos bárbaros, que poblaban las naciones fuera de Grecia. Y los atenienses se autoconsideraban los únicos seres humanos verdaderamente autóctonos que surgieron origi-

nalmente, como nativos de Ática. Pensaban que no eran descendientes de nadie. Superiores a todos. Pero, para Dios no hay ninguna raza superior. Ni territorio que él no les haya concedido. Así lo ha dicho desde los tiempos antiguos.

—Cuando el Altísimo dio su herencia a las naciones, cuando dividió a toda la humanidad, les puso límites a los pueblos. (Deut. 32:8.)

Texto clásico de una verdad de suma importancia para Dios. Cada pueblo tiene su tiempo y lugar, y permanece fuerte mientras cumpla con el objetivo para el cual Dios lo puso allí.

3. El propósito que Dios tiene para los pueblos:

—Para que busquen a Dios y, aunque sea a tientas, lo encuentren —agregó Pablo.

Esto tampoco lo ignoraban. Sus propios poetas lo habían dicho. Y Pablo enseguida citó dos frases de los poetas griegos:

—En él vivimos, nos movemos y somos.

El último verso de una cuarteta perteneciente a un poema de Epiménides de Creta (c. 600 a.C.), que dice:

—Ellos fabricaron tu tumba, oh santo y altísimo dios./ Los cretenses siempre mentirosos, malas bestias, glotones ociosos, / pero tú no estás muerto, tú vives y permaneces para siempre, / porque en ti vivimos y nos movemos y somos.

Luego, Pablo agregó:

—De él somos descendientes.

Esta vez citó a Aratus de Cilicia (n. 310 a.C.), la misma provincia en la que había nacido Pablo. Era el quinto verso de su poema Fainomena, dedicado a Zeus.

¿Quería Pablo igualar a Zeus, a quien estaban dirigidos esos poemas, con Dios? De ninguna manera. Todo lo que pretendía era recuperar algunas pequeñas perlas que están dispersas en la literatura humana, acerca del verdadero Dios, y usarlas para darlo a conocer.

4. Dios es espiritual y no puede ser representado por objetos materiales:

—Por lo tanto, siendo nosotros descendientes de Dios, no debemos pensar que la Deidad sea semejante al oro, la plata o la piedra: escultura creada por la destreza y la imaginación de los seres humanos.

La única escultura apropiada de Dios es el ser humano mismo. Dios lo creó, a su propia imagen lo creó. Una persona viva, con capacidades espirituales, con capacidades mentales, con capacidades físicas; todas integradas en una unidad sellada no desmontable. Siendo así, ¿cómo puede el ser humano hacerse una estatua de materiales inertes y adorarla como una representación de Dios, o como si eso fuera el mismo Dios? Solo por rebelión contra Dios o por ignorancia.

Tercera parte, una indirecta invitación al arrepentimiento. Pablo no terminó ahí su discurso. Tenía que invitar a su audiencia al arrepentimiento y lo hizo de manera indirecta, para no ofenderlos, pero dándoles, de todas

maneras, la oportunidad para el arrepentimiento.

—Pues bien —dijo—, Dios ha pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, pero ahora manda a todos, en todas partes, que se arrepientan.

—¿Por qué es necesario el arrepentimiento?

—Porque Dios ha fijado un día en que juzgará al mundo con justicia.

—¿Quién realizará el Juicio? ¿Dios mismo o alguien a quien él ha asignado para esa tarea?

—Lo hará por medio de aquel varón a quien asignó —continuó diciendo Pablo.

Y entonces procede a identificarlo, no por nombre, sino por poder. Un poder que Dios manifestó y que nadie, fuera de él, tiene.

—Lo acreditó ante todos —dijo Pablo—, al haberlo levantado de los muertos.

La resurrección se transformó en la prueba, el documento que acredita la comisión dada por Dios a Jesús. Comisión redentora y, a su debido tiempo, cuando llegue el día, comisión de Juicio. La resurrección se convirtió en piedra de tropiezo para los sabios porque, como el resto de los griegos, creían en la inmortalidad del alma. La resurrección les resultó incompatible con la inmortalidad del alma. Y es así. Creer en las dos es una incoherencia teológica. Un absurdo. Se dieron cuenta de que, si aceptaban la doctrina de la resurrección, tendrían que abandonar su creencia en la inmortalidad del alma. No estaban dispuestos.

Cuando Pablo terminó su discurso, los sabios atenienses reaccionaron negativamente. Unos de manera burda y descortés: se burlaban de Pablo. Otros, más refinados, le dijeron:

—Por favor, háblanos acerca de esto en otra oportunidad. Te escucharemos.

Dieron por terminada la reunión y comenzaron a salir del Areópago. Uno a uno, o en pequeños grupos. Al final, algunos se acercaron a Pablo. Querían seguir conversando con él. Habían creído. Lucas menciona por nombre a dos: Dionisio el areopagita, juez del Areópago. Lo que significaba una gran conquista para el establecimiento de la iglesia en Atenas. Según Eusebio de Cesarea, el famoso historiador eclesiástico del siglo IV d.C., Dionisio llegó a ser el primer obispo de Atenas. La segunda persona mencionada era una mujer llamada Dámaris. Lo más probable es que haya sido una mujer de la aristocracia que ya había escuchado a Pablo en la plaza y entró en el Areópago con la multitud de las personas procedentes de la ciudad, que acompañaron a Pablo cuando los filósofos lo invitaron. Las mujeres no tenían acceso normal al Areópago, pero esa era una ocasión especial, en la que mucha gente entró sin ser de los que lo frecuentaban regularmente. Tuvo que haber sido de importancia parecida a Demetrio, pues fue la única persona nombrada por Lucas, además de él. Los otros que creyeron también debieron haber sido personas importantes de la ciudad.

Formaron un núcleo de personas suficientemente fuertes para sostener la fe en la altamente educada y extremadamente pagana ciudad de Atenas. Pues Pablo, inmediatamente después de los hechos referidos, se fue de allí, hacia Corinto.

En Corinto: Habla y no calles (18:1-18a)

Pablo pudo hacer el viaje de Atenas a Corinto por tierra o por mar. Por mar era más corto y más fácil. Debió haber navegado hacia Cencreas, el puerto oriental de Corinto, en el Golfo Sarónico, que la conectaba con Asia. En el lado occidental de la ciudad estaba el Golfo de Corinto, que la conectaba con Italia. Esta ubicación estratégica entre dos golfos, con dos puertos, la convertía en un centro comercial muy importante entre Europa y Asia. Cuando Pablo desembarcó en el puerto de Cencreas, para llegar a Corinto tuvo que recorrer diez kilómetros en un camino protegido por murallas a los dos lados.

Al llegar se encontró con una ciudad muy rica, de población cosmopolita, idólatra e inmoral. Cuando alguien, en ese tiempo, quería describir a un típico habitante de Corinto, decía:

—Es un individuo iracundo, que odia a los píos, se ufana de hacer obras vergonzosas, nunca cesa de hacer el mal a sus colegas y está constantemente inclinado a la borrachera.

La inmoralidad de Corinto se volvió proverbial. Hasta el punto de que su nombre originó el uso común del verbo corintiar (*korinthiazomai*). Significaba: practicar la fornicación. La inmoralidad adquiría valor religioso en la adoración a Venus, la diosa principal de la ciudad.

Pablo se dio cuenta de que tenía mucho trabajo por delante. No sería fácil transformar a esa gente en cristianos fieles que de verdad practicaran el cristianismo. Pero también percibió que la ciudad era muy importante, influyente en la región, capital de la provincia romana de Acaya. Una vez que la iglesia se estableciera en ella, estaría en una excelente posición para llevar el evangelio a toda la región.

Predicar a Cristo era la pasión de Pablo. Predicó en el mercado, en la sinagoga y en las casas, donde establecía iglesias. En esta actividad, le ocurrieron varios episodios que Lucas registró en su forma habitual: pocas palabras, lo específico, mostrando con claridad el progreso del evangelio.

En el ágora: Encuentro con Aquila y Priscila (18:1-3). En sus visitas al ágora, plaza del mercado, se encontró con Aquila y Priscila, diminutivo de Prisca. Eran judíos llegados de Roma. Sin duda, formaban parte de los judíos que el emperador Claudio, en su segundo decreto contra los judíos, había expulsado de Roma el año 49 d.C. Suetonio, nombre completo en latín: Gaius Suetonius Tranquillus (69-122 d.C.), en su libro *Vida de Claudio*, parte de la serie “Sobre la vida de los Césares”, en que describe la vida de once emperadores, da la razón que tuvo el emperador

Claudio para expulsarlos de Roma:

"Porque los judíos de Roma continuamente causaban disturbios ins-tigados por Crestus, él los expulsó de la ciudad" (25.4).

Esto probablemente describe lo que ocurría en las sinagogas cuando llegaba algún predicador del cristianismo. Solo que Suetonio, equivocadamente, escribió mal el nombre de Cristo, que, de paso, en griego, las dos formas de escribirlo tenían la misma forma de pronunciarlo; además, cometió otro error al pensar que Cristo personalmente instigaba disturbios entre los judíos de Roma. De todos modos, es un testigo his-tórico de la expulsión referida por Lucas.

Aquila y Priscila eran tenderos. Hacían tiendas como parte de su tra-bajo con cuero, en general. Su oficio estaba relacionado con el trabajo que Pablo había aprendido en Cilicia, su provincia nativa. El producto principal de Cilicia era un tejido de pelo de cabra que llamaban *cilicium*. Lo usaban para hacer carpas, cortinas y otras telas diseñadas para pro-teger de la humedad. Por el hecho de comerciar con ese producto, Pablo tuvo que haberlos encontrado en el ágora, mientras entraba en contacto con la gente para predicarles el evangelio. Pues Pablo no hacía nada que no incluyera la comunicación de las buenas nuevas y la persona de Jesús, el Cristo.

Congenieron en oficio, en carácter y en fe. Lucas dice:

Vivió con ellos y trabajaron juntos.

Este trabajo incluyó la fabricación de tiendas y la predicación del evan-gelio, en los días de trabajo durante toda la semana.

En la sinagoga: Conversión de judíos y griegos (18:4-6). Pero el sábado era diferente. Lucas dice:

Todos los sábados discutía en la sinagoga, y persuadía a judíos y a griegos.

Esta discusión no era agresiva ni recriminatoria, como este térmi-no parece indicar. Sino una presentación de argumentos bíblicos con la in-tención de probar que Jesús era el Mesías. Un modo bíblico de razonar sobre Jesús.

Mientras Pablo realizaba este trabajo, Silas y Timoteo, que habían quedado en Berea, llegaron a Corinto para ayudarlo en su tarea. Le tra-jeron una ofrenda especial enviada por los macedonios. Con ese dinero disponible no necesitaban trabajar para mantenerse. Como dice Lucas:

Pablo se entregó por entero a la predicación de la Palabra.

Y, con la ayuda de los recién llegados, Pablo imprimió un nuevo im-pulso a la persuasión de judíos, testificando que Jesús era el Cristo, pero estos frontalmente se opusieron a él, blasfemando contra Cristo. Pablo, entonces, les dijo:

-¡Caiga la sangre de ustedes sobre su propia cabeza! Libre estoy de re-sponsabilidad. De ahora en adelante, me dirigiré a los gentiles.

La intención de Pablo no era abandonar a los judíos, sino dejar la si-

nagoga como el centro de sus operaciones. La prueba está en la decisión que tomó en cuanto su lugar de hospedaje y la conversión de Crispo.

En la casa de Justo: Habla y no calles (18:7-11). Se trasladó de la casa de Aquila y Priscila, donde vivió desde el comienzo, a la casa de un gentil temeroso de Dios. Es decir, alguien que regularmente frecuentaba la sinagoga y era semiconvertido al judaísmo. Su nombre era Justo, en latín: Titus Justus, y vivía junto a la sinagoga.

La casa de Justo era grande, como eran las casas de muchos conversos al cristianismo. La mayoría eran ricos. Casas con comodidades para recibir nuevos huéspedes y con espacio para las reuniones de una pequeña iglesia.

Mientras Pablo predicaba desde la casa de Justo, ocurrió algo que los judíos debieron haber lamentado mucho.

Crispo, el dirigente máximo de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa, dice Lucas.

Otro hombre rico. Además, Dios seguía aumentando los creyentes gentiles. Lucas dice:

Muchos corintios, al oír, creían y eran bautizados.

El ánimo espiritual de los misioneros estaba muy alto y estaban listos para irse de Corinto a otro lugar donde predicar el evangelio. Pero Dios, que observa todas las cosas y sabe lo mejor, en todo tiempo, otorga nueva fuerza espiritual a sus dedicados testigos y los orienta en todo lo relacionado con la misión. Dio a Pablo una visión. Lucas cuenta el hecho de esta manera:

El Señor dijo a Pablo en una visión de noche: No temas, sino habla y no calles, porque yo estoy contigo y nadie pondrá sobre ti la mano para hacerte daño, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.

Dios, de esa manera, lo retuvo en Corinto, aumentó su entusiasmo misionero y lo preparó para las pruebas que muy pronto vendrían sobre él.

Habla y no calles, era el mensaje. Un mensaje de confirmación. La tarea que le había dado desde su conversión continuaba vigente y seguiría siendo válida para toda su vida. Ningún creyente está excluido de ella. Por el contrario, el Señor espera que todos, en todo tiempo, hablen y no callen.

Sus enemigos intentan expulsarlo de Corinto (18:12-18a). Había, en la sinagoga, gente que odiaba a Pablo. Habían tratado de estorbar su obra, todo el tiempo que Pablo trabajó antes de la llegada de Silas y Timoteo, y durante todo el año y seis meses que trabajó desde que ellos llegaron hasta que, en el año 51 d.C., hubo un cambio de procónsul en Acaya. Galión, en latín: Lucius Junius Gallio, llegó a Corinto. Amigo del emperador Claudio, hermano del joven Séneca, el filósofo estoico, y de un carácter simpático, agradable y pacifista.

Los dirigentes de la sinagoga pensaron que había llegado el momento apropiado para solicitar la expulsión de Pablo. Lo llevaron al tribunal

y lo acusaron:

—Este hombre persuade a todos los ciudadanos a que adoren a Dios de una manera contraria a la ley —lo acusaron.

Pablo estaba a punto de defenderse, pero Galión lo detuvo y dijo a los judíos:

—Si fuera algún agravio o algún crimen muy grande, conforme a derecho, yo aceptaría la acusación; pero siendo cuestiones de palabras, de nombres o de la ley de ustedes, trátenlo entre ustedes, porque yo no quiero ser juez de esas cosas.

Con eso terminó el pleito y Pablo quedó tranquilo para seguir predicando a los corintios.

Siguió una estrategia diferente de la que había aplicado a su tarea en Atenas. Allí se adaptó al nivel cultural de su auditorio. Se mostró culto, retórico, lógico y científico. Un filósofo. Obtuvo poco fruto. En Corinto siguió otro plan de acción. Él mismo lo explicó cuando, desde Éfeso, en la primavera del año 57 d.C., les escribió su primera carta:

—Me propuse más bien, entre ustedes, no saber cosa alguna, excepto a Jesucristo y éste crucificado. Es más, me presenté ante ustedes con tanta debilidad que temblaba de miedo. No les hablé ni les prediqué con palabras sabias y elocuentes sino con demostración del poder del Espíritu, para que la fe de ustedes no dependiera de la sabiduría humana sino del poder de Dios. (1 Cor. 2:2-5).

Gran resultado. Muchos creyeron en Corinto y esparció el evangelio más allá de la ciudad, en toda la región. Dedicó su segunda carta “a la iglesia de Dios que está en Corinto y a todos los santos en toda la región de Acaya” (2 Cor. 1:1).

Los mensajeros de la Cruz, con el poder del Espíritu Santo, habían penetrado en toda la provincia. La mayor pasión espiritual que se haya conocido en las misiones cristianas. Pablo declaró:

Dondequier que vamos, siempre llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que también su vida se manifieste en nuestro cuerpo. (2 Cor. 4:10.)

Y se manifestó. Tanto que hasta la multitud, en el momento del juicio ante Galión, se puso de parte de Pablo. No había ocurrido en ningún otro lugar. Acosaron a los principales acusadores de Pablo, y a Galión nada le importó. Victoria total para los cristianos.

Pablo permaneció en Corinto algún tiempo más, dice Lucas.

Suficiente tiempo para que el evangelio alcanzara a muchos. Algunos de ellos fueron rescatados de la más baja perdición en la inmoralidad y levantados a la condición de nuevas criaturas en Cristo Jesús.

Retorno y fin del segundo viaje (Hechos 18:18b-22)

Había llegado el momento de retornar a casa. Antioquía estaba lejos. Lo mejor era hacer el viaje por etapas. Se detuvo en tres lugares.

Primera detención: Cencreas y el voto de Pablo (18:18b)

La distancia desde Corinto era corta. Solo diez kilómetros. Los hicieron caminando. Tenían que ir allí por fuerza, pues ese era el puerto este de Corinto, donde se embarcaron para dirigirse a la provincia de Asia. Aquila y Priscila lo acompañaron. Su intención era viajar con Pablo hasta Siria.

Lucas informa algo que Pablo hizo. Inesperado y, si se quiere, extraño:

En Cencreas, antes de embarcarse, se hizo rapar la cabeza, porque tenía que cumplir un voto que había hecho.

¿Qué voto era ese?

Estaba relacionado con el cabello y cualquiera podría saltar a una rápida conclusión: Era el voto de nazareo. En ese caso, la pregunta inmediata sería: ¿Estaba Pablo todavía sujeto a los ritos y las formas tradicionales de los judíos? Pero no es necesario responder esta pregunta porque el voto de nazareo, según la práctica judía, no se podía cumplir fuera de la tierra de Israel. Su cumplimiento tradicional requería una residencia de, al menos, treinta días en Judea. Los últimos treinta días del voto, con algunas otras acciones en el Templo.

Luego, a la entrada de la Tienda de Reunión, el nazareo se rapará la cabeza. Tomará el cabello que consagró, y lo echará al fuego que arde bajo de la ofrenda de paz. (Núm. 6:18.)

Pablo no estaba en Judea, ni podía cortarse el cabello en el Templo para quemarlo con la ofrenda de paz que presentara. No era el voto tradicional de nazareo.

Pero podía ser un voto particular. Solo suyo con el Señor. Siguiendo el modelo del voto de nazareo. Pablo no era contrario a la demostración de un sentimiento devoto muy especial. El voto de nazareo tenía dos componentes importantes:

Uno de temor ante un peligro; el otro, de consagración.

Pablo había pasado por muchas situaciones de peligro, pero la última ocurrió cuando los judíos lo llevaron ante el procónsul Galión. Como había ocurrido antes, podría haber enfrentado un juicio adverso por parte de la autoridad romana, o un apedreamiento por la multitud. Era un buen momento para hacer un voto a Dios.

La consagración bien pudo haber sido una nueva dedicación a la tarea de su vida que había aceptado en el viaje de Jerusalén a Damasco, cuando Jesús se le apareció por primera vez.

Lo importante estaba en la devoción que implica un voto particular. La mente que hace un voto especial a Dios se muestra especialmente devota. El cumplimiento del voto en Cencreas, primer paso de su retorno a Antioquía de Siria, demuestra el carácter íntimo del voto y refleja la sólida intimidad que había entre Pablo y Dios. No se corta el cabello en un lugar público, donde todos pudieran ver su piedad. Era algo entre él y Dios. Nada más.

Todavía tiene valor el antiguo consejo del Señor sobre los votos particulares:

“Cuando alguien haga un voto al Señor, o haga un juramento ligando su alma con alguna obligación, no quebrantará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca” (Núm. 30:2).

La palabra dada en un voto es irrevocable, porque es voluntaria. Nadie está obligado a hacer un voto; pero, si lo hace, debe cumplirlo.

“Cuando hagas voto al Señor, tu Dios, no tardes en pagarlos, porque ciertamente te lo demandará el Señor, tu Dios, y cargarías con un pecado. Si te abstienes de prometer, no habrá en ti pecado. Pero lo que haya salido de tus labios, lo guardarás y lo cumplirás, conforme lo prometiste a Jehová, tu Dios, pagando la ofrenda voluntaria que prometiste con tu boca” (Deut. 23:21-23).

Pablo cumplió su voto en Cencreas y se embarcó hacia Éfeso.

Segunda detención: Éfeso, bien recibido por judíos (18:19-21)

Llegaron a Éfeso. Capital de la provincia romana de Asia, ciudad griega libre, con sus propios Senado y Asamblea. Políticamente importante, era la ciudad comercial más grande de Asia Menor.

En Éfeso ocurrió un hecho insólito. Pablo fue a visitar la sinagoga y discutió, con los judíos, su tema favorito: Jesús es el Mesías. Pero, cuando les anunció que continuaría su viaje, Lucas dice:

Los judíos le rogaban que se quedara con ellos más tiempo.

Pablo no accedió. No podía. Les dijo:

—Es indispensable que yo celebre la fiesta que viene en Jerusalén.

Pero no se iría para siempre.

—Volveré. Si Dios así lo permite.

Priscila y Aquila permanecieron en Éfeso y Pablo zarpó hacia Cesarea.

Tercera detención: Cesarea, de paso (18:22a)

En ese momento, Cesarea era un importante centro de acción cristiana. Felipe, el evangelista, tenía su sede allí. Pablo no podía pasar por la ciudad sin tener algún contacto con los cristianos y su pastor.

Pero Lucas no registra nada. Solo que pasaron por allí. Tal vez, la sola mención indica la importancia que le concede a la iglesia local. Sin poder decir mucho, pues parece estar acelerando el relato para llegar pronto a Antioquía y comenzar el relato del tercer viaje misionero.

Cuarta detención: Jerusalén, un saludo (18:22b)

Ni siquiera menciona el nombre de la ciudad. El viaje a Jerusalén se identifica por lo que les dijo a los judíos de Éfeso, que debía llegar allí antes de la fiesta, y por una simple frase de Lucas al informar que dejan Cesarea:

Subió para saludar a la iglesia.

Esa subida desde Cesarea solo podía ser hacia Jerusalén. El centro administrativo del cristianismo demandaba una visita de Pablo. No registra Lucas nada de lo que hicieron en la ciudad; solo dice que fueron a saludar a la iglesia.

¿Era un simple saludo a la iglesia, en el centro de toda su vida cristiana y acción misionera, tan importante? Por lo visto, sí. Indica el respeto, el compromiso, la admiración, la adhesión del grupo de misioneros a la estructura de la iglesia. A sus dirigentes. A sus miembros. Muestra el espíritu de unidad que los guiaba en todas las cosas. El sentimiento de pertenencia a la iglesia que Cristo había fundado.

Pablo era un misionero apasionado por Jesús y por su iglesia. Y lo demostró, sin claudicaciones, durante toda su vida.

Salieron de Jerusalén. Último destino: Antioquía de Siria. Allí estarían en casa, con los fieles del Señor, a quienes Pablo había ayudado en su crecimiento espiritual, desde los mismos comienzos. Donde permanecerían solo por algún tiempo, porque las iglesias que habían fundado en Asia Menor y Europa, y otros lugares no evangelizados aún, los esperaban.

TERCER VIAJE MISIONERO DE PABLO

Pablo estaba listo para emprender el tercer viaje misionero (Hech. 18:23-21:16). Era el año 53 d.C. El viaje duró hasta el año 58 d.C., casi seis años. Recorrió Asia Menor, Macedonia y Grecia (Acaya). Terminó en Jerusalén. Pablo no volvió a Antioquía de Siria, pues los acontecimientos que ocurrieron en Jerusalén al final del viaje lo llevaron a la prisión y al juicio en Roma.

Asia Menor: Victoria sobre el demonio (Hechos 18:23-19:41)

Al final del segundo viaje misionero, solamente permaneció en Antioquía un tiempo breve. Su preocupación por los conversos era muy grande. Emprendió un nuevo viaje, comenzando por Asia Menor.

Galicia y Frigia: Anima a los hermanos (18:23)

El registro de Lucas dice:

Recorrió por orden la región de Galicia y de Frigia, animando a todos los discípulos.

Regiones donde, en el primer viaje, había fundado iglesias; y en el segundo confirmó a los hermanos y les comunicó los acuerdos del Concilio de Jerusalén, instándolos a mantener la unidad de la iglesia por la obediencia a sus decisiones.

Animó a los hermanos. Les dijo palabras que aumentaron su confianza en Jesús y fortalecieron su fe. Las emociones y la voluntad de ellos quedaron más firmemente establecidas en Cristo, porque, después de las nuevas instrucciones de Pablo, su convicción era más sólida.

El lugar principal que visitó, en el tercer viaje, fue la ciudad de Éfeso.

Apolos en Éfeso: Exactitud del camino de Dios (18:24-28)

Antes de que Pablo llegara a Éfeso, Apolos había estado allí. Un judío nacido en Alejandría, Egipto. En esa ciudad, había una numerosa colonia de judíos: ricos, poderosos y cultos. Un grupo de setenta sabios judíos realizó allí una traducción del Antiguo Testamento al griego, que se volvió muy famosa, hasta hoy. Se conoce con el nombre de Versión de los Setenta, o Septuaginta.

Hasta ese momento, Apolos era desconocido para los cristianos. Pero después adquirió un prestigio bastante grande, hasta el punto de compararse con Pedro y con Pablo. Por lo menos, así fue en Corinto. En la primera epístola que Pablo les escribió, el año 57 d.C., no más de tres años después de su llegada a Éfeso, y desde esa ciudad, les dijo:

Cada uno de ustedes dice: Yo soy de Pablo, yo soy de Apolos, yo soy

de Cefas.

Pero, cuando llegó a Éfeso, a pesar de ser hombre poderoso en las Escrituras, de haber sido instruido en el camino del Señor, de tener un espíritu fervoroso y de enseñar diligentemente lo concerniente al Señor, solamente conocía el bautismo de Juan. No conocía con exactitud el camino del Señor.

Cuando llegó a la sinagoga, comenzó a hablar con valentía. Un judío predicando sobre Jesús era un hecho notable. Priscila y Aquila lo escucharon con atención. Se dieron cuenta inmediatamente de lo que le faltaba. Así es el conocimiento de cualquier hermano que ha sido bien instruido en el evangelio. Percibe los errores con rapidez.

Lo grande de estos dos creyentes no era solo el conocimiento que poseían, sino también la delicadeza cristiana para tratar el problema. Sí, un predicador que no sabe bien el evangelio es un problema. Y más grande el problema si ese predicador es elocuente y transmite convicción a los que escuchan. Priscila y Aquila, con sabiduría y afecto, lo tomaron aparte para hablar a solas con él.

Le expusieron con más exactitud el camino de Dios, dice Lucas.

Apolos tuvo que haber aceptado la enseñanza que ellos le expusieron, porque inmediatamente se integró al grupo de cristianos que allí había. Esa actitud de Apolos fue tan notable como todo lo que sabía anteriormente. Apreció el conocimiento exacto del Camino. Nada mejor que saber bien lo que uno cree y creer todo lo que uno sabe sobre el Señor.

Por medio de sus mentores, Priscila y Aquila, supo el gran éxito que había tenido Pablo y su grupo cuando, en el segundo viaje misionero, trabajaron en Corinto y la provincia de Acaya. Nació en él un gran deseo de irse a Grecia, para ayudar a los hermanos en el continuo trabajo misionero que realizaban en la región. Expresó ese deseo a los hermanos, y ellos, dice Lucas:

Lo animaron y escribieron a los discípulos que lo recibieran.

Lucas, enseguida, agrega en su historia el siguiente comentario:

Al llegar a Acaya, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído, porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.

Sin las limitaciones doctrinales que tenía cuando llegó a Éfeso y ya totalmente identificado con la iglesia cristiana, podía anunciar el evangelio completo y podía predicar con más convicción, transmitiendo una nueva seguridad que antes ni él mismo tenía. La verdad del evangelio transmite seguridad a los más tímidos; cuánto más a los que por naturaleza ya tienen una personalidad fervorosa, como era el caso de Apolos.

Pablo en Éfeso: Rebautismo de creyentes (19:1-7)

Finalmente, Pablo llegó a Éfeso, donde, en el segundo viaje, solamente había estado de paso.

—¡Volveré! —había prometido a los judíos que, con tanto afecto por él, insistían en que se quedara con ellos un tiempo más extenso.

No fue posible entonces; pero, ahí estaba, para trabajar con ellos tanto como deseaban. Permaneció en Éfeso tres años. Más de la mitad del tiempo total que duró ese viaje.

Entretanto que Apolos estaba en Corinto, dice Lucas, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Éfeso.

Encontró allí a un grupo de discípulos, doce en total, a quienes preguntó:

—¿Recibieron ustedes el Espíritu Santo cuando creyeron?

—Ni siquiera oímos que el Espíritu Santo exista.

Extraña manera de enseñar a los nuevos conversos. Alguien cometió un grave error. ¿Cómo sería posible, para un ser humano, siquiera creer, sin la acción del Espíritu Santo en su mente y en sus emociones? El Espíritu había actuado en ellos, pero ellos no lo sabían. Eso puede ocurrir y ocurre constantemente. Pero es mucho mejor que la persona tenga clara conciencia de esa obra y esté estrechamente vinculada con el Espíritu Santo en todo lo que hace.

—¿En qué, pues, fueron ustedes bautizados? —preguntó Pablo.

—En el bautismo de Juan —respondieron.

Possiblemente eran conversos de Apolos, que habían aceptado el evangelio antes de que él recibiera la instrucción exacta sobre el camino de Dios.

Pablo, entonces, procedió a aclarar la enseñanza.

—Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento —declaró—. Enseñó al pueblo que creyeran en aquel que vendría después de él: Jesús, el Cristo.

El arrepentimiento es importante; sin él, Dios no puede perdonar los pecados del pecador. Sin arrepentirse sigue pecador, sin esperanza de salvación. Por otro lado, cualquier persona que hace un mal a alguien puede arrepentirse y hasta puede pedir perdón por esa falta. Pero, sin Cristo, ese acto no es más que una acción de buenas relaciones humanas. Y hasta puede ser un acto de conveniencia, sin que exista la menor intención de superar la raíz que produjo el daño. En nada de eso hay salvación. Solo hay salvación en Cristo.

Tampoco es suficiente saber acerca de Cristo. Por más que el conocimiento sobre él sea indispensable, es necesario creer en él. Solo cuando el pecador se arrepiente porque cree en Cristo, el Señor puede perdonarlo y, por medio del Espíritu Santo, fortalecer su voluntad para que no vuelva a cometer de nuevo la misma falta.

Cuando oyeron esto, dice Lucas, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.

Luego, Pablo les impuso las manos para que ellos recibieran al Espíritu Santo. Y lo recibieron. Dos hechos demostraron que lo habían recibido. Lucas escribió:

Hablaban en lenguas y profetizaban.

Comenzaron a hablar en idiomas extranjeros. Lo mismo que ocurrió, en Jerusalén, el día de Pentecostés, cuando los discípulos recibieron al Espíritu Santo. Hablaron idiomas que no conocían. ¿Objetivo? Predicar el evangelio a personas que solo hablan ese idioma y despertar su admiración para que, más fácilmente, crean en el mensaje que están escuchando. No se trataba de ruidos guturales o semejantes, sin contenido alguno, ya que un fenómeno tal, en lugar de generar comprensión del mensaje cristiano y despertar admiración para aceptarlo, puede generar temor, desconfianza y burla.

También profetizaron. En el Antiguo Testamento, profetizar significaba predecir acontecimientos futuros. Pero no siempre. También profetizaban los que, con claridad, enseñaban las verdades divinas. Esto ocurría con todos los profetas y se hizo presente también en las escuelas de los profetas. En esas escuelas no les enseñaban a predecir eventos futuros. Les enseñaban las verdades bíblicas con exactitud, para que pudieran enseñarlas con claridad y precisión.

Eran, entre todos, unos doce hombres, dice Lucas.

Un grupo pequeño. ¿Merecía la pena que el gran apóstol de los gentiles, con un mundo entero por delante para evangelizar, se ocupara de atender a tan pocas personas, en un error doctrinario que poseían por deficiencia de quien los hubiera adoctrinado o por otra razón? Claro que valía la pena. La conversión de la gente no se produce masivamente, sino en forma individual. Muchos pueden creer al mismo tiempo, como las conversiones del día de Pentecostés y otras que han ocurrido en la historia de la iglesia, pero cada persona de esos grandes grupos tuvo que creer por sí misma. El valor de la conversión reside en cada persona que se convierta. No se puede descuidar a nadie.

Pablo no descuidó a esos doce hombres, en esa oportunidad, ni descuidó jamás a nadie que necesitara creer.

La palabra del Señor: Crecía y prevalecía en Éfeso (19:8-22)

Luego, Lucas relata tres incidentes que muestran cómo la Palabra del Señor crecía y prevalecía en Éfeso.

El primero está relacionado con la sinagoga (19:8-9a). Lucas, al contar el incidente, comienza de la siguiente manera:

Entrando Pablo en la sinagoga, habló con valentía por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del Reino de Dios.

En su auditorio estaba la misma gente a la que había predicado hacía solo unos meses. Lucas no especifica el asunto tratado entonces. Debió haberles dicho que Jesús era el Mesías. Era lo que primero predicaba en todas las sinagogas. El tema sobre el cual enseñó en la segunda visita parece confirmarlo. Está un paso más adelante. Les habló sobre el Reino de Dios.

La diferencia entre el reino de Dios que esperaban los judíos y el

Reino de Dios enseñado por Jesús, que Pablo predicó, era abismal. Los judíos esperaban un reino terrenal, con un rey, el Mesías, que librara a todos los judíos del dominio romano y extranjero. Jesús predicó un reino espiritual y la liberación no era solo para los judíos, sino para todos los habitantes del mundo entero. Él era el Mesías que había venido al mundo para poner en libertad a todos los cautivos del pecado.

Gran diferencia.

Primero, porque muchos judíos, al formar parte del pueblo de Dios, no se consideraban pecadores. Entonces, la venida de ese Mesías no los beneficiaba a ellos en nada.

Segundo, porque esparcidos por todo el mundo, como estaban, ridiculizados y solamente tolerados por las autoridades y los pueblos donde se encontraban, sentían la necesidad de que el Mesías les trajera el prestigio de pueblo especial que Dios les había otorgado y los hiciera miembros de un reino superior a todos los reinos del mundo. Jesús no les ofrecía nada de eso. Al contrario, por lo que ocurría con sus seguidores, les parecía que, al aceptarlo, solo recibirían más opresión y más desprecio.

No fue una discusión breve. Duró tres meses. Se ve que las dos partes, el grupo de Pablo y los miembros de la sinagoga, se tomaron el tiempo necesario para aclarar las cosas que necesitaban estudio.

El resultado final no fue un rechazo de Pablo, por parte de todos los judíos. Muchos creyeron. Lucas los dice en forma negativa:

Como algunos se rehusaban a creer y maldecían el Camino delante de la multitud, Pablo se apartó de ellos y separó a los discípulos.

Los que no creyeron quedaron en la sinagoga y los que aceptaron el mensaje de Pablo se fueron con él. Fue una acción para evitar problemas mayores que pudieran crear dificultades a la predicación del evangelio en el resto de la ciudad. El evangelio siguió avanzando, aunque ya no desde la sinagoga.

Pablo instaló su centro de enseñanza en la escuela de Tirano.

El segundo incidente ocurrió en la Escuela de Tirano (19:9b-16). Pablo instaló su centro de enseñanza en la escuela de un hombre llamado Tirano.

Enseñaba en esa escuela, dice Lucas:

Cada día.

Hay ciertos manuscritos (Texto Occidental) que agregan la expresión: "desde la hora quinta hasta la décima". Si esta hubiera sido la lectura original, como probablemente era, indicaría algo muy interesante que, al mismo tiempo, mostraría la dedicación del apóstol y el realismo con que actuaba él en su trabajo misionero.

El período desde la hora quinta a la hora décima corresponde, en nuestra manera de contar las horas del día, al período que va desde las 11 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Tiempo de siesta en las ciudades

de Jonia, donde estaba Éfeso, como en muchos otros lugares del mundo mediterráneo. Quiere decir que Pablo utilizaba la escuela de Tirano en momentos cuando esta no tenía otra actividad. Estuvo dispuesto a arrendar un lugar donde alguien enseñaba algo sin relación alguna con el evangelio. Además, enseñaba en el momento del día menos apropiado para la gente. Como decía un escritor, más gente de Éfeso estaba durmiendo a la 1 de la tarde que a la 1 de la mañana.

El mal horario no le importó nada a Pablo. Ni le impidió en nada para el éxito de su trabajo. Estuvo en estas condiciones por largo tiempo. Lucas dice:

Continuó así por espacio de dos años, de manera que todos los habitantes de Asia, así judíos como griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús.

No era el mal horario lo que atraía a la gente. Era la pasión del apóstol. Su forma de enseñar. El contenido de su enseñanza. No hay excusa para no predicar el evangelio. Pablo decía que es necesario predicar a tiempo y fuera de tiempo. El Espíritu Santo se encarga del resto. Hasta de atraer a la gente cuando preferiría estar durmiendo.

El resto del día, Pablo no estaba ocioso. Hacía tiendas y otras actividades.

Cuando, al regresar del tercer viaje misionero, hizo llamar a los ancianos de Éfeso para que se encontraran con él en Mileto, para saludarlos, entre otras cosas, les dijo:

—Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes bien, ustedes saben que para todo lo que yo y mis compañeros hemos necesitado, estas manos me han servido. (Hech. 20:33, 34.)

Entre sus otras actividades, Lucas dice:

Y, por mano de Pablo, hacía Dios milagros extraordinarios, de tal manera que hasta los pañuelos o los delantales que habían tocado su cuerpo eran llevados a los enfermos, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían.

Los milagros llamaron la atención de todos. Hasta un grupo de judíos, exorcistas ambulantes, quisieron hacer lo mismo que hacía Pablo, con el objetivos de aumentar el éxito de su práctica y hacer mejor su negocio. Decían a los espíritus malos:

Los conjuramos por Jesús, el que Pablo predica.

Siete hijos de Esceva, jefe de los sacerdotes judíos, quisieron exorcizar un espíritu malo, pero el espíritu les respondió:

—A Jesús conozco y sé quién es Pablo, pero ustedes ¿quiénes son?

Eran hombres sin el poder de Pablo, sin el poder de Dios. Dios actuaba por medio de Pablo para que la gente viera su poder y creyera en el evangelio. Pero esos hombres no podían hacer lo que Pablo hacía. No tenían poder alguno.

El hombre en quien estaba el espíritu malo, escribió Lucas, saltando

sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos.

Los demonios podían hacer muchas cosas, pero detener el progreso del evangelio no podían. El poder de Dios era superior. Superior a todos los poderes sigue siendo hasta hoy, y en el futuro lo será también. Por eso el evangelio sigue avanzando. No se detendrá nunca, hasta que el plan de Dios se cumpla en plenitud.

Y el tercer incidente estaba relacionado con los que temieron y glorificaron el nombre del Señor (19:17-20). El poder divino que actuaba a través de Pablo se hizo notorio a todos los habitantes de Éfeso. La atracción de Pablo, que le permitía tener reuniones en los horarios más inconvenientes y tener público, estaba en el poder divino que actuaba en él. La gente siempre acudirá al lugar en el que Dios esté presente y se note. Esto afectó a judíos y a griegos.

Todos ellos, dice Lucas, tuvieron temor y glorificaron el nombre del Señor Jesús.

Los que habían creído y los que habían practicado la magia sintieron que el Espíritu Santo los impulsaba a la acción.

Los que habían creído confesaban sus prácticas malvadas para obtener perdón de Dios y apartarse de ellas. Querían obedecer a Dios, y comenzaban por la confesión.

Los que habían practicado la hechicería, movidos por el mismo Espíritu, trajeron sus libros y, apilados en un montón, los quemaron. Eran muchos. Calcularon su valor en cincuenta mil monedas de plata, sin duda, dracmas griegas. Representaban el salario de un hombre durante cincuenta mil días de trabajo. Casi un siglo y medio. Mucho dinero. Eso indica la enorme cantidad de hechiceros que había en Éfeso y el tamaño del impacto que la predicación de Pablo hizo entre ellos.

Por eso, lo que Lucas escribió a continuación de estos relatos no era exagerado:

Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.

Cuando todo estaba yendo bien, Pablo dirigió su mente hacia el futuro. Macedonia. Acaya. Jerusalén. Roma.

Se propuso ir a Jerusalén, pasando por Macedonia y Acaya.

Además, pensó:

“Después que haya estado en Jerusalén, tengo que visitar Roma”.

Seguía haciendo grandes planes. Confirmar a los creyentes en el viaje a Jerusalén. Después, visitar Roma para entregar su propia contribución al anuncio del evangelio en la ciudad más importante del mundo entero.

Pablo no se demoraba mucho para ejecutar sus planes. Inmediatamente envió a Timoteo y a Erasto, delante de él, a Macedonia. Objetivo de ese viaje: ayudar a los corintios en los problemas que se habían levantado entre ellos. Así escribió Pablo a los corintios:

Por esto mismo les envié a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual les recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseño en todas partes y en todas las iglesias. (1 Cor. 4:17.)

Mientras tanto, Pablo se quedó en Asia, por un corto tiempo más, escribió Lucas.

Disturbio contra el Camino: Diana vencida (19:23-41)

Todo había ocurrido demasiado bien en Éfeso: El rebautismo de los doce que solo habían conocido el evangelio del arrepentimiento predicado por Juan el Bautista. Las buenas relaciones con la sinagoga en la que estuvo enseñando por tres meses. La separación pacífica de los cristianos que se reunían junto a los judíos cuando algunos de ellos rechazaron la predicación de Pablo sobre el Reino de Dios. El progreso de la iglesia cristiana durante los dos años que Pablo predicó en la escuela de Tirano. Los milagros que Dios había hecho a través de Pablo. La superioridad manifestada por el poder de Dios sobre los demonios en relación con el trabajo de los judíos exorcistas itinerantes. La victoria sobre la magia satánica, cuando griegos y judíos aceptaron el evangelio. Todo había corrido bien para los misioneros.

Pero las fuerzas enemigas ocultas estaban vivas. En acción. Solo esperando el momento oportuno para dar un golpe duro sobre Pablo. Ocurrió en defensa de la diosa Atenea, Diana, para los romanos.

Hubo un disturbio acerca del Camino, dice Lucas.

Parece que el disturbio, aunque visiblemente provocado por paganos, tenía por detrás también a los judíos. Especialmente los que rechazaron el Camino cuando cristianos y judíos se separaron (19:9).

El Camino era el nombre que muchos judíos daban al cristianismo, debido a que los creyentes, cuando creían en Jesús, aceptaban un camino de vida, un modo de vivir, diferente del resto. También porque los cristianos repetían a menudo las palabras de Cristo:

—Yo soy el camino, la verdad y la vida.

Palabras que, más tarde, Juan registró en su Evangelio (14:6). También decían que existía solo un camino hacia la salvación: Jesús, el Cristo.

El disturbio acerca del Camino, que se levantó en Éfeso, nada tenía que ver con doctrinas religiosas como tales. Fue provocado por las ganancias financieras de la religión. Afán de lucro.

La inició un platero llamado Demetrio. Hacía templecillos de plata dedicados a la diosa Artemisa, Diana para los romanos. La parte más sagrada del templo con una estatuita de Diana. La predicación de Pablo había complicado el negocio de los plateros. Habían disminuido los compradores. Esto muestra la gran cantidad de gente que había aceptado el cristianismo.

Diana era la diosa de la naturaleza, de la caza, de la castidad y del nacimiento. En los libros de Homero aparece como señora de los animales.

Demetrio reunió a los artistas que diseñaban los templecillos, las estatuas y varios otros exvotos u ofrendas que los devotos de Diana le ofrecían en el templo y a los trabajadores que los hacían. Les dijo:

—Ustedes saben que de este oficio obtenemos nuestra riqueza. Pero, como oyen y ven, este Pablo, no solo en Éfeso, sino también en casi toda la provincia de Asia, enseña que no son dioses los que se hacen con las manos.

El peligro financiero que enfrentaban era grande. Pero había un peligro religioso también.

No solo hay el peligro de que se desprestigie nuestro oficio; también está el peligro de que la diosa Diana sea despreciada y que ella misma, a quien adora toda Asia y el mundo entero, sea despojada de su divina majestad.

Esto les parecía muy grave, porque Éfeso había recibido el título de ciudad protectora de dioses, y si abandonaran a Diana también la ciudad perdería su prestigio.

Los convocados por Demetrio salieron a la calle, para manifestar su oposición a Pablo. Su grito de guerra era:

—¡Grande es Diana de los efesios!

La gente de la ciudad, sin saber la causa por la cual esos hombres gritaban por la calle, se sumaron a la procesión y se reunieron todos en el teatro, lugar de reunión habitual para todo asunto que congregara una multitud. Llevaron con ellos a Gayo y Aristarco, dos integrantes del equipo asistente de Pablo. Eran de Macedonia.

Cuando Pablo vio el tumulto y el peligro que corrían sus compañeros, quiso presentarse a la multitud. Pero los discípulos, entendiendo que el peligro era mayor para Pablo que para ninguno de ellos, se lo impidieron. En la misma línea de pensamiento algunos integrantes de las autoridades le enviaron un mensaje, diciendo:

—Por favor, no te presentes en el teatro.

La asamblea era una tremenda confusión. Cada uno gritaba algo diferente y la gran mayoría ignoraba la razón por la que estaba ahí.

De repente, de entre la multitud, algunos empujaron a Alejandro hacia adelante para que hablara. Posiblemente el herrero judío semiconvertido al cristianismo de quien Pablo, más tarde escribió a Timoteo:

—Me ha hecho mucho daño. El Señor le dará su merecido. Tú también cuídate de él, porque se opuso tenazmente a nuestro mensaje. (2 Tim. 4:14.)

En la confusión, trató de hablar, pero cuando se dieron cuenta de que era judío, la gente se puso a gritar, como por dos horas, repitiendo lo mismo:

—¡Grande es Diana de los efesios!

Nada se aclaraba con los gritos. El único que actuó con cordura fue el secretario de la ciudad, autoridad ejecutiva de la asamblea cívica. Era también el contacto oficial entre el gobierno de la ciudad y la adminis-

tración romana de la provincia, cuya sede estaba en Éfeso. Sabía él que si ocurría cualquier cosa ilegal en esa reunión él sería responsable ante las autoridades romanas y la ciudad tendría que pagar elevadas multas. Calmó a la multitud y dijo:

—Ciudadanos de Éfeso, ¿acaso no sabe todo el mundo que la ciudad de Éfeso es guardiana del templo de la gran diosa Diana y de su estatua caída del cielo? Ya que estos hechos son innegables, es necesario que ustedes se calmen y no hagan nada precipitadamente.

Desde tiempos antiguos, se consideraba caída del cielo la imagen de un dios, hecha de algún meteorito. En tiempos posteriores se siguió usando la misma expresión para dioses hechos de otros materiales.

Siguió diciendo:

—Ustedes han traído a estos hombres, aunque ellos no han cometido sacrilegio alguno ni han blasfemado contra nuestra diosa.

Es decir, no son culpables de ningún delito relacionado con la diosa que ustedes desean defender. Si no hay ofensa, no hay defensa. Reconoció, sin embargo, que Demetrio pudiera tener razón en otro aspecto del asunto que no estaban mencionando. Tampoco él lo identificó. No era apropiado hablar directamente de lucro en un asunto que se presentaba como religioso.

—Así que —agregó—, si Demetrio y sus compañeros de oficio tienen alguna queja contra alguien, que lo lleven a los tribunales y a los gobernadores. Si tuvieran alguna otra demanda, pueden resolverla en una asamblea legítimamente convocada.

Esa no era legítima. Sobre esa base, presentó su último argumento:

—Tal como están las cosas —dijo—, con lo que está sucediendo aquí, corremos el riesgo de ser acusados por causar disturbio. En ese caso, ¿qué razón podríamos ofrecer para justificar esta asamblea, si no tenemos ninguna?

Todo aclarado. Disolvió la reunión. Cada uno tomó su camino, sin saber para qué se habían reunido. Parecía todo sin sentido. Pero, para Demetrio y los judíos que actuaban manipulando la situación, tenía sentido. Habían tratado de condenar a Pablo y conseguir un castigo ejemplar para él, la muerte si hubiera sido posible o, por lo menos, la expulsión de la ciudad. No consiguieron nada. No sabían ellos que Pablo ya había planeado su partida, ni sabían que estaba a punto de irse.

En todo caso, las fuerzas ocultas no habían podido vencer el poder de Dios que, a través de Pablo, actuó en Éfeso para salvar mucha gente.

Macedonia y Grecia: Victoria sobre los enemigos (Hechos 20:1-3)

La tarea en Éfeso había sido, la mayor parte del tiempo, sin la acción violenta de los tradicionales enemigos de Pablo; pero no sin dificultades. Las dificultades mayores llegaron a él en forma solapada. No tan directas como el disturbio final. Las fuerzas del mal trabajaban de ma-

nera oculta, pero enfrentaron a Pablo con toda su fuerza. Usaron a los incrédulos de la sinagoga, a los exorcistas itinerantes y, finalmente, a Demetrio y a los plateros con la diosa Diana. Pero no lograron detenerlo. El diablo trabajó mucho para vencerlo, pero fue derrotado.

En Macedonia y en Grecia tuvo que enfrentar enemigos humanos. El diablo también estaba involucrado, como siempre, pero no en forma tan directa como en Éfeso.

Macedonia: Trabajos importantes (20:1, 2a)

Pablo permaneció en Éfeso poco tiempo más, después del alboroto. Suficiente para ver que la dificultad se había calmado. Un hombre como Pablo, siempre preocupado por el bienestar de los discípulos, no hubiera podido salir sin la seguridad de que todo estuviera bien para ellos. Especialmente en esta oportunidad, cuando los dirigentes de la ciudad no estaban contra él.

Acerca de su partida, Lucas brevemente escribió:

Cuando cesó el alboroto, llamó Pablo a los discípulos y, habiéndolos exhortado y abrazado, se despidió y salió para Macedonia.

Los tres años de su permanencia en Éfeso habían llegado a su fin (54-57 d.C.).

Se dirigió primero a Troas, la ciudad en la que, en el segundo viaje, Dios, por medio de un sueño, le indicó que debía ir a Macedonia. Esperaba encontrarse con Tito. Lo había enviado desde Éfeso para atender los problemas morales y doctrinarios que se habían levantado en esa iglesia. Probablemente llevó la primera Epístola a los Corintios, que Pablo escribió desde Éfeso, en la primavera del año 57 d.C., poco antes de terminar su trabajo allí. No sabemos cómo se combinaron para encontrarse en Troas, pero es claro que Pablo esperaba encontrarlo allí. Así se lo dijo a los corintios en la segunda carta que les escribió, poco después, desde Macedonia, en el verano del año 57 d.C.:

“Cuando llegué a Troas para predicar el evangelio de Cristo, aunque se me abrió puerta en el Señor, no tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito. Por eso, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia” (2 Cor. 2:12, 13).

Dos tareas cumplió en Troas. Predicó el evangelio porque el Señor le abrió una puerta grande y eficaz. Y esperó a Tito. No llegó. Como estaba tan ansioso por saber acerca de la reacción que su carta había producido en los corintios, no pudo quedar en Troas por más tiempo.

Se fue a Macedonia. No encontró a Tito. Pero en la ciudad de Filipos lo esperaba Timoteo. Juntos siguieron visitando a los discípulos que vivían en las ciudades en las que estuvieron en el segundo viaje. Esta vez posiblemente viajaron por la Vía Egnatia hacia el oeste, quizás hasta el fin de ella, en la costa del Mar Egeo, frente a Italia. Esto dio a Pablo la oportunidad de predicar el evangelio en Ilírico, territorio al norte de

Macedonia, como él dice:

“Desde Jerusalén y por los alrededores, hasta Ilírico, todo lo he llenado con el evangelio de Cristo” (Rom. 15:19).

Todo este trabajo entre los creyentes, en Macedonia y en Ilírico, donde aún no había ningún cristiano, le llevó más o menos un año y medio. Desde el verano del año 55 hasta la última parte del año 56 d.C.

Grecia: Complot de sus enemigos (20:2b-3)

Pablo usa el nombre de Grecia como sinónimo de Acaya. Estuvo tres meses; durante el invierno, entre los años 55 y 57 d.C. En el hemisferio norte el invierno va de diciembre a marzo. Estuvo casi todo el tiempo en Corinto, a causa de los problemas que habían surgido allí. Muchos ya resueltos; otros necesitaban su atención.

En ese tiempo, Pablo estaba muy preocupado por un tema capital para la salvación: la justificación por la fe. Escribió una carta sobre él a los Gálatas, al fin del año 57 o muy al comienzo del 58 d.C. Además, quería informar a los hermanos de Roma que estaba planeando visitarlos. Juntó los dos asuntos y, desde la ciudad de Corinto, en los primeros meses del año 58 d.C., escribió la Epístola a los Romanos.

Sobre la justificación por la fe, les dijo:

“No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío primeramente y también al griego, pues en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (Rom. 1:16, 17).

Luego, en el resto de la Epístola, explica la justificación. Su gema más preciosa dice lo siguiente:

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1).

Y, estableciendo la justificación por la fe como sinónimo de reconciliación, aclara:

“Porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Rom. 5:10).

Con esto, afirmó que la justificación por la fe es reconciliación con Dios. Y, por estar reconciliados, o justificados por la fe, somos salvos por la muerte de Jesús.

Acerca de su viaje a Roma, les dijo:

“Desde hace mucho tiempo he deseado ir a verlos. Cuando vaya a España, iré a ustedes, pues espero verlos al pasar y ser encaminado hacia allá por ustedes”. (Ver Rom. 15:23b-24.)

Cuando terminaron los tres meses de esa visita, descubrió que el plan de embarcarse hacia Siria había sido descubierto por sus enemigos. También supo que ellos, complotando contra él, querían matarlo en el viaje. Por eso, dice Lucas:

Tomó la decisión de volver por Macedonia.
Viajó por tierra para embarcarse en Neópolis rumbo a Troas, en Asia.

Retorno por Asia: Victoria sobre la muerte (Hechos 20:4-38)

No iba solo. Lo acompañaba una delegación de discípulos. En todas las iglesias, Pablo había estado juntando una ofrenda para los hermanos de Judea, y llevaba consigo una gran suma de dinero. Por eso, quiso llevar representantes de varios lugares, probablemente de los que más dieron, para que le sirvieran como testigos y evitar así cualquier sospecha contra su administración de ese dinero. Incidentalmente, lo había dicho a los corintios cuando, en su viaje de ida, les había escrito desde Macedonia. Al mencionarles que Tito, con la misma preocupación que él tenía por ellos, muy solícito, decidió ir a visitarlos; alguien a quien él llama el hermano quiso ir con él. De ese hermano, dice:

"Y no solo esto, sino también fue designado por las iglesias como compañero de nuestra peregrinación para llevar este donativo, que es administrado por nosotros para gloria del Señor mismo y para demostrar la buena voluntad de Uds. Evitamos así que nadie nos censure en cuanto a esta ofrenda abundante que administramos". (Ver 2 Cor. 8:19, 20.)

Nada secreto hacía Pablo en relación con los asuntos financieros de la iglesia. Estaba todo a la vista, siempre. No solo era honesto; mostraba su honestidad y la demostraba. Ningún interés personal. Ningún provecho propio. Estaba todo él abierto y totalmente entregado al Señor y a la misión, de tal manera que su vida, toda ella, era de una transparencia incuestionablemente clara.

Los miembros de la delegación (20:4-6)

En la delegación había discípulos de varios lugares: Berea, Tesalónica, Derbe y Asia. Se habían ido sumando al grupo de Pablo a medida que él avanzaba en el viaje, desde Galacia, pasando por Asia, Macedonia, Ilírico y Acaya, hasta Corinto. De Corinto comenzó el regreso con destino a Jerusalén. Como vimos, por causa del complot, tuvo que hacer el viaje más lento, volviendo por tierra hasta Macedonia, para embarcarse hacia Troas desde Neópolis, puerto de Filipos.

Lucas no menciona ningún delegado de Corinto. Eso podría dar la impresión de que los corintios no dieron su contribución a la ofrenda, pero no fue así. Los miembros de Acaya también dieron. Cuando Pablo contó a los romanos acerca de esta donación, les dijo:

"Ahora voy a Jerusalén para ministrar a los santos, porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén". (Ver Rom. 15:25, 26.)

Todos habían sido generosos. Los creyentes de Acaya eran ricos, los Macedonios, pobres; pero todos dieron de acuerdo con lo que podían.

Aunque los Macedonios dieron más de lo que podían. Con gozo de misionero, Pablo les escribió a los corintios:

"Asimismo, hermanos, les hago saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia, porque, en las grandes tribulaciones con que han sido probadas, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediéramos el privilegio de participar en este servicio para los santos". (2 Cor. 8:1-4.)

¿Por qué podían ser tan generosos?

"Porque primero a sí mismos se dieron al Señor y luego a nosotros, por la voluntad de Dios". (2 Cor. 8:5.)

Dos principios importantes para ser generosos: Primero, darse uno mismo al Señor; luego, dar los recursos materiales en la medida que uno puede, y más. La iglesia necesita atender dos gastos ineludibles: el sostén de los ministros y el avance de la empresa misionera. Atiende el primero con los diezmos y el segundo con las ofrendas. Las ofrendas son voluntarias. Serán del tamaño que tenga el interés por la salvación de los perdidos.

Una vida espiritual débil y enfermiza tendrá poco interés en la salvación de los pecadores, y las ofrendas serán mezquinas, porque el egoísmo cautiva la voluntad de esas personas. En cambio, una experiencia espiritualmente rica, de continua comunión con Dios por medio del Espíritu Santo, estará siempre interesada en la salvación de los demás, y las ofrendas de esos cristianos, generadas por una actitud generosamente liberal, serán abundantes y entregadas a la iglesia con el verdadero placer de un espíritu sin egoísmo y fiel.

Luego, Lucas escribió:

Los delegados se adelantaron y nos esperaron en Troas.

Mientras, Pablo permanecía en Filipos, con su grupo de misioneros que desde ese instante incluyó a Lucas, de nuevo.

Pero nosotros, agrega Lucas, zarpamos de Filipos después de la fiesta de los Panes sin Levadura, y a los cinco días nos reunimos con los otros en Troas, donde pasamos siete días.

La semana de los Panes sin levadura, la Pascua, del año 57 d.C., ocurrió del 7 al 14 de abril. No hay registro de lo que Pablo hizo en Filipos durante ese tiempo. Pero debió haberse dedicado a trabajar por sus hermanos judíos de la sinagoga, ya que el interés de Pablo, por la salvación de ellos, no lo abandonaba nunca, y esa fecha era muy apropiada para hacerlo.

Siete días en Troas: Una despedida de gran consolación (20:7-12)

Lucas concentra su relato en un solo hecho ocurrido el último día que Pablo estuvo en Troas. Se reunió para despedirse de los hermanos y

era el primero de la semana, porque partiría al día siguiente temprano. Lucas pudo haber usado el sistema romano, que contaba los días de doce de la noche hasta las doce de la noche siguiente; y, en ese caso, la reunión fue el domingo por la noche. O pudo usar el modo judío, que contaba los días desde la puesta del sol hasta la siguiente puesta del sol. La reunión, en este caso, ocurrió en nuestro sábado de noche. De cualquier manera, era el primer día de la semana.

Lo más probable es que Lucas haya seguido el sistema romano y la reunión haya sido el domingo por la noche, porque la partida ocurrió *al siguiente día temprano*. Si hubiera sido el sábado de noche, el siguiente día habría ocurrido después de la parte luminosa del día domingo y toda la noche del segundo día, para, después de ese tiempo, salir temprano el segundo día de la semana. Mucho tiempo entre la reunión y la partida. El relato no deja espacio para todo ese tiempo. Pablo extendió el discurso hasta la medianoche, porque estaba a punto de partir.

Tres cosas ocurrieron esa noche del primer día de la semana. Los que estaban reunidos, discípulos de Troas y acompañantes de Pablo, partieron el pan; Pablo pronunció un discurso que prolongó hasta la media noche; y el incidente con Eutico, que dio el tono a toda la reunión.

El partimiento del pan: ¿Era la Santa Cena? (20:7a). Unos dicen sí. Otros, no: afirman que era una cena de camaradería por la despedida de Pablo. Y hay incluso quienes dicen que fue una cena de camaradería y, al final, terminaron celebrando la Santa Cena. El texto no da para tanto. Parece claro que, en la reunión, celebraron la Santa Cena igual que en Jerusalén partían el pan en las casas (Hech. 2:42).

El hecho de que haya celebrado la Santa Cena en esa reunión del primer día de la semana no es indicio de que el domingo fuera un día especial para los cristianos, como era el sábado, o que lo sustituyera, porque los cristianos en Jerusalén tomaban la Santa Cena todos los días de la semana.

Perseveraban unánimes, dice Lucas, cada día: se reunían en el Templo, partían el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo el favor de todo el pueblo. Y, cada día, el Señor añadía a la iglesia a los que habían de ser salvos (Hech. 2:46, 47).

¿Se reunieron el domingo de noche porque era un día especial o porque Pablo se iba?

Porque Pablo se iba, es evidente.

¿Celebraron la Santa Cena porque era domingo, entendiendo que ese era el día en que cada semana se reunían para hacerlo?

Lucas no da indicio alguno que permita concluir la práctica de la Santa Cena cada domingo de todas las semanas, como un día especial. El verbo *partir el pan*, en el texto griego, es infinitivo en aoristo segundo. F. Blass y A. Debrunner, en su famosa *Gramática griega del Nuevo Testamento*,

declaran:

"La acción puntual, momentánea, en el aoristo, se concibe como un punto que se ubica ya sea al comienzo o al final de la acción" (p. 318).

Su carácter puntual, no repetitivo, es aquí la clave para entender que no se trata de algo que se ha estado haciendo cada domingo, ni algo que se realizará de ahí en adelante todos los domingos. Ocurrió ese domingo en particular y nada más.

Lo importante del relato no es el día en que ocurrió, ni el ambiente de Santa Cena en que ocurrió, sino lo que ocurrió: una reunión de despedida, porque Pablo se iría al día siguiente.

El discurso de Pablo (20:7b). No fue un discurso formal, como discurso de culto. Una conversación. Lucas, en el texto griego, dice:

Pablo conversó con ellos estando a punto de partir al día siguiente.

Una conversación para hacerles recordar los asuntos importantes que les había enseñado y los respectivos argumentos que los aclaraban. Pablo quería estar seguro de que recordaban todas sus enseñanzas. No se restringió por causa del tiempo.

Alargó el discurso hasta la media noche, agregó Lucas.

Este ambiente distendido, sin formalidades de ninguna naturaleza, familiar y nocturno de la reunión, también indica que no se trataba de una reunión formal practicada por la iglesia, en un culto de adoración, para el cual los cristianos hubieran consagrado el día domingo, excluyendo los otros días para esa actividad.

Era la conversación de un misionero que se despedía. Una fiesta con elementos espirituales, sociales y afectivos. Un hecho puntual que correspondía a esa ocasión sola, porque Pablo no estaría despidiéndose todos los días.

Eutico, una tragedia que trajo consuelo (20:8-12). Lucas llama la atención a un detalle, aparentemente sin mucho significado: la iluminación del lugar. Escribió:

En el cuarto del piso superior donde estábamos reunidos, había muchas lámparas encendidas.

El cuarto estaba totalmente iluminado. Nada secreto, ni siniestro estaba ocurriendo allí. Todo era claro. Además, la reunión se realizaba en el piso más alto de la casa, el lugar reservado para las reuniones sociales y espirituales. Los eventos que, por su iluminación, se volvían visibles para toda la gente que estuviera en las otras casas y sus alrededores.

Por otro lado, el aceite que las lámparas quemaban enrareció el aire, y Eutico, un joven que estaba sentado en una ventana, se durmió. Fue trágico.

Cayó del tercer piso abajo, escribió Lucas, y fue levantado muerto.

El médico Lucas sabía de qué estaba hablando. Los hermanos se conmovieron. Dolor. La muerte siempre genera dolor, muy intenso. Muy mala forma de terminar una reunión cristiana que, además, por la mis-

ma iluminación del cuarto, muchas personas del vecindario sabían que estaba ocurriendo. A menudo se levantaban extrañas acusaciones contra los cristianos. Bien podrían acusarlos de haberlo matado como un acto cultural dedicado a la Deidad. Todo se juntaba en el dolor del grupo. Pero Pablo, descendiendo al lugar donde habían puesto al muerto, con la seguridad de una fe que conoce bien la voluntad de Dios, les dijo:

—¡No se alarmen! ¡Está vivo!

Luego, procedió del mismo modo que en tiempos antiguos habían actuado Elías y Eliseo. Cuando murió el hijo de la viuda de Sarepta, Elías oró.

Luego se tendió tres veces sobre el joven y clamó: ¡Señor mi Dios, devuélvele la vida a este joven! El Señor oyó el clamor de Elías y el joven volvió a la vida. (2 Rey. 17:21, 22.)

Cuando murió el hijo de la benefactora de Eliseo en Sunem, entró en el cuarto del joven, cerró la puerta y oró al Señor.

Luego se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas. Se tendió así sobre él y el cuerpo del niño entró en calor. Despues se levantó y se paseó por la casa de una a otra parte. Despues subió y se tendió sobre el niño nuevamente. Entonces, el niño estornudó siete veces y abrió sus ojos. (2 Rey. 4:34, 35.)

Pablo hizo lo mismo. Lucas lo describió así:

Se tendió sobre el niño y lo abrazó.

Luego, dijo:

—No se alarmen. Está vivo.

Todos volvieron al tercer piso, para continuar con la reunión. Pablo partió el pan, ya era el segundo día de la semana, y continuó conversando con ellos hasta el amanecer. Luego, se fue.

Los hermanos también se fueron del aposento en que sus emociones de despedida se había tornado más tristes por la muerte de Eutico. Pero, como lo llevaban vivo, se consolaron. Se consolaron de la despedida y de la muerte. ¿No hay acaso algo de muerte en cada despedida? El consuelo viene por la resurrección de todo lo que necesite volver a la vida. En el espíritu de los discípulos de Troas, había revivido todo.

Viaje de Troas a Mileto: Soledad productiva (20:13-16)

Los compañeros de Pablo se embarcaron inmediatamente. Pero él decidió hacer a pie el viaje de Troas a Asón, el siguiente puerto en el que atracaría la nave. El camino era directo y más corto que el viaje por mar. Pablo necesitaba estar solo. Mientras caminara, podría meditar, orar y pensar de nuevo sus planes para el futuro.

La mente de un hombre que trabaja con gente, siempre argumentando para convencer a los demás, necesita el descanso de la soledad. En soledad se reavivan las mejores fuerzas espirituales, el espíritu creativo

se agiliza, se fortalece la capacidad argumentativa, el autocontrol se hace más firme. Las energías espirituales y mentales, en la libre conversación con Dios que la mente realiza en soledad, se multiplican, se vuelven más comunicativas y más convincentes. Pablo necesitaba esa soledad.

Cuando se reunió con nosotros en Asón, escribió Lucas, tomándolo a bordo, navegamos a Mitilene.

Al día siguiente pasaron frente a Quío y un día después atracaron en Samos e hicieron una pequeña escala en Trogilio, y al tercer día llegaron a Mileto. Pablo había pensado ir de Mileto a Éfeso, pero había descartado la idea porque deseaba llegar a Jerusalén con tiempo para estar allí en el día de Pentecostés, que ese año, 57 a.C., caía el 29 de mayo.

En Mileto: Reunión con los ancianos de Éfeso (20:17-35)

Pero, al llegar a Mileto, supo que el barco quedaría varios días en ese puerto. Envió un mensajero, a los ancianos de Éfeso, que les hizo saber su deseo de reunirse con ellos en Mileto.

Fueron.

La ocasión resultó memorable. Un ejemplo de relación pastoral con los conversos ganados por un misionero incansable y constantemente interesado en sus conversos.

Pablo transmitió instrucciones precisas de gran valor para ellos y para todos los dirigentes espirituales en todos los tiempos. Tocó los siguientes asuntos:

Primero. Conducta y labor de un misionero (20:18-21).

Pablo comienza sus últimas instrucciones a los efesios haciéndoles recordar qué clase de conducta observó él mientras estuvo con ellos.

—Ustedes saben cómo me he comportado entre ustedes todo el tiempo, desde el primer día que llegué a Asia.

La conducta a la que Pablo se refirió es una manera de ser. Lo que él hizo cuando estaba con ellos no era una conducta pasajera o circunstancial. Era su modo de actuar permanente, porque él era así.

—Y ustedes lo saben —dijo—. Observen el interior de sus propios pensamientos acerca de mí. Esos pensamientos que se formaron mientras ustedes veían mis acciones diarias. Ahí ustedes saben lo que yo soy. Nadie les contó sobre mí. Nadie colocó en ustedes esas ideas sobre mí, ni yo mismo. Ustedes las elaboraron por ustedes mismos, porque vieron lo que yo hacía. No solo saben sobre mí; ustedes entienden lo que hago: conocen mis motivaciones, mis intenciones, mis objetivos. Todo lo que yo soy estuvo abierto al escrutinio de ustedes. Así me conocen.

—Ustedes saben —continuó— que desde el primer día que llegué he estado sirviendo al Señor con toda humildad.

“Fue un servicio semejante al servicio de un esclavo. Nunca rechacé una orden del Señor, nunca reclamé un derecho delante de él, nunca me quejé de nada. Fui su obediente esclavo todo el tiempo. Humilde. Con la

humildad de la mente que se coloca por debajo de la mente de Dios y de los seres humanos, porque está determinada a servirlos. Ningún pensamiento de beneficio propio, en el servicio, salvo codicia de que Dios me aceptara como su siervo y de que ustedes no rechazaran mi servicio.

“Serví al Señor con muchas lágrimas y pruebas que me vinieron por las asechanzas de los judíos.

“¿Qué eran mis lágrimas sino solo un modo de mostrar mis emociones comprometidas con Dios hasta la angustia? ¿Qué era mi dolor, cuando dolía, más que el látigo en mi carne, azotado con la fuerza brutal del enemigo, que el Señor convertía en fuerza nueva para seguir sirviéndolo con gozo? ¡Enemigos! ¿Qué son los enemigos, qué pueden contra mí, cuando el poder de Dios está conmigo?

“Ustedes saben que no he vacilado en predicarles nada que les fuera de provecho, sino que les he enseñado públicamente y en las casas.

“Fui un verdadero pastor para todos ustedes. Cuidé de ustedes cuando estaban en problemas, los cuidé cuando problemas no tenían. Les prediqué la verdad del Señor que más necesitaban y la que necesitaban menos no dejé de anunciarles. Les enseñé cuando ustedes eran parte de la comunidad entera de creyentes y también les enseñé en la misma intimidad de sus hogares, donde ustedes eran solo una persona, preciosa para Dios, para mí preciosa. El corazón pastoral que Dios me dio no podía descuidarlos en momento alguno. Nunca pude desentenderme de ustedes. Los busqué, los serví, los amé, y por ustedes sufrió sin nunca renegar mi sufrimiento.

“He testificado a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento ante Dios y acerca de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

“Para los incrédulos fui misionero, predicador, evangelista. No hice diferencia entre judíos y gentiles. Ni raza, ni color, ni posiciones me hicieron pensar en tratos diferentes. Fui todo para todos. Dios demandaba, de todos, la básica actitud de arrepentidos. Sin arrepentimiento no puede haber perdón; y sin perdón nadie se salva. Les hablé del perdón, les enseñé cómo vivir el arrepentimiento, sin ninguna falsedad, con la honesta integridad de la tristeza, esa tristeza que siente su dolor por lo que ha hecho, nunca por el duro sinsabor de las consecuencias.

“Les hablé de la fe. Les conté sobre el Señor Jesucristo. Les dije todo lo que la fe en él significa para una persona separada de Dios, perdida. Salvación. Vida eterna. Alegría y gozo desde ahora y para siempre. Una clara conciencia, sin perturbaciones, con la paz de un río muy hondo, con la alegría de una mañana muy tierna, en plena primavera, toda cubierta de flores. También les dije que todos nos parecemos a él cuando creemos. Cuando creemos, él mismo vive en nosotros, y nosotros solo somos su espejo, donde en cada momento se refleja él mismo, su propia presencia, su vida como ella es cuando él la vive. Él en nosotros y nosotros en él, una sola persona, cuando en él creemos con toda la fuerza de nuestra fe sen-

cilla, tan sencilla como la mano simple de un niño cuando pide.

“Eso fui yo, fue eso lo que hice para ustedes en el pasado”.

¿Y ahora?

Segundo. Solo estimo una cosa preciosa: concluir mi carrera con gozo.

Pablo y el grupo de ancianos estaban tomados por una emoción muy especial. Un sentimiento fraternal. Afecto espiritual profundo. Deseo de entrega total a Dios y a Jesucristo. Pablo siguió diciendo:

—Ahora, bajo la conducción del Espíritu, que controla mi voluntad con su poder, voy yo a Jerusalén sin saber lo que allá me espera. Lo único que sé es que, por todas las ciudades, el Espíritu Santo me asegura que me esperan prisiones y sufrimientos.

“El Espíritu siempre me condujo. Toda la obra que hice fue decidida por él; ¿por qué tendría que ser diferente ahora? ¿Voy a vacilar ahora, o desviar mi marcha, solo porque me anuncia prisiones, solo porque vienen sufrimientos? ¿Es acaso algo nuevo para mí? ¿No he sufrido en todas partes? ¿No he estado ya en prisión injustamente?

“No hay prisión que me detenga. No. No hay dolor que me amedrente. Soy un siervo del Señor y es eso el todo de mi vida.

“Y la vida, ¿que son las cosas de la vida?

“Considero que mi vida carece de valor para mí mismo. Lo único que me importa es terminar mi carrera y llevar a cabo el servicio que el Señor Jesús me ha encomendado; esto es dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

“No está mi vida al servicio de mí mismo. Eso sería egoísmo. El objetivo de mi vida: ¿yo mismo? Sería muy poco objetivo, muy estrecho, muy reducido. Mi mente, en una cárcel, solitaria, sin nadie. Mi espíritu, sombrío. Todo mi ser sería un poco menos cada día, cada día una mera sombra, vacía. Enfermo yo estaría, una enfermedad de muerte, una muerte sin esperanza. Sin esperanza, perdido.

“Pero tengo una tarea, una misión del Señor. Ese es mi objetivo: anunciar el evangelio. Contar que la gracia de Dios está abierta para todos los pecadores con igual afecto, con la misma generosidad, con el mismo amor; para que todo el que crea en Jesucristo reciba salvación y vida eterna. Ningún otro objetivo es superior. Ninguno más noble. Ninguno tan propio de Dios. Ninguno tan cercano a Jesús. Ninguno tan lleno del Espíritu Santo. Ninguno que yo quiera más, porque más lo quiero que mi propia vida.

Tercero. La responsabilidad futura de Pablo por los dirigentes de Éfeso (20:25-27).

Continuó diciendo:

—Yo sé que ninguno de ustedes, entre quienes he andado predicando el reino de Dios, volverá a verme.

“Lo siento mucho, pero mi relación personal con ustedes está llegando a su fin. No porque ustedes o yo lo determinemos así. Es la vida. Me he relacionado bien con ustedes. Les he anunciado el Reino de Dios que,

siendo ahora espiritual, produce relaciones de afecto muy estables y, en nuestro caso, han sido directas por un largo tiempo, hasta ahora. Pero, de ahora en adelante no nos veremos más.

“Hay una cosa que debe quedar bien clara:

“Yo soy inocente de la sangre de todos ustedes, porque, sin vacilar, les he anunciado todo el consejo de Dios.

“No pueden decir que por negligencia mía haya algo de la verdad divina que ustedes ignoren. Yo he sido un pastor maestro que cumplió su obligación enseñando todo lo que Dios quería transmitirles. Están preparados para enfrentar cualquier situación relacionada con la doctrina”.

Cuarto. La responsabilidad de los ancianos (20:28-31).

—Tengan cuidado de ustedes mismos y de todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los ha puesto como obispos para pastorear el rebaño compuesto por la iglesia de Dios.

La primera cosa que deben hacer es cuidarse a ustedes mismos. Colocar su mente y sus pensamientos sobre ustedes mismos, para atenderse espiritualmente. No descuiden su propia persona. En primer lugar, sean pastores de ustedes mismos, de tal manera que ningún desvío les ocurra. Protejanse de todo mal. Cuídense como yo los he pastoreado. Es vital que nada esté errado en ustedes, para que ustedes puedan ser buenos pastores de todo el rebaño.

Porque eso es lo que deben ser. Pastores del rebaño entero y de cada miembro en particular. Para eso los puso el Señor como obispos de la iglesia. Tengan cuidado de ella tanto como de ustedes mismos. No menos ni más. Recuerden que también ustedes son miembros de la misma iglesia que pastorean, y al cuidar de ella, como les digo, de todos en conjunto y de cada uno individualmente, tiene que haber tal integración de ustedes con la iglesia que la defiendan siempre, tanto como a ustedes se defienden de cualquier mal. Vivan por ella y para ella.

Tengan siempre en mente que el Señor compró a la iglesia para sí mismo. Pagó por ella un precio de sangre; su propia sangre dio por ella. No dejen que nadie la desprecie, que no la desintegre nadie. El futuro no será fácil para ella ni para ustedes.

¿Qué peligros?

—Yo sé que después de mi partida entrarán, entre ustedes, lobos rapiaces que no perdonarán el rebaño.

Lobos que estarán al asecho, solo esperando que el pastor esté lejos, que el pastor se descuide, que el pastor se entreteenga en cosas ajena a su oficio. Cosas que, estimulando su ego propio, lo separen de Dios, lo distancien de su Señor, lo independicen del Espíritu Santo.

¡Qué tristeza! ¡Qué espanto! ¡Qué pena!

—De entre ustedes mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar discípulos tras sí.

Cosas que distorsionarán la propia comprensión de la iglesia.

Pervertirán la doctrina, contaminarán la mente de los miembros, desprestigarán a sus líderes. Harán todo lo que les sea posible para demostrar que solo ellos son buenos, solo ellos son dirigidos por Dios, solo ellos tienen el Espíritu Santo y solo lo que ellos enseñan es verdad revelada por Dios. No les importará la vida pasada de la iglesia; su experiencia con Cristo, cómo el Señor estuvo con ella, cómo la guió hacia la luz, cómo la protegió del mal y la cuidó del maligno. Solo dirán que todo ha cambiado, que el Señor pide algo nuevo, algo propio del medio y apropiado para el ambiente en el que viva la iglesia. Nuevo modo de vida para un tiempo nuevo y tranquilo.

Sentía, el apóstol, una carga que pesaba en su vida. La carga de la apostasía terrible y cercana. El Señor se la había revelado cuando trabajaba en Tesalónica, segundo viaje misionero; y un poco después, cuando realizó su primera visita a la ciudad de Corinto, todavía en el segundo viaje misionero, al fin del año 51 o a comienzos del año 52 d.C., volvió a referirse a ella. Esa vez por carta. La segunda que les escribió desde Corinto.

Les decía:

Ya está en acción el misterio de la iniquidad; solo que alguien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel impío, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca y destruirá con el resplandor de su venida. El advenimiento de este impío, que es obra de Satanás, irá acompañado de hechos poderosos, señales y falsos milagros, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. (2 Tes. 2:7-10.)

—Ancianos de Éfeso, no pueden ustedes descuidarse, porque este horrible mal vendrá también a ustedes.

“Velen, estén alerta y atiendan el rebaño como los atendía yo a ustedes; acuérdense de que por tres años, de día y de noche, no cesé de amonestar, con lágrimas, a cada uno de ustedes.

Pablo estaba llegando al final de su discurso. Solo había una cosa más que quería decirles. Algo vital y muy práctico.

Quinto. *La vinculación con Dios y con su palabra* (20:32-35).

Les dijo:

—Ahora, hermanos, los encomiendo a Dios.

Los dejo bajo el cuidado de Dios. Su mano protectora estará con ustedes. Si no se desvían ustedes de él, pueden tener la seguridad de que él jamás los dejará a merced del enemigo. Confíen en su poder y vivan solo para él. Sus caminos son buenos. Su voluntad es poderosa y llena de bondad para sus hijos fieles. En él, todos ustedes estarán seguros.

Los encomiendo también a la palabra de su gracia. Ella tiene poder para edificarlos y para darles una herencia con todos los santificados.

La Palabra los edificará en todos los aspectos de la vida. Los hará espi-

ritualmente fuertes. En el conocimiento de la salvación, nada les faltará. La doctrina será clara. Les dará fuerza para vivir como los santos viven.

Por eso, la Palabra también les dará la herencia que pertenece a los santificados. Tendrán, con ella, todo lo que los santos han tenido siempre: esperanza, consuelo, seguridad, gracia, todos los rasgos de carácter que los apartan para Dios, la salvación, la vida eterna y todas sus bendiciones. Esas abundancias de Dios que no se agotan nunca.

Pero no codicieren nunca nada.

—Ni plata, ni oro ni vestido de nadie he codiciado.

Porque la herencia de los santos no se obtiene por codicia, ni se logra por artimañas de la astucia humana, que quiere beneficiarse a sí misma con todo lo que toca y lo que ve. Se obtiene con trabajo y con esfuerzo.

—Ustedes saben que para atender mis necesidades y las de mis compañeros estas manos me han servido.

El trabajo físico para atender las necesidades físicas. Para las necesidades espirituales, el trabajo espiritual. Ninguna necesidad se atiende por sí misma. Todas dependen del trabajo humano, y el trabajo de las personas fieles depende de la bendición divina. No digas: mi mano construyó esta riqueza; porque el poder de Dios te dio la fuerza, porque la bendición de Dios te otorgó la abundancia que posees, porque Dios, que da a todos abundantemente y no recrimina, te ha dado todo lo que tienes; y así también tú te conviertas en bendición para el que no tiene.

Y Pablo concluyó su discurso diciendo:

—En todo les he enseñado que, trabajando así, deben ayudar a los necesitados. Recuerden siempre las palabras del Señor: Más bienaventurado es dar que recibir.

Todo el discurso de Pablo tenía la intención de mostrarles un modelo. Un modelo de vida pastoral que, con la bendición divina, se había encarnado en la vida del apóstol. Les hizo recordar lo que él había hecho, para que, desde ese momento en adelante, cuando ya no podrían depender de él para consejo ni para la conducción de las iglesias, administrativamente, fueran ellos los que, de manera total, tomaran su lugar. Para que, como él había dependido de Dios y de su Palabra, solo dependieran de la Palabra y del mismo Dios; porque en ellos estaba, y sigue estando, el poder que gobierna bien a la iglesia y que atiende todas sus necesidades físicas, espirituales y misioneras.

Despedida: Oración y afecto (20:36-38)

La hora de decir adiós había llegado. Todas las palabras que había que decir estaban dichas. Solo faltaban la oración y las muestras del afecto fraternal que estaba en todos con la misma abundancia del Señor.

Lucas contó la escena.

Después de decirlo todo, Pablo se puso de rodillas con todos ellos y oró.

Fue un acto espontáneo. Aliento del espíritu humano que reside en Dios como *habitué* de sus dominios. La oración es solo comparable con la simple acción de respirar que, en el cristiano fiel, como en el cuerpo humano, ocurre sin esfuerzo, sin interrupción, sin extinguirse. Un incesante palpitarse de vida que mantiene la vida y la prolonga. Oraron a Dios. No registró, Lucas, ninguna de sus palabras. Registrarlas, ¿para qué? ¿Son acaso importantes las palabras que se elevan a Dios, en la oración, o es de valor la vida que de ese modo a Dios se acerca? ¿No es de mayor valor la nueva persona que, saliendo de la oración, vuelve a la vida rutinaria trayendo la experiencia de la propia intimidad con Dios, con vida plena?

Luego apareció el afecto.

Hubo un gran llanto de todos y, echándose al cuello de Pablo, lo besaban.

¡Cómo lo querían! ¿Podría ser menos después de que él les había entregado a Jesucristo y el evangelio con la vida eterna? En el cristianismo, Cristo une las emociones de unos con los mejores sentimientos de los otros. Todos se aman. El amor con que Cristo los amó llega también a ellos, como experiencia propia, cuando aceptan a Jesús y viven juntos, todos unidos, por la acción siempre presente del Espíritu Santo.

Solo un dolor.

Se dolían en gran manera, escribió Lucas, porque les había dicho que no volverían a verlo nunca más.

La separación es el dolor de una pérdida. No se pierde, en ella, el afecto. Se pierde la presencia. Te recuerdo, pero no estás. Te amo, pero te has ido. ¿Qué te has hecho cuando no estás? ¿Solo un recuerdo en mi memoria? ¿Una lágrima guardada de la despedida? ¿Qué queda de ti cuando no quedas tú? ¿Solo mi afecto, mi dolor, la despedida?

Los ancianos acompañaron a Pablo hasta el barco.

Y él se fue.

Viaje de Pablo a Jerusalén: Estoy dispuesto (Hechos 21:1-16)

Al embarcarse en Mileto, Pablo inició la etapa final del viaje a Jerusalén. Ya estaba enterado acerca de los peligros que lo esperaban allá, pero nada debilitó su determinación de llegar a esa ciudad. El relato de Lucas destaca dos lugares en el camino: Tiro y Cesarea. En los dos se encuentran con advertencias, consejos que lo estimulaban a cambiar sus planes y no ir a Jerusalén. Pablo, simplemente, respondió:

—Estoy dispuesto.

Una disposición total, sin importarle el peligro, ni la realidad que, ese peligro anunciado de antemano, pudiera presentarle.

Tiro: Dispuesto a enfrentar el peligro (21:1-6)

Lucas cuenta el itinerario del viaje. Menciona lugares en los que no se detuvieron y otros donde sí estuvieron un tiempo breve. En el tramo

de Mileto a Tiro, menciona: Cos, Rodas, Pátara, Chipre. La mención de esos lugares otorga realismo y validez al relato. Su rápida mención da una clara sensación de la prisa que Pablo tenía por llegar a Jerusalén. Como sabía lo que le esperaba, parece que, al escribir de ese modo, Lucas comunicara la idea de que, para Pablo, cuanto más pronto enfrentara la experiencia negativa que lo esperaba en Jerusalén, mejor.

Ya que no evitaría la prisión prenunciada, mejor era entrar en ella lo antes posible. Una filosofía de vida muy sana. No sacarle la vuelta a la realidad. Después de todo, la realidad es lo único inalterable que ocurre en la vida diaria de los seres humanos. No la realidad pretendida, sino la que realmente ocurre. Negarla, haciendo como si no existiera, cuando está ahí, es necedad. Falta de salud mental. Hay que vivirla y sacarle el mejor partido, para el único objetivo válido que tiene la vida: la misión. Eso era lo que Pablo hacía, siempre.

Atracamos en Tiro, dice Lucas, porque el barco tenía que descargar allí.

Necesitaban siete días para descargarlo. Pablo y sus compañeros podrían haber buscado otro barco para viajar inmediatamente a Cesarea y a Jerusalén. Pero, como esa espera no les impediría estar en Jerusalén a tiempo para la fiesta de Pentecostés, permanecieron esa semana en Tiro.

Había, en la ciudad, una iglesia cristiana. No eran conversos de Pablo. Posiblemente había sido fundada por los discípulos que huyeron de Jerusalén cuando ocurrió la persecución en la que murió Esteban. Lucas había informado sobre eso:

"Los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, sin hablar a nadie la palabra, sino sólo a los judíos" (Hech. 11:19).

Tiro estaba en Fenicia. Una ciudad importante, de mucho comercio. Se hizo famosa por su producción de telas, especialmente las que teñían de púrpura con el fluido amarillo de un molusco llamado murex. El fluido, en contacto con la luz solar, se tornaba púrpura, y los fenicios lo usaban como colorante para teñir las telas con que confeccionaban túnicas para reyes y personas muy ricas. Se dice que el colorante de murex valía más que su propio peso en oro.

En la iglesia de Tiro había personas que tenían el don de profecía. El Espíritu les informó lo que esperaba a Pablo en Jerusalén. Sabiendo eso, decían a Pablo:

—No subas a Jerusalén.

Pero Pablo, sabiendo que la información venía del Espíritu, pero el consejo de no ir a Jerusalén provenía de los creyentes de esa ciudad, continuó su viaje, sin desviarse del objetivo que el Espíritu había puesto delante de él.

Cuando terminaron los siete días de espera, los discípulos de la ciudad lo acompañaron hasta el barco. Ya se había establecido entre ellos y

Pablo un vínculo de afecto cristiano, como siempre ocurría, porque las ataduras emocionales que produce la fe común y el común servicio a Jesús no necesitan tiempo para desarrollarse. En los cristianos, el afecto mutuo es espontáneo.

Fue todo el mundo con Pablo: los creyentes, sus esposas, sus hijos. Todos. En las afueras de la ciudad, llegaron a la playa.

Y puestos de rodillas en la playa, dice Lucas, oramos.

Luego, antes de subir al barco, ante la vista de los atónitos pasajeros y los tripulantes del barco, esos desconocidos una semana antes, se abrazaron unos a otros mostrando el afecto propio de antiguos conocidos. Pero ese afecto no era producido por relaciones sociales o familiares. Era el afecto de la fe común. Era el cariño del mismo Señor a quien todos servían y amaban con igual entrega.

Pablo siguió adelante dispuesto a enfrentar todo peligro que lo aguardara en Jerusalén.

Cesarea: dispuesto a morir (21:7-16)

El barco se detuvo por un día en Tolemaida. También allí había cristianos a quienes, según Lucas, Pablo y sus compañeros saludaron. Luego siguieron viaje a Cesarea, donde vivía Felipe.

Entramos en casa de Felipe, el evangelista, uno de los siete, dice Lucas, y nos hospedamos con él.

"Allí pasó Pablo algunos días tranquilos y felices, los últimos de libertad perfecta que había de gozar por mucho tiempo", declara Elena de White (*Los hechos de los apóstoles*, p. 327).

De Jerusalén, recibieron una visita importante. El profeta Agabo. El mismo que fue de Jerusalén a Antioquía cuando Bernabé y Pablo estaban en el mayor éxito de su trabajo misionero, en esa ciudad, y anunció la hambruna que ocurrió en tiempos del emperador Claudio (Hech. 11:27, 28).

Cuando vio a Pablo, tomó el cinto de Pablo, se ató con él las manos y los pies. Luego dijo:

—Así dice el Espíritu Santo: De esta manera los judíos en Jerusalén atarán al hombre dueño de este cinto, y lo entregarán en manos de los gentiles.

Era la confirmación de anuncios anteriores.

Agabo solamente informó el contenido de la profecía. Ningún consejo revelado o personal sobre lo que Pablo debía o no debía hacer. También él era guiado por el Espíritu y sabía cuál era su deber. Sin embargo, otros produjeron el consejo. Lucas se incluye:

Al oír esto, le rogamos, nosotros y los de aquel lugar, que no subiera a Jerusalén.

Pero Pablo no se dejó guiar por el buen deseo de todos ellos.

—¿Qué hacen ustedes llorando y quebrantándome el corazón? Yo es-

toy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.

Viendo que estaba dispuesto a morir y que sería imposible modificar su decisión de llegar a Jerusalén, dijeron:

—¡Hágase la voluntad del Señor!

Subieron a Jerusalén. Los acompañaron algunos discípulos de Cesarea. Fue también con ellos uno llamado Mnasón, antiguo discípulo de Chipre, en cuya casa se hospedarían en Jerusalén. Sin duda, combinaron ese hospedaje con él, en casa de Felipe. Los cristianos eran de un solo corazón y un solo afecto. Se ayudaban mutuamente porque todos ellos se amaban en el Señor.

PABLO EN JERUSALÉN: PRISIÓN Y JUICIO

Jerusalén estaba repleta de gente. Celebraban la fiesta de Pentecostés y habían llegado judíos de todas partes, porque esa era una de las tres fiestas anuales que demandaban la presencia de todos los judíos varones, en el Templo. Tenían que viajar a Jerusalén (Éxo. 23:17).

También la llamaban Fiesta de las Semanas, Fiesta de las Primicias y Fiesta de la Cosecha (Éxo. 34:22). Duraba un día. Era el día cincuenta, siete semanas después de la ceremonia de la Gavilla Mecida, que tenía lugar el segundo día de la fiesta de los Panes sin Levadura (Lev. 23:15, 16). El orden era así: 14 de Nisán, la ofrenda del cordero pascual; 15 de Nisán, comenzaba la Fiesta de los Panes sin Levadura; 16 de Nisán, se presentaba la ofrenda de la Gavilla Mecida y comenzaba la cuenta de los cincuenta días para la Fiesta de Pentecostés. El mes de Nisán era el primer mes del año judío. Comenzaba con la luna nueva, que caía, según nuestro calendario, en marzo o abril.

Los judíos llegaban a Jerusalén con tiempo para cumplir sus votos y purificarse a fin de estar en condiciones ceremoniales apropiadas para el día de la fiesta. Había mucha agitación en el Templo, y Pablo enfrentaría una situación que cambiaría para siempre su estilo de vida y el modo de cumplir la misión. Tendría que hacerlo, la mayor parte del tiempo de vida que le quedaba, como prisionero. Comenzó su prisión en el Templo (Hech. 21:17-26:32).

Arresto en el Templo (Hechos 21:17-22:29)

¿Era el Templo para adorar a Dios o para arrestar a gente inocente? Como centro físico de la religión y la cultura de los judíos, se había convertido en un lugar en el que cualquier cosa podía ocurrir. Ocurrían los actos más piadosos que un judío era capaz de practicar, y eran muchos, hasta los hechos más distantes de Dios, como la acción del odio intranigente que colocaba a las víctimas en verdadero peligro de muerte. La vida y la muerte se acercan peligrosamente a los actos religiosos cuando estos se desvían de Dios. El egoísmo es siempre una actitud asesina. Mata a la persona que odia, porque la vuelve menos humana y, concentrando sus instintos más bajos, puede movilizar sus pasiones hasta el punto de volverla agresiva, violenta y criminal. Matar por motivación religiosa parece un contrasentido, pero ocurre.

Pablo había enfrentado esa realidad más de una vez. Se encontró con posibles asesinos suyos que buscaban su muerte, como se busca la mejor de las bendiciones divinas. Sabiendo o no sabiéndolo, sin embargo, actuaban con la misma pasión contra la vida que solamente tiene el

mayor enemigo de Dios: Satanás. Pablo estaba a punto de vivir de nuevo ese peligro.

Encuentro con dirigentes cristianos: Gozo y consejo (21:17-25)

Cuando llegamos a Jerusalén, dice Lucas, los hermanos nos recibieron con gozo.

El grupo de Pablo era el equipo misionero más exitoso que tenía la iglesia mundial. Héroes de la misión. Todos los fieles de Jerusalén oían y contaban las maravillas que, por medio de ellos, hacía el Señor. Recorrían lo mejor del Imperio predicando el evangelio y expandiendo la presencia de la iglesia, en un avance de auténticos conquistadores. No conquistaban el Imperio. Conquistaban personas para Cristo. Los perdidos, sin chance alguna de salvación, se convertían en creyentes: servidores activos de la misión cristiana. Incondicionales siervos del Señor.

Todos los creyentes de Jerusalén, con gran expectativa, esperaban la llegada de ellos. Querían verlos. Oírlos. Escuchar de sus propios labios las historias misioneras que oían contadas por otros. Pero, todos esos cristianos judíos de Jerusalén eran fieles observadores de la ley de Moisés. Tenían sus dudas en cuanto a cosas que oían sobre prácticas seguidas por Pablo, con respecto a la ley.

Un día después de su llegada, Pablo y su grupo visitaron a Jacobo, el máximo dirigente mundial de la iglesia. Todos los ancianos estaban con él. Eran los dirigentes de las iglesias de Jerusalén y una especie de comisión directiva que atendía los asuntos oficiales de la iglesia. Después de los saludos afectuosos, propios de líderes cristianos cuando se reúnen, Pablo se dispuso a informar.

Luego, dice Lucas, les contó una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio.

Todo era gozo. Glorificaban al Señor por el magnífico informe que acababan de oír. La iglesia estaba en franco progreso por todas partes.

Pero, del gozo genuino pasaron a la cautela.

Llamaron la atención del valiente predicador a los muchos judíos que habían creído en Jerusalén y a los prejuicios que ellos tenían con respecto a su obra.

—Por ti mismo puedes ver, hermano —le dijeron—, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la Ley. Se les ha informado, en cuanto a ti, que enseñas, a todos los judíos dispersos entre los gentiles, a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni observen las costumbres.

Después del informe sobre la obra hecha por el Espíritu Santo entre los gentiles, esta información, por lo menos, parece extraña. Daba la impresión de que esos líderes vieron, en los creyentes judíos de Jerusalén, un poder de acción diferente del poder del Espíritu.

—Apenas oigan que has llegado, se reunirán por cierto.

Implícito estaba el concepto de que era mejor prepararse debidamente para ese encuentro. ¿Cómo?

Un consejo.

—Haz esto —le dijeron—. Hay entre nosotros cuatro hombres que deben cumplir un voto. Llévalos. Toma parte en los ritos de su purificación y paga los gastos que corresponden al voto, cuando se rasuren la cabeza. Así sabrán todos que los informes acerca de ti no son ciertos, sino que también tú ordenadamente vives en obediencia a la ley.

Lucas no dice lo que Pablo pensó. Me imagino: ¿Cómo? ¿Tengo o no tengo el apoyo de estos líderes? ¿Es correcto o no lo que el Concilio de Jerusalén, con la presencia de ellos mismos, decidió sobre estos asuntos? ¿Por qué no les han dicho a las iglesias de Jerusalén que ese asunto ya está resuelto, y bien resuelto para siempre? Sus preguntas debieron haberse dibujado en el rostro, porque los dirigentes le dijeron:

—En cuanto a los gentiles que han creído, nosotros les hemos escrito determinando que no guarden nada de esto; solamente que se abstengan de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación.

¿Había un doble estándar? ¿Uno para los cristianos judíos y otro para los cristianos gentiles? Si hubiera sido así, la iglesia universal ya no habría sido universal. ¿División de la iglesia desde el mismo comienzo? ¿Quién estaba haciendo esta obra? No podía ser Cristo. Él, cuando estaba terminando su obra en la tierra, oró al Padre estas palabras:

—No ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. (Juan 17:20, 21.)

La iglesia tenía que ser una. No dos ni varias, dividida por prácticas diferentes, ni por diferentes doctrinas, de acuerdo con las situaciones culturales o culturales de las varias regiones geográficas del mundo.

Alboroto y prisión de Pablo (21:26-36)

Había algo extraño en ese consejo. Pero, para no crear problemas, si de algún modo pudiera evitar que la mencionada división, escondida en la mente y en los prejuicios, se hiciera visible en los hechos, siguió el consejo:

Tomó consigo a aquellos hombres, escribió Lucas, y al día siguiente, habiéndose purificado con ellos, entró en el Templo para anunciar el cumplimiento de los días de la purificación, cuando había de presentarse la ofrenda por cada uno de ellos.

Ya estaba hecho. Solo faltaban los siete días de la purificación. Aparentemente no habría ninguna consecuencia negativa. Pero no fue así. Todo intento de dividir la iglesia, por cualquier razón que sea, trae sus consecuencias. Ninguna es positiva, para nadie. Lo único que cuenta

con la bendición total de Dios es mantenerla unida. La sombra que todo desvío produce comenzó a extender sus tinieblas en el momento menos pensado. Lucas lo describió así:

Cuando estaban para cumplirse los siete días, unos judíos de Asia, al verlo en el Templo, alborotaron a toda la multitud y le echaron mano.

Comenzaron a gritar.

—¡Israelitas, ayúdennos! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, contra la Ley y contra este lugar. Además de esto, ha metido a griegos en el Templo y ha profanado este santo lugar.

Puro prejuicio. Habían visto a Pablo, en la ciudad, acompañado por Trófimo de Éfeso, y se imaginaron que Pablo había introducido a ese gentil dentro del Templo. No lo había hecho. Pero, para ellos la realidad no contaba. Solo contaba lo que ellos, con su fanática imaginación, concebían como real. Era falso.

Sin embargo, la multitud de la ciudad, alborotada, se agolpó sobre Pablo. Lo arrastraron fuera del Templo, cerraron las puertas e intentaron matarlo. Alguien llevó la noticia al comandante de la compañía; en la jerarquía militar romana, un tribuno militar que comandaba una cohorte de mil soldados. Fuerza suficiente para mantener el orden en una ciudad como Jerusalén. Esta cohorte tenía su base en la Torre llamada Antonia, construida por Herodes el Grande, al lado noreste del Templo, en honor de Marco Antonio. El Comandante se llamaba Claudio Lisias (Hech. 23:26).

—Toda la ciudad de Jerusalén está alborotada —le dijeron.

Dio órdenes apresuradas:

—Centuriones, soldados, ¡corran!

Y el corrió con ellos. Al verlos, los judíos dejaron de golpear a Pablo. El Comandante lo prendió y lo ató con cadenas. Estaba preso.

—¿Quién eres? ¿Qué has hecho? —le preguntó.

Pero, no había tiempo para escuchar las respuestas. La multitud seguía agitada y confusa. Unos gritaban una cosa; otros, otra. Viendo el Comandante que nada estaba claro, mandó que llevaran a Pablo a la fortaleza.

La multitud presionaba más y más. Los soldados, apresurando el paso, casi corriendo, llevaban a Pablo en el aire.

La multitud seguía gritando:

—¡Mátenlo!

Defensa de Pablo (21:37-22:21)

Cuando estaban a punto de meterlo en la fortaleza, Pablo dijo al comandante:

—¿Me permites decir algo?

Se sorprendió el Comandante porque Pablo le habló en griego. Un poco confuso, le dijo:

-¿No eres tú aquel egipcio que levantó una sedición, no hace mucho, y sacó al desierto a cuatro mil sicarios?

Los sicarios eran judíos en rebelión contra Roma. Su nombre surgió de una daga que usaban para atacar a los soldados romanos, cuando los encontraban solos, abriéndoles el abdomen y dejándolos en la calle con las entrañas desparramadas.

Pablo respondió:

-No. Yo soy judío, natural de Tarso. Una ciudad muy importante de Cilicia. Por favor, permítome hablar.

Le permitió.

De pie en las gradas de la fortaleza, Pablo hizo una señal con la mano y, cuando el silencio fue total, comenzó a hablar en arameo.

Dijo:

-Hermanos y padres, oigan ahora mi defensa.

Se asombraron. Al oír que les hablaba en arameo, hicieron un silencio aún más profundo.

Pablo comenzó su defensa testimonial.

Se defendió para dar testimonio, y lo dio. Expresó cinco conceptos incrustados en la historia de su conversión al Camino.

Primer concepto: El cristiano no es inferior al judío (22:3). Los judíos estaban acostumbrados al concepto de que nada había superior al judaísmo. Era verdad. Todo lo sagrado que los judíos tenían en su religión había venido a ellos directamente de Dios; menos sus tradiciones, que sosténían un aparato religioso de pura formalidad sin valor espiritual. El judaísmo era una religión revelada.

Pero el cristianismo no era diferente.

Primero, porque aceptaba todos los contenidos del Antiguo Testamento, entonces llamado Escrituras, incluyendo las leyes y las prácticas que prometían el Mesías y hacían recordar diariamente esa promesa. Como el Mesías había venido en Jesucristo, ya no era necesario mantenerlas como práctica simbólica de cada día, porque la función del símbolo, cuando aparece la realidad que simboliza, se acaba.

Segundo, porque, al aceptar a Jesús como el Mesías, el cristianismo confirmaba todas las profecías de la Escritura, sobre él. No tenía ninguna contradicción con el judaísmo; solo tenía cumplimiento. Lo que produjo la diferencia entre el judaísmo y el cristianismo no fue el cumplimiento de las profecías antiguas sobre el Mesías; fue su rechazo. El cristianismo no las rechazó.

De pie frente a la multitud, hombre bajo y sin las características físicas que atraen la admiración de la gente, Pablo causó un impacto, fuerte y casi atractivo, por la seguridad de su porte. No había timidez en él. Parecía estar al mando de lo que le era propio. Con voz al mismo tiempo firme y profunda, dijo:

-Yo soy judío. Nací en Tarso de Cilicia, pero fui criado en esta ciudad.

Gamaliel fue mi profesor. Me enseñó cabalmente la ley de nuestros antepasados y he sido tan celoso de Dios como cualquiera de ustedes.

Su identidad quedó clara. Su educación y su fidelidad. No había diferencia entre él y cualquiera de los judíos que lo escuchaba. Excepto el grado de educación, tal vez. El suyo era superior. Pero no destacó esa diferencia.

Segundo concepto: La intransigencia religiosa solo produce muerte (22:4, 5). El celo que sentía por Dios ¿era realmente por él o por la manera en que esa generación entendía a Dios? Si hubiera sido por Dios, en el trato religioso a los demás, habría reflejado su carácter. No era así. Pablo se describió a sí mismo con un realismo dramático:

—Perseguía yo este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres.

Esa sola declaración debería haber convencido a la multitud de que la intransigencia no era buena. Pero, agregó:

—Así pueden atestiguarlo el sumo sacerdote y todo el Consejo de ancianos. Incluso obtuve de ellos cartas de extradición dirigidas a nuestros hermanos judíos en Damasco, y fui allá con el fin de traer presos a Jerusalén a los que encontrara, para que fueran castigados.

Tercer concepto: Dios no deja a nadie en tinieblas (22:6-11). Después de establecer la verdadera identidad del cristianismo, en nada inferior al judaísmo, y luego de haber mostrado el sentido mortal de la intransigencia, estaba listo para explicar su propia conversión, como base para que entendieran la manera en que Jesús estaba actuando en relación con los judíos que creían en él.

Les contó:

—Sucedió que, en torno al mediodía, cuando me acercaba a Damasco, una intensa luz del cielo resplandeció de repente alrededor de mí.

Fuí tomado por la fuerza de esa presencia y caí al suelo, mientras una voz me dijo:

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Respondí:

—¿Quién eres, Señor?

—Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues.

Los que acompañaban a Pablo vieron la luz, porque la luz es para todos. Pero no percibieron la voz del que hablaba. La presencia visible de Jesús estuvo a disposición de todos, pero su voz, el contenido de sus palabras, solo estaba disponible para los que estuvieran dispuestos a creer. Aunque sin darse cuenta plenamente, esa era la actitud de Pablo, y Dios lo sabía.

—¿Qué quieres que haga?, preguntó.

—Levántate, entra en Damasco, y alguien te dirá allí todo lo que ha sido dispuesto que hagas.

A causa de la intensa luz, Pablo había quedado ciego. Sus compañe-

ros lo llevaron de la mano a Damasco. El proceso de conversión de Pablo estaba en progreso. Jesús se había manifestado a él. Solo faltaba que alguien de la iglesia entrara en contacto con él, para indicarle la misión que Dios le encomendaba.

Cuarto concepto: Todos los creyentes tienen una misión divinamente encomendada (22:12-16). Dos pasos siguió Dios para darle a Pablo la misión de su vida: le devolvió la vista y le dio la tarea de testificar. Lo hizo a través de un emisario. Pablo primero les contó acerca de él. Dijo:

—Vino a verme un tal Ananías, hombre devoto que fielmente observaba la ley y era muy respetado por todos los judíos que allí vivían.

Esta información era importante para su auditorio. Pablo, acusado de profanar el Templo, no se había relacionado con un grupo de gente en rebeldía contra Dios. Por el contrario, eran devotos y fieles. Además, no estaban escondidos. Su vida era pública, y todos podían verla. Al verla, quedaban muy bien impresionados y podían decir que se trataba de gente buena.

Pablo siguió su relato:

—Ananías se puso a mi lado y me dijo: Hermano Saulo, ¡recibe la visita! Recibí la vista al instante, y pude verlo.

Ya lo había capacitado Dios para la misión. No que un ciego esté imposibilitado para realizarla. Ciertamente puede y de muchas maneras, con resultados tan grandes como una persona con vista y quizás hasta más espectaculares que ella. Ocurría que, en el caso particular de Pablo, era necesario que recuperara la vista para que la presencia de Dios le resultara absolutamente real y la acción de su poder, auténtica. La conversión de Saulo y el tamaño de la misión que estaba por encomendarle lo requerían.

—Luego —agregó Pablo—, Ananías me dijo: El Dios de nuestros antepasados te ha escogido para que conozcas su voluntad, y también para que veas al Justo y oigas las palabras de su boca.

No se trataba de otro Dios; era el mismo Dios de Abraham, Dios de Israel, Dios de Jacob; el Dios de todos los padres de la Nación. Él le había mostrado al Justo, a Jesús. ¿Por qué lo llamó Justo? Por la misma razón que Juan, más tarde, lo llamó así. Escribió:

“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:1, 2).

El Justo es quien nos justifica. Jesucristo nos justifica de todo pecado porque él fue el sacrificio, representado por el cordero en el Santuario, que se ofreció a sí mismo por nosotros. Y se convirtió en nuestro constante Mediador y nuestro Intercesor permanente.

Entonces, la misión:

—Tú serás testigo suyo, ante todas las personas, de lo que has visto y oído.

Dios ya había hecho y dicho todo lo que Pablo necesitaba para su conversión y para que entrara en la tarea de la testificación. Solo faltaba que Pablo comenzara a actuar. Ananías le dijo cuál tenía que ser su acción primera, y Pablo contó a la multitud que Ananías le dijo:

—Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre.

Si a Pablo, un perseguidor de los fieles, Dios había podido dar la misión de testigo suyo, ¿por qué no podía dar la misma misión a todos los demás que lavaran sus pecados como él? Por cierto, podía. ¿No quedaba claro, además, que Pablo, por recibir el llamamiento de Dios como lo había recibido, debía ser respetado por el propio pueblo de Dios en lugar de pedir a gritos que lo hicieran desaparecer?

Quinto concepto en la defensa de Pablo: Dios lo confirmó todo en una visión (22:17-21). La visión confirmatoria ocurrió de un modo que debería haber despertado la más plena aceptación del pueblo. Y se la dio en el lugar más sagrado de Israel. Pablo siguió diciendo:

—Volví a Jerusalén y, mientras estaba orando en el Templo, tuve una visión.

Cuando el pueblo oyó esto, debiera haberse concentrado en sus palabras, para saber qué cosa extraordinaria había visto Pablo en esa visión.

—Vi al Señor, que me decía: Date prisa y sal prontamente de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí. Yo dije: Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; cuando se derramaba la sangre de Esteban, tu testigo, yo mismo también estaba presente y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que lo mataban.

Esa reacción de rechazo, por parte del pueblo, pudo haber sido normal en ese momento, cuando Pablo estaba en la cúspide de su popularidad, cuando todo el pueblo confiaba en su celo para terminar con los seguidores del Camino; pero no después de tanto tiempo. Especialmente cuando ya el cristianismo se había establecido en Jerusalén y en todo el mundo. El pueblo de Israel tenía que haber aprendido alguna tolerancia y hasta haberse convencido de las verdades cristianas. No era así. Se vio, apenas Pablo pronunció la siguiente frase, que, por la reacción del pueblo, se convirtió en la última de su defensa.

Fue esta:

—Pero el Señor me dijo: Ve, te enviaré lejos, a los gentiles.

La protección del Comandante (22:22-29)

Al oír la palabra, los gentiles recordaron que Pablo estaba bajo acusación de haber profanado el Templo introduciendo gentiles en él, y no pudieron contenerse más. Toda la fuerza exclusivista de una visión religiosa intolerante se agolpó en la voluntad de todos ellos, y comenzaron

a gritar diciendo:

—¡Elimina de la tierra a ese hombre! ¡No merece vivir!

La multitud seguía gritando. Los hombres se sacaban los mantos y arrojaban polvo al aire. Una actitud violenta. Se volvieron tan violentos que el Comandante dio órdenes a los soldados para que lo llevaran dentro de la fortaleza y así evitar que lo mataran.

—¡Azótenlo! —exclamó.

Quería forzarlo a declarar la verdadera causa que la multitud tenía para actuar contra él tan violentamente. Los soldados intentaron atarlo con correas, para ejecutar la orden de azote. Pero Pablo dijo al centurión:

—¿Se les permite azotar a un ciudadano romano sin haberlo condenado?

El centurión se asustó. Inmediatamente fue al Comandante de la fortaleza y le dijo:

—Ese hombre es ciudadano romano; ¿qué hacemos?

También el Comandante se preocupó. No sabiendo bien qué hacer, o a lo mejor dudando de las palabras del centurión, se acercó a Pablo y le preguntó:

—Dime, ¿eres de verdad ciudadano romano?

Pablo dijo:

—Sí. Lo soy.

—Yo —dijo el comandante—, con una gran suma de dinero adquirí esa ciudadanía.

—Pero yo —respondió Pablo— soy ciudadano romano de nacimiento.

Los soldados, que se preparaban para azotarlo, con prisa se apartaron de él. No querían sufrir las consecuencias legales que la ley imponía a los que maltrataran a un ciudadano de Roma. El mismo Comandante estaba con miedo por haberlo atado. Miedo al poder romano que él mismo representaba. ¡Insólito! ¡El que apresa con miedo de su prisionero! Si hubiera sabido cuál era el poder, mayor a todos los poderes existentes, que Pablo representaba, ¡cuánto más miedo habría sentido! Pero lo grandioso del poder de Dios no está en el miedo que pueda generar, sino en la tranquila confianza que otorga al pecador cuando, arrepentido y con fe, se entrega al Señor.

Pablo ante el Concilio (Hechos 22:30-23:22)

El Comandante tenía un problema. ¿Qué hacer con el prisionero? Soltarlo era un riesgo. Podían matarlo. ¿Qué respondería él a las autoridades de Roma cuando se enteraran de que, por su descuido, los judíos habían asesinado a un ciudadano de Roma? Dejarlo en la cárcel, sin saber con exactitud cuál era la culpa del prisionero, era muy embarazoso para él. No podía adoptar ninguna de las dos alternativas. La solución era someterlo al juicio del Concilio.

Se reúne el Concilio (22:30-23:11)

Al día siguiente, el Comandante convocó a los principales sacerdotes y a todo el Concilio, para saber cuál era la causa que tenían contra Pablo. Mandó sacarle las cadenas y lo hizo comparecer ante el Concilio. Ese Concilio era el gran Sanedrín. La Corte Suprema judía, que al mismo tiempo era tribunal de justicia, cuerpo legislativo y organismo directivo en asuntos religiosos y políticos. Integrado, en esa época, por 71 miembros, una mezcla de fariseos y saduceos, y su presidente era el Sumo Sacerdote. Sus decisiones podían ser finales, excepto la pena de muerte, que el Imperio Romano reservaba solo para sus propias autoridades.

El Comandante presentó a Pablo ante el Concilio y lo autorizó a presentar su caso. Pablo realizó una defensa basada en dos estrategias: Su buena conciencia y la división del Concilio.

1) La estrategia de la buena conciencia tenía por objetivo mostrar al tribunal que su opción por el Camino había sido honesta y contaba con la aprobación de Dios.

—Hermanos —dijo—, con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy.

Ananías, sumo sacerdote, juzgó que las palabras de Pablo eran casi una blasfemia. Ordenó que lo golpearan en la boca.

Sabiendo que el Comandante no autorizaría que golpearan a un ciudadano romano y conociendo la ley judía que solo autorizaba el castigo físico de un preso después de un proceso judicial realizado con justicia (Deut. 25:1-3), Pablo, sin irritación, con la calma propia de quien está seguro de lo que hace, le dijo:

—¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¡Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley mandas que me golpeen?

La injusticia es siempre incoherente. ¿Razón? Actúa en forma contraria a lo que dice la ley, ya sea de manera directa, por un acto autoritario; o en forma camuflada, por la astucia de los jueces, que no sirven a la ley sino a otras motivaciones más personales.

Alguno de los presentes le dijo:

—¿Insultas al sumo sacerdote? ¿Cómo te atreves?

Pablo le respondió:

—No sabía, hermanos, que fuera el sumo sacerdote, pues escrito está: No maldecirás a un príncipe de tu pueblo.

Es bien posible que Pablo no haya distinguido con claridad quién había hablado, porque, después de la ceguera que tuvo cuando iba a Damasco, persiguiendo a los cristianos, parece que su vista quedó con una deficiencia permanente (Hech. 9:8, 9). Por otro lado, ¿cómo iba a esperar él que el sumo sacerdote actuara en contra de la ley? La rapidez con que reconoció su falta y su voluntaria sumisión a la ley indican que su error fue completamente involuntario. Bien sabía Pablo que un dirigente dado por Dios a su pueblo debía ser respetado (Éxo. 22:28).

Se dio cuenta de que el sumo sacerdote, habiéndolo planeado así o no, había eliminado una posible defensa sobre la base de la honestidad y la buena conciencia. Tuvo que cambiar la estrategia.

2) Pablo usa la división del Sanedrín entre fariseos y saduceos.

—Hermanos —dijo—, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga.

El Concilio se dividió. La vieja discusión entre fariseos y saduceos surgió instantáneamente. Los saduceos pretendían poseer las antiguas creencias de Israel y decían que los fariseos habían importado las ideas dualistas del zoroastrismo persa. Zoroastro, el profeta divino del zoroastrismo, enseñaba la existencia de dos reinos espirituales, con sus respectivas jerarquías de espíritus buenos y malos. Rechazando esas doctrinas, los saduceos no creían que hubiera resurrección, ni ángeles ni espíritus. Los fariseos, que no aceptaban la totalidad del zoroastrismo, creían en la resurrección y en los ángeles, basados en las enseñanzas bíblicas.

La discusión entre los dos grupos se tornó violenta. Se gritaban. La contradicción entre ellos llegó al punto culminante cuando unos escribas, del lado de los fariseos, poniéndose de pie, con respecto a Pablo, dijeron:

—Ningún mal hallamos en este hombre. Si un espíritu le ha hablado, o un ángel, no resistamos a Dios.

En el ardor de la discusión, los dos grupos tironeaban de Pablo, unos defendiéndolo; los otros, queriendo condenarlo. El Comandante se dio cuenta de que si seguía aumentando la tensión entre fariseos y saduceos terminarían despedazando a Pablo.

Llamó a más soldados y les ordenó que pusieran a Pablo dentro de la fortaleza, para protegerlo. Los soldados se apresuraron a obedecer la orden, y Pablo quedó libre del peligro.

A la noche siguiente, se apareció el Señor a Pablo y le dijo:

—Ten ánimo, Pablo. Como has testificado por mí en Jerusalén, es necesario que testifiques también en Roma.

Así recibió Pablo la confirmación del Señor: todo lo que estaba ocurriendo era solo una forma para llevarlo a las más altas autoridades del Imperio, a quienes debía predicar el evangelio. Estaba allí para cumplir la misión del Señor, y el resto de su vida estaría igualmente consagrado a ella.

Complot contra Pablo: Un joven lo frustra (23:12-22)

Más de cuarenta judíos complotaron contra Pablo. Se juramentaron a no comer ni beber nada hasta que le hubieran dado muerte. Fueron, luego, a los principales sacerdotes y ancianos con esta decisión:

—Nosotros nos hemos juramentado bajo maldición a no gustar nada hasta que hayamos dado muerte a Pablo.

Solo necesitaban una pequeña colaboración de los dirigentes. Les dijeron:

—Con el respaldo del Consejo, pídanle al Comandante que de nuevo haga comparecer al reo delante de ustedes, con el pretexto de obtener información más exacta sobre su caso. Nosotros lo mataremos en el camino.

No sabían que Pablo estaba bajo órdenes muy superiores a ellos y, para que las cumpliera, Dios se había comprometido a protegerlo.

Esta vez utilizó a un joven, sobrino de Pablo. Oyó él la conversación de los complotados y fue deprisa a la cárcel. Informó a su tío. Este hizo llamar a uno de los centuriones y le dijo:

—Lleva a este joven al Comandante. Tiene algo que decirle.

Parece que Pablo hablaba siempre con la seguridad que tienen los verdaderos dirigentes. El centurión no opuso ninguna resistencia. Lo llevó al Comandante y le dijo:

—Pablo, el prisionero, me pidió que trajera a este joven. Tiene algo que decirte.

La mente del Comandante reaccionó con la misma curiosidad de todos los que están en medio de una crisis política. Quieren toda información que puedan obtener y la quieren en secreto. Lo llevó a un lugar apartado y le preguntó:

—¿Qué tienes para decirme?

—Los judíos se han puesto de acuerdo para pedirle a usted que mañana lleve a Pablo ante el Consejo, con el pretexto de obtener información más exacta acerca de él.

El joven fue preciso y claro. Como informante, no podía ser mejor. Pero era atrevido, también, en el mejor sentido del término. Le dio un consejo:

—No se deje convencer.

Su consejo estaba bien fundamentado y lo explicó al Comandante.

—Más de cuarenta de ellos lo esperan emboscados. Han jurado, bajo maldición, no comer ni beber hasta que lo tengan muerto. Están todos listos; solo esperan que usted les conceda su petición.

Cuando los enemigos de la misión divina se vuelven sofisticados y astutos en sus acciones, Dios actúa con sencillez. Un jovencito le bastó para desbaratar la acción planeada por más de cuarenta hombres. La protección de su siervo era importante para Dios, y por medio de ese joven convenció al Comandante.

Despidió al joven y le dijo:

—A nadie digas nada sobre esto.

Pablo ante dos gobernadores: Manipulaciones (Hechos 23:23-25:12)

La manipulación de los gobernadores romanos, en el juicio de Pablo, no era nada nuevo, ni fue la última vez que ocurrió en un juicio. No solo de Roma, sino también de todo lugar y todos los tiempos. En toda manipulación de la justicia hay siempre un interés que no sirve a la justicia.

Generalmente sirve a intereses personales, del juez o de los que manipulan al juez.

El intento de manipular el juicio de Pablo no resultó, porque Pablo estaba protegido por Dios y porque tenía que cumplirse el propósito divino de que Pablo fuera llevado a Roma para testificar ante las autoridades del Imperio. Además, testificó ante las autoridades que participaron en su juicio antes de llegar a Roma.

Pablo enviado al gobernador Félix: Protección romana (23:23-35)

De la simple protección que puede ofrecer un jovencito, pasó Dios a la grandiosa y hasta pomposa protección del Imperio.

El Comandante decidió retirar a Pablo del peligroso escenario que ofrecía Jerusalén en una de las tres más importantes fiestas del calendario religioso anual judío. Decidió enviarlo ante el gobernador Félix, que tenía su sede en Cesarea, unos cien kilómetros hacia el noroeste de Jerusalén, en la costa.

Quería estar seguro de que ni los cuarenta hombres complotados, ni nadie, hicieran ningún mal a Pablo, en el viaje. Mandó dos centuriones, doscientos soldados, setenta jinetes y doscientos lanceros. Una guardia digna de un alto oficial del Imperio. Además, prepararon varios caballos y animales de carga, para que Pablo cabalgara llevando sus pertenencias y para tener animales frescos de recambio, pues el camino, aunque en bajada, era de montaña y largo. La orden era entregarlo, a Félix, sano y salvo. Además, el Comandante les entregó una carta para el Gobernador, que decía:

“Claudio Lisias, a su Excelencia, el gobernador Félix:

“Salud.

“Los judíos prendieron a este hombre y estaban a punto de matarlo, pero yo llegué con mis soldados y lo rescaté, porque me había enterado de que es ciudadano romano.

“Quería saber de qué lo acusaban, así que lo llevé al Consejo judío. Descubrí que lo acusaban de algunas cuestiones de su ley, pero no había contra él cargo alguno que mereciera la muerte o la cárcel. Cuando me informaron que se tramaba una conspiración contra este hombre, decidí enviarlo ante ti, enseguida. También les ordené a sus acusadores que expusieran delante de ti los cargos que tengan contra él”.

Fin de la carta.

Contenía un informe de la revuelta contra Pablo, de la reunión del Sanedrín, del complot detectado, de la citación que hizo a los acusadores para que se presentaran ante Félix. Sobre todo, de las oportunas intervenciones del Comandante, que lo dejaban como un oficial alerta, eficiente, justo y sumiso a la autoridad del Gobernador. Muy buenas recomendaciones sobre sí mismo. No podía ser diferente. Después de todo, era del prestigio personal que vivían los oficiales romanos y sus

dirigentes de todos los niveles.

Pablo, en cambio, como siervo de Dios, vivía de la misión divina y para ella.

Siguiendo las instrucciones del Comandante, cuando llegaron a Antípatris, ciudad construida por Herodes, en el valle de Sarón, para honrar a Antípater, su padre, al día siguiente, se volvieron los soldados y los lanceros, dejando la caballería para que protegiera a Pablo en el resto del camino.

En Cesarea, el gobernador recibió a Pablo, leyó la carta y le preguntó:

-¿De qué provincia eres?

-De Cilicia, respondió.

-Te oiré cuando vengan tus acusadores -le dijo.

Mandó que lo pusieran en el pretorio de Herodes. Nombre que regularmente daban los romanos al palacio de un gobernador provincial del Imperio. Quedó bajo vigilancia, pero no estaba en la mazmorra de una cárcel. Otra forma de protección, bajo el poder romano. Dios mantenía a Pablo bajo su propia vigilancia, para que nada le impidiera cumplir con la orden de testificar en Roma.

Acusación: Adulación y falsedad (24:1-9)

Habían pasado solo cinco días, desde la llegada de Pablo a Cesarea, hasta el momento en que Félix, el gobernador, se sentó en el tribunal para escuchar la acusación contra Pablo. Habían llegado a Cesarea el sumo sacerdote Ananías y algunos de los ancianos, dirigentes de Israel. Tenían con ellos a Tertulio, un orador abogado de algún prestigio, para que presentara la acusación contra el acusado.

Ya ante el Gobernador, Tertulio comenzó un discurso de tres partes: una de adulación, otra de acusación y la última, muy breve, tuvo el objetivo de inducir la decisión en la mente del Gobernador.

Adulación.

-Excelentísimo Félix -dijo-, bajo tu mandato hemos disfrutado de un largo período de paz, y gracias a tu previsión se han realizado varias reformas que favorecen a nuestra nación. Con profunda gratitud, lo reconocemos en todas partes y en toda ocasión.

La adulación del abogado Tertulio tenía por objetivo conquistar la voluntad del Gobernador en favor de la acusación que luego presentaría. Paz. Claro que la Nación estaba en paz, porque nadie podía hacer nada contra el Imperio sin ser aplastado hasta la extinción. La paz de una opresión brutal. ¿Quién podía disfrutarla? Según el adulador, todos. Según la realidad, nadie. La benevolencia de Félix, de acuerdo con el historiador judío Josefo y el historiador romano Tácito, era inexistente. Lo mismo ocurría con la gratitud de los judíos. Las reformas que Félix había hecho fueron siempre para aumentar sus propias riquezas. Tácito cuenta que recibía grandes sumas de los bandidos, para que los dejara

actuar libremente. Pero, de vez en cuando Félix hacía alguna reforma, aparentemente para controlarlos, pero el verdadero objetivo era exigir mayores sumas de los salteadores, y su riqueza continuaba aumentando (*Anales* xii.54).

Luego, Tertulio agregó:

—Pero, para no importunarte más, te ruego que, con la bondad que te caracteriza, nos escuches brevemente.

¿Bondad? No tenía ninguna, pero el abogado pretendía que el Gobernador tomara una decisión rápida en favor de los acusados.

La adulación del abogado, sin embargo, agració a Félix porque parecía demostrar que los judíos nada sabían sobre sus abusos.

Acusación.

Presentó dos elementos en la acusación:

—Este hombre es una plaga —dijo primero.

Un criminal. Entre sus crímenes, incluyó la provocación de disturbios entre los judíos, por todas partes: sedición. Y ser cabecilla de una secta: los nazarenos. La traición contra el Imperio estaba implícita. Falta muy grave.

Después, dijo:

—Incluso trató de profanar el Templo; por eso lo prendimos.

Tertulio acusó a Pablo de cometer acciones contra la ley de Roma y contra la ley de Israel. Culpable ante las dos, tenía que ser condenado. Esta subyacente conclusión inició el intento de inducir una decisión decidida, en la mente del Gobernador.

Inducción.

—Tú mismo —le dijo—, al interrogarlo, podrás comprobar que todas nuestras acusaciones son verdaderas.

Un mensaje subliminal perfecto. No necesitas interrogarlo para saber la verdad sobre sus crímenes. Ya lo sabes. Pero, interrégalo para comprobarlo. Y, cuando esté todo comprobado, condénalo.

La delegación del Sanedrín se apresuró a concordar con todo lo dicho por el abogado. Afirmaban:

—Todo es así, como él ha dicho.

Defensa: Conciencia limpia (24:10-21)

Félix hizo una señal a Pablo, autorizándolo a hablar. Pablo presentó su defensa sobre la base de que había actuado en todo con limpia conciencia. El contraste entre el discurso de Pablo y el de Tertulio es impresionante.

Pablo no aduló a Félix. En la introducción, solo habló del tiempo que había actuado como juez de la Nación. Dijo:

—Sé que, desde hace mucho tiempo, eres juez de esta nación, así que de buena gana presento mi defensa.

Ni una palabra sobre su manera de administrar los asuntos legales u

otros asuntos. Además, al no hablar, como Tertulio, solo acerca del tiempo, sin referirse a ninguna de las otras cosas dichas por él, tácitamente, las negó. Pero no era apropiado enfrentarlo directamente en esos aspectos. Lo que importaba era su defensa.

Primer argumento. La brevedad del tiempo. Dijo:

—No hace más de doce días que subí a adorar a Jerusalén.

Desde que Pablo había llegado a Jerusalén hasta el día en que estaban compareciendo ante Félix, habían pasado sólo catorce días. Contados así: Día uno, reunión con los apóstoles en Jerusalén (21:18-20). Día dos, comienzan los días de la purificación. Días tres a siete, los cinco días de la purificación, y en el día siete ocurre el ataque de los judíos y el rescate de Lisias (21:27-33). Día ocho, defensa de Pablo ante el Sanedrín (22:30-23:11). Día nueve, complot para matar a Pablo, descubrimiento y partida de Pablo a Cesarea (23:12-22, 31). Día diez, llegada a Cesarea y primer encuentro con Félix (23:32, 33). Días once a catorce, los cinco días que pasaron hasta el segundo encuentro con Félix (24:1). Pablo no contó el día de su llegada ni el día que estaban ante Félix; quedan doce días.

No hubo tiempo para realizar una sedición, en Jerusalén; ni la había hecho.

—No me hallaron discutiendo con nadie, ni amotinando a la multitud en el Templo, ni en las sinagogas ni en la ciudad.

Segundo argumento. No hay pruebas. Pablo dijo:

—No te pueden probar las cosas que ahora me acusan.

¿Puede haber condenación sin que se presenten las pruebas? Rotundamente, no. No lo permitía el sistema judicial israelita, ni el sistema judicial romano.

Tercer argumento. Confieso haber actuado con limpia conciencia, en todo.

Pablo acumula varios hechos que demuestran la calidad de sus acciones: (1) Sirvo a Dios según el Camino que ellos llaman herejía, pero es el Dios de mis padres. (2) Creo todas las cosas que están escritas en la ley y los profetas. (3) Tengo la misma esperanza en Dios que ellos tienen; esto es, que habrá resurrección de justos y de injustos. (4) Por causa de esa esperanza procuro actuar en todo con limpia conciencia, no solo ante Dios, sino también ante los hombres.

Cuarto argumento. Lo que hice en Jerusalén demuestra mi inocencia.

De nuevo, de varias maneras, prueba que las cosas que hizo en Jerusalén no revelan ninguna actividad ni siquiera cercana a las culpas que le achacan: (1) Llegué a Jerusalén para hacer limosnas a mi pueblo y presentar ofrendas. (2) Estaba en el Templo ofreciendo ofrendas y purificándome, cuando me encontraron unos judíos de Asia. No estaba liderando ninguna multitud, ni haciendo alboroto. (3) Esos judíos de Asia, si tuvieran algo de que acusarme, deberían presentarse delante de ti, pero no están aquí porque no pueden acusarme de nada que yo hubiera hecho. No tienen pruebas. (4) Los mismos que están aquí de-

bieran decir si encontraron en mí algo malo cuando comparecí ante el Concilio convocado por el comandante Lisias, salvo que yo dije: Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por ustedes.

Félix: Decisión corrupta (24:22-27)

Pablo terminó su defensa. Era evidente que no existía causa alguna contra él. Félix debió haberlo declarado inocente y, absuelto, dejarlo en libertad. Pero no lo hizo. Simplemente, postergó la decisión para el futuro. Disolvió la reunión, diciendo a los delegados del Sanedrín:

—Cuando venga el comandante Lisias, decidiré este caso.

Mandó al centurión que custodiara a Pablo, concediéndole alguna libertad y con el derecho de recibir a sus familiares para que lo sirvieran o lo visitaran. Si para él era evidente que Pablo no tenía culpa alguna, ¿qué lo indujo a retenerlo en calidad de prisionero? Dos cosas: curiosidad y codicia.

Por curiosidad, unos pocos días después, hizo llamar a Pablo. Félix estaba con su esposa. Era judía. Los dos querían saber más sobre la fe de Jesús. Pablo les contó sobre la persona de Jesús y acerca de la vida justa que él había vivido, calidad de vida que él esperaba de todos, porque todos los seres humanos tendrán que comparecer ante el juicio venidero. Asustados los dos, Félix le dijo:

—Puedes irte. Cuando tenga oportunidad, te llamaré.

Pero, más fuerte que la curiosidad religiosa de Félix era su codicia. Muchas veces hizo traer a Pablo delante de él y lo escuchaba. Lucas explicó la razón:

—Esperaba con esto que Pablo le diera dinero para que lo soltara.

Pero Pablo no era uno de los bandidos que siempre le daban más dinero para que los dejara operar libremente. No tenía dinero. Y, aunque lo hubiera tenido, el mayor deseo de Pablo, durante su prisión en Cesarea, no era obtener la libertad, sino que lo enviaran a Roma. Félix pasó dos años en el juego de la corrupción, tratando de obtener dinero de Pablo. No lo obtuvo. Entretanto, Lucas, según se cree, usó ese tiempo con el fin de organizar los materiales necesarios para la escritura de su libro.

Al fin de esos dos años se produjo una lucha violenta entre judíos y gentiles en Cesarea. Félix trató de apaciguarlos, pero la violencia de sus acciones causó mucho derramamiento de sangre entre los líderes de los judíos. Este hecho, junto con una acusación contra él por sus relaciones dolosas con los bandidos, causó su destitución. Al partir, intentando congraciarse con los judíos, dejó a Pablo en la prisión. Quizás esperando que el nuevo gobernador lo condenara.

Festo: Decisión política (25:1-12)

Las autoridades del Imperio sustituyeron a Félix por Porcio Festo.

Año 60 d.C. Un hombre menos sanguinario y menos corrupto que Félix. Pero no menos sujeto a las manipulaciones políticas que eran la vida de las autoridades romanas, en todas partes.

No se demoró en visitar a las autoridades judías. Solo tres días después de su llegada, viajó a Jerusalén. Tampoco los líderes judíos esperaron mucho para hablarle sobre Pablo. Lucas dice:

Le rogaron, pidiéndole contra Pablo, por gracia, que lo hiciera traer a Jerusalén

No era un pedido de buena fe. Planeaban matarlo en el camino. Festo se dio cuenta de sus planes o, conociendo la historia de la prisión de Pablo, que Félix sin duda le contó antes de partir hacia Roma, sospechó. Les dijo:

—Pablo está bajo custodia en Cesarea y pronto volveré a esa ciudad.

Se ofreció, además, para tratar el asunto tan pronto como llegara, y para probar su intención de hacerlo, agregó:

—Los que, entre ustedes, puedan descender conmigo, vengan; y si existe algún crimen en ese hombre, acúsenlo.

La promesa de un nuevo juicio de Pablo fue clara. No tuvieron que esperar mucho. Festo permaneció entre ocho y diez días en Jerusalén, y volvió a Cesarea. Los representantes del Sanedrín con él. Al día siguiente, se sentó en el tribunal, y mandó que le trajeran a Pablo.

Apenas apareció Pablo, sus acusadores lo rodearon e insistían en sus acusaciones. Mencionaban muchas acusaciones, todas muy graves. Pero, declara Lucas:

No las podían probar.

Por su lado, Pablo se defendía, diciendo:

—No he cometido falta alguna, ni contra la ley de los judíos, ni contra el Templo ni contra el Emperador.

En ese momento, el Gobernador, que había actuado muy políticamente al visitar a los líderes judíos apenas se hizo cargo de sus funciones, dio un paso adelante en su conducta politizada. Lucas dice:

Quiso congraciarse con los judíos.

No estaba preocupado por la justicia del caso. Le interesaba más lo que fuera políticamente conveniente. Pero, cometió un error en su estrategia. En lugar de tomar una decisión, él mismo transfirió la decisión a Pablo. Le preguntó:

—¿Estás dispuesto a subir a Jerusalén para que yo te juzgue allí?

Pablo, enseguida, se dio cuenta del peligro. ¿Cómo ir otra vez a la boca del complot, para que sus enemigos lo mataran aun antes de que ese juicio comenzara?

Respondió:

—Ya estoy ante el tribunal del Emperador, lugar donde debo ser juzgado. No he hecho ningún agravio a los judíos, como tú sabes muy bien. Si fuera culpable de algo que merezca la muerte, no me rehusaría a morir.

Pero, siendo falsas las acusaciones que los judíos formulan contra mí, nadie tiene derecho de entregarme a ellos solamente para complacerlos.

Habló Pablo con meridiana claridad. Expuso su propia inocencia, las intenciones asesinas de sus enemigos, la motivación política del Gobernador y su derecho a un juicio justo. Para asegurarse de no ser sometido a una nueva manipulación que retrasara todavía más su viaje a Roma, agregó:

—¡Apelo al Emperador!

Festo, aunque irritado, consultó con sus asesores. Tuvieron que haberle confirmado el derecho de apelación al Emperador, que tenía todo ciudadano romano, especialmente cuando sospechaba que su causa se manejaba con mala intención. Luego, le dijo:

—¡Hasapelado al Emperador! ¡Al Emperador irás!

Con esa sentencia, Pablo quedaba libre de asechanzas y complotos provenientes de Jerusalén, y libre quedaba también de otras manipulaciones políticas que pudiera inventar el gobernador Festo. Además, lo dejaba en camino a Roma, donde debía cumplir la misión de testificar ante el Emperador, que Dios le había dado.

Pablo ante el rey Agripa: Sin culpa (Hechos 25:13-26:32)

Pero, todavía estaba preso. Una situación muy extraña para la justicia romana y extraña también para la justicia israelita. Las leyes de las dos naciones prohibían castigar a un hombre inocente. Pero los encargados de administrar la ley estaban entrampados por sus pequeños intereses personales. Los jueces romanos, por la codicia de dinero y de poder político. Los jueces israelitas, por el odio que sentían contra Pablo.

Odio y codicia, dos males de la naturaleza humana pecadora, que fuerzan a los seres humanos hacia una conducta injusta y, muchas veces, criminal. Los dos vicios estaban presentes. Los complotados contra Pablo quisieron matarlo y los jueces cometían la injusticia de tenerlo preso sin que hubiera cometido ningún delito que mereciera ese castigo.

Pero Pablo no estaba preso por delitos, ni los jueces eran los que realmente decidían sus asuntos. Pablo estaba allí porque esa era posiblemente la única manera que lo conduciría al Emperador, y este dedicaría tiempo para escucharlo. Dios conducía la vida de Pablo. Y la dirigía en función de la obra que le había encargado realizar: tenía que llevar el evangelio de Jesús a los gentiles, incluyendo a sus dirigentes y sus amos.

Antes de ir a Roma, debía testificar delante del rey Agripa. Herodes Agripa II, nieto de Herodes el Grande e hijo de Herodes Agripa I, el que murió comido por gusanos (Hech. 12:20-23). Cuando su padre murió, año 44 d.C., él estaba en Roma. El emperador Claudio quiso hacerlo sucesor de su padre, pero era demasiado joven aún; solamente 17 años. En el año 50 le dio el pequeño reino de Calcis, en el Líbano, y el año 53

le cambió este reino por uno más grande, que abarcó Galilea, los territorios al noreste del Mar de Galilea y parte de Perea. Además, era custodio de los tesoros del Templo y tenía el derecho de nombrar a los sumos sacerdotes. Descendiente de Marianne, esposa de Herodes el Grande, su abuela judía, era altamente apreciado por los judíos y los romanos lo consideraban un experto en asuntos religiosos judíos.

Agripa visita a Festo: Nada contra Pablo (25:13-27)

No pasó mucho tiempo; solo algunos días. Agripa resolvió hacer una visita protocolar al recién llegado gobernador de Judea, su vecino. Lo acompañó Berenice, hermana de él y su mujer. Tanto los escritores judíos como los romanos hablan de la relación existente entre ellos como "pecaminosa".

Estuvieron con Festo muchos días. Por eso, tuvo tiempo para conversar con ellos sobre el preso especial que tenía. Les dijo:

—Hay aquí un hombre que Félix dejó preso.

Y les contó la historia de sus relaciones con él desde la visita que hizo a Jerusalén al tercer día después de su llegada. En esa visita, los sacerdotes y los ancianos lo acusaron ante él, exigiéndole que lo condenara.

—Les respondí que no es costumbre de los romanos entregar a ninguna persona sin antes conceder al acusado un careo con sus acusadores y sin darle la oportunidad de defenderse de los cargos.

Los acusadores fueron a Cesarea con Festo, y él convocó el tribunal para escucharlos.

—Los acusadores no alegaron en su contra ninguno de los delitos que yo había supuesto. Solo tenían contra él algunas cuestiones relacionadas con la religión de ellos y otras sobre un tal Jesús, ya muerto, pero, según Pablo, está vivo.

Luego, como justificando la extraña sentencia que dictó en ese juicio, agregó:

—Yo no sabía cómo investigar esas cuestiones, así que pregunté a Pablo si estaba dispuesto a ser juzgado en Jerusalén. Pero él apeló al Emperador, y yo ordené que quedara detenido hasta que pueda ser remitido a Roma.

El rey Agripa le dijo:

—A mí también me gustaría oír a ese hombre.

—Mañana mismo lo oirás —le respondió.

Al día siguiente, Festo reunió al tribunal. El rey Agripa y Berenice, con los comandantes y los principales de la ciudad, entraron en la audiencia. Gran pompa y demostración de poder.

Festo dio un discurso en el que justificaba la reunión. Comenzó diciendo:

—¡Rey Agripa y todos los presentes! Aquí está este hombre, respecto de quien toda la multitud de los judíos me ha demandado, en Jerusalén

y también aquí, pidiendo a gritos su muerte. Pero no he hallado en él ninguna cosa digna de muerte. Y, como él mismo apeló a Augusto, he determinado enviarlo a él.

Festo describió muy bien la situación del preso. Todo estaba claro con respecto a Pablo. Pero, para Festo, su propia situación no estaba tan clara. Existía para él una complicación muy seria. La describió así:

—El problema es que no tengo nada específico que escribir al Soberano acerca de él.

Ante el absurdo de enviar al Emperador un preso sin tener ninguna acusación clara que informar acerca de él, sentía la necesidad de alguna ayuda por parte de ese grupo.

—Por eso lo he traído delante de ustedes, especialmente ante ti, rey Agripa, para que, después de examinarlo, tenga yo algo que escribir, pues me parece fuera de razón enviar un preso sin informar de los cargos que haya en su contra.

Defensa de Pablo ante Agripa: No es culpable de nada (26:1-32)

Cuando Festo terminó de explicar el problema que tenía con la prisión de Pablo, el rey Agripa tomó la palabra y, dirigiéndose a Pablo, dijo:

—Tienes la palabra. Puedes defenderte por ti mismo.

Pablo, extendiendo la mano para concentrar la atención de todos los miembros del tribunal, incluyendo a los visitantes, comenzó diciendo:

—Rey Agripa, me doy por feliz de poder defenderme ante ti de todas las cosas de las que los judíos me acusan. Especialmente porque tú conoces todas las tradiciones de los judíos y las discusiones que entre ellos existen. Por lo tanto, te ruego que me escuches con paciencia.

Luego, Pablo expone su vida dividiéndola en tres momentos: antes de hacerse seguidor de Jesús, Pablo el judío. El momento de su conversión a él, Pablo el cristiano. Y su obediencia a la visión, Pablo el misionero.

Pablo el judío: Viví como fariseo (26:4-11). Pablo expuso su vida, afirmando que todos los judíos conocían cómo había sido.

—Saben que yo, desde el principio, viví como fariseo, la secta más rigurosa de nuestra religión.

Si los judíos hubieran querido podrían haber testificado sobre esto. Pero no dijeron nada. Solo querían acusarlo, y lo hicieron acusándolo de acciones contra la religión, que Pablo realmente no había practicado. La realidad era otra.

—Por la esperanza en la promesa que Dios hizo a nuestros padres, me juzgan. Creo en ella.

Todas las tribus de Israel tuvieron la misma esperanza. La expresaron cada mañana y cada tarde por medio del sacrificio continuo realizado en el Santuario, primero; después, en el Templo. Toda la vida de la Nación encontraba sentido en esa promesa. Vendría el Mesías, sustituto

de todos. Como el cordero del sacrificio diario, daría su vida para salvar del pecado a la nación judía y al mundo entero. Desde tiempos antiguos, los judíos creían en la resurrección de todos. ¿Por qué les resultaba tan difícil creer en la resurrección de Jesús? ¿Por qué condenaban a un hombre que creía en la realidad de la esperanza?

Muerto el Mesías, no podía quedar en el sepulcro. Tenía que resucitar. Su resurrección era la confirmación de la esperanza en la resurrección de los muertos. Si él no hubiera resucitado, nadie resucitaría. Y, entonces, Pablo volvió el asunto más personal, para su auditorio. Les dijo:

—¿Por qué les parece a ustedes imposible que Dios resucite a los muertos?

Y luego admite que la gente puede creer errores terribles. Errores que los llevan a extrañas conductas, compatibles con la agresión, hasta el asesinato.

—Yo mismo —les dice— estaba convencido de que debía hacer todo lo posible por combatir el nombre de Jesús el nazareno.

Les dijo, además, que había perseguido a sus seguidores en Jerusalén, con la autoridad de los mismos jefes religiosos; y, cuando el Sanedrín decidía la muerte de ellos, también él votaba a favor.

—Muchas veces anduve de sinagoga en sinagoga, castigándolos para obligarlos a blasfemar. Mi obsesión contra ellos me llevaba al extremo de perseguirlos incluso en ciudades del extranjero.

Pablo el cristiano: Vi la luz (26:12-18). Pero esas persecuciones eran un grave error. No correspondían a la verdadera religión de Israel, que él quería vivir con fidelidad. Les contó cómo se dio cuenta de que estaba haciendo algo contrario a la voluntad del Dios de sus antepasados a quien él quería servir.

—Ocupado en la persecución —dijo—, iba yo a Damasco con la autoridad y la comisión de los jefes de los sacerdotes. A eso del mediodía, oh Rey, mientras iba por el camino, vi una luz que sobrepasaba el resplandor del sol. Nos rodeó a mí y a los que iban conmigo.

Les contó cómo la intensidad de la luz les impidió ver lo que estaba ocurriendo en torno a ellos y provocó la caída de Pablo en tierra. Lo despojó de todos sus poderes. Los poderes que había recibido de los jefes, los poderes propios que un hombre agresivo posee, los poderes de jinete que comanda su cabalgadura. Estaba en tierra. Sin ver, pero no estaba abandonado por Dios. Jesús tampoco lo despreciaba.

—Oí una voz que me hablaba —dijo Pablo—, y, en lengua hebrea, decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el agujón.

Pablo, entonces le respondió:

—¿Quién eres, Señor?

—Yo soy Jesús, a quien tú persigues.

En ese instante, contó, se dio cuenta del mal que estaba haciendo contra los seguidores de Jesús. Creía que sus acciones eran actos de fidelidad a Dios, porque perseguía a los que, según él, eran enemigos de la religión judía, revelada por Dios a sus antepasados. Error. Grave error. Había otra obra que debía realizar.

Contó que el Señor siguió diciéndole:

—Ahora ponte en pie y escúchame. Me he aparecido a ti, para designarte siervo y testigo de las cosas que has visto y de lo que voy a revelarte. Te libraré de tu pueblo y de los gentiles. A los gentiles te envío para que les abras los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz, del poder de Satanás al poder de Dios; a fin de que, por la fe en mí, reciban el perdón de los pecados y herencia entre los santificados.

Pablo aseguró que había recibido la luz y que Jesús lo había enviado a los gentiles para mostrarla a ellos. Seguir a Jesús no era un error; era la corrección del error que, por haberse apartado de la esperanza de sus propios antepasados, cometían sus acusadores. Jesús era el Mesías, la esperanza de Israel, la luz para los gentiles.

Pablo el misionero: No fui rebelde (26:19-23). Pablo había llegado a la cuspide de su argumentación; solo le faltaba justificar la obra que estaba realizando.

—Así que, rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial.

Le contó que había anunciado el evangelio primero en Damasco, luego en Jerusalén y en toda la tierra de Judea. Además, le dijo que había ido a la tierra de los gentiles y les había rogado que se arrepintieran, que se convirtieran a Dios y que hicieran obras dignas de arrepentimiento.

—Por causa de esto —dijo—, los judíos me prendieron en el Templo e intentaron matarme. Pero Dios me auxilió y, hasta el día de hoy, yo persevero dando testimonio a pequeños y grandes. No digo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que iban a suceder.

¿Qué cosas eran esas?

Que Cristo padecería y que, siendo el primero de la resurrección, proclamaría la luz a su propio pueblo y también a los gentiles.

Festo no se contuvo.

—¡Estás loco, Pablo! —le gritó—. El mucho estudio te ha hecho perder la cabeza.

—No estoy loco, excelentísimo Festo —le respondió—. Lo que digo es cierto y es sensato.

Luego, Pablo le dio un giro misional a su defensa e incluyó al rey Agripa en la conversación. Lo hizo de un modo muy elegante. Todavía dirigiéndose a Festo, dijo:

—El Rey está familiarizado con estas cosas. Por eso hablo ante él con tanta libertad. Estoy seguro de que él no ignora ninguna de ellas, porque no sucedieron en un rincón.

Y entonces, volviéndose directamente al Rey, le dijo:

—Rey Agripa, ¿crees en los profetas? ¡Yo sé que crees!

—Por poco me persuades a hacerme cristiano —le respondió el Rey.

—Sea por poco o por mucho —dijo Pablo—, le pido a Dios que no solo tú, sino todos los que me están escuchando hoy, llegaran a ser como yo, aunque sin estas cadenas.

Se levantaron el Rey y todos los demás. La audiencia estaba terminada. Pablo se había defendido bien, pero su objetivo no era obtener la libertad que cualquier preso habría codiciado más que cualquier otra cosa. Pablo era diferente. Solo quería testificar por Cristo. Además, si fuera posible, quería lograr la conversión de sus oyentes. Había testificado ante el tribunal y ante el Rey. Para él, eso era todo.

Pero los demás, mientras se retiraban, iban comentando entre ellos.

—Este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte ni la cárcel.

El mismo Rey dijo a Festo:

—Podríamos poner en libertad a este hombre, si no hubiera apelado al Emperador.

El Emperador. Ese era el objetivo de Pablo. Quería la conversión del Emperador y de todo el Imperio. ¿Por qué no? ¿Acaso los cristianos no tenían que predicar el evangelio a todas las gentes, en todo el mundo, incluyendo a los reyes y los emperadores, y todos sus dirigentes?

PABLO EN ROMA: PELIGROS Y PREDICACIÓN

Viaje a Roma. ¡Por fin! Los viajes por mar, en esa época, eran muy peligrosos. Los únicos recursos que los marinos tenían para orientarse eran el sol y las estrellas. Cuando las condiciones del tiempo los volvían invisibles, sabio era no viajar. Y, si estaban en viaje, el peligro estaba a la puerta.

El viaje de Pablo a Italia tuvo muchas penurias. Lucas las cuenta con maestría, con dinamismo y con un realismo tan intenso que rara vez se encuentra en esta clase de relatos. Un pequeño clásico de la literatura (27:1-28:31). Por todos los detalles y la forma de referirse a los acontecimientos ocurridos, es evidente que el autor fue un testigo ocular de los hechos. Lucas estaba con Pablo. Además de Lucas, como un gesto de simpatía especial, Festo le había permitido llevar consigo a Aristarco (Col. 4:10). Dos compañeros que lo sirvieron con abnegación y le alivianaron enormemente las incomodidades del viaje.

El viaje: Peligros y determinación divina (Hechos 27:1-28:15)

El viaje comenzó bien; pero, en el camino, las condiciones para la navegación, por causa del mal tiempo, se tornaron extremadamente peligrosas. Más de una vez el peligro era de pérdida total, incluyendo la vida de tripulantes y pasajeros. Pero Pablo estaba en el barco. Dios lo había enviado con una misión a Roma. No lo abandonaría. Dios estaba determinado a que ese proyecto no se frustrara. Y la determinación divina no es variable como la determinación humana. No la alteran las circunstancias. Hizo todo lo que fue necesario para que Pablo llegara a salvo y realizarla la tarea que debía cumplir.

Al proteger a su enviado, protegió también a la tripulación entera y a los demás pasajeros. Las bendiciones que Dios envía a sus hijos siempre incluyen a las personas que los rodean. Así como la presencia de diez buenos, en Sodoma y Gomorra, hubiera salvado de la destrucción las ciudades de la llanura, la presencia de los hijos de Dios asegura la bendición para toda la comunidad.

De Cesarea a Sidón: Todo bien (27:1-3)

Festo comisionó a un centurión para trasladar al prisionero Pablo y a otros más. Tenía que llevarlos a Roma y entregarlos al prefecto militar, jefe de los pretorianos, o Guardia Imperial. El centurión se llamaba Julio y pertenecía a la compañía Augusta.

Lucas, incluyéndose a sí mismo y a Aristarco, describió la partida diciendo:

Nos embarcamos en una nave con matrícula de Adramitio, que estaba a punto de zarpar hacia los puertos de la provincia de Asia. Nos acompañaba Aristarco, un macedonio de Tesalónica.

La nave no salió con destino a Italia. Era de Asia; Adramitio estaba en la costa asiática, a unos ochenta kilómetros de Troas, donde Pablo tuvo la visión del varón macedonio que lo invitaba a trabajar en Europa, y su recorrido era por la costa de Asia.

Pablo estaba bien acompañado. Lucas, médico y colaborador suyo en muchos otros viajes, podía ayudarlo en el cuidado de su salud y otras actividades. También Aristarco; un fiel compañero, había enfrentado, con él, los peligros creados por la rebelión de los plateros en Éfeso (Hech. 19:29), y cuando se fueron de la ciudad integraba la delegación que acompañó a Pablo llevando la ofrenda de las iglesias para los hermanos pobres de Judea (Hech. 20:4).

Al día siguiente, dice Lucas, hicimos escala en Sidón.

Fue un comienzo feliz. Ninguna dificultad, pues el tiempo era favorable. Todos estaban de buen ánimo, incluyendo a Julio, el centurión.

Julio, escribió Lucas, con mucha amabilidad, permitió que Pablo visitara a sus amigos, para que lo atendieran.

Indudablemente, Festo le había dado instrucciones de tratar bien a Pablo, y Lucas tuvo que haberlo sabido, pues cuando mencionó la presencia de otros presos, en el grupo que Julio estaba llevando a Roma, escribió que se trataba de otros, en el sentido de ser diferentes de Pablo. Presos de otra condición. Por otro lado, a esa altura del viaje, Pablo ya habría conquistado la buena voluntad del centurión, cosa que Pablo siempre lograba en sus relaciones.

De Sidón a Buenos Puertos: Primeras dificultades (27:4-12)

Apenas salieron de Sidón, comenzaron las dificultades. El viento soplaban en contra. Avanzaron lentamente hacia el norte, siguiendo la costa. Luego, al norte de Chipre, giraron hacia el oeste, avanzando entre Chipre y el continente. Pasaron frente a dos provincias: Cilicia, donde Pablo nació, y Panfilia, que Pablo visitó dos veces en su primer viaje misionero (Hech. 13:13; 14:24-26).

Entonces llegaron a Mira, un puerto de la provincia de Licia, conocido como depósito de trigo, para ser distribuido en la región.

El centurión encontró una nave de Alejandría, Egipto. Estaba descargando trigo, ya que Egipto era el granero del Imperio Romano. Se dirigía a Italia. Muy conveniente para Julio. Decidió embarcarse en ella con sus prisioneros.

La navegación continuó enfrentando dificultades, aun mayores que antes.

Navegamos despacio, muchos días, escribió Lucas, y habiendo llegado a duras penas frente a Gnido, porque nos impedía el viento, navegamos a sotavento de Creta, frente a Salmón. Después de costearla con dificultad, llegamos a un lugar llamado Buenos Puertos.

Se detuvieron allí durante algunos días. No porque la nave tuviera algo que hacer sino por las adversas condiciones del tiempo. Ya llegaba el invierno y la navegación se volvería muy peligrosa. Sería imposible seguir viaje hacia Italia; tendrían que invernlar en algún lugar. La cuestión era ¿dónde? ¿En Buenos Puertos, lugar muy incómodo, o en Fenice, no muy distante, hacia el oeste de Chipre?

Julio contó a Pablo la discusión que había sobre las dos alternativas para invernlar. Pablo no vaciló. Inmediatamente, les dijo:

—Señores, veo que nuestro viaje será desastroso y causará mucho perjuicio para el barco, para su carga y también para nuestras vidas.

Pero, como el puerto no era adecuado para invernlar, el centurión y el resto de la tripulación decidieron seguir viaje hasta Fenice. Después de todo, no estaba tan lejos y era muy seguro, el más protegido de toda la isla. Fue una decisión, desde el punto de vista racional, muy buena. Pero el consejo del apóstol, favorecido con la inspiración del Espíritu Santo, tenía otros elementos que la razón no siempre logra captar. Más tarde, la realidad, más fuerte que la razón, probaría que su consejo era mejor.

De Buenos Puertos a Malta: Tormenta y naufragio (27:13-44)

Cuando se produjo un cambio de tiempo, comenzó a soplar un viento suave del sur, contrario al viento fuerte del norte que los había azotado durante todo el viaje. Levaron anclas y se fueron, costeando la isla, hacia Fenice. Pero a Fenice nunca llegaron. ¿Razón?

No mucho después, dio contra la nave un viento huracanado que llamaban Euroclidón.

Ese viento venía del noreste, levantando grandes olas, y su fuerza fue tanta que no pudieron mantener la proa en la dirección que deseaban. Tuvieron que rendirse a él y dejar que el barco navevara hacia el sudoeste. Entraron en mar abierto. Ya sin la protección de la isla, quedaron totalmente a merced del mal tiempo. Todo empeoró. Según Lucas:

Al día siguiente, como la tempestad seguía arremetiendo con mucha fuerza contra nosotros, comenzaron a arrojar la carga por la borda.

Al tercer día arrojaron al mar los aparejos del barco. La tempestad siguió. No podían ver el sol ni las estrellas. Todo parecía perdido.

Ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos, escribió Lucas.

La tripulación y los pasajeros habían pasado muchos días sin comer. Nadie parecía en condiciones de hacerlo, ni habían tenido tiempo para preparar comida.

Pablo, preocupado por eso, se puso en medio de ellos, de pie, y dijo:

—Hubiera sido por cierto conveniente haber oído, y no zarpar de

Creta, tan solo para recibir todo este perjuicio y esta pérdida.

No lo dijo a modo de recriminación. Quería que no olvidaran la fuerza real de sus palabras para que, en el futuro, cuando tuviera algún otro consejo, inspirado por el Espíritu Santo, lo respetaran. Al mismo tiempo, reforzaba la necesidad de seguir lo que estaba a punto de decirles.

Ahora los exhorto a tener buen ánimo, pues nadie perderá la vida; solo la nave se perderá.

Esa noticia trajo a todos algo positivo y algo negativo. La pérdida del barco ciertamente era desagradable para el dueño. Pero la conservación de la vida era más importante.

Luego les dijo la razón por la que estaba tan seguro de lo que decía:

—Anoche se me apareció un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo. Me dijo: No tengas miedo, Pablo. Tienes que comparecer ante el Emperador; y Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo.

La determinación divina seguía constante. La tormenta no cambiaría los planes de Dios para Pablo. Solo Pablo podría hacerlo. Dios nunca fuerza a nadie, pues respeta el libre albedrío que él mismo dio a cada persona, por creación. Pablo, por su lado, ya había aprendido a vivir integrando su voluntad a la voluntad de Dios. Solo haría lo que Dios quisiera.

Luego, agregó:

—Por tanto, tengan buen ánimo. Yo confío en Dios que será así como me dijo. Con todo, es necesario que encallemos en alguna isla.

Fue solo en la decimocuarta noche de viaje, bajo la tormenta, a medianoche, cuando los marineros, al escuchar ruidos de rompientes, sospecharon que estaban cerca de tierra. Echaron la sonda. Veinte brazas (36 metros). Un poco más adelante: Quince brazas (27 metros). Para evitar un choque con los escollos, echaron cuatro anclas por la popa. Esperaron. Ansiaban que amaneciera. Los marineros planeaban huir de la nave. Bajaron el bote salvavidas, con el pretexto de ir a largar las anclas de proa.

Pablo, dirigiéndose al centurión y a los soldados, dijo:

—Si esos no se quedan en el barco, ustedes no podrán salvarse.

Los soldados cortaron el bote salvavidas y dejaron que el mar se lo llevara.

Amanecía.

Pablo, preocupado por el estado físico del grupo, dijo:

—Hoy hace catorce días que ustedes están en ayunas, sin comer nada. Les ruego que coman algo. Lo necesitan para sobrevivir. Ninguno de ustedes perderá nada, ni siquiera un cabello de la cabeza.

Uniendo la acción a las palabras, tomó pan, dio gracias a Dios delante de todos y comenzó a comer. Lo imitaron todos. Doscientas setenta y seis personas. Cuando terminaron de comer, con más energía, trabajaron duramente para aligerar la nave. Echaron la carga de trigo al mar.

El sol había salido.

La luz les permitió mirar el lugar. Sin reconocerlo, vieron una bahía. La playa les pareció apropiada para varar la nave. Cortaron las anclas. Aflojaron las amarras del timón. Izaron la vela de proa. Y enfilaron hacia la playa. La proa se encalló en la arena y la popa, azotada por las aguas violentas, se hacía pedazos.

Los soldados romanos pensaron que sería mejor matar a los presos, y así, evitar que se escaparan, como seguramente harían al bajar del barco. No querían pagar con sus vidas la fuga de los prisioneros. Pero el centurión, jefe de ellos, queriendo salvar a Pablo, lo impidió. Julio hizo esto porque, después de todo lo que Pablo había hecho en el viaje, estaba seguro de que era un hombre de Dios, y temía hacer cualquier cosa contra él.

Enseguida, ordenó:

—Los que sepan nadar bajen primero. Los demás tomen algún objeto flotante, tablas u otras cosas de la nave, y vayan hasta la playa.

Obedecieron.

Todos se salvaron y estaban en tierra, seguros.

En Malta: Dos milagros (28:1-10)

Estando ya salvos, dice Lucas, nos enteramos de que la isla se llamaba Malta.

Cerca de Sicilia, hacia el sudeste. Sin darse cuenta, habían recorrido una enorme distancia, casi la mitad de todo el viaje.

Los habitantes del lugar, bárbaros, ni griegos ni romanos, trajeron bien a los naufragos. Encendieron un gran fuego, para protegerlos del frío y de la lluvia.

Pablo, solícito como siempre, buscó ramas secas y las echó en el fuego. Entre las ramas, una víbora que, al sentir el calor, quiso huir, se prendió de la mano del apóstol. La gente, siempre rápida para emitir juicio contra las personas, al ver la víbora colgando de la mano, decía:

—Sin duda este hombre es un asesino, pues aunque se salvó del mar, la justicia divina no consentirá en que siga vivo.

Ellos nada sabían del poder que actuaba en Pablo. Sacudió la mano, y la víbora cayó al fuego. Lo observaban. De un momento a otro comenzaría a hincharse, se decían. O caerá muerto. Pasó mucho tiempo. Seguían observándolo. Pero ya no con espíritu de condenación, como al comienzo. Estaban asombrados. Comenzaron a percibir que estaban viendo un milagro.

Vieron que ningún mal le venía, dice Lucas.

Cambiaron de parecer con respecto a Pablo, y dijeron que era un dios.

Ese fue el primer milagro que Dios hizo en la isla de Malta mientras Pablo y sus dos compañeros de misión estuvieron en la isla. Con él, es-

tableció una fuerte credibilidad hacia Pablo.

Estuvieron tres meses en Malta. Todo el invierno. Ningún barco pasaría por la isla para llevarlos, pues no era seguro navegar durante esa estación.

Pablo, como siempre, aprovechó la estada en la isla para predicar el evangelio. La misión estaba siempre delante de él, en todo lugar. Habían naufragado cerca de las propiedades de Publio, el Principal, o Primer hombre de la isla. Un título que correspondía al gobernante romano de la isla, que en ese tiempo estaba bajo el control de Roma. Publio hospedó, por tres días, a Pablo y a sus dos compañeros. Los trató solicitamente. Su padre estaba enfermo. Padecía de fiebre y disentería. Pablo entró a verlo. Oró por él. Luego, le impuso las manos, y el hombre quedó sano.

La noticia del milagro ocurrido en la casa de Publio se diseminó por el pueblo como una ola de esperanza. Enfermos de todas partes acudieron a Pablo.

Y eran sanados, dice Lucas.

Mientras, Pablo y el médico Lucas curaban las enfermedades de la gente, les predicaban el evangelio, y la gente respondía con afecto y simpatía. Trataron bien a Pablo y, por causa de él, a todos los naufragos, proveyéndoles todo lo que necesitaron durante el tiempo que estuvieron en la isla. Y, cuando se fueron, proveyeron también para las necesidades que tendrían en el viaje a Italia.

De Malta a Roma: Encuentro con los hermanos (28:11-15)

Después de tres meses de estada en la isla, se embarcaron en una nave de Alejandría, que había invernado allí. El barco se detuvo en Siracusa, Sicilia, y permaneció tres días. Costeando la isla, navegaron hacia el norte y pasaron frente a Regio, el puerto continental ubicado en la punta sur de la bota que forma Italia, en el estrecho de Mesina. Aunque hasta ese momento habían tenido vientos contrarios, al día siguiente se levantó un viento favorable del sur, y al segundo día llegaron a Puteoli, en esa época, el puerto principal de Roma. Roma se hallaba a 224 km al norte del puerto.

En Puteoli ya había cristianos y sabían que Pablo estaba llegando en ese barco. Fueron a recibarlo. Mucha emoción fraternal. No esperaban recibirla como prisionero, pero desde la llegada a Italia de su Epístola a los Romanos, todos querían conocerlo y aprender de él. Le rogaron que se quedara siete días. Pero el apóstol estaba preso; no podía hacer esa decisión por sí solo. Consultó al centurión. Lo autorizó con amabilidad. Sabía quién era Pablo y, después del largo viaje con él, lo respetaba como ser humano siempre servicial y lo admiraba como enviado de Dios, siempre sabio, poseedor siempre de un conocimiento de las circunstancias tan práctico y tan útil.

Al octavo día, Julio, el centurión, con sus presos, inició el viaje a Roma,

por tierra. Durante el viaje de 224 kilómetros, Pablo, lleno de atenciones por parte del centurión, pero encadenado a un soldado, tuvo tiempo para meditar. ¡Tanto había deseado llegar a Roma! Sin embargo, antes de su prisión en Jerusalén, nunca pensó llegar a la capital del Imperio en la condición en que estaba llegando. Un prisionero. Recordó su vida. Toda ella cargada de pruebas, sufrimientos y frustraciones. Una especie de tristeza solitaria se apoderó de él. ¿Podría predicar el evangelio en esas condiciones? Pocas millas después de Puteoli entraron en la Vía Apia, uno de los grandes caminos romanos en el sur de Italia.

Los hermanos de Roma también sabían que Pablo estaba llegando. Salieron a recibirla. Un grupo lo esperaba en el Foro de Apio, la plaza del mercado en esa ciudad. Todavía faltaban unos 71 kilómetros para llegar a Roma. Otros se juntaron a él en Tres Tabernas, lugar de descanso en la Vía Apia, unos 16 kilómetros más adelante.

Lucas describe esos encuentros con los cristianos en una frase cargada de significado:

Al verlos, Pablo dio gracias a Dios y cobró aliento.

Muchos de los que fueron a recibirla eran sus propios conversos, que había encontrado en las ciudades de Asia y Europa: Éfeso, Filipos, Corinto. Cada uno trajo a su memoria los triunfos obtenidos sobre la intransigencia, la oposición, la traición y la apostasía. Las victorias de cada persona sobre sus propias debilidades, para vivir el evangelio con fidelidad. Sintió la recompensa en el afecto de esos creyentes que, con tanta alegría, lo recibían como a su propio padre. Hasta los mismos soldados romanos, endurecidos por los constantes trabajos de su oficio, sintieron la ternura del afecto. Ellos mismos habían aprendido a respetarlo, a admirarlo y, algunos de ellos, hasta a quererlo.

El resto del viaje a Roma fue tan placentero como podía ser para un hombre encadenado que se sentía querido por todos: Unos eran amigos en la fe. Otros, siervos del Imperio.

Cuando llegamos a Roma, dice Lucas, el centurión entregó a los presos al prefecto militar; pero a Pablo se le permitió vivir en un domicilio particular, con un soldado que lo vigilara.

¿Por qué el jefe de la Guardia Pretoriana, o Guardia Imperial, trató tan bien a Pablo? Tres posibles razones: La carta de Festo, que presentaba a Pablo como un hombre sin culpa y acusado injustamente. El informe del centurión, a través de cual Pablo aparecía como un hombre sin rebeldía, servicial y amigable con todos. Y la personalidad del jefe de la Guardia. En ese tiempo era Burros, un hombre de buen carácter y muy buena reputación.

El soldado que vigilaba a Pablo no estaba de guardia en la puerta de su casa. Una mano suya atada a la mano de Pablo, con una cadena, lo mantenía junto a él todo el tiempo. El soldado era relevado cada cuatro horas. Muchos estuvieron con Pablo y escucharon sus enseñanzas, hasta

el punto de que Pablo se convirtió en un tema de permanente conversación entre los soldados del Pretorio. Así lo dice Pablo, desde la prisión, en su Carta a los Filipenses:

“Quiero que sepan, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han contribuido más bien al progreso del evangelio, de tal manera que en todo el pretorio y entre todos los demás se ha hecho evidente que estoy preso por causa de Cristo”(Fil. 1:12, 13).

En Roma: Libertad para predicar (Hechos 28:16-31)

Pablo era muy diligente y sabía como hacer las cosas para que estas contribuyeran al progreso del evangelio. Al tercer día, después de su llegada, envió una invitación a los dirigentes de los judíos para que fueran a su casa, pues deseaba explicarles un asunto importante. La colonia judía en Roma era numerosa. El decreto de expulsión, emitido por Claudio, año 49 d.C., los mantuvo fuera de Roma por algún tiempo; pero, cuando perdió su vigencia, los judíos volvieron a Roma, donde, para ese tiempo, había varias sinagogas. Se han preservado los nombres de once.

Con los dirigentes judíos: Desacuerdo (28:16-29)

Cuando los líderes judíos se reunieron con Pablo, les dijo:

—Hermanos, a pesar de no haber hecho nada contra mi pueblo ni contra las costumbres de nuestros antepasados, me arrestaron en Jerusalén y me entregaron a los romanos. Estos me interrogaron y quisieron soltarme, por no ser yo culpable de ningún delito que mereciera la muerte.

Una cosa dejó bien clara desde el comienzo. Era inocente. No había cometido ningún delito y el juicio de los romanos no le encontró ninguno.

Pero, estaba preso. ¿Por qué? Siguió explicando:

—Cuando los judíos se opusieron, me vi obligado a apelar al Emperador, pero no porque tuviera alguna acusación que presentar contra mi Nación.

Era importante que los dirigentes judíos de Roma supieran que no tenía queja alguna que presentar contra la nación israelita, ni contra sus dirigentes. Nada dijo de los maltratos, ni del complot para matarlo. Lo importante no eran los sufrimientos personales que había sobrellevado sino su inocencia.

Luego especificó la causa de su prisión.

—Por este motivo he pedido verlos y hablar con ustedes, para que sepan que por la esperanza de Israel estoy encadenado.

Como la explicación de Pablo había sido clara y honesta, los dirigentes judíos le respondieron de la misma manera. Así debe ser siempre toda conversación entre religiosos, y mucho más si son dirigentes, como

ocurría en esa ocasión.

Dijeron:

—Nosotros no hemos recibido de Judea cartas acerca de ti, ni ha venido ninguno de los hermanos que haya denunciado o hablado algún mal de ti.

La inocencia de Pablo había sido explicada por él y aceptada por los dirigentes judíos. Sin embargo, aún no estaba dicho todo. Ellos, en ese clima de conversación honesta, tenían algo más que deseaban saber.

Agregaron:

—Pero queríamos oír de ti lo que piensas, porque de esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella.

Se pusieron de acuerdo en conversar sobre el asunto y fijaron el día apropiado. Posiblemente Pablo no quiso conversar inmediatamente porque esperaba que, al citarlos para otro momento, ellos contaran a los otros judíos sobre lo que estaba ocurriendo y sobre la conversación que tendrían con él. Otros se sentirían atraídos a oír la explicación de Pablo y más judíos podrían escuchar el evangelio.

Así ocurrió.

Acudieron en mayor número a la casa donde Pablo estaba alojado, escribió Lucas.

Ese día les habló desde la mañana hasta la tarde, todo el día. ¿Sobre qué? Sobre el Reino de Dios y sobre Jesús. Les probó que Jesús era el Mesías. Se basó en los escritos de la ley de Moisés y en los escritos de los profetas. Todo era profecía. Como profecías verdaderas que eran, alguna vez tenían que cumplirse. Se cumplieron en Jesús. Les contó la experiencia que él mismo había tenido y les habló sobre el verdadero valor de la religión, como Jesús la enseñaba. No estaba en la teoría, ni en los ritos, ni en las ceremonias, ni en los credos. Estaba en su poder salvador que, por Jesús, justifica al pecador y renueva su vida delante de Dios. Les mostró a Jesús como el Profeta prometido por Moisés, a quien ellos debían oír. Les mostró a Jesús como el Siervo sufriente de Isaías que, en su sufrimiento, trajo el remedio para el pecado de todo pecador. Les mostró a Jesús como el cordero sacrificado en el Templo, que representaba su muerte en la cruz para limpiar los pecados de todos los seres humanos.

Algunos se conmovieron y aceptaron la explicación, convenciéndose de que Jesús era el Mesías.

Otros rehusaron. No tenían razones ni podían negar las profecías, pero no estaban dispuestos a aceptar que Jesús fuera el Mesías. Les pareció que eso solo era una conclusión de Pablo, no una verdad de la Escritura.

Pablo dijo a los incrédulos:

—Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo y diles: De oído oirán y no entende-

rán; y viendo verán y no percibirán, porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyeron pesadamente y sus ojos han cerrado, para que no vean con los ojos y oigan con los oídos, y entiendan de corazón y se conviertan, y yo los sane.

Aun citándoles una profecía que se cumplía en ellos mismos, no creyeron. Se empecinaron en no creer. Por lo cual, Pablo concluyó con estas palabras:

—Sepan, pues, que esta salvación de Dios es enviada a los gentiles, y ellos oirán.

Como se había dividido el grupo de judíos, unos creían y otros no, cuando salieron de la reunión se fueron discutiendo entre ellos. ¿Con qué resultado? Lucas no cuenta. Pero, indudablemente, se repitió en Roma lo que había ocurrido en muchos otros lugares. Los creyentes se fueron con Pablo y los incrédulos trabajaron contra él.

Dos años de cautiverio: Predicación libre (28:30-31)

Dos años permaneció en la casa alquilada. Años 61 a 63 d.C. En ese tiempo predicó el evangelio a todos los que venían a visitarlo. Sus ayudantes debieron haber buscado el auditorio de Pablo, para que él siguiera predicando.

Lucas concluye su historia del cristianismo apostólico, que, en la segunda parte, era la historia de las misiones realizadas por Pablo, diciendo:

Pablo predicaba el Reino de Dios y enseñaba acerca del Señor Jesucristo, sin impedimento y sin temor alguno.

Varios hombres notables colaboraron con Pablo en Roma: Lucas, el médico amado; Timoteo, amado hijo; Tíquico, hermano amado, fiel ministro y consiervo en el Señor; Marcos, siervo útil en el Señor; Aristarco y Epafras, compañeros en la prisión (Col. 4:7-14). Demas, fiel por un tiempo, lo había desamparado, amando las riquezas de este mundo (2 Tim. 4:10). Epafrodito, hermano, colaborador y compañero de milicia (Fil. 2:25).

Entre sus conversos, un hombre simple con una historia fantástica: Onésimo, el esclavo pagano que huyó de su dueño, Filemón. Pobre, renegado, en desgracia. Pablo sintió compasión por él. Lo ayudó. Luego le comunicó el evangelio y se convirtió. Sincero, piadoso, servicial, virtuoso. Se consagró al servicio de Pablo, cuidó de sus necesidades con tierno afecto y, con celo ejemplar, se dedicó a promover el evangelio. Pablo apreció sus valores y pensó que sería muy útil para la obra misionera. Pero, antes tenía que resolver la situación que había provocado entre él y Filemón, otro converso de Pablo, cuando huyó de su casa. Lo envió a él con una carta. Una carta llena de afecto, de empatía, que describe la verdadera relación entre amo y esclavo, cuando los dos son creyentes en Cristo. Notable ejemplo de buena relación entre personas que, por la fe, han sido integradas a la unidad en Cristo Jesús.

Desde la casa-prisión de Pablo, el evangelio se extendió hacia los judíos, hacia la Guardia Pretoriana, hacia los gentiles de Roma y hacia la misma casa de Nerón, el más vil de todos los emperadores romanos; quien, creyéndose Dios, no tenía en él ningún vestigio de lo divino, ni siquiera conservaba los sentimientos humanos más elementales. Sus cortesanos, copia de él, eran crueles, degradados y corrompidos. ¿Quién entre ellos aceptaría nunca el evangelio? Hubo algunos que lo aceptaron.

Aun en la misma casa de Nerón fueron ganados trofeos para la Cruz, dice Elena de White (*Los hechos de los apóstoles*, p. 382).

Más adelante, agrega:

"No solamente se ganaron algunos a la verdad en la casa de César, sino también después de su conversión permanecieron allí. No se sintieron libres de abandonar su deber porque ya el ambiente no les agrada ba. La verdad los había encontrado allí, y allí permanecieron, para que el cambio producido en sus vidas y sus caracteres diera testimonio del poder transformador de la nueva fe" (*Ibid.*, p. 385).

Además de predicar el evangelio durante los dos años de prisión en Roma, escribió cuatro de sus famosas epístolas: A los Efesios (6:20), a los Filipenses (1:13, 14), a los Colosenses (4:18) y a Filemón (19). Escritas probablemente hacia el final del tiempo que permaneció en prisión. Filipenses puede ser datada en el año 63 d.C. y las otras tres en el año 62 d.C.

Cuando escribió a los filipenses, estaba lleno de gozo. Esperaba que su juicio terminara pronto y de manera favorable para él.

Lo expresó así:

Espero en el Señor Jesús enviarles pronto a Timoteo, para que también yo cobre ánimo al recibir noticias de ustedes. No tengo a nadie más que, como él, se preocupe de veras por el bienestar de ustedes, pues todos los demás buscan sus propios intereses y no los de Jesucristo. Pero ustedes conocen bien la entereza de carácter de Timoteo, que ha servido conmigo en la obra del evangelio, como un hijo junto a su padre. Así que, espero enviarlo tan pronto como se aclaren mis asuntos. Y confío en el Señor que yo mismo iré pronto. (Ver Fil. 2:19-24.)

Pablo fue absuelto. Pero Lucas no cuenta nada de eso. Terminó el libro dejándolo en sus cadenas, porque esa situación representaba el mayor triunfo de su ministerio y la mayor seguridad para el avance del evangelio.

Lucas comenzó su historia en Jerusalén y la terminó en Roma, capital del Imperio y el lugar donde existía la mayor intransigencia contra el cristianismo. Un triunfo incuestionable. Si Pablo hubiese llegado a Roma como un predicador libre, habría enfrentado persecuciones y toda clase de dificultades para predicar el evangelio. Pero llegó prisionero, y no tuvo ningún impedimento para ejecutar la misión encomendada, a él, por Dios. El poder que estaba con él era superior a todos los poderes del Imperio y los vencía hasta cuando parecían más poderosos que nunca.